



SAGA ORDINALES

EL SEXTO  
SENTIDO

PHAVY PRIETO

S A G A O R D I N A L E S

# EL SEXTO SENTIDO

PHAVY PRIETO

*A mi tía, Antonia Checa*

*Una flor amable, divertida y risueña.*

*Gracias por estar siempre presente en mi vida, por cada sonrisa y tierno recuerdo que me acompañarán toda la vida. Eres una mujer única y deslumbrante.*

*Te quiero, madrina.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Diciembre 2018

**ISBN:** 9781980948377

**Sello:** Independently published

“A veces el corazón ve lo que es invisible para los ojos”

H. Jackson Brown Jr

*Antecedentes de El Sexto Sentido*

## La Novena Hija del Conde



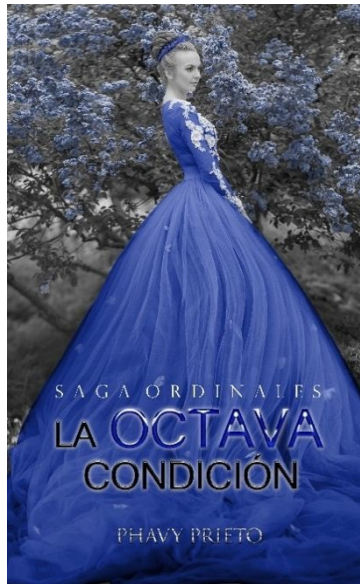
Emily Norwing es la novena hija del reciente fallecido Conde Ashby, arruinado por las cuantiosas dotes que ha tenido que ofrecer para casar a sus ocho hijas, queda huérfana y bajo la tutela de su cuñado. Es consciente a sus diecisiete años, que una joven sin dote no tiene posibilidades para contraer matrimonio, pero ella desconoce su increíble belleza e ingenio por los cuales sorprende a todos.

El duque de Sylverston queda gratamente sorprendido con la belleza que irradia la jovencísima señorita Norwing. Algo en ella le despierta cierto instinto haciéndole recordar sentimientos que él creía no volver a sentir. Aunque entre ellos no existe ninguna posibilidad, él hizo un

juramento y su honor no le permite quebrantarlo.

A pesar de sus diferencias y los dieciocho años que les separan, ambos se enfrentaran a lo inevitable. La atracción que sienten el uno hacia el otro.

## La Octava Condición



David Clayton, cuarto Duque de Lennox es un joven libertino, maleducado y endiabladamente apuesto que solo quiere disfrutar de la vida sin esforzarse en absoluto.

Catherine Wells es la única hija legítima del Vizconde de Grafton y su única acaudalada heredera. Aunque su fortuna sea grandiosa, su belleza es todo lo contrario, además, su madrastra y hermanastra se encargan de recordárselo a cada instante.

Pero... ¿Y si ninguno de los dos es realmente lo que aparentaba ser en un principio?

Sus destinos están irremediabilmente vinculados. Sus



familias han acordado su matrimonio y deben acatar ocho condiciones si no desean verse en la ruina. Aunque la octava condición sea la más difícil de cumplir .

## El Séptimo Pecado



La señorita Julia Benedict es una joven brillante llena de cualidades que no cualquier hombre sabría apreciar. Su picaresca, audacia y su intrépida personalidad son algunas de ellas, pero lo que hace que Julia sea especial sin duda alguna, es la devoción que siente por ayudar a los demás.

Es consciente muy a su pesar, de que jamás se casará por amor; puesto que el hombre del que siempre ha estado enamorada nunca pondría sus ojos en ella, es más, no los pondría en ninguna joven respetable porque el señor Richard Hayden nunca osaría contraer matrimonio.

El primer error de Julia fue pedirle un beso, un solo beso que atesorar en el más infinito y recóndito de sus

pensamientos, pero aquella maldita petición trajo consigo consecuencias desastrosas y tras ser descubierta por su hermano junto a media sociedad londinense solo podía terminar de una forma para salvar su reputación.

Si había algo que detestaba Richard Hayden, era el matrimonio. Preferiría morir antes que atar su vida a una misma mujer, pero si no le quedaba más remedio que hacer a la señorita Benedict su esposa, se aseguraría de que se arrepintiera de ello y de que su vida fuera un auténtico infierno.



SAGA ORDINALES

EL SEXTO  
SENTIDO

PHAVY PRIETO

# 1

6 de Mayo de 1923

La señorita Susan Brandon se encontraba en su habitación peinando sus largos cabellos de aquel color rojizo cuyo rasgo la caracterizaba entre el resto de sus amigas. Aquella tarea era una de sus favoritas al terminar la jornada del día, quizá porque era el momento en el que se abandonaba a sus ensoñaciones y se recreaba frente al espejo mientras dejaba su imaginación volar en la búsqueda de un apuesto caballero que vendría a demostrarle que el amor existía, del que se enamoraría perdidamente y al fin se casaría, sobre todo para acabar con aquel tormentoso discurso de su madre sobre el matrimonio al que la sometía diariamente y que no la dejaba ni a sol ni a sombra desde que hizo su aparición en sociedad hacía dos años.

Era consciente de que con su edad corrían ciertas habladurías al no haber contraído aún matrimonio, de hecho, había rechazado tantas peticiones que incluso había perdido la cuenta por su ansiada búsqueda del amor y es que ninguno de sus pretendientes había conseguido que sintiera mariposas en su estómago o que al menos pudiera tener una posibilidad de enamorarse en un futuro.

Al menos contaba con el apoyo de su padre que deseaba verla feliz, muy al contrario que su madre que no dejaba de recriminar que iba a quedarse solterona a ese paso, pero tampoco podía decirle que prefería mil veces estar sola que junto a un caballero por el que no sentía absolutamente nada.

Alguien llamo a su puerta e inmediatamente abrió antes de que respondiera, intuyó que sería su madre puesto que era la única que siempre entraba así en su habitación

—Querida, ¿Tienes un momento? —preguntó la señora Brandon.

—Por supuesto madre —contestó Susan dejando el cepillo sobre el tocador y alzándose de su asiento.

—Mañana vendrá a cenar a casa el duque de Buccleuch —afirmó la madre de Susan—. Como bien sabes se acaba de mudar hace poco a nuestro vecindario y es un hombre de gran renombre por eso tu padre le ha invitado a cenar formalmente —concluyó.

—Está bien madre —sonrió Susan.

No era la primera vez que tenían invitados en casa, tampoco entendía la importancia. Era cierto que su casa no solía ser frecuentada por duques, pero imaginaba que sirviendo una cena que estuviera a la altura de las

circunstancias, el caballero quedaría satisfecho.

—Quiero que te pongas el vestido en tonos naranjas que recogimos ayer de Lynet's —añadió la señora Brandon.

—¿No cree que es demasiado para una cena en casa? —preguntó extrañada Susan.

—Por supuesto que no, es una cena formal y nuestro invitado es de alta nobleza, desde luego que no está fuera de lugar.

—Madre... —refunfuñó Susan entendiendo lo que pretendía conseguir.

—¿Qué? —exclamó—. Solo quiero causar una buena sensación al duque de Buccleuch. Nada más —añadió marchándose.

Si... nada más, seguro que solo sería eso lo que su madre pretendía, no tendría nada que ver con que el duque de Buccleuch era viudo por partida doble y que de ambos matrimonios había tenido una hija en cada uno de ellos, es más, existían rumores de que buscaba una tercera esposa que le diera el heredero a su ducado, pero ella desde luego, no iba a serlo.

Susan no había conocido al duque de Buccleuch salvo por los rumores y habladurías que habían mencionado sobre él. Lo cierto es que cuando bajó a la noche siguiente por aquella escalera y entró al salón donde tendría lugar la cena y en la que ya se encontraba el duque, jamás esperó que fuera un hombre apuesto.

Su cabello de tez negra contrastaba con aquellos ojos de un profundo verde aguamarina que resaltaba en su rostro. Lo cierto era que debía admitir que era el hombre más atractivo que sus ojos habían tenido el placer de contemplar a pesar de ser unos años mayor que ella.

—Excelencia, permítame presentarle a mi querida hija, la señorita Brandon —dijo el señor Brandon.

Susan observó como aquel hombre la contemplaba sin emitir emoción alguna, simplemente la miró a los ojos un segundo para saludarla.

—Es un placer conocerla, señorita Brandon —dijo en un matiz sin emoción que a Susan le pareció demasiado frío e insustancial.

—El placer es mío *lord* Buccleuch —contestó Susan sonriente tratando de ser cordial, a pesar de que su sonrisa solo fue fingida ante el evidente desinterés del duque hacia ella.

Al menos podría tatar de ser más amable, pensó Susan.

La cena transcurrió en silencio para Susan, puesto que el tema central de conversación fue político entre el duque y su padre salvo por alguna excepción en la que intervenía su madre. Ni tan siquiera sabía porqué hacía acto de presencia si nadie podría notar su ausencia teniendo en cuenta que no se le había pedido su opinión bajo ningún concepto.

Tenía la ligera sensación de que aquel hombre tan serio y taciturno era infeliz, o al menos desdichado. Quizá las dos muertes de sus esposas tenían algo que ver en ello, pero no recordaba quién le había comentado que el duque de Buccleuch siempre había sido bastante frío y calculador, por esa razón era un hombre acaudalado, sabía manejar muy bien sus negocios y no le temblaba el pulso dar órdenes. Tras finalizar el postre, tanto el duque como su padre se retiraron al salón para fumar uno de los puros que su padre le había ofrecido a su excelencia provenientes de América y que aceptó gustosamente.



Si era sincera, no sabía porqué razón aquel caballero había aceptado la invitación a cenar de su padre, es más, dudaba que alguien como él se mezclara con otros caballeros que no estuvieran en su mismo círculo social. Su padre era un hombre de negocios hecho así mismo y que había amasado su propia fortuna con la fábrica de muebles de diseño, dudaba que aquello fuera del interés de un hombre así.

—¿Qué te ha parecido el duque de Buccleuch? —pregunto su madre en cuanto se quedaron a solas.

—Me parece un hombre bastante serio —contestó sincera.

—¡Oh Susan!, ¡Pon un poco de tu parte! —exclamó la señora Brandon.

—¿Qué ponga de mi parte en qué, madre? —preguntó alzando una ceja.

—Sabes que tienes que casarte este año, si termina la temporada sin que tengas al menos un compromiso formal, todos hablarán de que serás una solterona, algo que desde luego ya se comenta por tu terquedad.

—¿Y cree que el duque de Buccleuch es una buena opción para mí? Ha estado casado dos veces, madre. Tiene dos hijas —añadió Susan para dar más énfasis al hecho.

—¿Y qué? El pobre caballero solo ha tenido mala suerte con sus anteriores esposas, pero está buscando una duquesa.

—No cuente con que yo lo sea, madre —terció Susan mientras se levantaba de la mesa y subía las escaleras sin despedirse.

No le importaba ser una maleducada, desde luego dudaba que aquel caballero se fijara en ella después del desplante que le había hecho al saludarla sin

siquiera mostrar interés por ella, tal vez había aceptado la invitación por los rumores de que su padre tenía una hija en edad casadera, pero su decepción al verla le había llevado a tener que soportar la cena por compromiso.

No era digna del duque de Buccleuch, ¿Y qué? Pensó tras meditarlo detenidamente. Había rechazado a docenas de pretendientes sin pensarlo, ¿Por qué le molestaba que aquel caballero no se interesara por ella?

Era la primera vez que la opinión de un hombre le afectaba, pero no iba a dejar que aquello le martirizara, probablemente no volvería a coincidir con el duque de Buccleuch en meses... hasta que recordó que ahora eran vecinos.

Había pasado una semana desde aquella cena en la que su padre había invitado a su nuevo vecino, una semana en la que por alguna razón Susan había soñado en más de una ocasión con aquellos ojos verdes del duque y muy a su pesar tuvo que admitir que deseaba volver a verle, aunque no había cruzado palabra alguna con su excelencia.

—Querida, ¿Tienes un minuto? —preguntó el señor Brandon.

Susan cerró el libro que intentaba leer junto a la ventana que daba al jardín donde tenía más claridad y al mismo tiempo mayor tranquilidad puesto que su madre no la solía molestar en aquella parte de la casa.

—Sí padre —contestó bajando las piernas del asiento y colocándose de una forma más adecuada.

—Verás... no sé muy bien como decirte esto... —dijo titubeando el señor Brandon.

—¿Ocurre algo padre?, ¿Se trata de madre?, ¿Es algo referente a la fábrica?  
—preguntó Susan algo preocupada porque nunca había visto a su padre dudar

de algo cuando hablaba con ella, además, no la miraba a ella, sino que evitaba mirarla fijando la vista en el suelo.

—No, no es eso —negó el señor Brandon—. Tu madre se encuentra perfectamente y los negocios van bien.

—¿Entonces qué ocurre? —insistió Susan.

—Se trata de ti —terció el señor Brandon—. Sé que hasta ahora siempre he accedido a tus peticiones, pero he recibido una propuesta de matrimonio de cierto caballero que no he podido rechazar.

—¿Cómo que no ha podido rechazar? —exclamó Susan abriendo los ojos más aún de lo que ya los tenía abiertos.

—He hecho lo que he considerado más conveniente para ti, Susan. No podía permitirme que le rechazaras y sé que lo harías si te lo preguntaba, por eso he aceptado la propuesta —dijo el señor Brandon con cierto pesar en sus palabras.

—¡Cómo ha podido hacerlo padre! —exclamó Susan con los ojos brillantes—. ¡Si sabe que le rechazaría cómo pudo hacerlo! —añadió alterada dando por hecho que el caballero no sería de su agrado.

—Tu madre tiene razón Susan. No puedo permitir que termines la temporada sin un pretendiente y ésta era sin duda la mejor oportunidad para asegurarme de tu bienestar y de que no te falte nada en el futuro.

—¿Y qué hay de mi felicidad padre? —preguntó Susan—. ¿No se ha parado a pensar en ello? —exclamó al borde de las lágrimas.

—Sé que podrás ser feliz junto a tu futuro esposo, estoy seguro de que te hará

feliz.

—¿Quién es? —preguntó Susan—. ¿A quién le ha concedido mi mano en matrimonio?

—Al duque de Buccleuch —contestó el señor Brandon.

En aquel momento Susan solo pudo pensar dos cosas; que aquel hombre no la haría feliz y que su padre acababa de decepcionarla.

—¿Al duque de Buccleuch? —exclamó consternada—. ¡A ese hombre cuya frialdad puede hacer competencia a una piedra!, ¿De verdad cree que me podría hacer feliz?

—Sé que te no te faltará de nada estando a su lado, Susan.

«Dinero» pensó Susan en ese instante.

Aquello era algo que al duque de Buccleuch le sobraba y en el fondo su padre solo creía que necesitaba a un hombre rico para ser feliz, pero sabía de sobra que aquel hombre jamás le daría lo que tanto ansiaba; amor.

—No puedo casarme con el, padre... ¡No puedo! —gritó Susan tirando el libro al suelo.

—Ya le di mi palabra y te casarás con él —afirmó el señor Brandon seriamente—. He consentido cada uno de tus caprichos y he accedido a todas tus demandas, ya es hora de que por fin tengas un marido porque no voy a consentir que mi única hija sea una solterona, será una duquesa; la duquesa de Buccleuch.

—Papá... —instó Susan en último recurso con los ojos algo brillantes.

—Si no creyera que fuese un buen hombre, no habría aceptado su mano, así que, aunque sea lo último que haga, te casarás con él y hasta que no se realice el anuncio oficialmente, nadie sabrá nada sobre este compromiso.

En el momento que el señor Brandon desapareció por la puerta de aquel salón, Susan se dejó caer de nuevo sobre aquella bancada de madera que había bajo la ventana que siempre había sido su lugar favorito para leer o simplemente pensar debido a las vistas y a la claridad que por ella traspasaba, pero ahora ni aquello podía reconfortarla o consolarla, así que unas lágrimas silenciosas comenzaron a caer de sus ojos al percatarse de cuál iba a ser su futuro próximo y el hecho de no poder confesarlo a sus amigas para tratar de encontrar consuelo en ellas le hacía sentirse aún peor...

No podía ser real... ¿Por qué el duque de Buccleuch iba a solicitar su mano si ni tan siquiera había hablado con ella? Hasta el momento había creído que la detestaba, que no era de su agrado y de hecho, incluso saber aquello en cierta forma le había molestado al creer que no estaba a su altura, en cambio había solicitado su mano, se convertiría en su esposa o más bien su tercera esposa y sería la madre de sus dos hijas, hijas a las que aún no había conocido ni tenía la más mínima idea de como eran.

«No me casaré con ese hombre» pensó Susan convencida. «Aunque sea el hombre más apuesto que jamás haya conocido sé que no sería feliz a su lado» meditó justo después.

—¡Oh querida!, ¡Estás aquí! —exclamó la madre de Susan entrando en el salón como si la buscara por toda la casa—. Tu padre ya me ha comentado que te ha dado la grandiosa noticia, ¡Duquesa!, ¡Mi hija será una duquesa! —añadió entusiasmada... el anuncio será oficial en tres meses, organizaremos un gran baile aquí en casa y así podremos dar la noticia...

¿Tres meses?, ¿Solo tres meses? Eso era muy poco tiempo... Tendría que hacer hasta lo imposible para evitar que aquel compromiso se hiciera oficial, tendría que conseguir que el propio duque lo anulase si no quería dejar a su familia en mal lugar, pero ¿Qué podría hacer? Nunca se le habían dado bien

—Me voy a mi habitación —anunció Susan recogiendo el libro que había en el suelo y no queriendo escuchar más de aquella supuesta boda con el duque. Cuanto más oía sobre aquel asunto, más real le parecía.

—Susan... —dijo la señora Brandon deteniendo a su hija antes de que abandonara el salón—. Tu padre no ha querido mencionarte nada al respecto para no presionarte, pero el duque es una persona muy influyente y aunque la fábrica va bien, no pasa por uno de sus mejores momentos... y aunque tu padre insiste en que todo va bien, no es así.

—¿A que se refiere exactamente madre? —preguntó Susan frunciendo el ceño.

—A que el duque ha prometido invertir capital en la fábrica en cuanto se formalice el compromiso. Algo que para nosotros sería mucho más que conveniente dada la situación.

—Creo que me ha quedado bastante claro, madre —terció Susan con un evidente tono de enfado mientras subía las escaleras hasta llegar a su habitación.

Tras entrar cerró fuertemente la puerta no importándole en absoluto el ruido que pudiera escucharse por toda la casa. Estaba enfadada, cabreada y se sentía vendida al mejor postor que en este caso había sido su propio vecino. No podía creer que aquel hombre fuese finalmente el elegido y que en tan solo unos meses no solo anunciaría su compromiso ante todos. Ni tan siquiera

había sido amable, lejos estaba de ser atento, mucho menos agradable, ¿Qué destino le esperaba entonces junto a ese hombre?, ¿Qué clase de persona era el duque de Buccleuch? Sus ojos verdes inspiraban demasiado, pero su talante dejaba claro que él era como un muro de piedra “impenetrable”.

## 2

El actual duque de Buccleuch tenía sus pensamientos sumergidos en aquel cuaderno de cuentas que revisaba cada noche para no perder detalle alguno de todas sus ganancias. Aquella tarea era algo que le ayudaba a conciliar el sueño y también a evitar pensar en otros menesteres como la presión a la que estaba sometido de tener que volver a casarse por tercera vez para engendrar al fin un heredero digno de la dinastía Buccleuch.

Su mala suerte le había llevado no solo a tener dos hijas, que por muy hermosas que éstas fueran; no eran varones, sino a perder a ambas esposas en el proceso. La primera vez que contrajo nupcias no estaba enamorado, la bella *lady* Sarah tenía una dote y alcurnia adecuada digna para convertirse en duquesa y por tanto solicitó su mano. No tardó en concebir la que ahora era su hija mayor *lady* Madeleine, que apenas acababa de cumplir los seis años, pero perdió demasiada sangre durante el parto y al tercer día desgraciadamente murió, por suerte la señora Edna que era la madre de *lady* Sarah se había quedado en la mansión para cuidar de su nieta ante la evidente



falta de su madre y aquello era algo que el duque había aprobado de buen agrado.

Un año más tarde contrajo nupcias de nuevo con *lady* Rebecca, su dulce rostro y cabellos rubios le convencieron —además de aquella suculenta dote—, para ver si finalmente podía obtener después de aquel trágico suceso con su primera esposa: un heredero, pero después de tardar casi dos años en concebir un hijo, su segunda esposa al igual que la primera también murió en el parto justo después de alumbrar a su hija *lady* Diane, de tan solo tres años.

Había tardado justamente eso, tres años en plantearse la idea de volver a contraer matrimonio, incluso barajó la posibilidad de estar propiamente maldito tras dos esposas muertas mientras alumbraban a sus hijas, pero era consciente de que necesitaba tener un heredero y esta vez quería a una esposa de temperamento fuerte. No le importaba en absoluto ninguna dote, ni que fuera irrefrenablemente bella, lo único que deseaba era no ser el responsable de otra muerte más a su espalda.

Todas las jóvenes le parecían demasiado similares a sus anteriores esposas, tanto era así que no se había decidido por ninguna, de hecho, comenzaba a pensar que no encontraría a ninguna candidata idónea hasta que la vio a ella... a la joven hija de los señores Brandon.

La señorita Brandon era sin duda hermosa, pero no tan joven como el resto de candidatas a las que había descartado. No deseaba una prometida tan joven como lo fueron sus anteriores esposas, quizá la edad tendría algo que ver, pero saber que la dama probablemente quedaría solterona tras aquella temporada fue el factor decisivo para inclinarse por interesarse en ella y su decisión al rechazar anteriores pretendientes le daba la seguridad de la determinación de aquella joven. De hecho, había podido comprobar esa

determinación durante aquella cena cuando el señor Brandon le había invitado formalmente a su casa, esa misma noche, al ver de cerca a la joven se había convencido a sí mismo que era la indicada, no deseaba encariñarse con su nueva esposa, menos aún tenerla en la misma estima que había tenido a las dos anteriores pese a no haberlas amado fervientemente porque apenas había tenido tiempo de hacerlo, pero si el infortunio volvía a cernirse sobre él, deseaba al menos no llorar su pérdida y con la señorita Brandon podría conseguir aquello.

—Su excelencia. —La voz del ayuda de cámara del duque llegó hasta Aaron.

—¿Sí, Sebastián? —exclamó alzando la vista al frente.

—Su baño ya está listo excelencia, cuando guste le estaré esperando.

—Por supuesto, iré enseguida —afirmó con alevosía.

Lord Aaron Bucleuch, quinto duque de Buccleuch era un hombre de costumbres antiguas; metódico, autoritario, quizá frío y calculador para algunas personas, pero solamente trataba de perseverar lo que sus antepasados habían conseguido con esfuerzo y constancia, por eso debía tener un heredero y debía conseguirlo al precio que fuera.

En cuanto se sumergió en aquella bañera de agua caliente cerró los ojos dejándose arrastrar por la sensación placentera que aquel baño le aportaba. Quizá era uno de los pocos momentos en los que verdaderamente dejaba atrás las preocupaciones, sus propios deseos e incluso su deber para abandonarse a sí mismo. A su mente llegó entonces el rostro de la joven Brandon con aquel cabello rojo fuego siempre recogido e inevitablemente no pudo evitar pensar en cómo se vería suelto mientras caía por aquellos hombros, cómo sería tocarlo...

«Tal vez lo descubriera pronto» pensó el duque mientras estiraba el cuello para relajar sus músculos.

Desechó aquella idea, aún quedaba demasiado hasta que aquella boda se celebrase, el padre de la joven había insistido en tener un noviazgo tradicional y eso implicaba nueve meses tras el anuncio de compromiso que tendría lugar en aproximadamente otros tres más hasta que finalizaran los preparativos. Si había esperado tres años para encontrar una tercera esposa, podría esperar casi otro año más para obtenerla y que ésta fuera solo suya.

Si había algo que *lord* Aaron Buccleuch detestara más que la escoria social era precisamente los eventos sociales donde tener que soportar a dichas personalidades.

La vanidad de algunas personas con o sin alcurnia que pretendían aparentar lo que en realidad no eran le hacían hervir la sangre y por eso solía evitar a toda costa aquellos bailes.

Se había jurado a sí mismo dos veces —justo cuando buscaba esposa—, que una vez casado los evitaría a toda costa, pero tal parecía que el destino había jugado en su contra teniendo que volver a soportar aquella infernal velada. Muy a su pesar tendría que aguantarlo una tercera vez hasta que aquel matrimonio fuera oficial y hasta entonces, —según la propia decisión del padre de su prometida—, tendrían que mantener las apariencias para que la sociedad creyera que aquel noviazgo se había producido de forma casual y no premeditado.

«Como si alguien en su sano juicio fuera a creer que no la había comprado» pensó el duque mientras se ajustaba el chaqué y cogía el sombrero que le ofrecía su fiel ayuda de cámara antes de salir de su alcoba.

—Que pase una buena velada *lord* Buccleuch —terció Sebastián.

—Me conformaría con que solo fuera decente —contestó el duque sin un ápice de sonrisa evidenciando claramente lo poco que le gustaba tener que asistir a aquel dichoso baile aquella noche.

Antes de salir de casa se aseguró de que sus hijas estuvieran debidamente en la cama y en efecto, cuando entró en aquella habitación decorada en tonos malva, observó entre la tenue luz que proporcionaba una sola vela, los rostros dormidos de sus hijas pequeñas.

No solía pasar largo tiempo con ellas porque entre otros menesteres no lo tenía. Sus quehaceres le llevaban demasiado tiempo y lo cierto es que tampoco sabía cómo pasar el tiempo con ellas, para eso estaba la señora Edna, que era la propia abuela de Madeleine y que mejor que esa amable mujer para criar a sus hijas y enseñarle todas las cosas que supuestamente le deben enseñar a unas damas de su alcurnia, después de todo, ella había educado perfectamente a su hija así que se había acomodado a que la buena mujer se hiciera cargo de ellas.

En cuanto dio dos golpes en el carruaje para que iniciara la marcha hacia el sitio donde tendría lugar la velada, pensó que después de todo, no le vendría mal darle una madre a sus hijas, aunque no era la principal razón por la que deseaba una esposa y además, tampoco le hacía especial ilusión que sus hijas se encariñaran de una mujer que quizá podría correr la misma suerte que sus anteriores esposas... No. Una tercera vez sería prácticamente una maldición, aunque tenía que reconocer que el temor existía.

Aquella noche Susan llevaba el cabello debidamente recogido como siempre hacía, lo cierto es que en más de una ocasión le habría gustado llevar un

recogido con bucles sueltos como había observado a más de una joven hacerlo, pero su madre se había negado en rotundo a que pareciera pretenciosa, así que se limitaba a llevarlo completamente pegado sin un atisbo de rebeldía.

Su vestido de color champagne en tonos claros hacía competencia con su tez blanquecina, de hecho, si no fuera por el color de su cabello casi podría camuflarse en aquel tono. Desde luego no era un color que ella hubiera elegido, pero claro estaba que no había sido ella quien lo había escogido de entre todos aquellos tejidos que su amiga Emily les había ofrecido. Probablemente en otra joven habría lucido mejor que en ella, pero al menos el diseño moderno y entallado a la cintura le daba la gracia que el color en sí no lograba lucir. Aquellas mangas de gasa en las que se dejaba entrever la piel de sus brazos y un sinuoso pero limitado escote en barco, casi se atisbaba un ápice de piel en sus hombros, algo que sin duda le había parecido hasta extraño que su madre no criticara.

«Tal vez ahora que estoy comprometida piense que puedo enseñar más piel que antes» pensó Susan observando a su madre abanicarse en aquel concurrido baile.

Ni tan siquiera sabía porque estaba allí cuando sus amigas no habían podido acudir a la velada, pero en cuanto vio aproximarse al duque de Buccleuch supo exactamente porque habían asistido.

Debía reconocer que era un hombre imponente, de hecho, ahora que sabía que era su prometido se deleitó aún más observándole detenidamente. Su altura era considerable, probablemente ella no le llegaría ni a los hombros a pesar de llevar un leve zapato de tacón. Con aquel cabello negro de leves ondas y algún rastro blanquecino le daba cierto carácter de madurez que de

sobra sabía que poseía. ¿Qué edad tendría el duque? Probablemente pasaba la treintena por su aspecto, pero su rostro era jovial, demasiado jovial y atractivo muy a su pesar.

Lo más impresionante de aquel hombre sin duda eran aquellos ojos, unos ojos que expresaban tanta frialdad que lograban estremecerla. No sabía que era lo que tenía aquel caballero para que pudiera hacerle sentir aquello con tan solo una mirada, quizá solo eran imaginaciones, tal vez solo fuera un vago presentimiento, pero lo cierto es que no sentía por aquel hombre lo que se suponía que Emily o incluso la propia Catherine sentían por sus esposos y comenzaba a temer que jamás lograría tener, —aunque solo fuera un poco— aquel sentimiento que con tanto ahínco siempre había anhelado.

—¿Me concede este baile señorita Brandon? —pronunció aquella voz profunda que le hizo alzar la vista para observar aquellos profundos ojos verdes.

Susan le observó atentamente, buscando en aquella mirada algo más que aquel muro impenetrable y durante un segundo, solo un mísero segundo lo encontró- En el fondo de aquella mirada casi logró apreciar cierta calidez a la que quiso aferrarse con todas sus fuerzas.

### 3

—Desde luego que lo hará —terció la señora Brandon antes de su propia hija ni tan siquiera pudiera contestar.

Susan trató de disimular ese resentimiento hacia su madre que sentía cada vez que trataba de manipular y controlar su vida.

«Susan ponte este vestido», «Susan, haz esto», «Susan, debes llevar siempre el cabello recogido» Se preguntaba si algún día dejaría de sentir esa opresión a la que era sometida y si no hubiera sido por la libertad que le había ofrecido su padre hasta ese momento, probablemente habría terminado fugándose de casa al no resistirlo.

A pesar de sentirse afortunada, no dejaba de preguntarse si habría podido gozar de otro tipo de libertad de no haber pertenecido a una familia pudiente. ¿Habría sido más feliz siendo una simple doncella? Probablemente jamás obtendría la respuesta, pero tenía claro que, de ser así, ella misma habría podido tener esa libertad de elegir a su propio esposo, algo que hasta hacía

escasos días pensaba que podría hacer.

El destino juega sus cartas, cambia a su favor y ahora el suyo pertenecía a ese hombre. Ese caballero de ojos verdes penetrantes que al mismo tiempo que podía sentir su mirada fría, deseaba encontrar ese atisbo de calidez que había notado durante un solo instante.

Colocó su mano sobre la de él que aún permanecía en el aire esperando una respuesta y a pesar de parecer un hombre distante y frío, su cuerpo expresó todo lo contrario ya que al contacto notó aquel ardor embriagándola por completo.

Jamás había sentido esa calidez en ningún otro caballero a pesar de haber bailado con una larga lista de ellos. Quizá solo fuera un mero reflejo de lo que aquel contacto implicaba, “le pertenecía”, a pesar de que aún no se hubiera formalizado el compromiso y de que se había convenido un noviazgo largo. Sabía de sobra que su destino era darle un heredero al duque, a ese caballero que en cuanto sintió su contacto apartó la mirada hacia otro lado y se encaminó de la mano hacia el gran salón de baile.

El silencio durante las dos primeras partes de la pieza era inaudito y no porque en aquella sala no se pudieran escuchar los murmullos de la gente, la música inundando todo el salón o el constante repiqueteo de los zapatos sobre aquel fino suelo, sino más bien la absoluta mudez de el duque de Buccleuch mientras bailaban.

¿Iba a ser siempre así? Susan prácticamente había olvidado cuando fue la última vez que había bailado con un caballero sin que mencionara siquiera algo sobre el tiempo para ser cortés.

—¿Es usted siempre así de silencioso? —preguntó Susan no soportando más



aquella tensión.

—No tengo por costumbre hablar mientras bailo —contestó con voz vibrante y ruda al mismo tiempo mientras trataba de mirar hacia otro lado.

—Está bien —respondió y trago saliva para tratar de aliviar el nudo que permanecía en su estómago debido a la tensión que estaba manteniendo en todo momento.

¿Para qué le habría pedido entonces que bailara con él? Pensó Susan determinando cuál era la respuesta a su pregunta. Quizá la respuesta estaba en que indudablemente era conveniente que los vieran juntos y nadie sospechara de lo insólito que sería aquel compromiso en cuanto se anunciase, más aún teniendo en cuenta que sería el tercero para él.

—Aunque podría hacer una excepción si usted lo prefiere —añadió el duque en última instancia quizá solo para parecer cortés.

—Se lo agradezco, pero no es mi deseo condicionarle cuando usted prefiere no hacerlo —contestó Susan siendo escueta en su respuesta de forma que se produjo un largo silencio hasta que finalmente acabó aquella pieza de baile.

—Imagino que su padre ha debido informarla debidamente sobre nuestro acuerdo. —Pronunció el duque firmemente con aquella voz grave.

Susan sabía a que se refería así que inclinó la cabeza en un gesto afirmativo. Aún no podía expresar en voz alta que sería la futura duquesa de Buccleuch, menos aún al propio duque en cuestión. De hecho, no poder revelar a sus íntimas amigas que iba a casarse le resultaba atroz. Necesitaba confesar su más profundo temor respecto a ese matrimonio que no era otro que la sola idea de que aquel caballero al que apenas conocía y que desde luego no

amaba en absoluto; acudiera a su lecho.

—¿Esta conforme entonces con ser la nueva duquesa de Buccleuch? — insistió esperando una respuesta por parte de ella.

—Si, *lord* Buccleuch —afirmó Susan a pesar de no desear hacerlo.

—Me complace saber que no difiere en el acuerdo que tengo con su padre señorita Brandon —contestó inclinándose para llevar la mano de Susan hasta sus labios y proporcionar un cálido beso en el dorso de esta justo antes de llevarla de nuevo hacia el lugar donde se encontraban los padres de la joven.

Durante el resto de la velada el duque permaneció junto al señor Brandon como si hablasen algo referente a asuntos de negocios, para consternación de Susan, tuvo que permanecer sentada al lado de su madre durante el resto de la velada y rechazar a cada pretendiente que se acercaba alegando que había sufrido una leve torcedura de tobillo mientras bailaba.

—Tengo sed, madre —terció Susan levantándose de su asiento.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó la señora Brandon impidiendo que se alzara.

—Solo iré a pedirle a padre que me traiga un poco de limonada —mintió Susan descaradamente, pero al parecer sirvió para que su madre la dejara alejarse.

En cuanto se acercó a la zona de caballeros torció hacia la izquierda para alejarse por uno de los pasillos que sabía que darían a los jardines exteriores. Necesitaba respirar aire puro, hacer mas liviana aquella velada que no solo estaba resultando tediosa e insípida sino profundamente inquietante al saber que ahora estaba comprometida.

Nunca se había alejado en solitario de sus amigas o de sus propios padres, jamás había osado hacerlo por lo que aquello podría acarrearle a su reputación, pero tal vez la idea de saber que su futuro ya estaba planificado le había dado alas de osadía para que le diera absolutamente igual lo que aquello significase.

En cuanto salió al jardín no solo se encontró con una aplastante oscuridad aliviada por tenues candelabros colocados en varios postes además de la propia luz que proporcionaba aquella luna creciente. Paseó hasta uno de los bancos de piedra y se sentó en este para abrazarse a sí misma por el frescor de la noche.

—¿Puedo hacerle compañía a tan hermosa dama? —preguntó una voz a espaldas de Susan provocando que esta se girase casi asustada para encontrarse con el rostro de un caballero que indudablemente conocía de vista, pero que en aquel instante no recordaba.

—Disculpe... yo... —comenzó a balbucear.

—No se disculpe, soy yo quien la he asustado, pero he visto como se encaminaba hacia aquí y no me he podido resistir a importunarla. Es usted increíblemente hermosa, señorita Brandon —insistió aquel caballero sin dejar de mirarla.

Sabía quien era ella, aquel caballero lo sabía y sonreía de una forma que incluso le resultaba inquietante, ¿Quién era? Había algo en ese rostro, en esa mirada y en esa sonrisa que le hacían no estar tranquila.

Susan sintió la imperiosa necesidad de salir corriendo, pero al mismo tiempo no quería aparentar que aquel caballero la ponía nerviosa con su comportamiento o que incluso pudiera sospechar de que le producía cierto

desconcierto.

—Debo volver —anunció Susan contrariada—. Seguramente me están buscando y yo... —siguió diciendo mientras caminaba hacia los escalones por los que había bajado y pasaba junto al caballero.

—¿Por qué tanta prisa? —exclamó aquel caballero deteniéndola a su paso provocando que Susan se girase para observarlo más de cerca.

En ese momento supo quien era, se trataba de uno de los amigos del esposo de Catherine, del duque de Lennox y ninguno de ellos tenía muy buena fama con las damas. Aquel hecho la hizo sentirse aún más nerviosa por encontrarse a solas con aquel caballero del que no recordaba su nombre.

—¡Suélteme! —exclamó decidida en voz alta intentando deshacerse de su agarre.

—Está bien —afirmó aún sin soltarla—. La soltaré si me concede un beso.

—¿Qué? —exclamó Susan aturdida.

¿Había escuchado realmente bien lo que aquel degenerado acababa de proponerle?

—Hace tiempo que ardo en deseos de probar esos labios y no perderé esta oportunidad ahora que la he encontrado a solas.

—¡Es usted un canalla! —gritó sin importarle quien la escuchara—. ¡Suélteme ahora mismo o le...

—¡Suelte ahora mismo a la señorita, señor Hampton! —bramó una voz a sus espaldas provocando que ambos se girasen.

Susan suspiró aliviada al saber que alguien había escuchado sus gritos y se volvió casi agradecida hacia el rostro del caballero que sin duda iba a convertirse en su salvador. En el momento que se encontró con esos ojos verdes de nuevo el corazón casi se le encogió, pero al mismo tiempo agradeció infinitamente que la hubiera rescatado.

—Lo lamento excelencia. —Habló el señor Hampton soltando el brazo de la joven—. Solo estábamos discutiendo un asunto sin importancia —aseguró antes de inclinar la cabeza y desaparecer del lugar.

—Grac... graci... gracias —dijo finalmente Susan costándole pronunciar aquella palabra.

—Que sea la última vez que se aleja en solitario de una velada, ¿Ha quedado claro? —bramó el duque con el ceño fruncido como si estuviera enfadado.

—Solo quería...

—No me importa lo que quisiera —la interrumpió—. No consentiré que el nombre de mi prometida se ponga en entredicho si estará vinculado a mi título.

—¡Mi reputación es intachable *lord* Buccleuch! —exclamó Susan retándole con la mirada.

—Y así pretendo que siga siendo, pero su comportamiento esta noche deja mucho que desear al respecto.

Una vez, ¡Solamente había cometido una imprudencia en toda su vida y justo él tenía que descubrirla!

—Si es lo único que le preocupa le garantizo que no volverá a ocurrir. Y

aunque no le importe en absoluto, me encuentro bien, gracias. —Advirtió airada antes de llevarse las manos a la falda para alzarla levemente y no tropezar por la hierba del jardín, pero sintió un brazo ciñéndose a su cintura y se vio obligada a retroceder hasta rozarse con algo fuerte... firme... duro... casi tanto como una piedra hasta que entendió que se trataba del pecho de su excelencia.

—Sé que está bien —susurró levemente el duque—. Yo siempre cuido de lo que me pertenece, téngalo presente señorita Brandon —añadió antes de soltarla.

Aquellas palabras se filtraron bajo la piel de Susan provocando que por primera vez en su vida no pudiera contestar nada. Ni siquiera tenía una respuesta que darle porque simplemente no se había imaginado que alguien como su excelencia el duque de Buccleuch pudiera confesar algo similar. ¿La consideraba suya?, ¿A pesar de no estar aún casados? Ni tan siquiera habían anunciado su compromiso y ya pensaba que le pertenecía. Su piel estaba erizada y sentía un mariposeo en el estómago ante la realidad de aquellas palabras hasta ahora inexplicable.

¿Qué significaba aquel cúmulo de sensaciones?, ¿Qué se suponía que eran? No tenía respuestas porque nunca había sentido nada parecido, pero tampoco ningún caballero le había confesado algo ni remotamente similar.

—Será mejor que vuelva al salón junto a su madre. Yo la seguiré y me aseguraré de que no sufre ningún altercado en el camino —dijo su excelencia sacándola de su ensoñación particular.

—Por supuesto —confesó Susan antes de iniciar el camino de regreso junto a su madre.

*Lord* Buccleuch seguía de cerca la silueta de aquella mujer de cabellos rojos que tenía delante. Por primera vez en años había sentido un irrefrenable deseo de enfrascarse en una pelea solo para partirle la cara a ese cretino de Hampton por intentar propasarse con su prometida, ¡Con algo que era suyo!, ¡Porque aquella dama ya era suya, aunque no fuera oficial!

Aún no podía entender como se le había ocurrido a la joven aventurarse a salir sola de aquella casa en la que se celebraba el baile, ¿Es que no era consciente de las consecuencias? Lo primero que pensó es que probablemente la joven habría acudido a una cita concertada con algún joven, pero fueron precisamente sus reclamos lo que le hicieron encontrarla y en cierto modo se sentía satisfecho de que no fuera así. No quería volver a buscar otra joven con la que casarse, se había hecho a la idea de que sería ella y lo cierto es que comenzaba a desarrollar cierto instinto carnal sobre la joven Brandon... un instinto que cuando había contemplado aquel carácter en ella casi logró obnubilar su juicio.

Probablemente necesitaría ser más distante de lo que de por sí era con la joven. No quería involucrarse demasiado, ni encariñarse con su prometida a pesar de que fuera a convertirse en su esposa. No. Se negaba a hacerlo por temor a tener que pasar otra vez por lo mismo una tercera ocasión.

«Yo siempre cuido de lo que me pertenece» rememoró Susan una vez más mientras divagaba sentada en aquel diván que era de sus favoritos tratando de amenizar el tiempo con un libro que no conseguía captar su atención.

Habían pasado tres semanas desde que el duque había mencionado aquellas palabras en aquel baile. Tres largas semanas en las que no había vuelto a verle, ni tan siquiera coincidir cuando había salido a realizar sus quehaceres y lo cierto es que en cierta forma, era extraño lo que sentía al recordar aquellas

palabras, pero al mismo tiempo distante puesto que no tenía ningún trato con el que se suponía era su prometido.

Todas las parejas que se comprometían solían verse asiduamente, ¿Tal vez el duque esperaba un compromiso oficial para hacerlo? Siempre había soñado con pasear por Hyde Park de la mano de su prometido cuando realmente lo estuviese y ahora no tenía muy claro si deseaba o no hacerlo. Nunca había tenido un pretendiente que le gustara lo suficiente para aceptar tal proposición, de hecho nunca había pasado de aquellos bailes por más que hubieran insistido, ¿Tal vez aspiraba a algo que no existía?, ¿Quizá estaba demasiado obcecada con encontrar el amor y simplemente no tenía cabida para ella?

Tal vez él no fuera la peor opción de todas después de todo. El duque era apuesto, sensato y aunque demasiado frío y distante para su gusto tenía que reconocer que gracias a él había evitado un mal mayor. La había protegido o más bien; rescatado, y aunque le había caído una leve reprimenda por ello, era consciente que debía agradecerse.

«Yo siempre cuido de lo que me pertenece» volvió a recitar aquellas palabras.

¿Hasta qué punto él la consideraba suya teniendo en cuenta que no habían anunciado formalmente su compromiso y que éste incluso podría romperse? Tenía sentimientos encontrados con saber que él iba a cuidar de ella como finalmente había hecho en aquel baile y empezaba a resignarse más de lo normal a su destino, como si de algún modo comenzase a sopesar que quizá el duque no fuese un hombre tan frío como aparentaba ser.

Aquella tarde tenía cita en Lynet's para encargarse un vestido nuevo, ese



vestido que sería el de la fiesta de compromiso y sería la excusa perfecta para ver a su amiga *lady* Emily ya que ella era la propietaria y diseñadora de la casa de modas si es que tenía la oportunidad de coincidir con ella.

Los señores Brandon habían enviado invitaciones a todos los amigos y conocidos de la sociedad para que acudieran a un grandioso baile, esa era la excusa para dar la noticia, incluso a la señora Brandon le fue imposible evitar mencionar que darían una noticia sensacional durante el baile y decir eso en Londres era casi afirmar que pronto habría una boda a la vista.

—¡Susan, que alegría verte! —exclamó Emily nada más verla.

—¡Oh, no sabía que estarías aquí! Aunque reconozco que tenía esperanzas en que estuvieras —contestó Susan observándola detenidamente.

A pesar de no hacer demasiado tiempo que *lady* Emily había tenido a su segunda hija, lucía una espléndida figura y estaba increíblemente hermosa. Susan Envidiaba esa inquietud, libertad y sobretodo aquel don hacia la moda que su amiga desbordaba.

—Me escapé unas horas porque tenía varios asuntos que tratar personalmente, pero dime, ¿Has venido a recoger algún vestido?

—En realidad queríamos encargar uno —intervino la señora Brandon acercándose hasta ellas.

—¡Oh por supuesto! —exclamó Emily sonriente—. Han llegado unos tejidos nuevos que encargué hace varias semanas, seguro que te encantarán, ¿Es para algún evento en concreto?

—Es para el baile que daremos en casa —susurró Susan justo cuando su madre se alejó inspeccionando varios modelos que lucían en algunos

maniquís.

—¡Cierto!, ¡Me llegó la invitación hace unos días! Debo decir que nos sorprendió bastante y estaremos encantados de asistir.

—Lo cierto es que hace años que mis padres no organizan una cena acompañada de un baile en casa.

—¿Y a qué se debe si es que puedo preguntar? Porque he oído rumores sobre que habrá un anuncio durante la velada... —concluyó Emily intrigada.

En ese momento Susan observó recorriendo con la mirada la estancia para asegurarse de que nadie pudiera escucharla, incluida su madre.

—No debe enterarse nadie —susurró en una voz tan baja que para Emily fue casi imposible escucharlo, pero asintió—. Mi compromiso —añadió con aquella imperiosa necesidad de revelárselo a alguien.

Emily abrió los ojos sorprendida y evocó una sonrisa.

—¡Eso es estupendo! —exclamó sin poder contenerse—. Me alegro muchísimo por ti —añadió en un tono mucho más bajo.

—Gracias —contestó Susan verificando que su madre permaneciera aún lo suficientemente lejos de ella para no escucharla.

—¿Y quien ha sido finalmente el afortunado caballero? —preguntó Emily.

—Creo que eso sí que no podré revelarlo —confirmó justo antes de que su madre volviera junto a ellas.

—¿Has pensado en algún color? —preguntó entonces Emily cambiando de conversación para no levantar sospechas.

—Yo creo que lavanda o quizá melocotón suave —dijo la señora Brandon.

—Verde —confirmó Susan sin previo aviso—. Me gustaría que fuera verde —insistió pensando en cierto matiz que tenían aquellos ojos del duque de Buccleuch.

## 4

Susan se miraba al espejo mientras su doncella trataba de desenredar aquel largo cabello rojo para realizar uno de esos recogidos elaborados que estaban tan de moda y que ella desde luego detestaba sin lugar a duda, sobre todo por el enorme tiempo que tardaba en realizarlo debido a la longitud de su cabello y los alfileres que después debía quitarse antes de acostarse.

El vestido verde que Emily había diseñado para ella lucía sobre su cama. Se trataba de un verde claro a pesar de que a ella le habría gustado que fuera un poco más oscuro, pero su madre se había negado rotundamente a que llevase un tono con ese matiz antes de estar debidamente casada. Lo mismo sucedió con el escote, que era rigurosamente pudoroso sin enseñar un ápice los hombros, solo la parte del cuello que la camisola blanca que luciría debajo no permitía cubrir.

A veces deseaba casarse solo para no tener que acatar todas las órdenes de su madre, pero entonces recordaba que debería someterse a las de su esposo y

con el carácter frío del duque de Buccleuch no sabía quien sería peor de los dos. Quizá era mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Llevaba semanas sin ver al duque, según su propio padre por los negocios que este tenía fuera de la ciudad ya que se trataba de un hombre muy ocupado además de rico y noble. Las pocas veces que habían tenido la oportunidad de coincidir ni tan siquiera habían hablado, siempre había sido en presencia de su padre y la conversación se había ceñido rigurosamente a la empresa de muebles que tenía su familia.

Aquella noche sus peores temores se harían realidad, su compromiso sería oficial y ya no habría vuelta atrás de cara a toda la sociedad. Aunque aún faltara un noviazgo largo según las normas que establecía el protocolo, empezaba a dudar que en todos esos meses antes del matrimonio pudiera llegar a conocer verdaderamente al duque.

Había llegado a pensar que la evitaba por culpa de aquel encuentro desafortunado la última y única vez que estuvieron a solas, pero no había roto el compromiso, ni tampoco había vuelto a mencionar el tema ni tan siquiera a sus padres, algo que en un primer momento había temido que hiciera.

—¿Aún está así? —exclamó la señora Brandon reprendiendo a la doncella que estaba atendiendo a Susan—. ¡Rápido! Los invitados comenzarán a llegar en un ahora.

Era evidente que estaba nerviosa, llevaba días inquieta por la incertidumbre de que todo saliera absolutamente perfecto durante la cena y el baile para que todos hablaran durante días de la gran fiesta que se había celebrado en casa de los Brandon y del compromiso que se había anunciado durante la velada.

—Gladys hace lo que puede, madre —confesó Susan con una aparente

tranquilidad que desde luego no tenía.

Por suerte para Susan su madre cerró la puerta y las dejó en paz, probablemente estaba tratando de incordiar a algún otro empleado de la casa porque no habría colocado las flores en el lugar adecuado o un cubierto en la mesa no brillaba lo suficiente.

Cuando se contempló en el espejo finalmente ataviada con aquel vestido verde claro que le recordaba a los ojos de su futuro esposo y el broche a juego que le había prestado Emily porque decía que combinaría a la perfección con el vestido, se sintió nerviosa y no pudo evitar pensar que impresión causaría a su prometido, al que cada vez estaba más segura que le resultaba indiferente.

—Señorita, luce espléndida esta noche —confesó su doncella.

Lo cierto es que no sabía que el verde resaltara tan bien el color de su cabello a pesar de tener los ojos azules y con la cintura tan ceñida que marcaba su esbelta figura hacía que pareciera aún más delgada de lo que en realidad era. A pesar de no tener escote, teniendo en cuenta que el vestido era en tono claro, había algo en aquel diseño que lo hacía impecable. Tal vez fuera la caída de la tela, o los retazos de gasa en las mangas que dejaban entrever su piel, pero sin duda alguna hizo que se sintiera algo más segura de sí misma y de su supuesta belleza, esa que ella aún no conseguía ver en el reflejo de aquel espejo.

En el momento que Susan alzó la vista mientras bajaba por aquella larga escalinata hasta llegar al recibidor de entrada, pudo divisar que ya habían llegado los primeros invitados. Instintivamente no pudo evitar buscarle con la mirada, debía estar allí teniendo en cuenta lo sumamente puntual que siempre

era.

—¡Susan!, ¡Estás preciosa! —exclamó Julia al verla.

—¡Has venido! —contestó Susan sonriente y en ese momento levantó la vista para encontrar aquellos ojos verdes que la dejaron instantáneamente sin aliento.

El duque de Buccleuch la observaba fijamente y estaba increíblemente apuesto, más apuesto de lo que incluso podía recordar en sus vagos recuerdos. Por un momento pensó que se acercaría a saludarla formalmente, que volvería a escuchar su voz ruda y sería al mismo tiempo que aspiraba aquel aroma que desprendía y que había tratado de evocar, pero simplemente se dio la vuelta y se adentró en el gran salón donde estaba colocada la gran mesa.

Estratégicamente la señora Brandon había colocado a *lord* Buccleuch frente a su hija, de forma que ambos se encontraran cada vez que alzaban la mirada y aquello solo hizo que Susan permaneciera en tensión durante toda la velada porque notó como en cada ocasión que se ofrecía la posibilidad de conversar con el duque, éste la evitaba.

¿Qué ocurría?, ¿Por qué *lord* Buccleuch la evitaba?, ¿Tal vez había algo malo en ella?

La actitud del duque la tenía en tensión y a pesar de repetirse a sí misma que no le importaba, que ella podría hacer exactamente lo mismo, lo cierto es que deseaba su atención, quería saber cómo era *lord* Buccleuch, conocer al que iba a convertirse en su esposo y cada vez tenía la impresión que él se alejaba aún más de ella.

—Señorita Brandon, déjeme decirle que luce espléndidamente hermosa esta noche —terció el caballero que se encontraba al lado de la joven.

—Gracias señor Arched —respondió Susan—. ¿Qué tal se encuentra su hermana?

—¡Oh muy bien! Gracias por interesarse —contestó inmediatamente—. Solo es cuestión de días que vuelva a retomar la temporada.

—Me alegro entonces de que su salud no se haya visto tan perjudicada —atenuó Susan mientras se llevaba una cucharada de caldo a la boca.

En aquel momento alzó la vista y se encontró con unos ojos verdes contemplándola, el temblor en sus dedos hizo tener que dejar la cuchara sobre el plato y coger la servilleta de tela para limpiar las comisuras de sus labios en un gesto de impaciencia para calmar sus nervios.

¿Por qué la miraba de aquella forma intensa?, ¿Qué estaba ocurriendo?

—Le hubiera complacido enormemente poder asistir a la velada, pero el médico insistió que necesitaba unos días más de reposo absoluto.

—Si —afirmó Susan contrariada—. Ya se sabe que los resfriados en esta época son muy traicioneros.

—¿Me concederá el primer baile si aún no está comprometida? —preguntó el joven Arched provocando que Susan dejara sobre su regazo de nuevo aquella servilleta y mareara algo nerviosa el plato.

—Me temo que me adelanté a su petición, señor Arched —confirmó aquella profunda voz haciendo que Susan alzara la vista para visualizar aquellos ojos tan nítidamente verdes como un prado soleado.



¿Desde cuando evocaba visiones con el matiz de los ojos del duque?

—En ese caso, espero que me reserve el segundo —contraatacó el señor Arched sin amilanarse.

—Por supuesto —afirmó Susan tratando de apartar la mirada—. Será un placer.

En cuanto la cena terminó y comenzaron a despejarse los comensales para iniciar el baile. Susan observó como el duque de Buccleuch se dirigió hacia ella y sin mencionar palabra alguna ofreció su mano dando por sentado que ella le complacería en aquel gesto para iniciar aquel baile.

La escasez de palabras en ese hombre le hacía sentirse inquieta, expectante y por insólito que pareciera; intrigada por ese peculiar hombre. Desde un principio había pensado en que era frío, sin un ápice de sentimiento y probablemente incapaz de lograr amar a alguien, pero ahora no dejaba de imaginar que todo era debido a sus anteriores esposas por más que todo el mundo mencionara que siempre había sido así de estricto. Tal vez solo fuera una forma de engañar a su mente, una peculiar forma de sobrellevar aquel sinsentido matrimonio al que estaba sometida, fuera como fuera solo podía admitir que algo en lo más profundo de su ser se sentía ligeramente atraída hacia el duque por mucho que no quisiera reconocerlo.

Probablemente él jamás la hiciera feliz, sería la mujer más desdichada de todo Londres, pero lucharía incansablemente por hacerse un hueco en su mente y si podía; también en su corazón. Si iba a tener que casarse con ese hombre, quería al menos intentar ser feliz de alguna forma.

—¿Por qué le has concedido un baile al señor Arched? —preguntó *lord* Buccleuch en cuanto la música comenzó a sonar para apaciguar su voz.

Susan le miró extrañada, ¿No decía él precisamente que no hablaba mientras bailaba a menos que fuera absolutamente necesario?

—Parecía muy insistente y me pareció correcto aceptar —confesó tenaz.

—Tu padre anunciará nuestro compromiso en cuestión de minutos, ¿En qué momento te pareció correcto aceptar la invitación de otro caballero que no será tu prometido? —exclamó en un tono ciertamente furioso.

—Lo siento —contestó algo acongojada—. No sabía que fuera inconveniente, ciertamente pensé que sería una distracción.

—Tu complicidad con ese señor es un tanto inquietante. ¿De qué le conoce? —insistió el duque.

—¿Complicidad? —exclamó Susan—. Me llevo muy bien con su hermana, la señorita Arched y frecuentemente la visito en su casa ya que es una muchacha delicada de salud, únicamente está agradecido porque mantenga la amistad con su única hermana.

—Pues eso se acabará cuando seas mi esposa —terció bruscamente.

—No entiendo, ¿Me prohibirá conservar mis propias amistades? —exclamó Susan atónita.

—Cuando sea la duquesa de Buccleuch aprenderá a rodearse de las personas adecuadas.

—Dos de mis mejores amigas son duquesas, *lord* Buccleuch —contestó con tenacidad Susan—. No creo que deba darme lecciones sobre la elección de mis propias amistades- Visitaré a la señorita Arched le guste o no a mi esposo, sea éste usted o el mismísimo rey de Inglaterra —añadió con tanto

ímpetu que ninguno de los dos se había percatado de que la música se había acabado.

## 5

En aquel momento el rostro de Susan se enrojeció al percatarse de que varias parejas de baile les observaban detenidamente. ¿Hasta qué punto habrían podido escuchar su reproche? Su temperamento la había delatado y estaba a punto de alejarse cuando el sonido de una copa de cristal siendo golpeada por algo de metal comenzó a llamar la atención de los invitados. Divisó la figura de su padre acercándose hasta ellos y supo que el momento había llegado y de que a partir de ese instante ya no sería libre, aunque realmente llevaba meses sin serlo verdaderamente.

—Queridos amigos. —Comenzó a decir el señor Brandon y el corazón de Susan se aceleró drásticamente al mismo tiempo que su pulso temblaba y sus manos comenzaban a exudar inexplicablemente—. Agradezco vuestra asistencia a nuestra magnífica velada. Esta noche, mi querida esposa y yo queremos compartir una gran noticia que os llenará de felicidad tanto como a nosotros. Tengo el placer de anunciar oficialmente el compromiso de mi única hija, la señorita Susan Brandon —mencionó señalando a la joven

nerviosa—, con su excelencia el duque de Buccleuch. ¡Un gran brindis por el futuro matrimonio! —exclamó alzando la copa al aire y observando a la pareja recién comprometida.

Era oficial, lo había anunciado su padre. Ahora todas y cada una de las personas de aquella sala eran testigos de que sería la tercera esposa de aquel hombre y que únicamente se casaba con ella porque deseaba un heredero a su ducado. No había amor, ni emoción, ni mucho menos atracción. Lo único que aquel hombre deseaba de ella era un hijo.

Antes de darse cuenta las felicitaciones comenzaron a agolparse a su alrededor y solo pudo fingir una sonrisa por respuesta cuando supuestamente la abalaban por convertirse en la nueva duquesa.

—Jamás lo habría adivinado —confesó Emily en cuanto llegó hasta ella—, pero en su defensa debo decir que es increíblemente apuesto. No como mi Henry, desde luego, pero indudablemente apuesto.

—Gracias, Emily —sonrió delicadamente Susan porque sabía que perfectamente que su amiga debía suponer la razón de aquella unión.

Emily se había casado por amor, y desde luego envidiaba sanamente aquello que tenía su amiga con su esposo hasta el punto de desearlo de igual forma. Por eso se había negado a todas y cada una de las peticiones que había recibido durante sus anteriores temporadas.

—No tienes por qué dárme las. Además, el duque es un gran conocido de Henry, por lo que no puedo estar más feliz de esta unión al saber que estaremos aún más unidas.

En aquel momento Susan escuchó la voz del duque de Sylverston sonriente

mientras felicitaba a *lord* Buccleuch por el compromiso y le pareció extraño no haberlos visto con anterioridad juntos, pero teniendo en cuenta que su futuro esposo no solía frecuentar actos sociales no le pareció extraño. Probablemente el esposo de Emily y *lord* Buccleuch fueran socios.

La música comenzó a sonar de nuevo y los presentes se alejaron para dejar a la recién pareja comprometida iniciar el baile. Resultaba extraño para Susan ser observada por todos los presentes y aún tenía ciertos vestigios de temblor en sus manos, pero por suerte para ella los pasos del duque eran firmes, y la guiaba con tanto tesón por la pista de baile que tenía la convicción de que, aunque desfalleciera, él no permitiría que se cayese.

Los dedos firmes en su cintura le aseguraban que la agarraba con firmeza y sostenía su mano con tanta delicadeza que incluso lograba estremecerle. Nunca se había parado a analizar de aquella manera a su pareja de baile, pero quizá el silencio que ambos mantenían le propiciaba hacerlo.

—¿Son usted y el duque de Sylverston buenos amigos? —preguntó Susan tratando de romper aquel inquietante silencio. Tal vez de aquella forma se olvidara de que estaban siendo observados.

—Si —afirmó el duque alzando la vista y mirándola directamente a los ojos —, mantenemos varios negocios desde hace años que han prosperado gratamente.

—Debo suponer entonces que mi amistad con la duquesa de Sylverston es de su agrado —replicó Susan retándole con la mirada.

—Desde luego —afirmó complacido—, y lo sería la de la señorita Arched si no fuera porque su hermano parecía querer cortejarla.

Susan le miró extrañada y contemplo su semblante tan taciturno hasta el punto de tener la frente arrugada.

—¿Qué es lo que realmente le molesta *lord* Buccleuch? —exclamó curiosa.

Antes de que el duque pudiera responder se escucharon varios gritos de consternación por la sala y Susan se giró para ver que estaba ocurriendo.

—¡Qué vergüenza! —exclamó una señora—, ¡Y aún de luto por la muerte del pobre señor Benedict! —añadió otra.

—¿Que ocurre? —exclamó Susan—, ¿Se trata de Julia, madre? —insistió tratando de acercarse al tumulto que se había formado alrededor del acceso a la terraza del salón.

—¡Ni se te ocurra salir! —exclamó la señora Brandon—, la reputación de tu... de la joven Benedict ha quedado en entredicho.

«No puede ser» pensó Susan mientras se llevaba una mano a los labios y se preguntaba quién había podido ser el afortunado...

Ni tan siquiera pudo hablar con Julia debido a la prohibición de su madre, menos aún despedirse de ella, pero al menos pudo enterarse por Catherine, que el hombre con el que habían descubierto a Julia besándose no era ni más ni menos que el señor Hayden. Su mente no dejaba de dar vueltas por saber si él la habría presionado dada su reputación o si en el fondo a su amiga le habría gustado.

¿Se sentiría Julia atraída hacia el señor Hayden? De ser así incluso podía envidiarla. No había nada en el mundo que quisiera más que sentir ese sentimiento de ardor y emoción por otra persona. Esa agonía y desesperación por estar entre sus brazos hasta el punto de no importar el lugar, el momento

o lo inadecuados que estos fuesen. Jamás tendría eso con el duque de Buccleuch, ni tan siquiera una vaga aspiración de ello. Saberlo la consumía y resignarse nunca había formado parte de su temperamento.

—Creo que será mejor que me marche —anunció *lord* Buccleuch a los presentes que aún se habían quedado a pesar de que después de conocer la noticia del inminente matrimonio que tendría lugar entre Julia y el señor Hayden, la gran mayoría se habían marchado probablemente para difundir el cotilleo.

—Nosotros también deberíamos irnos —mencionó *lord* Sylverston que estaba al lado.

—Querida —susurró Emily mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie nos observaba—, espero que no le guardes rencor a Julia por arruinar el anuncio de tu compromiso, estoy segura de que no era lo que ella pretendía esta noche.

—Jamás pensaría algo así de ella —respondí en el mismo tono—, simplemente estoy preocupada por la situación.

Emily acarició su mano suavemente y sonrió levemente.

—Creo que tienes demasiadas cosas de las que preocuparte primero —contestó haciendo una leve inclinación hacia *lord* Buccleuch que aún seguía hablando con el esposo de Emily.

—No... —comenzó a responder—. Quizá en algún momento necesite tu consejo.

—Para lo que necesites, siempre estaré ahí, te espero pronto por Lynet's para elegir la tela de tu vestido de novia, porque no dejaré que nadie más te vista



en ese día tan especial.

En cuanto los duques de Sylverston se fueron, *lord* Buccleuch solicitó su abrigo y sombrero para marcharse.

—Buenas noches su excelencia —mencionó Susan haciendo una reverencia cordial. Sorprendentemente sus padres se habían alejado dejando a la pareja prácticamente a solas, quizá era una particular excepción concedida por el compromiso.

—Buenas noches señorita Brandon —saludó ajustándose el sombrero y se dio la vuelta para marcharse mientras ella le observaba curiosamente estudiando su esbelta figura. Debía reconocer que no solo era apuesto, sino también galante y digno de admiración—. En referencia a su pregunta le debo confesar que no siento ninguna molestia hacia usted, sino al interés que parece despertar en ciertos jóvenes a pesar de que ahora me pertenece.

Susan no esperaba tal confesión, y menos aún que lo dijera con aquella seriedad observándola directamente a los ojos con aquella mirada inescrutable cuyo color parecía haberse oscurecido. Ni tan siquiera de su garganta pudo proferir un leve sonido o una negación, sino que se limitó a observar como se marchaba tras decir aquello.

El inesperado compromiso de Julia en circunstancias insólitas había eclipsado la noticia del compromiso, por lo que la señora Brandon tenía un humor lo suficientemente agrio aquella mañana como para poder ni tan siquiera hablar sobre la velada. Por su parte, Susan aún seguía demasiado absorta con las últimas palabras que había proferido el duque hasta el punto de que ni tan siquiera había dormido lo suficiente y así lo atestiguaban sus ojeras.

—Desde luego, no permitiré que te relaciones con ella hasta que esté debidamente casada, aunque debido a su falta en nuestra propia casa

deberíamos romper todo contacto con los Benedict.

—Querida, ¿Olvidas que él será duque? —contestó el señor Brandon captando la atención de Susan que en aquel momento fue consciente de que verdaderamente Julia sería algún día duquesa como ella.

—¡Oh cierto!, ¡Muy cierto! —exclamó la señora Brandon—. En ese caso podrás retomar tu amistad con ella cuando pase el tiempo prudencial después de la ceremonia, pero no toleraré tales comportamientos en las amistades de mi propia hija.

—¿Y no ha pensado por un instante que bien pudo ser el señor Hayden quien la abordara? —exclamó Susan enfadada.

—Una señorita como dios manda, jamás se quedaría a solas con un caballero. ¡Por supuesto que fue culpa de ella! —gritó enfurecida dejando la taza sobre la mesa—. Siempre pensé que esa muchacha tenía un carácter rebelde... por suerte tú...

—¡Basta! —gritó Susan acallando de pronto a su madre que la miraba atónita—. Conozco a Julia desde la infancia y no voy a tolerar que denigre su imagen sabiendo que en estos momentos estará preocupada por su prematuro enlace. Pienso ir a visitarla inmediatamente.

—¡De ninguna manera jovencita! —exclamó airada la señora Brandon—. Podrás gritar o maldecir cuanto quieras, pero no voy a permitir que tu reputación se vea empañada relacionándote con la señorita Benedict como mínimo hasta que esté debidamente casada. ¿Verdad señor Brandon? —preguntó como apoyo hacia el padre de Susan.

—Por mucho que me pese negarlo, tu madre tiene razón. No es conveniente que te vean en casa de los Benedict en estas circunstancias.

—¡Esto es inaudito! —gritó Susan dejando la servilleta sobre la mesa provocando que la taza de té se derramase y haciendo caso omiso a los gritos de su madre ante su comportamiento salió enfurecida hacia su habitación.

—¡No te he enseñado modales de granjera Susan!, ¡En mi casa te comportarás...

—¡Tranquila madre! —exclamó Susan desde la puerta—. Pronto dejaré de vivir en esta casa, ¿Recuerda? —Y sin esperar respuesta se marchó subiendo los peldaños hasta encerrarse en su habitación.

Era increíble que no pudiera salir de casa para visitar a Julia y lo peor de todo es que debido a su rabieta, se había quedado completamente recluida durante las siguientes semanas como castigo a su comportamiento. Al menos tenía sus libros como entretenimiento. El duque Buccleuch parecía estar demasiado ocupado con sus negocios y varios viajes fuera de la ciudad, por lo que tampoco había coincidido en ninguna cena social o visita cordial, era como si después del compromiso se hubiera olvidado que tenía una prometida.

Susan sabía cuando sería la ceremonia de Julia porque Emily se lo había confirmado en una de sus visitas a Lynet's. A pesar de que al principio su madre se había negado rotundamente a mantener el contacto con Julia, finalmente accedió a que asistiera a la ceremonia por la amistad que siempre habían mantenido hacia la familia Benedict.

Para su sorpresa, jamás había podido imaginar que Julia estuviera enamorada del señor Hayden en secreto, de hecho, envidiaba que a pesar de las circunstancias y sus dudas, al menos se casaba de alguna manera por amor. Todas sus amigas habían sentido por un caballero ese palpitar que tanto anhelaba encontrar. ¿Por qué ella no?, ¿Qué mal le había hecho al mundo para tener que resignarse a no tenerlo jamás? Había buscado insaciablemente

sin obtener el más mínimo deseo o anhelo por un hombre... ¿Tal vez era problema de ella?, ¿Quizá había algo que estaba mal en su interior? Fuera cuál fuera la respuesta ahora solo le quedaba la resignación por un caballero que no sabía explicar lo que le hacía sentir, pero que desde luego no era amor. Lo único que el duque de Buccleuch le inspiraba era intriga y sobre todo curiosidad. Deseaba saber porqué él tenía ese comportamiento frío y distante, pero al mismo tiempo parecía bastante protector con lo que consideraba suyo y a ella, la consideraba como una de sus posesiones. No sabía si preciada o no, pero posesión al fin y al cabo.

Solo faltaban diez meses para que unión fuera oficial. Tiempo que era más que probable que pasara tan fugaz como un instante y sin darse cuenta. Días que volaron tan rápidos como el caballo de carreras más veloz y a pesar de creer que habría podido tener tiempo de conocer con una mayor profundidad al duque de Buccleuch, lo cierto es que le resultaba tan desconocido como al principio. Ni tan siquiera le había presentado a sus hijas porque nunca había sido invitada formalmente a su casa. Solo conocía el lugar que sería su hogar desde la distancia que separaba la fachada de la calle en la que podía pasear.

Asustada era una palabra demasiado pequeña para lo que sentía la noche anterior a la ceremonia, más bien pavor cuando su madre acudió a su lecho para informarla sobre los derechos maritales que su marido tendría sobre ella. Un leve discurso sobre “dejarse hacer” y “no formar ningún escándalo” fueron los puntos claves para determinar que no estaba segura de encontrar placer sin amor en el lecho conyugal.

Ni tan siquiera había podido consultar a sus experimentadas amigas al respecto porque desde su escapada a visitar a Julia cuando dio a luz prematuramente, su madre no la había abandonado ni a sol, ni a sombra pensando que podría volver a cometer otra locura. Por suerte, *lord* Buccleuch

no pareció estar al tanto de su ausencia, señal evidente de que ni tan siquiera la había visitado en todo ese tiempo. Quizá la sensación inicial de que de alguna forma se preocupaba por ella solo había sido un acto reflejo del compromiso que habían adquirido, pero parecía que por alguna razón lo había perdido, porque no había vuelto a ver ningún signo de interés alguno respecto a ella en el hombre que sería a partir de ese día su esposo.

—¡Despiértala inmediatamente! —escuchó Susan tras la puerta la inconfundible voz de su madre.

Lo cierto es que no había que despertarla porque definitivamente no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Estaba demasiado preocupada, inquieta, nerviosa y todos los adjetivos posibles para indicar que era un manojo de nervios por mucha pasividad que exteriormente reflejara.

—Buenos días señorita Susan —dijo suavemente la doncella más sonriente de lo habitual, probablemente porque ese era su día. El día de su boda. De su infernal y fatídico matrimonio.

Susan se limitó a sonreír incapaz de expresar palabra alguna. Le dolía la cabeza de no dormir y aún era capaz de imaginar que en el último momento algo que inexplicablemente ocurriría, haría que aquel matrimonio no se celebrara.

—Enseguida le subiré el desayuno y pronto tendrá el baño listo. Su madre insiste en que debe estar al menos una hora en remojo para que la piel se impregne muy bien con la esencia de orquídeas.

—Desde luego —contestó resignada mientras se bajaba de la cama y haciendo caso omiso del frescor repentino que hacía, no fue capaz siquiera de coger su bata para taparse, sino que se dirigió hacia la ventana para observar detenidamente lo que ocurría en el exterior.

Siempre había imaginado que aquel día sería especial. Que tendría tanta ilusión porque llegara, por comenzar una nueva vida junto al hombre que amaba, que probablemente no vería ni el momento, ni el lugar para que el tiempo pasara. Había tenido la certeza absoluta de que sería feliz, tan dichosa que probablemente no le importaría nada que no fuera el hombre que la esperaba junto al altar. Y ahora solo deseaba que no estuviera, o que por algún motivo se desvaneciera. El pánico la paralizaba cuando se imaginaba a solas con ese hombre.

## 6

Para *lord* Buccleuch no era nueva aquella rutina que tendría aquel día. Se había levantado con el mismo ánimo de siempre, solo cambiaba el hecho de que ese día estrenaría un traje confeccionado a medida nuevo, le parecía demasiado agorero utilizar el que había usado las dos anteriores ocasiones, por lo que había decidido cambiar para su tercer matrimonio. Su fiel ayuda de cámara le había traído el desayuno junto al periódico a su habitación, puesto que le había parecido más oportuno tomarlo allí sin la constante parlotería de la señora Edna sobre cómo sería la nueva duquesa e incluso de su ama de llaves Eloise que parecía algo nerviosa por agradar a la nueva señora de la casa y deseaba que todo estuviera en perfecto estado.

A él todas esas nimiedades no le importaban, en realidad lo único que deseaba era que finalizara de una vez aquella formalidad y al fin la señorita Brandon fuera su esposa. Había tenido que esperar demasiado tiempo al tratarse de un compromiso tan sumamente largo y lo cierto es que estaba bastante ansioso por tenerla para él, aunque se recriminaba que aquellas ansias se debían probablemente a la presión para dejarla en cinta de su

heredero, al fin y al cabo, esa era la única razón por la que se desposaba de nuevo.

—Mi *lord*, su baño está preparado cuando guste —mencionó Sebastián, su gran confidente además de ayuda de cámara.

—Por supuesto —contestó con una mera formalidad mientras se deshacía del batín y se dirigía hacia el cuarto adjunto que había en su habitación donde estaba instalada la bañera de hierro fundido únicamente para su servicio y pronto también para el de su esposa.

Sus músculos se relajaron en cuanto entró en contacto con aquella agua caldeada y la tensión que llevaba acumulada de los últimos días comenzó a evaporarse, aunque era consciente de que no se iría del todo hasta que la ceremonia finalizase. En cierto modo tenía dudas respecto a la mujer que había elegido, había algo en ella que la hacía parecer tenaz y con demasiada opinión propia. No le gustaba eso en una mujer, probablemente porque estaba demasiado acostumbrado a dictar órdenes y que éstas se cumplieran así fuera a sus sirvientes o a sus propias hijas o esposas. Nunca había tenido ningún problema en ese sentido con sus dos esposas anteriores y esperaba por el bien de la joven no tenerlos ahora. Intentó que sus pensamientos no fueran en ese sentido, más aún teniendo en cuenta que ella había accedido al matrimonio de buen agrado y que en ningún momento le había expresado dudas u oposición al mismo. Probablemente la joven estaba encantada de convertirse en duquesa y haría cualquier cosa por tratar de agradarlo.

—¿Ya está preparada la recámara de la futura duquesa? —preguntó a Sebastián que a pesar de no verle sabía que estaba preparando su traje de boda minuciosamente.

—Desde luego mi *lord*. Ayer mismo llegaron sus baúles y las criadas



organizaron todas sus pertenencias debidamente.

Se alegraba de que todo estuviera en orden, deseaba que la joven estuviera cómoda en la que sería su casa a partir de ese día.

—¿Y las sábanas? —preguntó el duque enjabonándose los brazos en un tono de despreocupación.

—De seda blanca, como usted solicitó mi *lord*.

El duque asintió complaciente. Deseaba una novia virgen y esperaba tenerla esa noche. La sola idea de ver aquellos cabellos rojos esparcidos entre aquellas sábanas de seda era toda una tentación a la que trataba de resistirse cada vez que su imaginación le jugaba una mala pasada. No quería encapricharse, mucho menos enamorarse, solo deseaba hacerla suya y después centrarse en su trabajo que era lo más importante.

Susan se contemplaba ante el espejo que tenía en su habitación y casi no se reconocía a sí misma. Aquel vestido de un blanco nítido cubierto por pétalos de rosa en tonalidades rojizas era absolutamente precioso, único y casi un sueño hecho realidad.

—¿De verdad te gusta? —preguntó Emily algo preocupada—. No pareces muy entusiasmada, la verdad...

—Es precioso —corroboró Susan—. De hecho, es mucho más bonito de lo que imaginé —confesó con una sonrisa.

—Entonces puedo respirar —alegó Emily con una gran sonrisa y se acercó a su amiga para abullonarle la falda aún más—. El duque de Buccleuch tiene más suerte de lo que él cree.

—¿Tú crees? —preguntó indecisa.

Había estado demasiado ausente mientras se bañaba, mientras la peinaban e incluso mientras la vestían hasta que finalmente se había visto reflejada en aquel espejo. Su mente no podía dejar de pensar en si estaba haciendo o no lo correcto quedándose allí en lugar de huir muy lejos.

—No solo eres hermosa Susan, sino increíblemente inteligente y bondadosa. Estoy segura de que serás muy feliz junto al duque —contestó Emily abrazándola por detrás.

—Tengo miedo... —confesó al fin.

—Todos tememos algo Susan, pero sabrás enfrentarte a ello y superarlo porque eres fuerte y decidida. Sé que probablemente el duque de Buccleuch sea el hombre más reservado que he conocido, pero Henry le tiene en alta estima y es un hombre íntegro que jamás te pondrá una mano encima.

—No se trata de ese miedo Emily —contestó Susan suspirando—. Tengo miedo de no enamorarme, de no llegar a quererle, de pasarme toda la vida resignada al lado de alguien con el que nunca logre conocer el amor.

—El amor puede manifestarse de muchas formas Susan —terció Emily cogiendo sus manos suavemente—. Desde el cariño más profundo, la atracción más sublime o la bondad más encantadora.

En aquel instante la señora Brandon entró en la habitación y contempló a su hija que lucía espléndidamente hermosa. Sus ojos se empañaron de lágrimas llevándose el pañuelo de bolsillo al rostro para tratar de secarlas.

—Mi niñita... hoy al fin se casa —logró decir con cierta nostalgia.

—¡Oh mamá! —exclamó Susan dando por finalizada la conversación con Emily porque no podría seguir exponiendo sus miedos con su madre allí

presente—. Deberías estar feliz de que al fin me vaya de esta casa y de que tu deseo de convertirme en duquesa se haga realidad —añadió con cierto tono de diversión que no pasó desapercibido a ninguno de los presentes.

—¡Y estoy más que feliz! —exclamó airosa—. Mi hija una duquesa... ¡Al igual que todas sus amigas! —añadió para consternación de las presentes que comenzaron a reír.

Al menos aquel instante le había dado la oportunidad de abandonar esa melancolía que la había acompañado toda la mañana. En el fondo tenía que reconocer que su destino podría haber sido peor, podrían haberla casado con un hombre demasiado mayor o lo suficientemente inepto para provocar repulsión, en cambio el duque de Buccleuch le podría provocar muchas cosas, pero repulsión precisamente no era una de ellas

El carruaje se detuvo frente a la iglesia donde se celebraría la ceremonia. Comprobó que sus amigas; tanto Julia como Catherine estaban esperándola en la puerta y a ellas se unió Emily que había salido de casa momentos antes que ella.

Las tenía a ellas, sus tres mejores amigas siempre estarían en los momentos de flaqueza, probablemente serían sus aliadas y aunque envidiaba que todas ellas hubieran encontrado el amor en sus maridos, sabía que en el fondo siempre tendría su amistad pasara lo que pasara.

Con ese pensamiento entró en la iglesia y la música de violines comenzó a sonar desde el piso superior. En aquel momento todos los presentes se alzaron de sus asientos en las bancadas y se volvieron para contemplarla, todos menos él, aquel caballero que permanecía mirando al frente de espaldas a ella con un impecable traje marrón oscuro, ¿Por qué no se volvía a mirarla como lo hacían todos?

En aquel momento deseó marcharse, dar media vuelta y salir corriendo a pesar de que si lo hacía se convertiría en alguien repudiada por la sociedad, pero quizá eso sería mejor que condenarse a sí misma al fracaso matrimonial, pero justo cuando dudaba, en el momento que sopesó cuales serían las ventajas, el duque de Buccleuch se dio la vuelta y contemplo aquel rostro serio de ojos verdes que provocó que dejase de respirar.

Sencillamente era un rostro demasiado hermoso a pesar de su seriedad. Allí estaba de nuevo esa pequeña intriga que le incitaba a descubrirle de verdad, a conocerle, a convencerse a sí misma de que al menos podría intentarlo en lugar de abandonar sin siquiera probar.

Ni el largo y tedioso discurso del sacerdote saludando a los presentes y haciendo mención a las sagradas palabras de matrimonio que recogía la biblia fueron suficientes para calmar los nervios de Susan, que evitaba constantemente mirar hacia su derecha donde la figura autoritaria del duque de Buccleuch permanecía impasible. No le había cogido la mano un solo momento, sino que se había limitado a asentir como si diera su aprobación cuando llegó al altar junto a él. Sabía que ya era tarde para huir y en solo unos instantes formalizaría la que probablemente sería su pena de muerte.

En cuanto el sacerdote formalizó su bendición concediéndoles la gracia de dios en el sagrado matrimonio, Susan escuchó los sollozos inconfundibles de su madre que intuía que provenían de la emoción. En ese momento se atrevió a mirar hacia su derecha y se encontró con la solemne figura del duque que seguía sin dar señal alguna de felicidad. ¿No se suponía que debía estar contento por haber conseguido una tercera esposa? Quizá para él aquello fuera más tedioso aún que para ella misma ahora que lo pensaba. El duque había pasado por aquella situación en tres ocasiones, y aunque para ella fuese la primera, desde luego él estaría deseando que terminase de una vez toda esa

parafernalia.

En cuanto el duque le ofreció el brazo a su joven esposa, ésta se apoyó en él sin mediar palabra alguna dejándose arrastrar por el pasillo de la iglesia hacia la salida. El banquete se celebraba en la casa de los Brandon, pero a pesar de que Susan volvería por última vez a la que siempre había sido su casa, no sería igual, en aquella ocasión ya no era dueña de sí misma y además estaría por primera vez a solas con su esposo en el carruaje, teniendo este derecho sobre ella.

El silencio sepulcral la aterraba, lo cierto es que no sabía que decir o sobre qué hablar que resultara interesante y no estuviera fuera de lugar.

—Mi padre me ha comunicado que ha estado bastante ocupado éstas últimas semanas —susurró Susan mientras miraba por la ventanilla del carruaje que daba un rodeo mucho más extenso por la ciudad para permitir así que todos los invitados llegaran antes que los novios al banquete.

—Si. Soy un hombre de negocios muy ocupado, pronto se dará cuenta de que no suelo frecuentar demasiado durante el día la casa familiar.

—¡Oh! —exclamó Susan entendiendo que le vería más bien poco—. Lo entiendo —admitió con cierto pesar.

—Aunque eso no me libraré de mis deberes conyugales —advirtió el duque con tanta frialdad y serenidad que a Susan se le tiñeron las mejillas por hacer de tal mención una banalidad.

—Claro... —susurró aturdida sin saber que responder exactamente.

—Sabe que deseo concebir un heredero lo más pronto posible, por lo que si tiene suerte, no la molestaré demasiado en ese asunto, si tanto le aturde.

No se lo podía creer, ¿De verdad estaba diciendo lo que su mente procesaba

incrédulamente en ese instante?, ¿De verdad la dejaría en paz en el lecho si le concedía un heredero? No sabía si anhelar o no ese momento, suponía que no lo sabría hasta que no llegase la noche.

—Lo sé perfectamente. Tengo muy presente de que esa es la única razón por la que se ha casado conmigo, *lord* Buccleuch.

—Me alegra saber que sabe cuáles son sus funciones, puesto que no tolero la indisciplina ni la desobediencia en mi casa. Por lo tanto, espero que permanezca lo suficientemente condescendiente.

¿Condescendiente? Eso era lo último que podría ser... aunque ¿Tenía realmente otra salida? Él era su esposo y tenía pleno derecho marital sobre ella, por más que le dolieran aquellas palabras, tenía que resignarse y aquello comenzaba a asfixiarla lentamente.

Susan no respondió, si asentía a aquellas palabras significaría que debía obedecerlas y no estaba preparada aún para precisamente resignarse ante su apremiante futuro. Por suerte el carruaje llegó hasta la puerta de la que había sido su casa tantos años y aunque precisamente viviría casi al lado, tenía que comenzar a dejar de verla de ese modo infantil y maternal, puesto que a partir de ese día debería ocupar su lugar como señora de la casa en el hogar del duque de Buccleuch.

Al menos tendría su propia casa, sus propios criados y solo tendría que rendir cuentas ante su esposo que precisamente había admitido que permanecería frecuentemente ausente. Eso le daba esperanza, podría tener su pequeña libertad durante el día y él jamás se enteraría, podría hacer lo que siempre había deseado hacer desde pequeña... meterse en las cocinas para aprender como se hacía todos esos succulentos pasteles o leer a placer hasta devorar cientos de libros.

Las felicitaciones por parte de todos los presentes incluyendo a sus amigas, hicieron menos tediosa la velada del banquete. Las hijas del duque no estaban presentes, por ser demasiado pequeñas y *lord* Buccleuch no había requerido oportuna su presencia.

A Susan le extrañó que aún no las hubiera conocido, ¿No sería más lógico que se las hubiera presentado con anterioridad para no parecer demasiada brusca su presencia a partir de ese día en la casa como su nueva madrastra? La sola idea de ser un ejemplo para esas pequeñas la asustaba, sobre todo porque deseaba caerles bien y que le cogieran cariño teniendo en cuenta que sería lo más parecido a una madre que tendrían.

—Es hora de marcharnos, querida —pronunció el duque de Buccleuch cuando habían saludado a todos los invitados e incluso habían brindado por la felicidad de su matrimonio junto a los presentes.

Sus amigas Julia y Catherine se habían marchado tras recibir una espantosa noticia sobre la muerte repentina de *lord* Sheraton, el esposo de Julia según la había informado Emily. A pesar de que Julia se había casado con el duque para salvar su reputación marginada por culpa de su anterior esposo fallecido el señor Hayden, sentía cierta nostalgia de que tuviera que enfrentarse a ello y además, habiendo sido madre recientemente. Lamentaba no poder estar a su lado en aquella situación acompañándola, pero al menos Catherine sí lo estaría en todo momento y eso la tranquilizaba.

—Por supuesto —admitió Susan siendo consciente de lo que aquellas palabras implicaban.

A pesar de la corta distancia que había desde su antigua casa hasta la mansión Buccleuch, lo hicieron de nuevo en carruaje, por lo que cuando Susan notó de nuevo aquellos dedos cálidos en la palma de su mano, el contacto la incitó a

desear acercarse en lugar de alejarse.

¿Sería gentil el duque? Esperaba con fervor que lo fuese, puesto que, a diferencia de él, sería completamente nuevo para ella.

En cuanto el cochero les abrió la puerta hizo ademán de bajarse, pero *lord* Buccleuch se lo impidió bajando este primero y ofreció gentilmente su mano para ayudarla.

—A partir de ahora esperarás siempre dentro del carruaje cuando viajes conmigo hasta que te de permiso de bajar.

Comenzaba a notar ciertos matices que no le gustaban. Quizá no era exactamente un matiz, sino más bien una especie de autoridad excesiva o dominación sobre los demás y a pesar de que se convenció que solo era una pequeñez, le molestó lo suficiente como para no dar su consentimiento.

—Siempre y cuando el tiempo de espera me parezca adecuado, no tendré ningún inconveniente —contestó sorprendiendo a un duque que la miró fijamente.

—¡Padre! —exclamó una voz infantil que distrajo a ambos provocando que mirasen hacia la puerta de entrada.

Allí permanecían dos figuras pequeñas, ataviadas con trajes de dormir y caras sonrientes. Indudablemente Susan sonrió y cogió la mano tendida del duque a pesar de que éste no la miraba para bajar del carruaje.

—¿Por qué no están acostadas? —preguntó *lord* Buccleuch con el ceño fruncido.

—Lo siento mucho mi *lord*, pero han insistido tanto en querer conocer a la nueva duquesa que...



—No importa —mencionó Susan sonriente acercándose a las pequeñas—. Tenía tantas ganas de conocerlas —añadió con una espléndida sonrisa inclinándose para estar a la misma altura—. ¡Que hermosas sois!, ¿Cuáles son vuestros nombres?

La timidez de las pequeñas se hizo presente y solo contestó la mayor de ellas —. Yo soy *lady* Madeleine y ella es mi hermana pequeña *lady* Diane.

—¡Que nombres tan bonitos! Yo soy la señorita... quiero decir *lady* Susan — rectificó sabiendo que ahora ostentaba el título de *lady* al casarse con el duque.

—¿Donde está la señora Edna? —preguntó contundente el duque.

—Tenía fuertes dolores de cabeza mi *lord*. Se acostó muy temprano — admitió la doncella algo inquieta.

—Está bien. Llevaos a las pequeñas a su habitación inmediatamente, mi esposa y yo necesitamos descansar. Ha sido un día demasiado largo.

La doncella asintió acogiendo a las pequeñas y apremiándolas a subir por las escaleras a pesar de que no cesaban de volver la vista atrás para seguir contemplando a su nueva madrastra.

—Son unas jovencitas muy hermosas —admitió Susan algo menos preocupada respecto a las niñas. Estaba absolutamente convencida de que se llevaría muy bien con ellas y el pequeño temor que había tenido inicialmente, comenzaba a desaparecer rápidamente.

—Les falta disciplina —contestó el duque justo antes de inclinarse sobre su joven esposa y cogerla en brazos.

Aquel gesto sorprendió a Susan al principio, pero momentáneamente entendió que solo se trataba de una tradición ancestral, una que jamás había

visto pero si oído. Aquella cercanía solo fue el inicio de un leve cosquilleo en su vientre que no entendía. El aroma que desprendía a madera e incienso contrastaba duramente con las facciones serias del duque, provocando que sus nervios florecieran de nuevo ante lo que le esperaba en aquel lecho.

Tras subir la escalera el duque se dirigió por un angosto pasillo hasta llegar a una puerta doble y la abrió con facilidad. Definitivamente debía estar lo suficientemente en forma para llevarla con tanta agilidad pareciendo que no pesaba más que una pluma y en cuanto la depositó en el suelo de aquella enorme alfombra se volvió para cerrar aquella puerta doble con llave. Nadie osaría entrar, pero con aquel gesto se aseguraría de que absolutamente ninguna persona les interrumpiera.

Susan contempló la maravillosa habitación en tonos cálidos con el mobiliario de madera oscura. El dosel de la cama era completamente tallado a mano y sumamente ostentoso. Ella entendía de muebles, puesto que su padre poseía una fábrica y sabía que todos eran de una calidad sublime. No eran muebles antiguos, es más, casi podría afirmar que alguno de ellos formaba parte de una de las últimas colecciones que había sacado su propio padre.

—¿Te gusta? —preguntó *lord* Buccleuch observando como la joven repasaba cada detalle de aquella habitación.

—Si —afirmó—. Es mucho mejor que mi antigua habitación —reconoció.

—Dormirás siempre aquí. Yo estaré en la habitación de al lado y esa puerta —dijo señalando una puerta que hasta entonces Susan no se había percatado de que existía al estar al fondo y casi escondida tras un gran armario—, permanecerá siempre abierta para mi, pero jamás serás tú quien pase al otro lado.

—¿Tengo prohibido el acceso a sus aposentos *lord* Buccleuch? —preguntó

algo sorprendida.

—Completamente. Nadie salvo mi ayuda de cámara entra en mis aposentos.

—Comprendo —asintió Susan.

De todos modos ¿Para qué desearía ella entrar en la habitación del duque?

—Ahora desnúdate. Estoy cansado y quiero terminar ya con esto. —Sus palabras sonaron tan directas y poco entusiastas que de hecho Susan lo sintió como una orden, pero lentamente se llevó sus dedos a los minúsculos botones que abrochaban su vestido.

—No puedo hacerlo sola —admitió tras intentarlo y entonces notó como él se acercó a ella e instintivamente se giró para facilitarle el acceso.

A pesar del roce de sus dedos que la ponía completamente tensa, no sintió que *lord* Buccleuch tratara de acariciarla o besarla en ningún momento, sino que se limitó a desabotonar el vestido y posteriormente aflojar el corsé y sacárselo por encima quedando únicamente con la camisola como única prenda de vestir que impedía su desnudez.

—Espérame en el lecho —aseguró el duque con voz firme y tras quitarse las medias y los zapatos Susan se subió a aquella cama comprobando que el tejido de las sábanas era de la seda más fina que jamás había tocado.

Cerró los ojos dejándose arrastrar por esa agradable sensación y respiró profundamente concentrándose para evitar ese resquemor que no dejaba de perseguirla en todo momento. Al fin iba a conocer el supuesto placer carnal que existía en el lecho, por fin podría tener una opinión propia al respecto, ¿Entonces porqué existía ese miedo del que era incapaz de desprenderse?

—No gritarás. —En cuanto escuchó su voz y sintió las manos de aquel hombre ceñirse a su cintura abrió los ojos sorprendida y contemplo esa

mirada verde indescriptible, ese rostro firme, serio e inexpressivo y antes siquiera de saber qué estaba ocurriendo puesto que notó como alzaba sus nalgas sin saber porqué, se sintió completamente invadida y un dolor profundo la atravesó hasta límites insospechados.

Quiso gritar. Lo deseó con todas sus fuerzas porque aquel hombre definitivamente la había roto por dentro. Así que hundió su cabeza levemente en la almohada para tratar de evitar que aquel sonido que deseaba salir de su garganta verdaderamente lo hiciese, pero no pudo controlar las lágrimas que salían sin cesar de sus ojos descontroladamente.

Nadie la había advertido de que aquello sería una terrible tortura. Ni tan siquiera sus amigas le habían mencionado que sería tan terriblemente doloroso y se sentía engañada, ultrajada e infinitamente decepcionada.

El dolor remitió levemente hasta ser simplemente soportable, pero molesto, demasiado molesto... y solo deseaba que aquello de un modo u otro terminase. En el instante que sintió como aquella presión e invasión que tenía en la parte central de su feminidad la abandonaba, notó un alivio sublime.

—Ya sois oficialmente la duquesa de Buccleuch —pronunció el duque con tanta solemnidad que a Susan le dio casi escalofríos.

Tras decir aquello observó como se alejaba de ella y su figura semidesnuda cubierta con una camisola blanca lo suficientemente larga para tapar su desnudez hasta medio muslo, desapareció tras la puerta que comunicaba con los aposentos del duque.

—No podré soportar esta tortura cada noche —susurró Susan hundiendo su rostro entre las almohadas—. Es imposible que sobreviviese a ello...

Susan apenas era consciente de donde se encontraba cuando comenzó a abrir los ojos y la poca claridad de la estancia hacía que el lugar le resultara completamente desconocido. Inmediatamente observó la figura de una de las sirvientas que parecía portar un jarrón de porcelana fina previsiblemente con agua fresca y lo depositaba junto al tocador, al lado de un enorme jarrón de flores frescas... ese olor era lo que la había despertado y en cuanto se movió despedazándose por aquella enorme cama, fue consciente del atisbo de dolor que había entre sus piernas y se quejó levemente.

—¡Buenos días mi *lady*!, ¿Se encuentra bien? —exclamó la doncella siendo consciente de que su señora estaba despierta.

—Si... estoy bien. —Mintió Susan cuando se volcó sobre su mente todos los recuerdos de la noche pasada y de donde procedía esa leve molestia.

Ni tan siquiera recordaba en qué momento de la noche se quedó dormida después de lamentar su desgracia y ser consciente de que aquel matrimonio solo sería una tortura para su propia existencia.

—¿Quiere que la ayude a levantarse? —proclamó la joven doncella

acercándose hasta las cortinas de la habitación y abriéndolas completamente para que la claridad del día inundase la estancia.

—¿Dónde está mi doncella Gladys? —preguntó Susan extrañada de que no fuera ella quien estuviera allí en lugar de aquella joven.

—¡Oh!, ¡Lo siento mi *lady*! Al parecer la señora Brandon requería de su presencia en la casa y aún no ha llegado —contestó la joven algo afligida.

En aquel momento Susan rodó los ojos. Era típico de su madre hacer y deshacer a su antojo, probablemente pensaría que ahora que su hija era la nueva duquesa de Buccleuch, no le faltaría doncellas en casa que pudieran atenderla.

—Es una gran consideración haberse ofrecido a ayudarme, solo estoy un poco desconcertada por tantos cambios de forma repentina y aún no estoy acostumbrada, pero estoy segura de que pronto entablaré una buena relación con todos ustedes. —La sonrisa de Susan convenció a la joven doncella que se inclinó en una reverencia mucho más complacida e incluso con cierto atisbo de rojez en sus mejillas.

—Su llegada era muy esperada por parte de todos los sirvientes de la casa, mi *lady*. Para mi es un honor poder servirle. Mi nombre es Anny.

Saber que los sirvientes de la mansión Buccleuch esperaban ansiosos su llegada, solo hacía que sus ansias de huir se vieran algo apaciguadas. Recordó en aquel instante aquellas pequeñas niñas que se habían quedado despiertas solo por la curiosidad de conocer a su nueva madre y no podía negar que tenía demasiada inquietud por ver como podría desenvolverse en la gestión de su propia casa... pero con el temor de la noche acechando a su espalda, todo aquel fulgor casi se esfumaba.

Se incorporó de la cama y al hacerlo contempló la enorme mancha de sangre

que yacía en el lecho. En ese instante la doncella la observó y posteriormente se acercó a ella con cautela.

—He traído paños nuevos para que pueda limpiarse y si se siente lo suficientemente fuerte, puede bajar a desayunar junto a la señora Edna y las pequeñas que arden en deseos de volver a verla —dijo con suma delicadeza la joven.

—¿Sentirme fuerte? —exclamó Susan algo contrariada.

—Bueno... algunas damas no pueden levantarse del lecho al día siguiente de su noche de bodas —contestó directa bajando la mirada.

—¡Oh! Entiendo... —susurró dando por hecho que todos en la casa sabían lo que había ocurrido entre ella y el duque y aquello la avergonzaba infinitamente, aunque por otro lado, no solo era previsible que lo supusieran, sino que además daban por hecho que había sentido dolor en dicha consumación—. Me siento lo suficientemente fuerte para bajar a desayunar y conocer al resto de empleados de la casa.

—Es usted una mujer fuerte —contestó Anny sonriente y vio como vertía el agua en el cuenco de porcelana y le facilitaba los paños nuevos para que se limpiara—. Cuando guste, pueden prepararle un baño de agua caliente. Así se sentirá aún más aliviada.

—Quizá antes de acostarme —dijo inconsciente ya que era el momento de mayor disfrute para ella, puesto que después podía dormir más relajada.

—Por supuesto mi *lady* —contestó la doncella mientras comenzaba a retirar las sábanas de seda blanca de aquella enorme cama.

Susan había elegido un vestido en color burdeos. Si había algo de lo que estar agradecida debido a su nueva condición de casada, era poder abandonar

aquellos colores pasteles que tanto la habían limitado y perjudicado a su color de cabello. Desde muy joven había deseado llevar colores intensos que resaltaran ese color de su cabello tan peculiar y que la sociedad imponía que solo era accesible para damas casadas.

—Buenos días —pronunció inquieta, pero esbozando una sonrisa tímida cuando entró en el comedor donde las pequeñas aún estaban terminando su desayuno acompañadas por una señora de edad avanzada, cuyo cabello grisáceo estaba recogido en un moño alto bien repeinado. Aquella señora algo rechoncha lucía un aspecto neutro que no era capaz de descifrar si se convertiría en una enemiga o aliada, pero debía ser la institutriz de las pequeñas hijas del duque.

—Buenos días *lady* Susan —sonrió la mujer y por alguna razón Susan sintió que era algo forzada, pero probablemente solo era la inquietud que podía sentir una desconocida y más aún teniendo que presentarse ella misma puesto que no existía rastro alguno de la presencia del duque, aunque eso en cierta medida era de agradecer, teniendo en cuenta que aún no sabía como enfrentarse a su esposo después de lo ocurrido la pasada noche.

—Usted debe ser... —comenzó a decir Susan.

—La señora Edna —contestó la aludida inclinando la cabeza—. Soy la abuela de la hija mayor del duque, *lady* Madeleine. Aunque me encargo de la educación de las dos pequeñas.

—Me alegra saber que podré disfrutar de la compañía de otra dama en la casa, ¿El duque no nos acompañará? —contestó Susan tratando de ser amable. Probablemente aquella señora podría informarla de todas las costumbres del duque y las gestiones sobre la casa para tratar de no comenzar con mal pie.



—Su excelencia jamás desayuna en compañía. Siempre lo hace en solitario mientras lee el periódico en su despacho —contestó en un tono formal aquella mujer dejando claro que el duque era un hombre de costumbres y ni el hecho de haberse casado recientemente iba a modificarlas.

—Por supuesto —contestó Susan acercándose a la mesa y tomando asiento frente a la señora Edna que se llevó la taza de té a los labios delicadamente.

—¿A podido descansar adecuadamente? Todos teníamos la incertidumbre de si finalmente bajaría a desayunar ésta mañana, puesto que su excelencia pidió que no la molestaran.

¿El duque había tenido esa consideración con ella? Probablemente era consciente del dolor que le había afligido para solicitar aquello.

—Si —afirmó con una sonrisa algo forzada—. Estoy perfectamente.

No pensaba dar lástima, menos aún pena o resentimiento por parte de alguno de los miembros de aquella casa. Así se estuviera muriendo por dentro nadie de aquella casa sabría realmente lo que sentía por dentro. Además, era lo suficientemente fuerte para soportar aquella leve molestia que aún sentía entre los muslos y que infinitamente era menor que el dolor que había padecido en el momento de la consumación donde creía que se había roto por dentro.

Durante aquel desayuno averiguó que las pequeñas salían todas las mañanas a pasear por Park Lane durante una hora para que les diera el aire. Además, daban clases de francés, piano y costura a pesar de ser tan pequeñas. Siempre se acostaban a las siete en punto y la cena se servía a las ocho, por lo que Susan dedujo que el duque no solamente no desayunaba junto a sus hijas, sino que tampoco compartía la cena. ¿Cuándo las veía siendo un hombre tan ocupado? Dudaba que almorzase todos los días en casa, su propio padre solía

saltarse más de un almuerzo a la semana por trabajo, pero siempre estaba en la cena.

La señora Edna le enseñó pacientemente cada una de las estancias de la casa y le presentó a todo el personal que albergaba. Se sentía especialmente acogida por aquellas personas y en su fuero interno casi apreciaba que esperaban algo por parte de ella, ¿Esperanza? Tal vez eran imaginaciones suyas o quizá todo era por la misma razón por la que el duque había contraído nuevos esponsales; que ella trajera el heredero que tanto ansiaba el linaje Buccleuch.

A la hora del almuerzo, el duque les deleitó con su presencia y al verlo, Susan recordó todo lo ocurrido la pasada noche provocando que retirase inmediatamente su mirada. Se mantuvo en un silencio sepulcral durante casi toda la velada. Al parecer las pequeñas almorzaban antes porque según le había contado la señora eran demasiado pequeñas para compartir la mesa con el resto de comensales y no lo harían hasta alcanzar los doce años que sería cuando estarían lo suficientemente educadas para ello. A pesar de que era algo habitual en las grandes familias ilustres de la nobleza, Susan sintió cierta nostalgia, sobre todo porque ella jamás había sido sometida a esa disparidad y desde muy pequeña había compartido en privado el gozo de estar junto a sus padres en la gran mesa.

—Señora Edna, ¿Le ha enseñado la casa y sus funciones a la nueva duquesa de Buccleuch? —preguntó el duque sin un atisbo de emoción en su voz.

Aaron Buccleuch había pasado la mayor parte de la noche algo inquieto y no se había despertado de mejor humor. Sabía perfectamente que su joven esposa debía estar dolorida e incluso probablemente resentida como lo habían estado sus dos anteriores esposas. Debía estar acostumbrado a ese hecho, pero lo cierto es que se sentía por alguna razón, molesto consigo mismo.

Había evitado tocarla no queriendo prolongar aquella consumación, esperando que una vez terminara con aquel dolor virginal, todo fuese normal. A diferencia de las anteriores duquesas, ella no había gritado, ni tampoco se había quejado, quizá todo se debía a que se lo había solicitado expresamente con la única razón de no asustar a las pequeñas, pero por el contrario había contemplado esas lágrimas saliendo de sus ojos con las que fue consciente del dolor que le debía haber afligido. A pesar de ello no parecía estar resentida, ni afligida y eso era lo suficientemente reconfortante para saber que en esa ocasión, había realizado una buena elección. Ella era más fuerte de lo que creía.

—Sí, su excelencia —contestó la señora Edna tan cordial como siempre—. Estoy segura de que pronto realizará sus funciones debidamente.

Aaron contempló a la joven, que mantenía la mirada baja en el plato y parcialmente le conmovió su postura, parecía algo ausente y probablemente él fuera la causa de ello.

—*Lady Susan*, ¿Ha encontrado algo que no resulte de su agrado? —Quiso preguntar a la joven, en el fondo se sentía algo agradecido por su presencia, después de esperar que no se dejara ver en tres días como lo hizo su última esposa.

Nunca había comprendido el razonamiento de una dama, tampoco se había esforzado por aprenderlo, pero sabía que su carácter era más dócil cuando eran complacidas con joyas, vestidos o simplemente se les daba ciertas atribuciones de responsabilidad.

—No —respondió Susan sin mirar al duque—. La casa es encantadora y estoy segura de que me sentiré muy bien aquí.

Aquello era suficiente para conformarse. Había esperado que la joven

quisiera redecorar la casa o remodelar parcialmente alguna cosa y hasta cierto punto estaba dispuesto a concederle con tratar de contentarla, pero si todo estaba bien para ella, era aún mejor.

—Le he comentado a la duquesa, que la biblioteca se encuentra en su despacho, mi *lord* —dijo la señora Edna con cierta serenidad.

—¿La biblioteca? —exclamó el duque absorto.

—Soy una gran aficionada a la lectura y poseo una gran colección de libros con la que me gustaría complementar su biblioteca. —Admitió Susan.

Aaron estaba algo extrañado ante aquella información. Normalmente las jóvenes eran diestras en música, pintura o costura, jamás había pensado que su nueva esposa tuviera tanta pasión por el conocimiento.

—Si —afirmó—. Puede dárselos a mi ayuda de cámara para que los coloque en los estantes del despacho.

—Si no le importa a su excelencia, me gustaría hacerlo personalmente —contestó sin un atisbo de duda—. Así podré contemplar sus adquisiciones por si alguna me resulta interesante.

—Desde luego, pero tendrá que esperar a que esté presente mientras lo hace.

—No pensaba permitir que la joven convirtiera su despacho en un desastre o peor aún, que trastocara sus cosas o perdiera algún documento importante.

El resto de la tarde Susan lo pasó en una de las salitas de té donde la señora Edna la acompañó mientras las pequeñas recibían su clase de francés y a pesar de la pequeña soledad que había percibido a ratos, había logrado reconfortarse pensando que tal vez, ese dolor infligido la pasada noche no se repetiría. Quizá solo era un simple engaño a su mente para tratar de evitar salir corriendo o quizá solo era la excusa razonable para creer que debía

existir algo más que dolor en aquel acto.

Después de tomar un largo baño que la había reconfortado lo suficiente, volvió a su habitación envuelta en un camisón de seda. Durante la cena el duque había estado ausente, por lo que únicamente cenó acompañada de la señora Edna y empezó a sentir que, si así era el día siguiente a su matrimonio, no quería imaginar como sería el resto de su vida. Tal vez debía hacerse a la idea de que jamás lograría conocer al duque y de que probablemente él no sintiera deseo alguno de conocerla.

En cuanto entró en sus aposentos contemplo la imponente figura su esposo allí presente. Estaba de espaldas a ella, cerca del fuego que habían prendido para caldear la habitación. Aún no había llegado el frío invierno, pero ya se podía notar al caer la noche los primeros resquicios de éste.

Aaron había sopesado la posibilidad de acudir o no al lecho de su esposa, pero se había convencido finalmente de que no debía importarle lo que sentía o no la joven, sino concebir ese heredero que tanto pesar le afligía. Aquella mujer despertaba en él ciertos sentimientos que reprimía constantemente y que seguiría reprimiendo hasta el fin de sus días. No iba a permitir encariñarse con ella como le había sucedido con anterioridad y menos aún pensaba hacerlo porque sabía que en el fatídico caso de que ella muriese durante el parto, volvería a culparse de ello y una tercera vez sería demasiada carga que soportar.

Cuando entró en la habitación de su esposa, notó que aún no había regresado de tomar su baño, aunque lo haría de un momento a otro. Escuchó el sonido de la puerta abrirse y posteriormente cerrarse, así que se volvió lentamente y la imagen que contempló le dejó debidamente impresionado.

Se había imaginado demasiadas veces cuando aún era la señorita Brandon

para él, cómo sería aquel cabello rojo cayendo sobre sus hombros y moldeando su silueta. Mil veces había imaginado en como se verían esos cabellos esparcidos sobre aquella sábana de seda blanca y lo cierto es que verlo era peor que imaginarlo y deseaba resistirse tanto a ello que inconscientemente apretó con fuerza sus puños para no lanzarse sobre su esposa en un arranque de posesividad y causarle daño.

Era consciente de que su brusquedad y sus ansias habían causado temor a sus anteriores esposas que trataban de rehuir de él y, finalmente se había retirado de sus aposentos en cuanto éstas se habían quedado embarazadas. No cometería el mismo error con *lady Susan*, no deseaba que rehuyera de él de la misma forma, por lo que se limitaría a consumir el matrimonio sin ningún tipo de preámbulos, tal y como lo había hecho la noche anterior en su noche de bodas.

—Quítate la bata y tumbarte sobre la cama —dijo el duque después de observarla detenidamente

Susan asintió, pero por mucho que aparentemente pareciera estar tranquila, por dentro su pulso se había acelerado y una infinita tensión la sobrecogía. No lo deseaba y a pesar de ello, la voz no podía salir de su garganta para negarse. Ella era su esposa, ¿Podría siquiera negarse a tener relaciones maritales? Lo dudaba, su deber para con él era darle ese heredero que tanto deseaba y probablemente debería soportar esa tortura de nuevo. Con los nervios a flor de piel se deshizo de la bata y se tumbó sobre aquella cama tal y como él le había pedido que hiciera, cerrando los ojos y tratando de respirar profundamente para concienciarse sobre lo que estaba por venir, agarrándose fuertemente a las sábanas para soportar de nuevo aquel dolor. Notó el peso sobre el mullido colchón de su esposo que indicaba que había acudido a su encuentro, entonces abrió los ojos y vio como se acercaba a ella, sus manos

se deslizaban sobre la piel de sus piernas subiendo levemente su camisón hasta las caderas y por un instante el calor al sentir los dedos en su piel la embriagó. Probablemente esa sensación hubiera sido distinta y placentera de no ser por el dolor que sabía que le iba a implicar instantes después. Se preparó mentalmente para lo que sucedería, para volver a sufrir aquel intenso dolor insoportable que la flagelaría, pero cuando notó como el duque volvía a adentrarse dentro de ella solo pudo notar una infinita molestia.

¿Dónde estaba ese dolor que había sufrido la otra noche? La sensación no era agradable, estaba muy lejos de serlo puesto que era demasiado molesto e incluso un poco doloroso, pero era soportable; infinitamente mucho más soportable que aquel dolor infernal de la pasada noche.

Tres meses. Ya habían pasado tres meses desde que Susan se había casado con el duque de Buccleuch y aún no se había quedado embarazada a pesar de que cada noche él la visitara en su lecho y tuviera que soportar que la tomara. Tres meses en los cuales había rezado cada día de su vida porque finalmente se quedase en cinta para que él la dejase en paz. Tres meses en los cuales se había podido acostumbrar a los sirvientes de la casa que solo deseaban favorecerla, a las propias hijas del duque e incluso a la señora Edna, pero que no le habían permitido un mínimo acercamiento a él, que parecía desear evitarla constantemente salvo en la noche, cuando acudía a su habitación para tomarla.

Esa tarde al fin volvería a ver a sus amigas juntas. Apenas había podido verlas porque todas estaban en sus fincas de campo, algo que el duque de Buccleuch no hacía porque según él; tenía demasiado trabajo en la ciudad. Tampoco había gozado de luna de miel por esa misma razón, por lo que eso le había impedido estar más tiempo a solas junto a él y conforme más pasaba el tiempo, comenzaba a sentirse cada vez más resignada al matrimonio que le había tocado vivir. Sentía como algo dentro de ella se estaba apagando poco a



poco sin saber qué era exactamente, aunque en el fondo sí lo sabía... era la ilusión por amar, por descubrir la magia del amor que había sentido en sus libros y ese sentimiento al que toda su vida se había aferrado que de pronto veía como sencillamente no existía, ni jamás existiría para ella.

Apenas se apeó del carruaje divisó la casa de los duques de Sylverston. Emily las había invitado a todas para reunirse. Lo cierto es que hasta el momento no había sabido cuánto necesitaba salir de aquella casa, aunque por otro lado no sabía si estaba preparada para escuchar las alabanzas de sus amigas respecto a sus esposos. Sabía que ahora incluso Julia era feliz, había arreglado su matrimonio junto a Hayden que finalmente no había muerto como creían inicialmente y él la amaba casi tanto o puede que incluso más que ella a él. Definitivamente la única desgraciada y condenada de las cuatro iba a ser ella, porque ni aunque ocurriese un milagro, podría enamorarse del duque de Bucceluch y mucho menos aún; que éste lo hiciera de ella.

—¡Susan! —exclamó Julia nada más verla y fue corriendo a sus brazos para abrazarla.

Al parecer Susan había sido la última en llegar y todas se encontraban en aquella sala de té, mientras sus pequeños estaban a buen recaudo en la habitación de juegos con sus niñeras.

—Que alegría veros a todas, estos meses han sido demasiado largos en la ciudad con vuestra ausencia —contestó Susan tratando de sonreír.

—¿Estás bien? Te noto un poco pálida —preguntó Emily tan atenta como siempre.

—No. No —negó algo avergonzada—. Estoy muy bien gracias. Todo lo bien que puede estar una recién casada —admitió fingiendo una sonrisa, pero ninguna de sus amigas mencionó nada al respecto.

Mientras tomaban el té, Emily mencionó algo sobre una nueva colección de vestidos que lanzaría para esta temporada y que había diseñado mientras se encontraba en la casa de campo. Catherine hablaba sobre como trataría de gestionar su maternidad con el trabajo de contabilidad en la fábrica y Julia mencionó que su esposo la había convencido para publicar su primera novela bajo un seudónimo. Susan solo podía pensar en cómo todas ellas parecían satisfechas con su vida, siendo felices en su matrimonio y además habían logrado hacer lo que más les satisfacía. ¿Tal vez había algo malo en ella?

—Y por cierto... —dijo Emily—. ¡Estoy embarazada!

—¡Oh dios mío que felicidad! —exclamó Catherine—. Yo estoy deseando que los gemelos tengan un poco más de edad para volver a tener otro.

—¡Es estupendo Emily!, Espero que al fin le des al ducado de Sylverston su heredero —mencionó Julia—. La verdad que yo estoy muy contenta con Richard, pero también quiero darle muchos hermanitos más —añadió con una sonrisa cómplice y todas rieron salvo Susan.

Aquello fue la gota que colmó el vaso y ya no lo soportó más.

—¿Cómo podéis? —exclamó—. De verdad que trato de intentar entenderlo, pero no puedo. ¿Cómo podéis soportarlo?

—¿Soportar el qué? —preguntó Julia que fue la primera en hablar después de un prolongado silencio ante aquellas palabras de su amiga.

—Si te refieres al dolor del parto, te puedo asegurar que todo se olvida en cuanto tienes a tu bebé en brazos —dijo Catherine con un tono de ensoñación.

—No. No me refiero al parto, me refiero a que os toquen cada noche en el lecho, a tener que soportar como... como... ¡Es vergonzoso! —exclamó

finalmente sin saber explicar exactamente lo que quería decir y casi al borde de las lágrimas.

—Susan... —La voz de Emily era calmada, de hecho, parecía sumamente dulce—. ¿No disfrutas cuando estás en el lecho con tu esposo?

La pregunta era osada, pero después de todo estaban en confianza y prácticamente ella había sacado el tema.

—¿Disfrutar?, ¿Es que se puede disfrutar de ese acto? Desde luego está muy lejos de ser agradable.

—¡Menudo patán! —exclamó Julia dando un golpe con sus manos en las rodillas—. ¡Por supuesto que se puede disfrutar!

Susan la observó con los ojos abiertos expectantes y miró hacia Catherine que hizo un gesto afirmativo y después hacia Emily que, aunque estaba contrariada también asintió.

—No es posible... si hasta todos dijeron que... —No podía ser, básicamente hasta se habían sorprendido de que se levantase al día siguiente de su noche de bodas porque sabían cuanto dolor había debido padecer—. ¿Hay algo malo en mí, entonces?

—En ti no hay nada malo cariño —susurró Emily—. ¿Puedes contarnos exactamente como te trata el duque cuando estáis a solas?

—¿Cómo me trata? —exclamó—. No entiendo a qué te refieres. El simplemente me pide que me acueste sobre el lecho, o ya estoy tumbada cuando él... hace eso y se va.

—¡Lo que yo he dicho!, ¡Un patán! —volvió a gritar Julia exasperada—. ¡Menuda desconsideración por su parte tratarla así!

Susan las observaba atónita sin saber exactamente qué preguntar o que decir.

—Creo que la mejor para explicarte esto es Catherine —sugirió Emily con calma y todas miraron a la aludida.

—A ver... cómo te explico esto para que puedas entenderlo sin ser demasiado tosca —Comenzó a decir Catherine—. Cuando una mujer no goza en el lecho con su esposo, es porque no está lo suficientemente preparada para él —dijo de un modo suave y directo—. En algunas ocasiones se necesita más preparación que en otras dependiendo de las circunstancias. Por ejemplo, la pérdida de virginidad suele ser dolorosa, pero con la preparación adecuada llega a ser muy soportable y prácticamente no se siente dolor.

—¿No se siente dolor? —recitó atónita Susan—. ¡Si fue horrible! —gritó extrañada.

—En tu caso evidentemente no estabas preparada, pero eso solo hará que tengas aún más temor a compartir el lecho con tu esposo y fomentará que no sientas ningún deseo hacia él. Ten presente que las cortesanas lo practican con hombres que no desean y no sufren porque ellas mismas saben como paliar esa molestia.

—Desde luego se han ganado con todo mi respeto su valía por soportar algo así —jadeó Susan cruzándose de brazos.

—Lo que te quiere decir Catherine —intervino Emily—, es que tú puedes hacer que tu esposo logre satisfacerte en ese acto.

—¿Yo? —exclamó—. ¿Qué iba a poder hacer yo? —insistió extrañada.

—Todo... —susurró Catherine—. Tu puedes lograr que haga absolutamente todo.

—No lo entiendo —susurró atónita—. Sigo sin entender qué puedo hacer yo.

¿No se supone que solo me tengo que dejar hacer? —insistió un tanto avergonzada.

La pequeña sonrisa de Catherine, hizo que Susan dudara de sus propias palabras.

—Entiendo que tu educación quizá no te permita ver más allá, pero hay mucho más en el lecho matrimonial que lo que has aprendido hasta ahora —musitó con calma.

—Si es que ha aprendido algo... —añadió Julia—. Yo tengo unos cuantos libros bastante ilustrativos para la mente...

—Julia no la abrumes —soltó Emily con una sonrisa cómplice y la aludida guardó silencio.

¿Existían libros que hablaran sobre ese tema? Todos los libros que hasta ahora había leído Susan que eran de carácter romántico se basaban en el amor y en detalles referentes a la conquista de un caballero hacia una dama, pero jamás osaban decir algo referente a asuntos de cama. Como mucho, los protagonistas osadamente se besaban y eso para ella ya era demasiado abrumador.

—Lo que quiero decir es que una mujer también participa y goza de ese acto Susan. Aunque algunas damas de alta sociedad puedan considerarlo osado y desvergonzado puesto que es lo que hacen las amantes con sus maridos, yo prefiero que el mío me considere su esposa y su amante al mismo tiempo.

—¡Exacto! —ratificó Julia—. Si él no te da placer, haz que te lo dé.

Los seis pares de ojos volvieron a ceñirse sobre Julia y ésta se encogió de hombros.

—¿Tu amas al duque, Susan? —preguntó con cautela Emily.

—No... —negó cabizbaja—. Lo he intentado. He tratado de forzar a mi corazón para que le ame, pero es tan frío...

—¿Le encuentras al menos apuesto?, ¿Hay algo en él que te atrae?, ¿O por el contrario le encuentras repulsivo? —terció Julia.

—No puedo negar que es apuesto —admitió Susan algo avergonzada—. Y que en ocasiones desearía que él me prestara atención puesto que casi parece odiarme.

—No creo que te odie —terció Catherine—, pero probablemente después de perder dos esposas, se ha acostumbrado a tener una vida demasiado solitaria. ¿En vuestra luna de miel también fue distante?

—No hubo luna de miel —admitió con pesar—. Tenía que atender sus negocios y no podía abandonar la ciudad.

—Tal vez sea ese el problema, que es un hombre demasiado ocupado —contestó Emily.

—Hasta donde yo sé querida, tu esposo es un hombre ocupado y no tiene ese problema —ratificó Julia.

—Julia, si solo vas a fomentar el odio de Susan hacia su esposo más vale que estés en silencio o te marches, porque así no eres de ayuda —dijo Emily con toda la suavidad que fue posible.

—¡Es que no puedo evitarlo!, ¡Si hasta mi Richard que a pesar de su deshonestidad cuando quiso tomarme siendo virgen por puro egoísmo hizo que me sintiera plena!

—Pero no todos los hombres son iguales, ni tampoco tienen un largo historial de amantes —sentenció Emily provocando que Julia entendiera a qué se refería y se callase.

—¿A qué te refieres con un largo historial de amantes? —preguntó Susan directamente.

—Me consta que el duque de Buccleuch es un hombre recto e íntegro de costumbres antiguas. Jamás se le ha conocido ninguna amante, ya sabes que en esta ciudad pocos pueden salvarse de esconder a una amante. En el caso de él, que incluso hubiera sido comprensible después de perder a dos esposas, nunca se le ha conocido ninguna y menos aún es un hombre que frecuente burdeles según me ha contado Henry.

—¿Y eso es bueno o malo? —insistió Susan.

—Bueno para la moral e integridad de una esposa, aunque también puede ser malo debido a que probablemente no ha aprendido a complacer a una dama —contestó Catherine.

—Pero ha tenido dos esposas... —susurró Susan sin comprenderlo.

—Que probablemente han sufrido el mismo destino que tu y como eran unas damas respetables, jamás osaron decir nada. ¿Crees que estaríamos hablando de este tema ahora si tu no lo hubieras confesado al estar en confianza? Probablemente si osaras mencionarlo a tu madre, te diría que una dama no habla de ciertos temas porque es pecado y que lo que ocurra en el lecho solo es competencia de tu esposo —terció Julia.

—En realidad ella solo me dijo que debía dejar que él me hiciera lo que quisiera. Ni si quiera me habló del dolor que ello implicaría...

—Pobrecita —susurró Catherine—. Debiste haber hablado con nosotras. Tenías que habernos confesado esto antes...

—¡No estabais! —exclamó—, aunque reconozco que tal vez no lo habría hecho tampoco porque me daba vergüenza admitirlo.

—No podemos cambiar lo ocurrido —sentenció Emily—, pero sí lo que ocurrirá de ahora en adelante.

—Yo puedo enseñarte a darle tanto placer a tu esposo en el lecho que se enamorará de ti perdidamente... —aseguró Catherine.

—Yo te enseñaré a seducirle con movimientos para que deseé acudir a tu lecho cada noche —indicó Julia.

—Y yo me aseguraré de que luzcas impresionante en cada encuentro y pierdas el miedo que hasta ahora te ha cegado respecto a este tema —decretó Emily.

Susan observó a sus tres amigas que la miraban fijamente. Estaba infinitamente agradecida, de verdad que lo estaba, pero en lo más profundo de su ser; creía que nada de lo que ellas decían podría hacer que el duque cambiara. Que ese ser frío, indómito y serio se fijara en ella, menos aún todavía iba se enamoraría de ella.

—Os lo agradezco, pero no creo que funcione. Vosotras no conocéis al duque... él es... es...

—Creo que la que no lo conoce eres tú —dijo Catherine cogiéndole una mano para que la mirase—. Todo hombre es capaz de desvivirse por una mujer si está enamorado. Y nosotras conseguiremos que él se enamore de ti. No solo porque eres absolutamente preciosa, bondadosa y generosa, sino porque tú le seducirás hasta que pierda el sentido como ninguna otra mujer lo ha conseguido.

—A menos que tú no lo desees —indicó Emily provocando la atención de todas—. Hemos supuesto que desees que tu matrimonio funcione, pero igual estamos dando por sentado algo que tú no desees.



—Yo desearía que funcionara, aunque no tuviera amor como vosotras, aunque no me enamorase... pero al menos podría tener el cariño de un hombre que me cuidara y respetara —admitió Susan con pesar.

—Hagamos algo —dijo Catherine—. Nosotras te enseñaremos cada una por separado nuestros mejores talentos para seducir y tú los pondrás en práctica con tu esposo. Si transcurridos unos meses tu vida al lado del duque sigue siendo un infierno, te ayudaremos a escapar de él si ese es tu deseo a pesar de lo que ello implicaría para tu familia, por no decir que tu reputación quedaría manchada para siempre.

—¿Escapar de él?, ¿Hablas de fugarme? —exclamó aturdida.

—Si ese fuera tu deseo, sí —insistió Catherine.

Ser libre... escapar de aquella insulsa vida que llevaba junto a un hombre que no la amaba y poder así encontrar el amor en otro caballero. Una parte de Susan le gritaba internamente que era lo que deseaba, pero otra... esa parte racional, segura y ecuánime que había en su interior, le decía que tampoco sería plenamente feliz abandonando todo cuanto conocía y más aún, sabiendo lo que aquello perjudicaría a su familia a pesar de que la habían obligado a casarse con ese hombre que ahora era su esposo.

—Está bien. —Aceptaría aquello. De todos modos no le quedaba más remedio que poner todo de su parte para que al menos la convivencia con el duque de Buccleuch fuera algo más armoniosa de lo que de por sí era; inexistente.

—Creo que me voy a divertir con esto... —susurró Julia con una sonrisa cómplice.

—Julia, ¡Que esto no es un juego! —exclamó Emily con una cierta sonrisa cómplice—. Para Susan es bastante serio.

—Está bien, está bien —mencionó alzando las manos la joven aludida—. Es solo que me divierte pensar cómo va a enloquecer su esposo.

—Dudo mucho que pueda hacer algo para que enloquezca —susurró Susan aún incrédula por lo que sus amigas decían. Tal vez ellas hablaban desde la voz de la experiencia con sus esposos, pero el duque era distinto, probablemente no existía un resquicio de amor en su corazón. Solo había que ver cómo trataba a sus hijas para descubrirlo.

—Eso nos lo dirás cuando hayamos terminado contigo... —sentenció Catherine también con una sonrisa pícaro.

## 9

De regreso a casa, Susan estaba lo suficientemente pensativa en todo aquello que le habían contado sus amigos que ni tan siquiera fue consciente cuando al fin el carruaje se detuvo en la puerta de la mansión Buccleuch. Tuvo que ser su propia doncella quien la sacara de su estado de trance para advertirle que finalmente habían llegado a su destino. Había decretado pasar dos mañanas a la semana con Emily en la casa de modas, dos tardes con Catherine en su propia casa y otras dos mañanas con Julia también en su casa, por lo que iba a estar lo suficientemente ocupada las próximas semanas que esperaba que su marido no fuera consciente de su ausencia, aunque a juzgar por el tiempo que pasaba en casa lo dudaba.

En el momento que entró en casa le pareció escuchar un alarido procedente del piso superior y unas voces lejanas. Le extrañó demasiado y subió las escaleras de prisa si tan siquiera quitarse el abrigo y el sombrero que aún llevaba puestos ante la incredulidad de su doncella que la acompañaba. Todo estaba en silencio hasta que volvió a escuchar ese golpe seco y el grito del que sin duda ahora comprendió que era una de las niñas. Fue entonces cuando se dirigió hacia la habitación de juegos y abrió la puerta sin pensar

para encontrarse a la señora Edna con una vara de madera y azotando a la pequeña de las hijas del duque.

—¿Qué se supone que está haciendo? —gritó Susan enfurecida con el estómago casi descompuesto al ver a la pobre pequeña en paños menores y con el rostro inundado en lágrimas.

—Solo estoy dándole su castigo por desobediencia —contestó autoritaria como si no estuviera haciendo nada malo.

—¿Y no le parece que es demasiado pequeña para someterla a un castigo tan severo?, ¿Qué se supone que ha hecho para que la castigue de tal modo? —exclamó acercándose hasta ella y cogiendo a la pequeña entre sus brazos a pesar de la resistencia inicial que le opuso aquella señora.

—Cuánto antes aprendan la disciplina de una dama, será mucho mejor para ellas.

—Me da igual lo que el duque opine respecto a su conducta disciplinaria, pero no toleraré que le vuelva a poner una sola mano encima a ninguna de estas niñas en mi presencia, ¿Lo ha entendido? —gritó llena de furia.

—¡Soy su abuela! No hay nadie mejor que yo para educarlas —exclamó llena de rabia.

—Como si es usted la mismísima reina —contestó con testarudez y acto seguido tendió la mano a la otra pequeña para que se acercara a ella que finalmente lo hizo y salió con ellas de aquella habitación.

—¡El duque la reprenderá por esto! —escuchó a su espalda Susan, pero le dio absolutamente igual lo que él pudiera decirle. Si era capaz de aprobar que castigaran así a sus hijas, se negaba a darle un heredero. No pensaba darle un hijo a un hombre que consintiera que maltrataran brutalmente a sus propios

hijos de aquella manera.

—Ya está pequeña... —Susurró acunando a la niña entre sus brazos—. Te prometo que no volverá a pegarte.

Realmente no sabía si estaba haciendo una promesa sin fondo, pero así tuviera que amenazar al duque o coaccionarlo negándose a darle un heredero, ninguna de esas dos pequeñas volvería a saber lo que era ser castigada de esa forma.

Se llevó a su habitación a ambas niñas porque realmente no sabía a que lugar acudir para que se sintieran seguras y mientras las metía en su cama y las arropaba, se colocó en el medio y se dedicó a contarles un viejo cuento que aún recordaba de memoria para calmarlas. Cuando sintió aquellos pequeños brazos rodearla para abrazarla, algo dentro de ella se estremeció y por un momento comprendió que no podría marcharse de aquel lugar, acababa de descubrir que existía alguien que la necesitaba. En algún momento se quedó dormida y cuando abrió los ojos se encontró con una mirada que la observaba fijamente. El duque estaba apoyado en la cornisa de la chimenea que había frente a la gran cama sin decir ni una sola palabra, sino contemplando la imagen que tenía delante de él en completo silencio.

—*Lord* Buccleuch —susurró Susan algo desorientada y cuando fue a moverse se dio cuenta de que las dos hijas de él estaban abrazadas a ella—. Lo siento... les leí un cuento para calmarlas y se quedaron dormidas.

—La señora Edna me ha contado lo que ha ocurrido —decretó con semblante serio.

—¿Y aprueba usted sus procedimientos? —preguntó en voz baja Susan.

—Una educación estricta convierte a una niña en una verdadera dama. —Fue toda su respuesta.

—¿Eso quien lo dictamina?, ¿Usted?, ¿O ella? —ironizó Susan—, porque le aseguro que se puede conseguir exactamente lo mismo sin necesidad de marcar la piel de una pobre criatura indefensa.

En ese momento Susan juraría que vio como el semblante del duque cambiaba, incluso giró el rostro hacia la chimenea desviando su mirada. Aprovechó aquel instante para liberarse del agarre de las pequeñas y deslizarse por la cama hasta tocar el suelo y ponerse de pie sin despertarlas.

—La señora Edna ha criado a varias hijas y se puede decir que la educación y reputación de todas ellas ha sido intachable —contestó fijando la mirada en las brasas que aún quedaban de la chimenea.

—¿Es eso lo único que quiere de sus hijas?, ¿Qué sean respetables y educadas al precio que sea?

—¿A qué se refiere? —preguntó alzando la vista hacia ella.

—Jamás vi a ninguna de esas damas sonreír o ser feliz —decretó Susan siendo sincera—. ¿Es eso lo que desea para sus hijas? Porque si es eso lo que desea, le advierto que no seré participe de ello y me negaré a darle ese heredero que tanto quiere.

En aquel momento la cara del duque pasó a una tez roja inusual y Susan habría jurado que podría estrangularla allí mismo si quisiera.

—¿Quién se ha creído que es para negarse a concederme tal cosa? —exclamó acercándose a ella y la agarró de los brazos lo suficientemente fuerte para que no se escapara.

Susan sabía que le había enfurecido y no se le ocurría nada para que, en lugar de empeorar las cosas, éstas se arreglasen. En ese momento le miró fijamente y pensó que a pesar de aquel semblante sobrio y sombrío era un hombre

increíblemente apuesto e hizo lo último que probablemente se le habría ocurrido hacer si no hubiera tenido aquella conversación con sus amigas esa tarde.

—Su esposa... —susurró antes de colocarse de puntillas e inclinar la cabeza lo suficiente para unir sus labios a los suyos.

Era su primer beso y no tenía ni la más remota idea de qué hacer. Probablemente él la apartara, la desechara a un lado y saliera hecho una furia de su habitación, pero no pensó jamás que le devolvería aquel beso y que para su sorpresa pudiera ser tan sumamente placentero.

Los brazos del duque la rodearon mientras que sus labios comenzaron a besarla con ardor provocando que finalmente ella entreabriera la boca y en ese momento sintiera como la lengua de su esposo se abría paso para abordarla hasta un lugar hasta ahora desconocido. Por inusual que fuera en lugar de causarle miedo alguno, solo le provocó un placer infinito por querer descubrir más de aquella sensación y cuando sintió que la alzaba entre sus brazos sin darse cuenta colocó sus manos alrededor del cuello del duque para aferrarse a él y seguir aquel deleite que le provocaba su boca.

Susan fue consciente tras varios segundos después que estaba prisionera entre la dureza de algo frío a su espalda que probablemente fuera la pared y el cuerpo de aquel hombre que la sujetaba. No era consciente de lo que estaba ocurriendo, pero si lo era de un ardor que sentía en lo más profundo de su ser provocado por aquellos besos incesantes. Escuchó un gruñido procedente de la garganta del duque y entonces notó que la alzaba de nuevo, en ese momento separó su boca de la de ella y vio como se dirigía hacia la puerta que comunicaba su habitación con la de su esposo e incrédula observó como éste la abría y entraba con ella en la recámara que hasta ahora le había sido prohibida su entrada. Nada más cerrar la puerta sintió como volvía a tener la

dureza en su espalda de algo firme y antes de poder protestar, sus labios fueron de nuevo llenados por los suyos que respondieron fervientemente a su cálido beso.

Notó como los dedos del duque se abrían paso entre su falda levantándola para permitirle un mayor acceso y por insólito que fuera ella bajó sus manos hasta encontrar el tejido del pantalón del duque rozando su entrepierna y sintió como las manos de él apretaban sus nalgas acercándola aún más hacia su protuberancia. No supo porqué lo hizo, pero aquel gesto provocó que se le escapara un gemido de su garganta, ¿Qué demonios era aquello?, ¿Por qué sentía tanto calor de pronto? Se preparó para lo que sería una invasión molesta como lo era cada noche que él acudía a su lecho cuando notó que iba a poseerla y en el momento que comenzó a sentir que se abría paso dentro de ella, una sensación extraña la poseyó. Aquello no era dolor, no era molestia, ni tampoco era un suplicio o una tortura... aquello simplemente era placentero. Ante su estupor se abrazó más fuerte a él y acercó sus labios a su cuello mientras sentía una sensación recorrerla inexplicable hasta ese momento, era como si estuviera rozando el cielo pero sin llegar a tocarlo y no podía evitar gemir de forma susurrante a su oído con cada una de sus embestidas que le provocaban una mayor oleada de placer. Pensó que iba a romperse en mil pedazos, que simplemente explotaría de puro placer cuando notó de pronto el cese de los movimientos del duque y simplemente fue consciente del jadeo y su respiración agitada momentos después.

—Será mejor que regrese a su habitación, mis hijas podrían despertar en cualquier momento —dijo el duque cuando su respiración se volvió menos agitada.

—Por supuesto —contestó Susan sin saber qué decir en un momento así.

En cuanto cruzó la puerta dio dos pasos y se dejó caer sobre la pared de la



habitación llevándose una mano a los labios incrédula ante lo que acababa de suceder.

¡Dios santo! Sus amigas tenían razón, había placer en aquel acto y de hecho estaba segura de que aún le quedaba mucho más por descubrir, de que aquello que le había parecido estar incompleto debía ser sencillamente maravilloso.

Algo dentro de ella le hizo desear que volvieran a pasar todas aquellas horas que faltaban para la próxima noche, quería experimentar de nuevo aquella sensación, necesitaba fervientemente descubrir que era eso que no había logrado alcanzar. ¿Cómo era posible pasar de detestar algo a desearlo con tanto ahínco? No sabía qué era lo que había ocurrido en ella o si simplemente habían sido aquellos ardientes besos, pero fuera lo que fuera volvería a repetirlo de nuevo. Ahora estaba deseosa de ser la aprendiz de sus amigas y que ellas le otorgaran todo su conocimiento para ponerlo en práctica, al igual que estaba deseosa de preguntarles demasiadas cosas.

Aaron no podía creer que aquella mujer pudiera besar de aquella forma. Era puro fuego para sus cinco sentidos y su juicio se había ido al mismísimo infierno desde el instante en que ella se había inclinado para rozar sus labios o más bien desde el momento en el que la señora Edna le había comunicado que la duquesa se había enfrentado a ella defendiendo a capa y espada a sus dos hijas.

Al principio le había molestado la osadía de interferir en la educación severa de sus hijas, pero cuando estaba dispuesto a encararla, a enfrentarla para dictaminarle quien ponía las normas en esa casa, sus defensas se habían ido al mismísimo copetín cuando vio aquella escena; sus dos hijas abrazadas a su esposa como si fuera su verdadera madre. En lo más profundo de su ser algo le indicó que no era bueno que se encariñasen con Susan, le daba pavor

pensar que pudieran hacerlo para después también perderla tal como perdieron a sus respectivas madres, pero debía reconocer que aquella escena había movido algo en su interior y de hecho se había quedado allí de pie observándolas siendo consciente de que le gustaba demasiado contemplar dicha imagen, como si deseara grabarla en su retina para siempre.

Se tumbó sobre el lecho y respiró profundamente mientras en su mente no dejaba de evocar una y otra vez lo sucedido. Se había dejado arrastrar por el deseo hacia ella, su autocontrol se había esfumado como la pólvora para dejar paso solamente a su instinto carnal y por sorprendente que pareciese, ella no se había quejado, aunque en cierta manera, su esposa jamás lo había hecho hasta el momento solo que en esa ocasión... la había sentido de verdad y eso le provocaba un miedo atroz.

En aquel momento solo quería desnudarla y volver a poseerla de la misma forma en su lecho, ese era su instinto primitivo y con el que habría de luchar constantemente porque debía repetirse una y otra vez que solo debía obtener algo de ella; su heredero. El hijo que por alguna razón el destino le negaba a conceder, pero no podía obviar que hasta que eso sucediera, hasta que finalmente su esposa concibiera, el deseo que sentía por ella parecía ir en aumento.

—¡Buenos días pequeñas bellas durmientes! —exclamó Susan a las pequeñas en cuanto despertaron porque su doncella había traído agua fresca y paños limpios para que se asearan.

—¿Hemos dormido aquí? —preguntó Madeleine, la pequeña de seis que era la mayor de las hermanas.

—Si. No quise despertaros —contestó Susan sonriente.

—¿Y no nos castigará la abuela? Padre no aprobaba que entráramos en su

habitación, cuando se entere de que pasamos la noche aquí seguro que nos azotará...

—No —negó ante el estupor de la pequeña Diane que parecía acongojada por si las palabras de su hermana se convertían en realidad—. Os prometo que ninguna será castigada, aunque lo de anoche será una excepción que no podremos convertir en costumbre. —Pensó siendo consciente de que hasta que no quedase embarazada, el duque la seguiría visitando en su lecho cada noche y ese no era lugar para unas niñas.

—¡Oh gracias! —exclamó la mas mayor de las dos bajándose de la cama para ir corriendo hacia ella y abrazarla.

Cuando bajaron para tomar el desayuno, ninguna de las tres se esperó encontrar en la cabecera de la mesa al duque de Buccleuch con el periódico abierto y lo suficientemente concentrado para no percatarse de su presencia.

—Buenos días —anunció Susan algo cohibida. Solo al verlo un rubor se había apostado en sus mejillas siendo consciente de lo sucedido la noche anterior y ni ella misma se sentía con fuerzas suficientes para mirarle directamente a los ojos y que le recordase todo ese ardor que hubo entre ellos.

—El desayuno se sirve a las nueve en punto y son las nueve y cuarto — proclamó la señora Edna mirando al frente y en ese instante Susan dirigió la vista hacia el duque que acababa de apartar la mirada del periódico hacia ella.

—Creo que por hoy podremos hacer una excepción, señora Edna —contestó Aaron sin mirarla y observando ahora a sus hijas que parecían estar medio escondidas detrás de las faldas de su madrastra.

¿En qué momento le habían cogido tanta estima sus hijas a su esposa? Sin pretenderlo, una especie de sentimiento sobreprotector le invadió.

—Ya habéis escuchado a vuestro padre, no pasa nada. Ahora vamos a desayunar, ¿verdad? —dijo Susan animándolas.

Aaron escuchó la voz melodiosa y con un atisbo de tono infantil con la que su esposa se dirigía hacia sus hijas y le sorprendió que fuera tan sumamente gentil. Acababa de darse cuenta de que no conocía en absoluto a esa dama y desde luego era así porque jamás le había interesado conocerla hasta ahora, a pesar de que aún oponía resistencia.

En cuanto tomaron asiento, el duque dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. Tomó la taza de café que aún tenía a medias y degustó un sorbo lentamente mientras observaba como servían el desayuno tanto a su esposa como a sus hijas. No era habitual que las pequeñas estuvieran en la mesa principal a sus edades, pero por conveniencia según había decretado la señora Edna, cuánto antes aprendieran los modales en la mesa sería mucho mejor para ellas, por eso solo lo permitía durante el desayuno puesto que él jamás estaba presente y en aquel instante cuando observó que por primera vez estaba reunido con la que representaba su familia se sintió fuera de lugar, ni tan siquiera sabía qué decir o sobre qué hablar porque se sentía un completo extraño respecto a todas ellas.

—¿Qué tal le van sus negocios *lord* Buccleuch? —preguntó Susan llevándose una taza a los labios.

La pregunta sorprendió al duque, tanto que tardó varios segundos en responderla.

—Bastante bien, no tiene porqué preocuparse —respondió con el semblante algo más relajado.

—Ciertamente no me preocupo. Sé que usted es un hombre que siempre cuida de lo que le pertenece. —Recitó Susan las propias palabras que en su

día él mismo le dijo a ella.

Al duque de Buccleuch no le pasaron desapercibidas aquellas palabras que desde luego llevaban un doble sentido y que se las hubiera dicho de forma directa solo le daba aún más valor si cabe a ellas.

—Sí. Ciertamente lo hago —contestó y Susan habría jurado que torcía el gesto hacia otro lado pensativo—. Quisiera aprovechar este momento para comunicarle que la espero en mi despacho después de que termine de tomar su desayuno. Tengo algo que decirle en privado.

En aquel momento Susan sopesó que probabilidades había de que aquello que tuviera que decirle fuese malo para ella y se quedó pensativa unos instantes.

—¿Querida, hoy no tomas té para desayunar? —preguntó la señora Edna sacando a Susan de su ensoñación.

—No gracias —contestó con un amago de sonrisa—. Hoy me apetece tomar café —añadió cogiendo otro de los bollitos de leche recién hechos que estaban sumamente deliciosos.

Mientras las hijas del duque se dirigieron hacia la habitación donde una institutriz venía para darle sus lecciones diarias, Susan se fue con paso cauteloso hacia el despacho del duque. Ni tan siquiera había colocado aún sus libros porque tenía cierto miedo de quedarse a solas junto a él y el temor a que tratara de tocarla la asustaba, aunque ahora ese miedo por sorprendente que pareciese no era más que un pequeño atisbo que aún no había perdido del todo, pero sí disminuido lo suficiente para no tener tanto temor de cruzar el umbral de aquella puerta.

Llamó dando tres golpes secos en la madera y escuchó su prominente voz al otro lado de la puerta diciéndole que entrase.

—Cierra la puerta y siéntate —escuchó Susan en aquel tono de seriedad que podía llegar a ser escalofriante.

Susan cerró con cautela la puerta y se dirigió hacia una de las sillas que había frente a aquella enorme mesa. En cuanto lo hizo alzó la vista y vio que él la observaba.

—¿Para qué me ha citado aquí? —preguntó siendo consciente de que sus manos comenzaban a exudar por la tensión del momento.

—Quería comunicarle personalmente que he decidido hacerla responsable de la educación de mis hijas —contestó en un tono neutro que no dejaba atisbo a descubrir si aquellas palabras las decía como una orden que no podría rechazar o porque realmente sentía que en sus manos las pequeñas estarían mejor.

—No entiendo —contestó Susan anonadada—. ¿Quiere que yo eduque a sus hijas?, ¿Qué ocurrirá entonces con la señora Edna? —preguntó sorprendida.

—La señora Edna se quedará como compañía y supervisará que hace bien su función. Usted misma dijo anoche que podría conseguir los mismos resultados en la educación de una joven sin necesidad de ser tan estricto, por lo que le concederé seis meses para ver si es capaz de lograrlo.

—¿Y qué pasará si no lo consigo o no considera que mis formas sean adecuadas? —exclamó atónita.

—Entonces creeré que la señora Edna tenía razón y dejaré que ella las eduque bajo sus estrictas normas incluyendo sus severos castigos —contestó sin observarla.

El pulso de Susan se aceleró y casi quiso gritar que era un hombre insensible y sin corazón. Se levantó de un solo movimiento y dio un manotazo sobre la

mesa captando su atención.

—¡Le aseguro que eso no sucederá! —rugió Susan con tanto ímpetu que apenas fue consciente de que había inclinado su rostro hacia el duque acercándose lo suficientemente a él para sentir ese olor a masculinidad que emanaba.

—Todo lo que suceda dependerá únicamente de usted —contestó observándola detenidamente y en aquel instante Susan vio que él miraba fijamente sus labios por lo que la vista se fue directamente también a los suyos.

## 10

La respiración de Susan era agitada debido a la cólera que había acumulado y el silencio que ambos estaban manteniendo mientras se observaban mutuamente, comenzó a ponerla nerviosa.

—Si no necesita nada más, me marchó. Tengo mucho trabajo por hacer ahora que me ha hecho responsable de la educación de sus hijas —terció Susan tratando de controlar sus impulsos. Esos impulsos que no eran otros sino los de acortar la distancia que le separaban del duque para sentir de nuevo la misma sensación que había tenido la noche anterior probando sus labios.

—Desde luego. La veré esta noche —contestó *lord* Buccleuch con un tono demasiado grave en la voz y Susan miró directamente sus ojos tratando de adivinar lo que trataba de decir—. Para la cena, por supuesto.

—Desde luego —respondió atropelladamente justo antes de salir de aquel estudio y subir inmediatamente las escaleras para encerrarse en su habitación tratando de serenarse.

¿Qué le estaba pasando?, ¿Por qué de pronto la presencia del duque le afectaba tanto? Y sobre todo su cercanía, esa aproximación en la que solo



podía ser consciente de lo que era capaz de hacerle sentir la tenía demasiado presente.

—Creo que me estoy volviendo loca —susurró en voz baja mientras se llevaba una mano a la frente como si se sintiera demasiado acalorada.

Aaron se había marchado hacia una de sus empresas en cuanto habló con la señora Edna para aclararle la nueva situación. Dudaba que hubiera tomado demasiado bien la noticia a pesar de que sabía perfectamente que acataría sus órdenes, pero el semblante serio y taciturno de aquella mujer le indicaba que no estaba conforme. Era de suponer que la que había sido su suegra tiempo atrás no tomase de buen agrado la noticia. Si finalmente se disponía a prescindir de sus servicios, no tendría cabida en aquella casa, aunque se aseguraría del porvenir de aquella mujer, puesto que no podía olvidar de toda la ayuda que le había prestado durante aquellos años, más aún cuando su segunda esposa nunca se hizo cargo, ni había mostrado interés alguno en su primera hija como en cambio lo estaba haciendo *lady* Susan.

Esa mujer que ahora era su esposa le provocaba sensaciones contrarias que jamás se había planteado hasta el momento. Debería haberla reprendido por plantarle cara, incluso le había acusado de ser demasiado estricto hasta el punto de negarse a darle un heredero, ¡A él!, ¡Cuando esa era la única razón por la que se había casado! En cambio, le había dado lo que ella deseaba. Solo al verla entrar hacía unas horas en el comedor acompañada de sus hijas algo temerosas de recibir un castigo por su parte, le había mostrado que no deseaba infundir temor en las pequeñas. Había sopesado las palabras de Susan sobre la educación de las niñas y por alguna razón deseó darle una oportunidad, ver qué era capaz de hacer esa mujer de cabellos rojos que había despertado algo sumamente dormido desde hacía demasiado tiempo en lo más profundo de su ser.

Los golpes en la puerta de madera de su despacho captaron su atención, no recordaba tener que reunirse con alguien durante la mañana, pero probablemente se tratara de alguna visita improvisada.

—Buenos días, *lord* Buccleuch. —La voz profunda de *lord* Sylverston atravesó la pequeña estancia y se levantó a recibirle—. Espero no molestarle.

—*Lord* Sylverston —contestó estrechando la mano de alguien a quien podía considerar amigo—. Solo estaba realizando unas gestiones sin importancia, aunque no esperaba su visita. ¿Ha ocurrido algo en la fábrica? —preguntó con semblante serio. Tenía varias inversiones en común con su excelencia el duque de Sylverston y habitualmente sus reuniones se ceñían a esos negocios. Aunque en alguna esporádica ocasión se habían contado pequeñas confidencias sin apenas importancia.

—No —negó rápidamente mientras tomaba asiento—. En realidad, el asunto que me trae hasta aquí es otro.

Aaron miró extrañado a su amigo. Normalmente solían ceñirse a hablar de sus negocios y solo recordaba vagas situaciones en las que le había confesado que estaba buscando una nueva esposa y le estaba resultado complicado encontrar una candidata adecuada, a lo que *lord* Sylverston le había confesado que era bueno elegir adecuadamente a la dama correcta, pero que no demorase demasiado tiempo cuando la encontrara, dándole la vaga impresión de que quizá él había cometido ese error en el pasado.

*Lord* Sylverston era uno de esos pocos hombres que conocía personalmente y sentía cierta devoción por su esposa. Teniendo en cuenta lo bella que era la dama en cuestión; no lo ponía en duda, pero en ocasiones se preguntaba que podía hacer perder de tal forma el juicio a un hombre para tener ese comportamiento. Nunca había sentido devoción por ninguna de sus anteriores

esposas, ni tan siquiera la tenía por Susan, a pesar de que ella le estaba empezando a provocar serias contrariedades al respecto, pero jamás perdería la cordura hasta el punto de anteponerla frente a sus prioridades como en cambio sí hacía Henry Sylverston.

—Espero que no sea nada grave, por tu semblante me atrevería a decir que vienes a pedirme dinero y si no fuera consciente de que tu fortuna es equiparable a la mía, me atrevería a cuestionar tu situación económica — contestó Aaron tratando de estudiar el comportamiento de su excelencia.

Una vaga sonrisa en *lord* Sylverston hizo que el duque de Buccleuch se relajara. Conocía una estimación aproximada de la gran fortuna de los Sylverston, que incluso se había incrementado en los últimos años con el éxito de su esposa en el sector de la moda. Le resultaba extraño que precisamente fuera esa la causa de que estuviera en su despacho.

—Un buen amigo mío, del que puedo asegurar que es alguien en quien se puede confiar, necesita inversores para un negocio. En realidad, más que capital, lo que realmente necesita es la repercusión que tendrá si cuenta con el apoyo de varios miembros de la alta sociedad —dijo tratando el tema con toda la seriedad que requería.

—¿Y donde está ese buen amigo suyo? —preguntó Aaron asombrado de que no le hubiera acompañado.

—Se encuentra fuera de la ciudad. No obstante, es alguien a quien ya conoce de alguna reunión que hemos mantenido en común. Se trata del señor Benedict

—Si. Le conozco. No he tenido un trato muy cercano con él, pero conozco a la familia desde hace años —admitió *lord* Buccleuch.

—No le pediría esto si no fuera por la confianza que tenemos después de

tratar varios negocios y la confianza que me genera el futuro negocio del señor Benedict, del que cuenta con todo mi apoyo —afirmó Henry.

—¿De qué se trata en cuestión? —preguntó por curiosidad. Sabía que *lord Sylverston* era muy bueno en los negocios y que no sería capaz de apostar por algo que estaba destinado al fracaso, pero si decidía invertir capital, lo mínimo era saber de qué se trataba.

—Tendrá en propiedad varias fincas de viñedos para la elaboración de coñac. La idea es expandir el negocio para que se haga potencialmente conocido. — Henry no podía dar demasiados detalles aún. Todavía no era oficial.

—Supongo que las gestiones de esas fincas de viñedos están en proceso de compra por la forma en que lo dice, ¿O me equivoco? —preguntó Aaron tratando de comprender la situación. Por alguna razón no terminaba de ser claro y eso era extraño en el duque.

—Se trata de una herencia. Digamos que solo faltan las cuestiones pertinentes para que estén oficialmente a su nombre, pero puedo asegurar que esos viñedos le pertenecen por derecho propio.

—Es extraño, no conocía que la familia de los Benedict poseyera viñedos — meditó pensativo—, imagino que será por parte de algún familiar lejano.

—¿Ha oído hablar del duque de Savegner? —preguntó Henry sabiendo que estaba dando más información de la debida.

—Desde luego —confirmó Aaron—. Hace unos años su coñac era el más apreciado entre la alta sociedad, pero ocurrió algo en la familia si no recuerdo mal que hizo que se dejase de fabricar.

—Exacto, una desgracia familiar que le dejó sin herederos —afirmó Henry—. El duque de Savegner era primo segundo del padre del señor Benedict.

Tras fallecer el heredero más cercano a la familia de los Savegner, Robert Benedict se ha convertido en el siguiente en la línea de sucesión.

—Eso es una buena noticia para el señor Benedict —afirmó Aaron—. Valorando ahora la situación, puedo asegurar que cuenta con mi apoyo, así que le puede transmitir al futuro duque de Savegner mis más sinceras felicitaciones y si le apetece le ofrezco una copa para celebrarlo.

—Me alegro. Estaré encantado de transmitirle que cuenta con su apoyo en cuanto regrese a la ciudad —alegó Henry ahora más calmado—. Y por supuesto que acepto esa copa.

Susan se había ausentado mientras las hijas del duque daban sus respectivas lecciones con la institutriz que venía a casa. Sabía que ese sería el único tiempo que contaba para ausentarse y acudir a Lynet's para estar con su amiga.

Ardía en deseos de verla para contarle todo lo sucedido la noche anterior y tener una versión de los hechos por parte de una dama mucho más experimentada que ella. Emily había sido la primera de sus amigas en casarse y ser madre, nadie mejor que ella para tratar esos asuntos en la más estricta confidencia.

—¡Querida Susan! —exclamó Emily tan atenta como siempre—. Creí que no vendrías porque te habría surgido algún imprevisto, pero me alegra que finalmente hayas podido acudir. Ven, pasemos a mi despacho para estar más tranquilas.

A pesar de ser bastante pequeño, sorprendentemente estaba muy bien ordenado, salvo por algunos diseños y papeles que tenía amontonados en una esquina del suelo.

—Por favor, mejor no mires hacia ese lado, porque aún no sé si utilizaré esos

bocetos para alguna colección o simplemente optaré por quemarlos — advirtió Emily mientras la invitaba a sentarse en el pequeño sofá que había en aquel estudio donde apenas cogían dos personas.

—Seguro que son diseños muy buenos, como todo lo que haces —contestó Susan evocando una sonrisa—. Siento la tardanza, pero esta mañana surgió algo demasiado inesperado para mí que hizo que me retrasara más de lo que pensaba.

—¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó Emily por cortesía.

—No, no. Nada de eso. Es solo que el duque ha relevado de sus funciones a la señora Edna. No sé si sabías que era ella quien se encargaba de la educación de sus hijas. En su lugar me la ha otorgado a mí.

—¿Me estás diciendo que el duque de Buccleuch te ha convertido en la institutriz de sus hijas? —exclamó sorprendida.

—¡No! —negó Susan—. Solamente supervisaré todo cuanto a ellas les afecte como lo haría una madre, como imagino que lo harás tú con tus hijas — añadió algo tímida.

—¡Eso es estupendo! —chilló con algo de euforia—. Lo que me extraña es que no lo hubiera hecho antes, ahora que lo dices. Lo normal hubiera sido que tras casaros, te hubiera puesto al mando de esas pequeñas como corresponde.

—A veces no entiendo como funciona la mente de ese hombre. Hasta ahora se ha mostrado tan frío, tan solitario y apartado de su familia que me llegué a cuestionar porque razón buscaba un heredero, si apenas mantiene relación con sus hijas. Anoche discutí con él justo por esa razón y... y... —Las palabras no salían de su garganta.

—¿Y? —preguntó Emily incitándola a hablar.

—Esto es un poco vergonzoso para mi decirlo en voz alta, Emily —admitió algo sonrojada.

—¿Te pegó? —preguntó con suavidad.

—¡En absoluto! —contestó rápidamente—. Más bien hizo todo lo contrario...

—Creo que no comprendo nada en absoluto —determinó Emily completamente confusa.

—Vi a la señora Edna castigar a una de las pequeñas con una vara de madera, así que a pesar de las consecuencias se lo prohibí y me las llevé. Por eso discutí con el duque, le recriminé que me negaría a darle un heredero si ello implicaba que se le castigara del mismo modo que a sus hijas. A mi jamás me han castigado de ese modo y no concibo como se puede maltratar a una pobre criatura tan pequeña cuando su crimen está más que justificado. Se enfureció de tal manera que lo único que se me ocurrió para calmarle fue besarle y él... ¡Oh dios Emily! —gritó ahora emocionada—. ¡Besa tan bien! Había algo en él diferente, no parecía frío como otras veces, sino todo lo contrario.

—Y disfrutaste de vuestro encuentro —afirmó Emily sonriente.

—No puedo negar que si, disfruté hasta el punto de desear volver a repetirlo, sobre todo porque tuve la sensación de que me faltó algo... ¿Se considera eso pecado?

—Si se considera pecado, creo que hace tiempo que estoy condenada al infierno —contestó rompiendo a reír y Susan hizo lo mismo—. Cuánto me alegro de que haya ocurrido esto, facilitará muchísimo las cosas para que tu matrimonio funcione realmente. Creo que de algún modo, has conseguido

romper ese muro de perfección que el duque suele mostrar en todas sus facetas. Lo que no entiendo es cómo no había surgido antes, ya que no era vuestro primer encuentro, quizá con el tiempo lo averigüemos.

—¿Y como se supone que debo comportarme cuando vuelva a verle esta noche?, ¿Debo también besarle yo? Porque él jamás se había atrevido a hacerlo.

—Te daré un consejo, luego serás tú quien decida aplicarlo o no, pero si él no es capaz de tomar la iniciativa en algo que desees; no te avergüences y pídele que lo haga, te aseguro que probablemente estará deseando que lo hagas—. Emily aún recordaba las veces en las que su esposo le había preguntado que quería y ella cohibida era incapaz de pedírselo, por eso sabía que realmente a un hombre le gustaba complacer.

—No sé si seré capaz de hacerlo, pero te agradezco tu consejo —respondió Susan meditando las palabras de su amiga.

—Bien, y ahora ven conmigo puesto que tengo algunas cosas para ti —mencionó Emily levantándose de aquel asiento y saliendo del despacho.

Susan no sabía de qué hablaba su amiga, pero aún así la siguió por aquel pasillo hasta llegar al almacén donde solían guardar las prendas ya finalizadas a la espera de ser recogidas.

—No he encargado ningún vestido recientemente —admitió viendo la gran cantidad de prendas que allí había terminadas.

—Lo sé, pero tengo algo que hace meses debía ser recogido y más tarde supimos que la dama en cuestión tuvo que marcharse de la ciudad inesperadamente. Es de tu talla o eso creo. No obstante, creo que es perfecto para ti —contestó sacando un paquete envuelto en papel marrón y lo depositó sobre una mesa abriéndolo delicadamente.



En cuanto el papel dejó vislumbrar lo que contenía, Susan emitió un pequeño sonido de aclamación que contuvo al instante. Se trataba de una prenda de encaje, absolutamente todo el tejido que la componía era de un fino encaje blanco que insinuaba a lo largo del vestido la piel que cubriría la persona que lo vistiera.

—No me puedo poner eso. Es demasiado... demasiado...

—Solo va a verte tu esposo, al fin y al cabo, ya te ha visto desnuda. No creo que sea tan descarado —contestó Emily con calma.

¿Desnuda?, ¿Verla desnuda? El duque jamás la había visto completamente desnuda.

—El duque jamás me ha visto desnuda —dijo tratando de sincerarse, después de todo había confiado en su amiga.

—¡Oh vaya! Que contrariedad —sopesó Emily—, imagino que entonces causará un mayor efecto de lo que pensaba.

A pesar de la contrariedad, aunque no estaba del todo convencida, finalmente volvió a casa con aquella prenda sin saber si finalmente la usaría. A pesar de que *lord* Buccleuch le había mencionado que se verían durante la cena, algo le mantenía cierta opresión en el pecho al pensar que quizá podría aparecer de un momento a otro por aquella puerta y decidirse finalmente a almorzar en casa. Después de todo aquella mañana había hecho acto de presencia durante el desayuno, algo nada habitual en él.

—¿Las hijas del duque compartirán también el almuerzo con nosotras? —preguntó la señora Edna sacándola de su ensoñación.

—Si —afirmó Susan rápidamente—. Almorzarán con nosotras para aprender etiqueta si el duque no está presente, de lo contrario lo harán en su habitación

como viene siendo costumbre.

No quería importunar a su excelencia hasta que las pequeñas no tuvieran un comportamiento decente a la mesa. No es que le importaran las costumbres o tradiciones, simplemente haría lo que ella estimaba conveniente.

—Se hizo una excepción con ellas durante el desayuno porque su excelencia siempre lo tomaba en su despacho, creo que el mismísimo duque desaprobaría semejante barbaridad si...

—Creo que ha sido informada esta mañana de que la educación de sus hijas será de mi entera competencia. Así que asumiré yo misma cualquier consecuencia —contestó justo antes de dirigirse hacia las cocinas para supervisar el menú de la cena antes de que sirvieran el almuerzo.

Había algo en la señora Edna, no sabía explicar qué exactamente y tal vez solo fueran imaginaciones tuyas, pero algo le decía el semblante de aquella mujer que no era de fiar.

«Quizá solo es una dama asustada que ve peligrar su posición en aquella casa» pensó Susan. Tal vez de alguna forma, la señora Edna creyera que la apartaría de su nieta.

Susan pasó el resto de la tarde junto a las pequeñas en la habitación de costura. Había denominado de esa forma aquel pequeño saloncito de paredes en tonos azul pastel con cuadros de jarrones de flores pintados a mano por algún artista poco conocido y viejos sillones de estampados florales que indudablemente tenían más años que ella misma, pero que por alguna razón no habían sido modernizados. Quizá ninguna de las anteriores esposas del duque había hecho uso de aquel pequeño saloncito o tal vez, habían preferido no modernizar esa área de la casa, aunque lo más probable era que jamás hubieran vivido en aquella casa. La cuestión es que, en aquel habitáculo, la luz era la idónea para dicha función y ella se había propuesto enseñar a esas dos jovencitas desde edad muy temprana el noble arte de la costura. No es que ella misma se pudiera alabar ser alguien experta con la aguja, de hecho, sabía lo justo y necesario como cualquier otra dama, pero jamás había destacado en ésta habilidad como mismamente lo hacía su amiga Emily, pero sí sabía lo suficiente para adiestrar a sus jóvenes discípulas sobre la materia. Al parecer ninguna de las pequeñas tenía noción alguna sobre costura, probablemente se debería a que las consideraban aún demasiado jóvenes, en

cambio ella creía que cuanto antes se iniciaran en la práctica, mejores bordados harían a muy temprana edad. La costura se consideraba una cualidad además de un pasatiempo entre las damas. Todas las jovencitas de buena sociedad sabían leer, escribir, tocar un instrumento, dibujar y bordar. Aparte de aquello podían dar clases de canto si tenían buena voz, aprender a bailar para exhibirse en los bailes de sociedad o ejercitarse montando a caballo para mantener la figura, pero esas nobles artes eran algo menos comunes y ella debía empezar por lo primordial.

Estuvo muy pendiente de cada una de ellas, enseñándoles a enhebrar una aguja sin que se hicieran daño a pesar de haberles vendado previamente los dedos y utilizar una agujar algo vieja que no pinchaba lo suficiente. No esperaba tener progresos pronto, pero pasar tiempo con ellas haciendo tareas propias de una dama era fundamental para la buena educación de aquellas pequeñas.

—¿Es cierto que la señora Edna ya no estará más tiempo con nosotras? — preguntó Madeleine que era la mayor y su hermana pequeña dejó lo que estaba haciendo para escuchar atenta la respuesta de su nueva madre.

—Vuestro padre ha estimado que es conveniente que sea yo misma quien esté a cargo de vuestra educación —contestó Susan de forma dulce mientras guiaba la mano de la pequeña Diane entre el tejido de encaje algo roído para enseñarle a hacerlo.

—¿Tú estarás siempre con nosotras? —Insistió Madeleine.

—Si —afirmó Susan—. Seré yo quien esté con vosotras todo el tiempo que no estéis con la institutriz.

La pequeña sonrisa que emitió Diane hizo que a Susan se le encogiera el corazón. De alguna forma esas pequeñas niñas le transmitían una nostalgia

inaudita, una preocupación que jamás había tenido por ningún ser, tal vez solo se debía al hecho de que era consciente que sus vidas no debían haber sido nada fácil hasta ahora. Sin una madre por la cual guiarse y con el único ejemplo de una abuela dictadora y demasiado estricta en sus normas.

—¿Tú también nos azotarás si nos portamos mal? —preguntó algo dubitativa Madeleine.

—No. Eso jamás ocurrirá. —Negó Susan. Su mano se acercó inevitablemente hacia la mejilla de la pequeña niña de seis años que por ser la mayor intuyó que debía haber soportado más castigos severos que su hermana pequeña por parte de su abuela materna—. Os prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que nadie vuelva a trataros de esa forma. Os doy mi palabra.

—Si eres la esposa de padre, ¿Te podemos llamar madre? —La pregunta por parte del inocente rostro con cabellera rubia de Diane cogió por sorpresa a Susan.

—¡Diane! —exclamó Madeleine—. Disculpe a mi hermana *lady* Susan. Sabemos que no le debe agradar que la llamemos madre.

—¿Por qué no debería de agradarme? —preguntó aturdida. Realmente no se había planteado esa opción, pero... ¿No eran en el fondo sus hijastras? Prefería que la llamasen madre, antes que madrastra.

«Madre» susurró mentalmente. Realmente para esas chiquillas ella era lo más cercano a una madre.

—A *lady* Rebecca no le gustaba que la llamase madre y la señora Edna me explicó que una dama solo quería que la llamaran de ese modo sus verdaderos hijos, así que yo nunca podría llamar madre a la esposa de padre, ni tampoco Diane después de que muriese *lady* Rebecca.

No podía negar que era cierto lo que aquella pequeña decía y tal vez no podría cambiar el pasado, pero si el presente y por ende el futuro de aquellas dos inocentes niñas. Ella no era como esas damas remilgadas, jamás se había acercado mínimamente a serlo. No le importaban tanto las normas, las etiquetas o lo que pudieran decir, a la vista estaba que había estado a punto de no casarse por tal de esperar a que llegara el amor a su vida y jamás le había importado ser una solterona el resto de su existencia.

—Probablemente la señora Edna os advirtió porque hay algunas damas de la alta sociedad que prefieren esperar a tener sus propios hijos para ser llamadas madres —contestó tratando de suavizar sin perjudicar el honor de *lady* Rebecca que después de todo era la madre de la pequeña Diane—. Estoy segura de que eso fue lo que le ocurrió a *lady* Rebecca —añadió con dulzura mirando a la más pequeña de las dos hijas del duque—, pero yo me sentiré orgullosa de que desees llamarme madre, y tú también si lo desees —dijo mirando entonces a Madeleine.

Eran tan pequeñas, tan frágiles, tan susceptibles, tan sumamente inocentes, que le daba tristeza como aquella mujer había intentado manipularlas con viejas costumbres odiosas. Lo más bonito y dulce de un niño era que explorase esa inocencia y dulzura hasta que llegase la edad donde verdaderamente las normas comenzasen a imponerse. Jamás habían tenido una figura materna real. Las dos habían corrido la desgracia de perder a sus madres nada más nacer, ¿Qué era para ella darles al menos un atisbo de ese sentimiento al que jamás podrían tener acceso? Nunca podría suplir la identidad de sus verdaderas madres, pero sabía que haría cuanto pudiera por acercarse, aunque solo fuera un poco, a ese amor que le habrían profesado de seguir con vida.

—¡Te dije que ella era diferente! —exclamó sonriente la pequeña Diane.

—¿Padre estará de acuerdo en que la llamemos madre? —preguntó entonces Madeleine como si aún no terminase de creerlo.

Quizá era la más precavida de las dos porque había pasado más tiempo con su abuela y ésta había conseguido influir más en ella.

¿Porqué debería enfadarse el duque por aquello? Realmente lo dudaba y lo cierto es que su opinión al respecto le daba absolutamente igual puesto que ella era su esposa y, por tanto; la madre de sus hijas.

—Por supuesto que lo estará —afirmó Susan sin ser realmente consciente que aquello pudiera afectar de algún modo a su matrimonio.

Eran las ocho en punto cuando entró al salón donde tendría lugar la cena. Le sorprendió no ver a la señora Edna clavada como las agujas del reloj que colgaba de aquella enorme pared, sin embargo, quien sí estaba en su lugar era su excelencia el duque de Buccleuch, al parecer había cumplido su palabra cuando le dijo que se verían en la cena.

—Buenas tardes excelencia —anunció Susan llamando su atención mientras se dirigía hacia su asiento.

Buenas tardes *lady* Susan —contestó en un tono tan formal que Susan no supo definir si estaría contento o no de volver a verla. Ella por su parte, estaba algo nerviosa, aún mantenía muy presente el recuerdo de esa acalorada discusión en la mañana y peor aún, el encuentro que habían mantenido la pasada noche que solo la hacía contar los minutos hasta que él regresara de nuevo a su habitación.

—¿La señora Edna no cenará con nosotros? —preguntó por cortesía, aunque realmente le extrañaba que no estuviera presente.

—No. Al parecer no se encontraba de buen ánimo y ha solicitado que le

sirvan la cena en su habitación —contestó sin un atisbo de emoción.

—¿Tiene algo que ver la destitución de sus funciones con su estado de ánimo? —preguntó Susan sin poder evitarlo.

—No lo creo —dijo despreocupado—. Acepto de buen agrado mis órdenes, por tanto, no creo que esas sean las razones.

Su comentario le dejó lo suficientemente claro que ese hombre no conocía en absoluto los pensamientos de una mujer. Era más que evidente que la señora Edna habría aceptado de buen agrado las órdenes porque no tenía otra opción, pero resultaba obvio que no le había sentado nada bien que la relegaran a un simple mueble más de la casa. Alguien que viviría con ellos como si estuviera mendigando cobijo en aquel lugar, puesto que las razones por las que hasta ahora había estado ya no existían. Esa mujer debía de estar indignada y posiblemente enfadada, por eso no estaba allí presente.

—Me alegro entonces de que haya tomado de buen agrado la noticia —contestó Susan sin revelar sus sospechas y acto seguido se llevó la copa de vino a los labios dando un pequeño sorbo. Aún no estaba demasiado acostumbrada a tomar alcohol en las comidas.

—¿Se han portado bien mis hijas? —La pregunta del duque hizo que casi se atragantara. Posiblemente era la primera vez que le escuchaba interesarse verdaderamente por ellas.

—Si —afirmó rápidamente—. Son unas niñas estupendas. Lo cierto es que debe sentirse orgulloso de ellas, tienen una gentileza que poseen pocas damas de alta alcurnia.

—Me sentiré más orgulloso de ellas el día que tenga un heredero que continúe el apellido Buccleuch —afirmó severamente.



Susan alzó la vista y miró directamente esos ojos verdes que comenzaban a provocarle cierto nerviosismo en la boca de su estomago cada vez que los observaba sin saber porqué.

«Tal vez Dios prefiera castigarle otorgándole únicamente hijas, hasta que se de realmente cuenta de que ellas serían tan dignas como lo sería su heredero»

—A veces olvido que eso es lo único que le interesa, *lord* Buccleuch — aseguró Susan con cierto tono de ironía que no debió pasar inadvertido al duque.

—Es vital para el ducado, creo que debería saber lo que significa —contestó en un tono lo suficientemente serio para que Susan no se atreviera a responder, sino que guardó silencio por un prolongado tiempo.

La cena transcurrió tranquila a pesar de aquel incómodo silencio que se había instalado en la sala y que para ella resultaba tedioso, aunque seguramente para el duque fuera lo más habitual. Ni tan siquiera la señora Edna era una gran conversadora.

—He pensado en visitar su casa de campo este fin de semana, creo que tanto a *lady* Madeleine, como a *lady* Diane les vendría bien respirar el aire libre lejos de la ciudad durante unos días. —Se atrevió a decir finalmente Susan.

Era algo que llevaba tiempo pensando, aunque realmente lo había pensado cuando quería alejarse de él para no tener que soportar que la tocara, ahora no estaba tan segura de desear aquello, pero si era consciente que necesitaba aclarar sus ideas y también le apetecía pasar tiempo con las hijas del duque.

—Este fin de semana no podre. Tengo algunas reuniones pendientes, tal vez el siguiente —contestó sin mirarla.

—Pensé... —comenzó a decir Susan—. Bueno, creí que no vendría, que el

viaje solo sería para nosotras.

En aquel momento Susan notó que el duque alzaba la vista para mirarla fijamente.

—¿Está intentando alejarse de mi, *lady* Susan? —preguntó directamente como si tratase de averiguar la verdad a través de sus ojos—. ¿Está tratando de huir de mi lado? —insistió ante su mudo silencio.

¿Huir?, ¿Alejarse? Quizá lo segundo podía ser verdad, pero realmente no estaba pensando en huir de su lado, tampoco quería alejarse con la intención de no volver, pero la forma en la que se lo preguntaba era como si él verdaderamente creyera que era así.

—Yo... —titubeó—. Usted me dijo que era un caballero demasiado ocupado para viajar y por eso no pensé que podría acompañarnos. Creo que a las pequeñas le haría muy bien pasar unos días en el campo, pero jamás pretendí alejarme de su excelencia.

—Demuéstrame entonces —aseguró con voz potente.

—¿Cómo? —exclamó estupefacta. ¿De qué modo se supone que le iba a demostrar que no pretendía alejarse de él?

—Iré a su habitación dentro de diez minutos. Demuéstreme que no me tiene miedo y tal vez la deje ir —contestó antes de levantarse para salir del salón dejándola con la boca abierta y con demasiadas incógnitas en su cabeza.

¿Quería que le demostrara que no le tenía miedo? No era miedo precisamente lo que le inspiraba el duque en el lecho, sino más bien todo lo contrario según los últimos acontecimientos.

## 12

Susan subió las escaleras algo nerviosa mientras se frotaba las manos para tratar de calmar esos nervios irrefrenables que era incapaz de controlar. Era consciente de lo que ocurriría dentro de unos instantes y más aún lo era teniendo presente la afirmación en las palabras del duque.

No tenía miedo, estaba lejos de tenerlo, pero lo que sí poseía era una inquietud inaudita y una sensación extraña recorriendo su cuerpo que se concentraba en una especie de mariposeo en el estómago al cuál no sabía poner nombre.

Nada más entrar cerró la puerta suavemente y se dejó caer sobre ella. Nunca había estado tan nerviosa como en ese momento, quizá lo estuvo en su noche de bodas por lo desconocido de la situación, pero ahora entendía de sobra lo que ocurriría y su inquietud se debía básicamente a que lo deseaba, instintivamente lo anhelaba después de la noche pasada y como había conseguido de alguna forma aflorar esas sensaciones demasiado maravillosas.

¿Se suponía que debía desnudarse?, ¿Esperarle con el camisón de dormir como lo había hecho en tantas ocasiones? De pronto vio aquel paquete

envuelto sobre su lecho, el mismo que Emily le había regalado y que ella había dejado allí sin saber muy bien qué hacer con él. Se acercó a la prenda y la estiró adecuadamente sobre la cama para contemplar la delicadeza de aquel encaje bordado. No tenía ni idea de qué impresión tendría el duque al verla con ese vestido tan poco discreto, pero mientras se desnudaba sin la ayuda de su doncella, algo que solía hacer pocas ocasiones, no dejaba de imaginar que indudablemente le demostraría que no le tenía ningún miedo si le recibía de aquella manera, donde saltaría a la vista que le ofrecía su cuerpo descaradamente.

Las transparencias eran mucho más que obvias a pesar de que el encaje disimulaba ciertos atributos de su cuerpo sutilmente. Sin duda era osado incluso para una cortesana o eso pensaba Susan mientras se observaba en aquel espejo, aunque no tenía ni la menor idea de como vestía o dejaba de vestir una cortesana en la intimidad.

Escuchó el sonido de la puerta e inmediatamente se subió la bata que cubría aquella prenda sobre los hombros envolviendo por completo su cuerpo. Fue un acto tan reflejo que casi lo hizo de forma apresurada, como si tratara de esconder algo.

—Espérame en el lecho —pronunció con una voz algo ronca mientras giraba la llave de la puerta para evitar que nadie entrase.

Susan iba a obedecer, había escuchado tantas veces esa frase que ya era casi un impulso de su propio cuerpo el que amenazaba con cumplir dicha orden, cuando dio dos pasos se detuvo. No era lo que deseaba, sin ninguna duda no era lo que quería.

—Puedo... —titubeó. Su voz denotaba que no tenía la suficiente confianza para atreverse a decir lo que realmente deseaba. Alzó la vista y observó que

el la miraba fijamente con ese rostro indudablemente serio y aquel semblante de rudeza que tanto le caracterizaba—. ¿Puedo ayudaros a desvestiros? —añadió finalmente tratando de mantener su mirada fija en la del duque.

Aaron observó a aquella mujer que era su esposa y la petición que acababa de hacerle le cogió completamente desprevenido. Jamás ninguna de sus esposas le había propuesto semejante hazaña, menos aún habían deseado mantener el contacto con él a menos que fuera indispensable puesto que así se hacía respetar una dama y en cambio aquella joven de cabellos rojos como el fuego se ofrecía de buena voluntad. No sabía si aquella reacción solo era fruto de su petición minutos antes donde le había referido que le demostrara que no le tenía miedo para dejarla ir de excursión al campo con sus hijas, lo cierto es que no tenía ni la menor idea de porqué le había mencionado aquello, tal vez solo era ese deseo imperioso de que la joven *lady* Susan no tuviera temor de él, no deseaba infundir miedo alguno en ella y lo cierto es que no tenía ni la menor idea del porqué no lo deseaba cuando hasta ahora apenas le había importado. Todo había cambiado la noche anterior, todas y cada una de sus percepciones estaban comenzando a desmoronarse como un castillo de arena y solo le apetecía descubrir la clase de esposa que tenía al lado, tal vez solo era curiosidad lo que tanto anhelaba de ella.

—Si es lo que os place, podéis hacerlo —contestó recorriendo el cuerpo de su esposa con la mirada. Estaba envuelto en una fina bata blanca de lo que podía apreciar sin duda que debía ser seda.

Unas incontenibles ganas de tocarla con sus manos, de recorrer aquellas delicadas curvas con sus dedos le hicieron apretar los puños para contenerse ante el deseo que ella le inspiraba. Le había pedido que le demostrara que no tenía miedo de él, pero no deseaba hacer nada para darle razones de ello.

Todas y cada una de las veces que había yacido con su esposo, Susan no

había podido apreciar su torso desnudo. ¿Sería musculoso?, ¿Tendría unos brazos fornidos? La curiosidad por deleitar su mente hizo que deseara hacer aquello y tras quitarle el chaqué y desabotonarle la camisa lentamente y con cuidado bajo la atenta mirada del duque sin apenas rozar su cuerpo, la camisa interior, esa que jamás se había quitado quedó a su vista.

—¿Me permitís tocaros? —preguntó algo indecisa.

¿Tocarle?, ¿De verdad deseaba tocarle? Pensó Aaron. Tal vez si que ardía en deseos de realizar esa excursión con sus hijas para representar ese papel o verdaderamente no le tenía ningún miedo. Independientemente de cuál de las dos fuera la respuesta, sacó la camisa interior de sus pantalones y se la quitó dejándola tirada en el suelo sin ningún miramiento puesto que no deseaba perder ni un solo segundo de su tiempo evaluando el rostro de esa joven que tenía por esposa.

Susan observó el pecho del duque ahora desnudo, sus músculos se marcaban ligeramente en la parte inferior. Lentamente fue acercando su mano derecha hasta que posó la palma de esta por completo en el pecho de su esposo. Era cálido, algo áspero en comparación con la suavidad de su propia piel, ligeramente bronceado si también lo compraba con su nitidez y sorprendentemente firme, de hecho, más que firme era dureza lo que poseía. Recorrió con sus manos todo el pecho, cubriendo incluso las zonas de vello que poseía y cuando deslizó sus dedos hacia abajo, rozando levemente la cinturilla del pantalón donde el cinturón sujetaba firmemente la prenda notó la presión en las muñecas de las manos del duque.

—Ya es suficiente. —Determinó con una voz tan rota, que a Susan le costó trabajo comprender, era como si él estuviera realmente sufriendo con aquello.

—¿A su excelencia no le agrada que le toquen? —preguntó algo cohibida.

Por un momento Aaron pensó en mentir descabelladamente. Si respondía que no, aquella tortura se acabaría para siempre, pero si no decía la verdad, probablemente jamás volvería a sentir el roce de aquellos dedos en su piel.

—Me agrada —admitió—, pero enloquece mis sentidos y no deseo haceros daño.

—¿Hacerme daño? —exclamó Susan dando un paso hacia atrás—. ¿De qué forma me haríais daño?

—Os terminaría tomando de forma brusca y posesiva, como...

—¿Cómo hicisteis anoche? —Se atrevió a pronunciar en voz alta.

—Si —afirmó—. Como hice anoche.

—Pero eso es lo que yo deseo —susurró casi en un leve aullido mientras deshacía el lazo del cinturón de su bata revelando ahora su cuerpo donde se podía apreciar parcialmente su desnudez—. Es lo que realmente deseo —reiteró dando a entender que precisamente lo que deseaba revivir era esas sensaciones que había tenido la pasada noche.

¿Eso era lo que ella deseaba?, ¿Qué fuera brusco?, ¿Qué la tratara con rudeza? No entendía como podía desear aquello, pero el poco juicio que aún mantenía presente se disipó completamente cuando su esposa se deshizo de aquella bata de seda blanca y dejó a relucir una silueta absolutamente arrebatadora. Quiso adentrarse en ese cuerpo de una forma tan arrolladora que no estaba seguro de poder dar dos pasos sin que sus pantalones definitivamente estallaran. ¿De donde diantres había sacado esa prenda? Debía estar prohibida, es más, probablemente lo estaba porque jamás habría imaginado que una mujer se pudiera vestir de semejante forma.

En tan solo una zancada el duque se había posicionado frente a Susan y de un

movimiento la alzó para cogerla entre sus brazos y después soltarla sobre la cama sin delicadeza alguna, pero la sola impresión de aquel gesto hizo que Susan se mordiera el labio ante la imagen que observaba. Aquellos ojos verdes se había oscurecido de tal forma que podía apreciar el deseo revelador que inspiraban. Notó el peso sobre el mullido colchón acentuarse cerca de ella y antes de darse cuenta tenía su cuerpo sobre el suyo, de forma que se acercaba peligrosamente hacia su rostro.

—Tú lo has querido, esposa —susurró cerca de su oído justo antes de notar como sus manos se ceñían a sus muslos y sintió los dedos apretando su carne de un modo primitivo, como si el deseo fuera palpable.

Susan hundió las uñas en la carne del pecho del duque por respuesta y éste torció la cabeza hasta dirigirse hacia uno de sus pechos, donde lo apresó con la boca por encima de la tela y el gemido por parte de ella se escapó de su garganta.

—¡Oh, Dios! —exclamó mientras arqueaba su cuerpo ofreciéndose a él, siguiendo el más puro instinto que le indicaba su deseo.

Las manos del duque fueron subiendo lentamente la prenda que llevaba puesta mientras que con su boca realizaba maravillas recorriendo su pecho y ascendiendo ligeramente hacia su cuello donde el roce con aquella incipiente barba lejos de molestarle, le agradaba.

—Moriré de agonía si no te hago mía ahora mismo —jadeó la voz ronca de Aaron en una especie de súplica interior antes de deshacerse de las prendas que le quedaban y volver de nuevo la vista hacia aquella mujer que acababa de volverle completamente loco.

Lejos de apartarse, Susan se acercó aún más a él, probablemente lo necesitaba casi tanto como su esposo. Era inconcebible, inaudito, probablemente si se lo



hubieran mencionado dos días atrás habría decretado que esa persona no estaba cuerda, pero lo que durante tantos días, semanas e incluso meses le había martirizado, en aquellos momentos no encontraba el momento de que culminara. Estaba al borde del abismo, casi rozaba la desesperación porque la hiciera suya y cuando sintió como se adentraba en su interior, no pudo resistirlo, se irguió de tal manera que hizo que ambos encajaran a la perfección.

El duque atrapó las manos de Susan, como si quisiera de alguna forma evitar que ésta le empujara, como si en el fondo aún tuviera miedo de que quisiera apartarle de ella, pero cuando Aaron sintió como entrelazaba sus dedos, cuando notó que alzaba sus piernas y las enroscaba a su alrededor, se rindió a lo que ya había estado notando todo ese tiempo... ella le deseaba casi tanto como él a ella. Fue consciente del sonido que emitía la garganta de su esposa con cada una de sus embestidas; aquello no era rechazo, sino placer.

Susan sentía de nuevo esa sensación crecer en su interior, notaba como cada movimiento la transportaba hacia un lugar desconocido al que estaba deseosa de llegar, tenía la imperiosa necesidad de alcanzar ese clímax, esa cima y culminar esa extraña sensación. Como si algo la hubiera prevenido, abrió los ojos y vio como el duque la observaba fijamente, no había palabras, quizá no hacían falta, pero en aquel momento él acortó la distancia que les separaban y volvió a sentir de nuevo sus labios en un beso tan arrebatador, tan sumamente arrollador que aquella sensación creciente que estaba sintiendo estalló por completo y la embriagó hasta el punto de dejarla anonadada.

«Aquello debía ser más que atracción, definitivamente ese hombre le inspiraba mucho más que simplemente deseo» pensó Susan en cuanto volvió a ser consciente de sí misma.

El sonido de la respiración agitada era plausible entre ambos y Susan fue

consciente del notorio peso que el cuerpo de su esposo mostraba sobre el suyo propio. La sensación de tenerle de aquella forma; tan íntima y cercana al mismo tiempo, lejos de abrumarla podía incluso llegar a colmarla por ilógico que pareciera. Tenía tantas preguntas sin respuesta, aquellas sensaciones inauditas que de pronto la embriagaban necesitaban saciar su imperiosa curiosidad. No podía ver el rostro del duque, pero el roce de su aliento aún agitado rozaba su cuello de una forma delicada provocando un leve cosquilleo. Paseó sus dedos de forma delicada por la espalda desnuda de su esposo hasta llegar a su nuca, donde comenzaron a perderse entre su cabello lo suficientemente sedoso para no desear apartarlos.

—¿Os encontráis bien?, ¿Os habéis lastimado? —preguntó Susan tras el prolongado silencio.

—Debería ser yo quien os hiciera esa pregunta —contestó inmediatamente apartándose de ella y observándola detenidamente.

Por un momento Aaron se detuvo a contemplar esa imagen de su esposa que lucía aún más hermosa que antes. Sus mejillas eran sonrosadas y aquella rojez le abrumaba casi tanto como esa nítida piel de su cuerpo que se perdía bajo el encaje de aquel camisón que casi no dejaba nada a la imaginación, incluso podía apreciar a través de la fina y suave tela sus pezones rosados...

¡Dioses!, ¡Esa mujer lo había embrujado!

—¿Por qué? Me encuentro perfectamente tal y como podéis apreciar, esposo. —mencionó Susan.

Era la primera vez que se refería a él de ese modo en su presencia, aún no le había llamado por su nombre de pila ya que no le había mencionado que pudiera hacerlo y tampoco había sentido la necesidad de dirigirse a él de forma tan cercana hasta ahora. Llamarle *esposo* era un modo de dirigirse

hacia él que implicara cierta intimidad entre ambos.

—Me complace saberlo —contestó apartándose y sentándose sobre el lecho de espaldas a ella—. Que pase una buena noche, *lady* Susan. La veré mañana en el desayuno —añadió antes de levantarse y dirigirse directamente hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones sin molestarse siquiera en recoger las prendas que había dejado al desnudarse en la habitación de su esposa.

¿Ya está?, ¿Eso era todo? Pensó Susan tras tapar su cuerpo con la sábana de la cama donde aún permanecía impasible ante lo que acababa de ocurrir. Él también lo había debido sentir, era imposible que no hubiera percibido esa... esa... ¡Ni siquiera sabía que nombre ponerle! Aunque tal vez solo había sido ella, quizá todo ese clamor y sensaciones nuevas que había percibido habían sido únicamente para ella.

—No... —susurró en voz baja mientras se dejaba caer de nuevo sobre la almohada.

Algo en él también había cambiado. Esa actitud salvaje, ese modo de tocarla, de besarla, de acariciarla, aunque no fuera en la forma más delicada indicaba que él también debía sentir algo por ella. Aunque solo fuera meramente deseo. No podía conciliar el sueño, ¿Cómo hacerlo después de lo que acababa de experimentar? Sencillamente se levantó de la cama y con la vela que aún prendía de su mesita de noche se dirigió hacia su escritorio donde tenía tinta y papel para escribir su correspondencia. Enviaría una carta a primera hora a su amiga Emily, quizá ella tuviera las respuestas a sus preguntas, probablemente cualquiera de sus amigas las tendría, pero por alguna razón *lady* Emily le daba más seguridad y firmeza en sus palabras. Además, tenía una petición especial que hacerle puesto que al duque no parecía haberle disgustado su atuendo esa noche, quizá no vendría nada mal encargarse a su amiga un nuevo guardarropa de prendas para dormir tan estimulantes como la

que llevaba en aquel instante.

Tras varios intentos fallidos mientras trataba de describir lo que sentía a su amiga, finalmente desechó el contenido, ¿Cómo iba a enviar una carta contando detalles tan íntimos? No. Definitivamente no podía hacerlo. ¿Qué ocurriría si en lugar de abrirla ella lo hiciera otra persona aunque estuviera sellada?, ¿O si lo hacía en presencia de su esposo? No podía arriesgarse, así que finalmente optó por decirle que le preparase un guardarropa similar a la prenda que le había dado esa tarde y que esperaba poder verla pronto para concretar algunos detalles.

—¡Madre!, ¡Madre! —exclamó la más pequeña de las hijas del duque en cuanto Susan entró en el comedor aquella mañana y antes de poder divisar su cabellera rubia sentada a la mesa observó como la pequeña corría hacia ella.

Tanto su hermana mayor, como la señora Edna y el duque de Buccleuch permanecían a la mesa, aunque no ajenos a las palabras que pronunciaba la pequeña.

—¿Qué ocurre Diane? —contestó llamando a la pequeña por su nombre con tanta familiaridad que incluso lo hacía de forma innata sin percatarse de ello.

—Padre dice que iremos este fin de semana a la casa de campo, ¿Puedo llevarme mi cuaderno de dibujo? —exclamó la pequeña esperanzada.

—Por supuesto que sí —respondió Susan sonriente mientras alzó la vista y se encontró con la inescrutable mirada del duque que la observaba detenidamente.

Aquella información parecía afirmar que le había demostrado no tenerle miedo. No sabía si sentirse satisfecha con haber logrado su propósito puesto que ello conllevaba alejarse de él durante unos días. Por muy extraño que le pareciera, no deseaba hacerlo, precisamente ahora no quería alejarse de él,

aunque quizá al hacerlo pudiera aclarar sus ideas, pero siendo sincera consigo misma, no veía la hora de volver a estar de nuevo a solas junto a él.

—¿Es eso cierto, excelencia?, ¿Visitaremos la casa de campo este fin de semana? —preguntó Susan mirando directamente hacia su esposo que aún no había apartado la mirada.

—Sí —afirmó con rotundidad mientras cogía la taza que tenía delante y daba un largo sorbo—. Saldremos este viernes por la tarde, así que prepare el equipaje para varios días.

—¿Saldremos? —preguntó completamente absorta.

—Yo mismo las acompañaré —dictaminó levantándose y caminando hacia la puerta de entrada—. Me marchó. Tengo asuntos pendientes que acabar antes del viaje. Que tengan un buen día.

Susan se quedó muda, sin poder articular una sola palabra ante lo que acababa de conocer. Iría. Él iría a ese viaje a pesar de haber mencionado de antemano que no podía hacerlo por su trabajo, ¿Por qué había cambiado de opinión?, ¿Qué había podido influir en él para decidir acompañarlas si estaba tan ocupado? En ese momento fue consciente de que había mencionado que las acompañaría, tal vez eso no implicaba quedarse teniendo en cuenta que la casa de campo estaba a un día de viaje. Sí. Definitivamente él solo las acompañaría y después regresaría de nuevo a la ciudad, a ese trabajo que tanto le absorbía cada día según había podido comprobar desde que se habían casado.

Aaron se marchó inmediatamente hacia el despacho de una de sus empresas más relevantes y donde solía pasar la mayoría de su tiempo puesto que allí solían encontrarle sus socios o clientes con mayor facilidad al tratarse de una tabacalera, donde la mayoría de las veces sabían que obtendrían dicha mercancía de forma gratuita. A pesar de no ser fumador, debía reconocer que era un vicio que dejaba numerosos beneficios teniendo en cuenta el poco margen de dedicación en comparación con otros negocios. Incluso se había planteado la posibilidad de expandirlo si no fuera por el tiempo que le tendría que dedicar a frecuentar otra ciudad y no deseaba alejarse de Londres.

¿Cuánto tiempo hacía que no viajaba por placer? Probablemente demasiado, casi tanto como el de su última luna de miel y esa fue la de su segunda esposa, porque a la tercera la había privado de dicho beneficio.

Su esposa. Esa que estaba desquiciándole, volviéndole loco o sencillamente embrujándole. Esa mujer de cabellos rojos que lo enloquecía, enfebrecía y definitivamente le hacía perder el juicio como lo había hecho definitivamente anoche.

¿Cómo era posible? Susan era la primera y única mujer a la que había visto comportarse de semejante modo descarado en el lecho y en lugar de estar enfurecido o indignado, solo podía contar las horas hasta que tuviera la excusa perfecta de volver a meterse de nuevo en su cama con un pretexto claro.

Se había planteado la posibilidad de dejarla marchar sola con sus hijas tal como tenía intención en un principio, pero la sola idea de apartarla de su lado, de no tenerla, no poseerla durante días, le había llevado a tomar la determinación de acompañarlas y permanecer durante los días que estuvieran en el campo junto a ella.

Jamás había tomado una decisión en su vida que fuera influenciada por una mujer y de hecho le estaba costando asimilar que así lo fuera a pesar de que la mujer en cuestión no tuviera ni la menor idea, pero solo con pensar en esa carne suave y blanquecina que envolvía ese cuerpo que había tenido el placer de contemplar bajo esa prenda que no dejaba nada a la imaginación; enardecía.

—Necesito una copa —susurró mientras se dirigía hacia la licorera que siempre tenía bien abastecida y pensó que jamás había sentido la necesidad de tomar una copa a horas tan tempranas.

Susan era diferente, eso estaba claro y lo sabía incluso antes de casarse con ella, precisamente por eso la había elegido, porque no era la típica joven remilgada y de carácter dócil a la que habitualmente estaba acostumbrado. No. La había elegido por su tenacidad y fiereza que desprendía en sus ojos, desde luego jamás pensó en el fuego que podría arder en ella y de hecho, no lo había sospechado en los tres meses que habían pasado desde que contrajo matrimonio y se había limitado a tomarla tratando de no tocarla, pensando que detestaría que lo hiciera y repentinamente de un día para otro; deseaba

que lo hiciera.

Se había pasado toda la noche pensando cómo era posible que a su esposa le gustara que la tratara de aquella forma, admitiendo para sí mismo que parecía gozar de su contacto y recriminándose a sí mismo no ser lo suficientemente fuerte para que aquello no le importase, porque realmente le importaba.

No deseaba encariñarse de ella, no deseaba necesitarla y menos aún tenerle estima alguna, pero por alguna razón le era imposible apartarse por más que tratase de engañarse de que solo acudía a su lecho para tener su aclamado heredero. No había pensado ni por un solo instante en su futuro vástago cuando la había tomado tan fervientemente la noche anterior, ni tampoco pensó en ello cuando determinó que finalmente acompañaría a su esposa e hijas a esa casa de campo, ni tampoco cuando aseguró que saldrían después del almuerzo para que de esa forma tuvieran que hacer noche en el camino y poder tenerla junto a él con ese pretexto. No. Definitivamente no deseaba a su esposa solo por el futuro hijo que ésta pudiera darle, sino que la deseaba por lo que le ofrecía y lo que llegaba a proporcionarle.

Nada estaba saliendo según lo había planeado, incluso su propia hija le había llamado *madre*, esa mañana y había sido incapaz de prohibírselo porque muy a su pesar, Susan era la madre de sus hijas. La idea de que volviera a suceder lo mismo no se apartaba de sus pensamientos, era como un pequeño ronroneo que no dejaba de estar presente, una vocecilla que le susurraba cada vez que se permitía el lujo de fantasear junto a ella.

Tragó el contenido del vaso vaciándolo de un solo gesto y sacudió la cabeza como si de esta forma todos sus pensamientos se esfumasen.

—Un heredero. Solo necesito de ella un hijo —susurró antes de dejar el vaso sobre el mueble y sentarse en su asiento.



No necesitaba ni deseaba nada más de su esposa que aquello, al menos eso era lo que deseaba sentir, solo que por alguna razón que escapaba a su juicio sus sentimientos estaban comenzando a fugarse de su implacable determinación.

Partirían en dos días y lo cierto es que el viaje mantenía nerviosa a Susan. Aunque tenía la mayor parte de su equipaje listo teniendo en cuenta que solo pasarían lejos de la ciudad apenas tres o cuatro días, metió varios vestidos de sobra por si el tiempo cambiaba o por si las excursiones al campo hacían que el barro ensuciara demasiado el bajo de sus faldas. El frescor del otoño ya era bastante notable y lo cierto es que era la temporada perfecta para pasar varios días al aire libre antes de que llegase el frío invierno y los caminos se hicieran intransitables. Le apetecía enormemente alejarse de Londres, del bullicio que siempre transitaba por las calles y contemplar la naturaleza en todo su esplendor más allá de Hyde Park, puesto que parecía convertirse en el núcleo central de la sociedad donde pasar la tarde dando un paseo. No. Definitivamente tenía muchísimas ganas de respirar otra clase de aire, más aún teniendo en cuenta que desde que tenía uso de razón apenas había viajado, su familia no poseía casa de campo como en cambio si lo hacían sus amigas ya que su padre siempre debía permanecer en la ciudad por temas de trabajo. Los únicos viajes que había realizado eran visitas familiares a sus tías que vivían en pequeños pueblos no muy lejos de Londres, pero infinitamente mucho más tranquilos que la gran ciudad. No se sentía oprimida, pero lo cierto es que estaba llena de ilusión por tener aquella pequeña aventura aunque solo fuera por pocos días. No aspiraba a grandes viajes, ni a descubrir lejanos mundos o continentes. Envidiaba a su amiga Catherine por haber podido viajar tan lejos o a Emily que de vez en cuando se iba con su esposo a descubrir nuevos géneros textiles en otros países de oriente medio, incluso Julia se había alejado por un tiempo y viajado lejos de Londres... en cambio

ella siempre había estado allí, en permanente estado de letargo y esperando a que llegase su oportunidad cuando se enamorase perdidamente de un noble caballero que la amase.

Al final no había sido como ideó su plan ni de lejos. No hubo amor, tampoco viajes y menos aún fantasear con alguna de las dos posibilidades, pero saber que el duque le había concedido una gracia y que además él personalmente custodiaría que llegasen a su destino en perfectas condiciones le entusiasmaba casi tanto como si realmente fuera a descubrir las Américas.

—Gladys, ¿Podrías quedarte un par de horas con las pequeñas mientras salgo a hacer algunos recados? —preguntó Susan a su doncella.

Prefería cien mil veces antes que otra doncella le acompañase a sus quehaceres antes de dejar a las niñas con alguien que no fuera de su completa confianza como lo era Gladys que la conocía desde que era casi una niña.

—Por supuesto mi *lady*, pero no puede salir sola de casa puesto que ahora es una dama de alta reputación y no está su madre para...

—Tranquila Gladys, le pediré a alguna de las doncellas que me acompañe. Iré a visitar a *lady* Catherine y la casa de modas Lynet's. Volveré antes del almuerzo. —Al menos eso esperaba si no se le hacía demasiado tarde la visita en casa de los duques de Lennox.

Decidió ir primero a la tienda de su amiga Emily antes de pasar a visitar a Catherine puesto que era más probable encontrarla a esa hora por la trastienda ultimando detalles que luego más tarde. En efecto, cuando Susan entró en el despacho de la trastienda, *lady* Emily estaba a punto de marcharse a juzgar por la pila de carpetas que tenía acumuladas bajo su brazo.

—¡Que sorpresa, Susan! No sabía que vendrías, ¿Puedo ayudarte en algo? Justo estaba por marcharme ya que aprovecharemos este fin de semana para

salir de la ciudad con las niñas, Henry dice que me vendrá bien respirar aire puro en mi estado.

—Me alegra saberlo, de hecho, le doy la razón a tu esposo, puesto que yo tuve la misma idea.

—¿También os vais de la ciudad? —preguntó Emily extrañada—. Jamás creí que el duque de Buccleuch se alejara por unos días de Londres —confirmó aún no convencida.

—Lo cierto es que no sé si mi esposo solo nos acompañará o decidirá quedarse, casi me inclino por la primera opción, pero tenía que venir a visitarte por si decidiera permanecer junto a nosotros en la casa de campo.

—No entiendo. ¿Qué razones tendrías para visitarme ante ese hecho?

—Verás... anoche utilicé ese camisón que me diste justo ayer y...

—Y quieres más —dijo Emily terminando la frase.

—Si —admitió Susan enrojecida porque con la sorpresa de que finalmente irían de viaje se le olvidó enviar la carta que había preparado y decidió en cambio presenciarse allí mismo.

—No hay problema, solo que no nos quedan más prendas disponibles ahora mismo de ese estilo en la trastienda, tendría que fabricarlas expresamente a medida para ti.

—Suponía que algo así me dirías, pero no quise perder la oportunidad de pasarme para comprobarlo. —Se tendría que conformar con esa única prenda hasta su regreso.

—¿Por qué no pasas por la mansión de los Lennox? Te aseguro que Catherine tiene un guardarropa de lo más extenso en ese tipo de prendas.

—¿Catherine? —exclamó Susan pensando en su amiga y en que precisamente se pasaría por allí justo después.

—Sí. No creo que le importe prestarte alguna de sus prendas, no es que vaya a usarlas todas en los próximos días... seguro que estará encantada de hacerlo.

—No se si me atrevería a pedirle algo así. Es demasiado íntimo hasta para mi.

—Solo es ropa de dormir Susan. Que no sea convencional es otra cosa, pero no deja de ser un camisón de dormir.

¿Camisón de dormir? Más bien serviría para hacer todo lo contrario.

—Visto de esa forma supongo que tienes razón. Anda, déjame que te ayude que en tu estado no deberías cargar con tanto peso —terció Susan quitándole las carpetas que Emily había acumulado bajo el brazo.

—Es que estoy completamente segura de que Henry me hará permanecer durante varias semanas en esa dichosa casa de campo y quiero asegurarme de llevar todo lo indispensable para no retrasar el trabajo.

—Probablemente estés gestando al futuro duque de Sylverston en tu vientre y tú solo piensas en trabajo, ¿Porqué no mejor piensas en descansar para variar? —exclamó Susan observando a su amiga.

—Descansar... ¡Te aseguro que ya descansaré de trabajo cuando nazca! —dijo en un pequeño gritito antes de sentarse—. Sé que este embarazo es muy importante tanto para Henry como para mi. Si al fin tengo un heredero, probablemente no vuelva a tener más hijos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Susan acercándose hasta su amiga y apoyando la mano en su brazo.

—Después de dos partos nada fáciles por distintas situaciones y con un marido un tanto escéptico cada vez que me quedo embarazada, creo que no sería sano para mi salud mental tener más hijos. Sé que Henry es plenamente feliz con nuestras hijas y la verdad es que si estoy embarazada de nuevo solo es por mi obstinación a que el linaje de los Sylverston no muera con mi esposo, pero en el momento que le de un hijo, no volveré a quedarme embarazada.

—¿Y eso como vas a controlarlo? —preguntó Susan completamente inocente al respecto.

—Hay bastantes formas; desde hierbas hasta enjuagues... ¿O como crees que las cortesanas logran no permanecer en cinta todo el tiempo? —contestó sonriente. Aunque Henry no parezca preocupado sé que lo está y si me pongo en su situación le entiendo, yo en su lugar también lo estaría puesto que mi madre murió dándome a luz, pero bueno... no deseo agobiarte con mis propios dilemas.

—No lo haces, sabes que puedes hablar conmigo cada vez que quieras. Lo cierto es que lo entiendo, precisamente mi marido perdió a sus dos esposas en el parto.

—¡Es verdad! Pero no debes temer nada al respecto, seguro que cuando tengas a tu hijo en brazos, al duque se le irán todos sus miedos.

—¿Crees que tenga miedo? Yo creo que no. Un heredero es lo que más desea en este mundo, por encima de que yo pueda morir o no en el parto.

—Pues yo creo que si lo tiene. Es más, probablemente esté aterrado, solo que es consciente de su deber respecto al ducado y no puede mostrarlo. Te aseguro que ningún hombre desea algo así para su esposa, menos aún cuando ya le ha sucedido dos veces anteriormente, es casi seguro que sienta algo de

culpa respecto a lo sucedido.

—Hay tantas cosas en Aaron que me gustaría saber y no sé como lograr averiguarlas... —sugirió Susan meditando sobre aquello.

—Así que ya le llamas por su nombre, imagino que entre vosotros ha debido existir un gran avance —terció Emily con una pequeña sonrisa cómplice que provocó que Susan también sonriera del mismo modo.

—Estos dos últimos días han sucedido cosas que no logro explicar. He sentido nuevas sensaciones que ni imaginaba que podría lograr alcanzar, pero sobre todo he percibido una parte de él que hasta ahora desconocía y que por más irracional que sea... me fascina.

—Creo que ese es un gran logro teniendo en cuenta como estabas hace tan solo unos días.

—Pensé que era frío, distante y autoritario... pero en la intimidad ha tenido un comportamiento tan diferente las dos últimas noches que deseo creer que no es así verdaderamente, sino que detrás de esa fachada se esconde otro hombre. ¿Crees que estoy loca?, ¿Qué solo son imaginaciones?

—Querida. Casi todos los hombres de esta sociedad son así, solo hay que saber cómo interactuar con ellos. Seguramente ninguna de las difuntas esposas del duque lograra calentar ese corazón helado que aún posee, pero algo me dice que tu podrías hacerlo si te lo propones.

—Si te refieres a conseguir que mi esposo me ame creo que es más probable que nieve en agosto. No. Realmente no aspiro a que me ame, pero tal vez sí que desearía ganarme su cariño e incluso su devoción si fuera posible.

—Mi querida Susan... aún te queda demasiado por aprender en cuanto a hombres se refiere.

En la mansión de los duques de Lennox parecía que el caos había sucumbido cuando uno de los gemelos lloraba de forma desconsolada porque el otro le había quitado algún juguete.

—Hazme caso Susan, ni se te ocurra tenerlos de dos en dos. Reza a Dios para que no te ocurra algo así porque te aseguro que es agotador —gimió Catherine desesperada.

—Empiezo a conformarme con que solo fuese uno. ¿Es normal que tras varios meses después de haberme casado aún no esté embarazada?

—La naturaleza de cada mujer es muy diferente... lo cierto es que yo tardé casi ocho meses en quedar embarazada, pero cuando lo hice decidieron venir dos al mismo tiempo como si quisiera el destino que recuperase todo ese tiempo perdido —contestó riéndose.

Esa información tranquilizó a Susan, al menos no tenía porque preocuparse de que algo malo ocurriera con ella por no quedar embarazada, tal vez solo tendría que relajarse para que finalmente concibiera ese heredero que tanto ansiaba su marido a pesar de que al hacerlo, probablemente él se alejase porque habría cumplido su función.

No entendía porque tenía ese temor a que la despreciara si ya concebía de antemano que únicamente se había casado con ella por dicho propósito, ¿Porqué le molestaba? Tal vez la respuesta es que ella no quería ser únicamente su yegua de cría o el medio necesario para obtener su fin, sino que quería significar algo más para su esposo por más que a este le pesara. No. Susan Brandon no había nacido para conformarse con las migajas que otros le dieran, sino que trazaría su propio destino.

—Siento pedirte esto Catherine y lo cierto es que me da un poco de vergüenza hacerlo, pero creo que lo necesito.

—Me estás asustando. ¿Me vas a pedir que te ayude a fugarte o algo así? Según tenía entendido no era tu primera opción y eso me recuerda a que debo iniciarte en un peculiar aprendizaje...

—No. Nada más lejos de querer fugarme —susurró Susan en voz baja—. En realidad, solo he tenido tiempo de contárselo a Emily, pero lo cierto es que las cosas entre el duque y yo... quiero decir entre mi esposo son un poco distintas.

—¿A qué te refieres con distintas?, ¿Habéis llegado a algún tipo de acuerdo matrimonial?, ¿Es eso?

—Podría decirse que hemos logrado entendernos un poco mejor en... el lecho.

—Quizá llego tarde para esas clases —rio Catherine—, pero me alegro enormemente por ti.

—Me encantaría que me enseñaras todo lo que aprendiste en ese prostíbulo, porque... bueno, creo que en cierta forma siento que por ahora es la única forma que logro de acercarme a él de algún modo.

—Has logrado captar su atención y prender la llama, imagino que ahora lo que pretendes es mantener vivo el fuego, ¿Me equivoco?

—En absoluto, es exactamente eso y estoy completamente perdida en cuanto a mantener ese fuego se refiere —aseguró Susan.

—Ven conmigo, te enseñaré unos cuantos trucos antes de que te marches solo que más vale hacerlo en privado si no queremos escandalizar al servicio en caso de que nos interrumpieran.

Tras un par de horas donde Susan pasaba de la más absoluta nitidez a la rojez que casi podía hacer competencia a su cabello en el rostro, había aprendido



dos cosas; que una mujer podía montar a un hombre y que efectivamente Emily se había quedado corta cuando se refirió a que su amiga tenía un guardarropa de prendas de dormir, más bien tenía todo un armario repleto de ese tipo de prendas de lo más variopintas. No quería ni imaginarse como debía ser la intimidad de los duques de Lennox, pero después de ver aquello, no le extrañaba que los hijos vinieran de dos en dos.

—Ya está todo cargado mi *lord*. —Anunció Sebastian, el ayuda de cámara de duque de Buccleuch.

—Gracias Sebastián, enseguida iré —contestó Aaron terminando de cerrar el cuaderno y guardándolo en su maletín. Probablemente volvería a repasar las cuentas en cuanto llegaran a la casa de campo y se instalaran, aún no estaba seguro de si permanecería más de dos días alejado de la ciudad, pero al menos lo intentaría.

Cuando salió de su despacho observó a sus hijas algo impacientes con sus abrigos de otoño ya puestos y dando pequeños saltitos como si la emoción de salir de la ciudad para dirigirse a una de sus propiedades fuese toda una aventura. En ese momento cayó en la cuenta de que ninguna de ellas había salido jamás de la ciudad, siempre habían permanecido en casa, resguardadas tras toscos muros a pesar de que se habían mudado recientemente, pero solo para abandonar la mansión familiar que tantos malos recuerdos le procuraba.

—Sebastián ya me ha confirmado que está todo cargado, así que si que pueden ir subiendo al carruaje, yo las seguiré a caballo durante el camino.

—¿La señora Edna no nos acompaña? —preguntó Susan algo incrédula.

—No. Se ocupará de la gestión de la casa mientras estamos fuera de la ciudad.

No vendría. Susan no sabía como encajar la noticia porque aquello significaba una cosa; ella quedaba fuera de la familia, porque al fin y al cabo aquello era una escapada familiar. ¿Se lo habría tomado bien? Lo dudaba, por alguna razón se atrevía a imaginar que el odio de esa mujer contra ella se hacía cada vez más plausible conforme pasaban los días.

Mientras el carruaje iniciaba su marcha y su doncella Gladys iba junto a la mayor de las pequeñas; Madeleine y a su lado aferrada a ella se encontraba la pequeña Diane, no pudo evitar inclinar la cabeza por la ventanilla para observar el porte con el que el duque de Buccleuch cabalgaba completamente erguido y con la mirada al frente. Sin duda su figura era elegante y porqué no decirlo; sumamente atractivo ahora que lo observaba. Nunca había dudado de la belleza que irradiaba su esposo, sobre todo en lo que transmitía su mirada con esos profundos ojos verdes, pero sí que no había sentido lo que se suponía que se debería sentir cuando amas a alguien a pesar de no tener ni idea de qué se suponía que reflejaba ese sentimiento en uno mismo. Lo que sí era cierto es que no quería alejarse de él, al contrario, cada vez que le observaba le apetecía permanecer más tiempo a su lado para descubrir esas partes que él con tanto empeño trataba de ocultar o que inconscientemente por su forma de ser no las revelaba.

Había tratado de intentar leer algo para apaciguar la ociosidad que ofrecía un viaje medianamente largo, solo que su mente era incapaz de concentrarse. Las pequeñas habían terminado dormidas cuando su doncella les canto varias canciones y ahora su único entretenimiento era observar el paisaje y como no... el jinete que caminaba unas pulgadas por delante del carruaje.

—¿Cuánto crees que faltará para que lleguemos? Está anocheciendo y no sé si será peligroso estar por estos caminos cuando oscurezca —preguntó a su doncella tratando de calmar sus inquietudes con alguien de confianza.

—No lo sé mi *lady*. Es la primera vez que voy tan lejos hacia el este, pero si el duque nos acompaña no tiene nada que temer —contestó sonriente.

Solo unos instantes después de que le hiciera esa pregunta a su doncella sintió los cascos del caballo cercanos al carruaje y cuando miró por la ventanilla del carruaje observó que su esposo estaba al lado.

—¿Están todas bien? —preguntó Aaron acercándose hacia el carruaje y dirigiendo la vista hacia su esposa.

—Si. Hace tiempo que las pequeñas se durmieron, ¿Es seguro viajar de noche por estos caminos? Pensé que habríamos llegado antes de que se pusiera el sol.

—Hace tiempo que no realizo este recorrido, pero para no correr riesgos haremos un alto en el camino y pasaremos la noche en una posada que está a mitad del recorrido.

¿Estaban a mitad de camino? De algún modo pensó que estaría más cerca, pero tal vez solo fuese porque no estaba acostumbrada a viajar. Tras llegar a la posada y subir sus cosas a las habitaciones, cenaron apaciblemente y Gladys se llevó a las pequeñas a la habitación ya que estaban algo cansadas.

—Quizá debería subir para comprobar que están bien —dijo Susan apagando el silencio que se había creado entre ellos.

—Se preocupa demasiado por ellas a pesar de que no es su madre y del poco tiempo que llevamos casados, ¿Por qué lo hace? Ninguna dama en su situación lo haría, de hecho, mi segunda esposa no lo hizo —preguntó el

duque intrigado.

Su voz denotaba curiosidad, como si quisiera averiguar el trasfondo de aquel comportamiento.

—Porque soy lo más parecido a una madre que jamás tendrán y si algún día yo tuviera un hijo y desafortunadamente no pudiera estar a su lado para cuidarlo, me gustaría que alguien le inculcase el amor y valores que una madre debería darle a sus hijos. ¿Contesta eso a su pregunta? —contestó Susan con firmeza.

—Lo siento. No dudaba de sus buenas intenciones, solo estaba extrañado por su comportamiento, eso es todo. Si le sirve algo, me siento complacido por su interés hacia ellas.

¿Estaba complacido? Pues hasta el momento no parecía haberlo demostrado lo suficiente, aunque bien era cierto que al poner a las pequeñas a su cuidado algo sí que había demostrado de esa complacencia.

—¿Regresará a la ciudad en cuanto nos deje en la casa de campo? —preguntó Susan tratando de cambiar de tema.

—¿Tanto desea perderme de vista, querida esposa? —ironizó el duque.

—Yo... por supuesto que no. Solo lo preguntaba porque sería una lástima que no decidiera acompañarnos —admitió siendo sincera.

—Debo suponer entonces por el contrario que desea que permanezca a su lado.

—En realidad desearía que permaneciese a nuestro lado y que sus hijas disfrutaran unos días junto a su padre, puesto que con su trabajo me temo que es algo que no suele permitirse hacer. —La respuesta mordaz de Susan hizo que el duque de Buccleuch cambiara su semblante.

—Soy un hombre ocupado —contestó tajante con el ceño fruncido.

—Me consta que así es, pero imagino que sus negocios y fábricas seguirán de pie cuando regrese tras unos pocos días, ¿verdad?

Aaron miró fijamente a esa jovencita de ojos azules con mirada noble. pero al mismo tiempo perspicaz y se recriminó a sí mismo por aquello que iba a hacer.

—¿Qué es lo que usted desea *lady* Susan?

Susan observó esos ojos verdes algo oscurecidos y sabía muy bien cual era su respuesta, solo que una cosa era pensarlo en lo más profundo de su ser y otra bien distinta revelarlo en voz alta.

—¿Acaso importa lo que yo desee excelencia?, ¿O es que mi respuesta cambiaría su parecer en este asunto? —preguntó con perspicacia.

—Tiene razón. Nada me haría cambiar de parecer —decretó seriamente—. Me tomaré una copa de coñac mientras se acomoda en la habitación, subiré dentro de un rato.

—¿A mi habitación? Pensé que dormiría junto a las niñas... pidió solamente dos habitaciones cuando llegamos.

—Pues erró en sus conclusiones. Una habitación es para su doncella y mis hijas mientras que la otra será para nosotros.

Susan no contestó, sino que se limitó a asentir con la cabeza mientras emprendía camino hacia las habitaciones con la firme idea de que aquella noche sería la primera vez que dormiría junto a su esposo.

En cuanto subió las escaleras comprobó que en la habitación de las hijas del duque todo estaba conforme lo establecido, de hecho su doncella corroboró

que no tenía nada de lo que preocuparse puesto que pasaría la noche junto a las pequeñas. Seguidamente entró en aquel cuarto de huéspedes similar al anterior que había entrado, lo suficientemente tosco y rural para saber en primera instancia que no se trataba de una posada lujosa. El mobiliario era reducido constando únicamente de una cama amplia, dos butacas y una mesilla con una palangana de agua limpia para refrescarse. La inexistencia de una mesa auxiliar no pasó desapercibida para Susan que paseó la mirada hasta encontrar su bolsa de viaje junto a una de las butacas donde había metido lo indispensable para la primera noche antes de deshacer el pequeño baúl que había llevado consigo. En la bolsa había metido pequeños artilugios de lujo como el peine con el que se cepillaba cada noche, su perfume con esencia de azahar y naranjo, además del set de polvos que casi nunca utilizaba y uno de los camisones que le había prestado Catherine aquella mañana.

En aquel momento no le pareció conveniente usarlo en un lugar tan rural, menos aún sabiendo que su esposo pasaría allí la noche en el mismo lecho junto a ella, aunque aún le extrañaba que decidiera pasar toda la noche a su lado. No había más opción, su baúl aún estaba en el carruaje y no pensaba enviar a ningún lacayo o sirviente de la posada a que se lo subiera a esas horas de la noche. Se deshizo de su vestido de viaje y lo colocó con delicadeza sobre una de las butacas puesto que sería su vestimenta al día siguiente y completamente desnuda sacó de la bolsa aquella finísima prenda de color azul oscuro tan intenso como la noche. La prenda dejaba sus brazos y hombros casi al descubierto, aunque al contrario de la prenda que había usado la noche anterior, ésta no tenía ni una sola transparencia, solo que la generosidad de su escote era incluso más reveladora que las propias transparencias de su camisón blanco de encaje. Aquel pronunciado escote llegaba más abajo del pecho, tapando parcialmente este de forma indiscreta y

por detrás dicho escote era aún más generoso puesto que llegaba hasta su cintura. Sin duda podía sentir el frescor de estar casi desnuda, salvo por las piernas, puesto que aquel camisón llegaba hasta sus pies tapando sus piernas hasta rozar el suelo. Afortunadamente tenía casi la misma estatura de Catherine y aunque ésta sin duda alguna gozaba de un cuerpo más esbelto que el suyo la prenda le quedaba más ajustada, pero esperaba causar el mismo efecto.

Se soltó el cabello dejando todas las horquillas cuidadosamente en una bolsita de tela bordada donde solía almacenarlas y roció perfume en el cabello, algo que normalmente solo hacía esporádicamente, pero que en aquel momento le pareció conveniente para quitarse la sensación de olor a polvo del camino. Seguidamente comenzó a cepillar el cabello desde las puntas hasta la raíz del mismo y empezó a trenzarlo para que no se enredase durante la noche. Normalmente solía hacerlo cuando el duque abandonaba sus aposentos, pero teniendo en cuenta que esa noche no lo haría, creyó conveniente hacerlo en ese momento, sobre todo para tratar de no estar ociosa mientras esperaba que aquella puerta se abriera de un momento a otro.

Cuando estaba terminando de trenzar el último tramo de cabello que llegaba hasta su cintura, escuchó el ruido de la puerta abrir para después cerrarse con calma y aunque la tentación de girarse para comprobar que se trataba de su esposo era enorme, calmó su ansia y no alzó la mirada hasta que sintió el sonido de la llave bloqueando dicha puerta para que nadie entrara. La sola idea de estar encerrada en aquella habitación durante horas con su esposo la alteraba hasta el punto de no saber qué hacer o como comportarse al respecto. Normalmente, la idea de que él permaneciera a su lado durante más tiempo, aunque solo fuera para conversar y después marcharse para dormir en su habitación —cosa que jamás había ocurrido—, había sido suplantada por la certeza de que dormiría a su lado y probablemente sentiría su calor



embriagando su cuerpo cada minuto de aquella larga noche.

Notó la intensa mirada que le profesaba aunque estuviera al otro lado de la habitación, observó detenidamente como se deshacía de la gabardina que había llevado mientras cabalgaba y la chaqueta dejándolas sobre la butaca vacía que ella no había utilizado. Se acercó sigilosamente hasta ella y Susan se percató de que recorría sin ningún pudor su cuerpo envuelto en aquella prenda. A pesar de que el silencio era embriagador deseó que dijese algo que rompiera aquella tensión, que no tuviera que ser ella quien lo hiciera puesto que la incomodidad de su mudez era demasiado apabullante.

—¿Tenéis frío? —preguntó el duque acercándose hasta la chimenea que no estaba prendida con la intención de hacerlo.

—No demasiado excelencia —contestó Susan tratando de ser cordial a pesar de la situación.

—¿Utilizáis también ese tipo de prendas para dormir durante el frío invierno? —preguntó ahora sin mirarla, mientras hincaba la rodilla en el suelo para encender el fuego que caldease la habitación durante toda la noche.

Susan no supo que responder, ¿Qué si usaba ese tipo de prendas? Realmente jamás las había usado hasta hacía dos días por lo tanto su respuesta podría ser negativa, pero se armó de valor a pesar de la vergüenza que aquello le suponía.

—Es posible —dijo en cierto tono de despreocupación—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Es mi deber informar al personal de la casa de asegurarme que su habitación esté lo suficientemente caldeada para que no pase frío si su deseo es llevar prendas livianas.

Susan tuvo que morder su labio para evitar sonreír ante aquella respuesta. Así que el duque sí se preocupaba por ella, es más, con aquella afirmación no solo llegaba a la conclusión de que parecía estar conforme con su guardarropa de cama, sino que daba su absoluta aprobación al respecto. ¿Significaría eso que le agradaba?

—¿Preferís gastar más leña para calentar mi habitación a que decida abrigarme expresamente, excelencia? —La pregunta era determinante, pero Susan deseaba fervientemente su respuesta.

—Creo que sabéis de sobra que mi fortuna no es moderada, mi *lady*. Es un lujo que puedo permitirle a mi esposa —contestó con calma irguiéndose ahora que el fuego parecía haber prendido la leña seca previamente preparada—. Aunque debo reconocer que no lo hago únicamente solo por complacerla, sino que mis motivos tienen un fundamento egoísta y es que debo admitir que me gusta contemplar su belleza.

El abrasador fulgor de aquellas palabras hizo que Susan se estremeciera desde los pies hasta la cabeza. Lo había admitido, el gran *lord* Aaron Bucleuch había admitido que la deseaba. Quizá no lo había expresado claramente con dichas palabras, pero asegurar que le gustaba contemplar su belleza era el modo más suave de referirse a que le gustaba lo que veían sus ojos y que la deseaba ver así cada noche.

—Me alegra que os agrade, excelencia —admitió Susan sosteniendo esa mirada verdosa que la contemplaba ahora brillante por las llamas del fuego que prendía—, porque me visto así para vos.

Tal vez aquella confesión solo hiciera que el duque se engrandeciera aún más en su absoluto poder y control, pero Susan esperaba que de alguna forma él entendiera que deseaba que aquel matrimonio funcionara, que aquello que

fuera lo que le impedía llegar hasta él por fin se derribara y finalmente lograra traspasar esa capa hielo que cubría a su esposo impidiéndole llegar hasta su corazón.

Tal vez una mujer experimentada no hubiera revelado tales confesiones, sino que hubiese tratado de jugar a las adivinanzas o con toda probabilidad trataría el asunto con misterio manteniendo siempre la intriga hasta el final como bien le había mencionado Catherine, pero ella no era ninguna mujer experimentada, siempre había sido alguien clara y desde luego; sincera.

—¿Por qué? —Fue la simple respuesta del duque mientras sus ojos se perdían en la garganta de su esposa para perderse en aquel majestuoso escote revelando demasiada piel para su pecaminoso corazón.

Aaron sintió el ferviente deseo de acariciar esa suave piel que se perdía tras aquella fina tela que marcaba cada curva del sinuoso cuerpo de su esposa y antes de poder darle forma a sus deseos de manera que le diera la orden a su cuerpo de ejecutarlo, fue consciente de que éste se había adelantado y las yemas de sus dedos rozaban esa delicada piel en la garganta de Susan mientras que ella parecía estremecerse con su contacto.

¡Por todos los dioses!, ¿Por qué esa mujer tenía que ser sumamente ardiente? La idea de que fuese una dama experimentada pasó fugazmente por su mente y trato de desecharla igual que había llegado. Recordaba perfectamente que era virgen cuando consumó su matrimonio la noche de bodas y siendo sincero, no había demostrado dicha maestría hasta muy recientemente lo que le llevaba a pensar que algo había cambiado en ella, pero ¿Qué?

La respuesta para Susan no era sencilla, pero algo en su interior le decía que tal vez era conveniente ser sincera antes de inventar cualquier pretexto absurdo que asegurara su anterior respuesta. Aunque aquello quizá no sirviera de nada, tal vez solo consiguiera que el duque se alejase más de ella por temor a su cercanía, pero tenía bastante claro que no había mantenido una relación cercana con sus anteriores esposas, es más, sospechaba que sus anteriores matrimonios habían sido meramente cordiales y aunque estimara a las anteriores duquesas, lo que veía en el rostro del duque de Buccleuch no era dolor por la pérdida de alguien a quien amaba, sino resentimiento por culpabilidad de lo sucedido. No. Estaba casi completamente segura de que Aaron Buccleuch nunca había amado realmente a sus esposas, quizá porque amó a una mujer en el pasado con la que no pudo casarse o quizá porque no había encontrado el amor en sus matrimonios y aunque no aspiraba a que él la amase como siempre había soñado que un caballero lo hiciera, sí que ansiaba con toda su alma que la apreciase.

—Porque soy vuestra esposa y mi único deseo es complaceros —admitió—. Y porque cada noche aguardo fervientemente vuestra visita en mis aposentos.

—¿Es eso cierto? —preguntó Aaron torciendo el gesto y alzando una ceja contrariado. Aún era incapaz de asimilar que ella le deseara, que estuviera complacida de sus obligaciones en el lecho marital, pero a pesar de que los hechos se habían revelado ante él, sus experiencias previas de anteriores matrimonios le pesaban manifestando que aquello no podía ser real, que alguna razón oculta en todo aquello debía existir—. ¿No me teméis?

—Creo que ya os demostré que no os tenía ningún temor excelencia, aunque puedo demostrároslo las veces que sea necesario —contestó Susan aunando todo su valor para mirarle mientras le decía aquello y con toda la seguridad que mantenía en si misma y que ciertamente era escasa, subió sus manos hasta los tirantes de aquella prenda y los deslizo por sus brazos dejando caer el vestido, quedando completamente desnuda ante la presencia de su esposo.

Era la primera vez que alguien que no fuera su doncella la veía desnuda y el pudor que comenzaba a sentir era tan grande que casi eclipsaba su propia vergüenza. Ni tan siquiera sabía como había sido capaz de haber hecho aquello, pero lo había hecho y ahora se encontraba con la incuestionable mirada de su esposo que la miraba de forma despiadada.

Cuando la prenda se deslizó suavemente por las sinuosas curvas de su esposa, Aaron pudo apreciar que aquellos senos voluptuosos eran aún más apetecibles de lo que su imaginación y previa apreciación habían tenido. Sin duda aquellos pezones sonrosados y ahora erguidos clamaban ser besados a gritos. La delicada piel de su cuerpo era igual de sedosa por su vientre... su ombligo... hasta perderse en aquella mata de pelo rojizo que había entre sus piernas. ¡Diablos! Si esa mujer de por sí ya le enloquecía antes, ahora sencillamente no podría borrar esa imagen de la mismísima venus desnuda que tenía delante.

*Lady* Susan era una diosa celestial que había venido a enloquecerlo. Si.

Definitivamente iba a enloquecer viendo aquello. Sin contenerse un segundo más la alzó en volandas apretándola contra su cuerpo mientras la dejaba caer en la pared más cercana de aquella habitación. No le importó carecer de delicadeza, ni tampoco si le había hecho algún daño, porque al rozar sus labios junto a los suyos, supo que estaba completamente perdido y obcecado en hacerla suya de nuevo.

Susan sintió como los dedos del duque la recorrían sigilosamente por su piel desnuda. Eran cálidos, suaves y delicados al mismo tiempo que la hacían arder allá por donde pasaban. Mientras ella se deshacía con sus besos nada tiernos, sino más bien todo lo contrario porque parecía expulsar fuego por la boca cada vez que su lengua la abrasaba por completo, intentó meter sus manos bajo la fina camisa que aún llevaba puesta su esposo.

Aaron pareció notar las intenciones de su esposa y cogiéndola de nuevo en brazos se dirigió con ella hacia el lecho, donde la depositó suavemente mientras se tumbaba parcialmente sobre ella y se sacaba la camisa quedando completamente desnudo de cintura para arriba.

Susan se deleitó de nuevo contemplando aquella piel ligeramente bronceada y curtida en comparación con la suya y antes de que él volviera a besar sus labios depositó un cálido beso en su pecho que hizo detenerse a su esposo provocando que la mirase sigilosamente. Decidió aprovechar la ocasión y fue dejando un rastro con sus labios de forma descendente hasta que llegó al borde de la cintura del pantalón, donde pacientemente desabotonó la prenda ante la atenta mirada del duque y cuando éste le ayudó a deshacerse del resto de su vestimenta, el prominente miembro de su excelencia quedó frente a ella. Más ávida de curiosidad que de otra cosa —puesto que era la primera vez que lo contemplaba en todo su esplendor—, Susan lo tocó ligeramente y sintió como el duque maldecía mientras cerraba los ojos y echaba la vista

atrás. No entendía si aquello era bueno o malo, pero a juzgar por la falta de acción en él, intuía que demasiado malo no sería o de lo contrario le habría impedido que siguiera haciendo lo que hacía. Deslizó su mano explorando aquel trozo de carne erecto y cuando movió los dedos con cierta agilidad sintió cómo las manos de su marido la apresaban en un solo gesto y volvía a estar tumbada sobre el lecho con el rostro del duque a pocos centímetros del suyo.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —exigió con voz ronca mientras aquella mirada oscurecida la devoraba por completo.

—¿Hacer qué, mi *lord*? Solo sentía curiosidad por...

Sus mejillas enrojecidas la delataban y Aaron no pudo resistirse a eso, sin piedad alguna se adentró en ella no pudiendo resistirse más a hacerla suya. El esplendoroso jadeo que escuchó de sus labios solo hizo que se rindiera aún más ante su joven esposa, provocando que sus labios fueran directos a devorar esos pezones rosados que clamaban a gritos ser besados. Notó como ella se inclinaba en respuesta, como si le invitara a seguir haciéndolo y eso definitivamente le enloqueció aún más de lo que ya estaba. La tomó sin piedad, sin contemplación, sin control alguno... y para su sorpresa solo descubrió que ella parecía encantada de que así lo hiciera.

—Perdóneme padre, porque he pecado y no me arrepiento en absoluto de hacerlo —susurró Aaron en voz tan baja que estaba completamente seguro de que su sonido apenas sería inteligible para su esposa.

Cuando se echó a un lado con el ritmo de su pulso aún acelerado, escuchó que la respiración de su esposa también era algo agitada. En otras circunstancias se levantaría y se marcharía de aquella habitación puesto que sería lo que se esperaba, pero aprovechándose de las circunstancias sabía que

pasaría toda la noche en aquel lecho junto a ella y que incluso podría volver a tomarla a media noche si así le complacía. Tener esa certeza le satisfacía, pero lo que más le colmaba de todo aquello era estar cerca de ella, sentir ese aroma a azahar mezclado con alguna fruta cítrica que comenzaba a identificar como su aroma, le complacía. Lo sabía. Esa esposa suya estaba logrando traspasar la barrera infranqueable que se había autoimpuesto cuando decidió casarse y estaba haciendo nada para impedirlo a pesar de saber que era lo adecuado dado su historial.

—¿Puedo pedirlos una gracia, excelencia? —preguntó Susan en voz baja, dado que acababa de notar que se sentía agotada.

—Si está en mi mano poder concedérsela, pedídmela —contestó Aaron creyendo que probablemente le pediría algo de elevado valor, probablemente alguna joya, un guardarropa nuevo, quizá algún capricho que hubiese visto en alguna tienda, pero fuese cual fuese aquella gracia seguramente terminaría concediéndosela.

—¿Me permitiríais llamaros por vuestro nombre? —preguntó con cierto tacto, esperando que la pregunta no le ofendiera.

De todas las posibles peticiones, ¿Le pedía aquello? Nada le gustaría más que escuchar su nombre proveniente de aquellos labios.

—Solo si me permitís a mi también hacerlo, Susan.

—Gracias, Aaron —contestó sonriente mientras tapaba su desnudez con la ropa de cama y descartaba la posibilidad de levantarse para vestirse de nuevo con aquel camisón que le había prestado Catherine.

Cuando Susan abrió los ojos repentinamente, supo que aún era de noche, el fuego de la chimenea se había apagado y sus pies estaban fríos, así que se acercó a la fuente de calor que había en su cama siendo consciente de quien



era.

—Estas congelada... —susurró Aaron con voz dormida—. Ven aquí — aseguró abrazándola mientras la atraía a su cuerpo apretándola contra su firme pecho y Susan no pudo evitar contener la respiración tras descubrir que éste parecía acogerla de buen agrado entre sus brazos.

No sabía si podría volver a dormir de nuevo, pero desde luego la sensación de calor que le ofrecía el cuerpo de su esposo sin duda alguna era demasiado placentera.

El sonido procedente del exterior de aquella habitación desveló a Susan. Pudo apreciar que la luz matinal que se filtraba a través de la ventana indicaba que hacía horas que debía haber amanecido y a pesar de ser aún bastante temprano, el ruido externo comunicaba que el lugar había despertado y con él a sus huéspedes. En el momento que se movió despedazando sus músculos notó el roce de ese cuerpo que la rodeaba y recordó plenamente donde se encontraba exactamente en aquella cama; entre los brazos del duque o, mejor dicho de Aaron, su esposo.

Notó su respiración más agitada y la certeza de que con sus movimientos le había despertado, aunque aún no sabía como él no se había levantado si normalmente solía madrugar bastante para atender sus negocios desde primera hora de la mañana. Lo cierto es que la idea de verlo dormir apaciblemente hizo mella en ella, ¿Se vería tan regio y poderoso mientras dormía? Quizá no, quizá perdería ese semblante taciturno que le acompañaba a todas partes y luciría su rostro más relajado y suave.

La idea de levantarse en mitad de la noche para infiltrarse en su lecho y contemplarle mientras dormía comenzó a coger forma, pero desde luego era desechada por la incertidumbre de que fuera descubierta en aquella travesura

sin justificación alguna. Probablemente pensaría que tendría intenciones de matarle antes de creer que sencillamente sentía curiosidad por verle dormir.

¿Qué era lo que ocurría en ella para que quisiera esa clase de cosas? Hasta ahora no había sentido ese tipo de anhelo y mucho menos ese deseo, necesidad o como quiera que se llamara aquello. Definitivamente las cosas estaban cambiando para ella, era más que evidente que así era cuando aún la tenía sujeta por la cintura mientras movía ligeramente sus dedos y no se había quejado ni pronunciado palabra alguna porque deseaba permanecer en esa postura por más tiempo. Quería sentir su calor, también su protección, pero sobre todo deseaba sentir que él la necesitaba, que una parte de él la deseaba tanto como ella a él y quizá esa era la razón de todo aquel torbellino de emociones; quería formar parte de su vida no solo porque un papel firmado así lo estipulara.

—Debería levantarme y bajar para ver cómo están los caballos. También debería ordenar que prepararen el carruaje y sirvan el desayuno para partir cuanto antes. Y desde luego debería verificar que mis hijas se encuentran en perfecto estado —mencionó Aaron con cierto tono de voz aún somnoliento.

Susan notó que parecía hablar consigo mismo más que con ella, dudó por un momento que sopesara la posibilidad de creer que ella estaba dormida, pero cuando aquellos dedos que hasta ahora se habían posado relajados sobre su vientre comenzaban a hacer círculos de forma ascendente supo que él sabía que estaba despierta. ¿Cómo? Ni idea, pero era obvio que lo sabía y él estaba plenamente seguro de ello.

—Por supuesto —afirmó Susan—. Es lo que deberías hacer, Aaron.

Llevarle por su nombre era extraño, demasiado íntimo... incluso más íntimo aún que el mero hecho de estar desnudos bajo aquella cama rozando sus

cuerpos por más inverosímil que pareciera.

—La cuestión es que no es lo que deseo hacer ahora —terció con voz ronca mientras finalmente sus dedos apresaban uno de sus pechos abarcando toda su mano.

Su afirmación contrajo a Susan dejándola completamente sorprendida y casi extasiada. ¿No era lo que deseaba?, ¿Y desde cuando anteponía el duque el deseo antes del deber? Quizá lo hiciera a partir de ahora.

—¿Y qué es lo que deseas hacer ahora? —preguntó dándose la vuelta para tratar de ver su rostro, necesitaba verle a plena luz del día puesto que siempre que habían estado juntos en una cama solo había podido estudiar su rostro con la vaga luz que emitía el fuego al prenderse.

Cuando Susan observó aquel rostro claramente entumecido por el sueño, aquellos ojos verdes que emitían una luz especial, como si resplandecieran con fulgor y el roce de su incipiente barba otorgándole un aspecto desaliñado al igual que su cabello se rindió ante tal muestra de cercanía. Jamás había visto a su esposo tan notoriamente humano como lo estaba en aquel momento y se estremeció deseando que sus ojos revelasen aquella imagen cada día al despertar, solo que era consciente de que aquello solo podría quedar en una vaga ilusión, nunca en una realidad.

—Perderme en tu cuerpo. —Fue toda la respuesta que Aaron pronunció antes de acercarse lo suficiente a ella para besarla mientras la estrechaba contra su cuerpo de forma inesperada.

Los golpes en la puerta interrumpieron en el momento menos preciso y oportuno, de hecho, el duque grazno un profundo alarido de desconsuelo cuando se produjo, pero con todo el control que pudo aunar se apartó del cuerpo de su esposa y embutiéndose en el pantalón de cabalgar y su camisa

interior de lino se aproximó hacia la puerta mientras Susan cubría su cuerpo con la ropa de cama para que nadie la descubriera.

La doncella de Susan advirtió que las pequeñas estaban algo inquietas y solicitó permiso para bajar al comedor e iniciar el desayuno. Tras una clara afirmación por parte del duque, volvió a cerrar la puerta y suspiró. En aquel momento no sabía si estar aliviado de aquella interrupción o molesto por no encontrarse ahora mismo gozando en aquel lecho junto a su esposa, algo que buenamente podría hacer, pero que era más que inadecuado. ¿Desde cuando él hacía aquel tipo de menesteres a plena luz del día? Ciertamente era que había sido la primera vez que dormía en la misma cama junto a su esposa, incluso en sus lunas de miel había pedido camas separadas mientras viajaban, no tenía ni la menor idea de por qué no había hecho lo mismo en aquella ocasión, aunque en el fondo sí que lo sabía; deseaba verla dormir apaciblemente, contemplar ese bello rostro al despertar... solo que jamás pensó que se desnudaría completamente para él y que definitivamente le volvería aún menos cuerdo de lo que comenzaba a estar.

—Será mejor que baje a comprobar como están los caballos y ordene que sirvan el desayuno —dijo sin mirarla, sino que comenzó a vestirse lo más apuradamente posible de forma automática como si por alguna razón, con el simple hecho de verla desestimara su determinación de cumplir sus funciones principales.

Primero el deber, después el placer, aunque... ¿No era deber engendrar un heredero?, ¿No era ese su principal deber? Se preguntó tratando de auto-engañarse a sí mismo. Empezaba a creer que aquel viaje quizá no había sido una buena idea...

El camino hacia la casa de campo se inició tras un breve desayuno. Tal como habían hecho la primera mitad del recorrido, las damas viajaban en el

carruaje y el duque proseguía su marcha a caballo. Cuando finalmente llegaron a la majestuosa casa de campo, por alguna razón Susan había creído que se trataría de una pequeña casa pintoresca en mitad del campo algo ruinoso y abandonada, pero aquella mansión con toscas y grandes columnas de mármol blanco, ventanales enormes de los que podría asegurar que sus grandes salones estarían gratamente iluminados y los jardines que anunciaban las primeras hojas caídas del otoño, aún conservaban parte del colorido que había dejado atrás.

—¡Es preciosa! —gimió sin poder contenerse nada más bajar del carruaje.

—Hace algunos años que no vengo por aquí, pero sigue estando como siempre, aunque la mejor época para venir es en primavera —contestó aproximándose a ella el duque—. Vamos, seguramente nos estén aguardando puesto que advertí de nuestra llegada hace un par de días.

Efectivamente el personal de la casa aguardaba la llegada y habían provisto la casa de las necesidades oportunas para satisfacer a los duques. El ama de llaves era una señora afable llamada Nanet que acompañó expresamente a Susan hasta su habitación esperando que todo estuviera dispuesto a su gusto.

—Mi *lady*, no sabe cuánto me complace que esté usted aquí, ¡Por fin el duque nos deleita con su visita! —exclamó provocando una pequeña sonrisa cómplice por parte de Susan—. No sabe las veces que nos hemos preguntado porque decide mantener esta enorme mansión como si fuera habitada cuando ni tan siquiera decide pasar un solo fin de semana al año en ella...

—Tal vez su excelencia crea que podrá escaparse de la ciudad en alguna oportunidad y al final dicha ocasión jamás se presenta —contestó Susan tratando de excusar en vano a su esposo.

—Ese hombre trabaja demasiado, yo siempre lo he dicho. —La familiaridad

con la que le trataba sorprendía a Susan. No parecía una mujer que apenas conociera a quien servía, al contrario, más bien parecía saber demasiado sobre el.

—¿Conoce usted a mi esposo desde hace tiempo? —preguntó con cierta curiosidad, pero sin tratar de parecer ansiosa por la respuesta.

—¡Oh mi *lady!*, ¡Le vi nacer! Con eso se lo digo todo... —dijo la buena mujer mientras abría las ventanas para que la habitación ventilase. La temperatura era agradable, aún no hacía frío salvo quizá en las noches, pero el bochornoso calor del verano al fin se había ido dejando paso a un placentero frescor otoñal—. Nació justo en esa cama —señaló entonces el lecho donde dormiría Susan—, su madre estuvo seis largas horas de parto hasta que finalmente nació el heredero al ducado Buccleuch —añadió sonriente como si estuviera evocando aquel recuerdo.

Así que aquella era la casa en la que Aaron había nacido, ¿También se habría criado allí?, ¿Tal vez pasara sus primeros años en aquel hogar? Desde luego aquella mansión no parecía haber sido construida solo para pasar unas cuantas semanas al año, sino que parecía absolutamente perfecta para vivir todo el año.

—Que curioso... —Admitió Susan—. Supongo que su madre decidió retirarse al campo para dar a luz como suelen hacer la mayoría de damas.

—¡Oh no! —Negó la señora Nanet con un gesto de cabeza mientras colocaba el bolso de mano de Susan sobre el pequeño diván que había a los pies de la cama, por alguna razón aquella mujer no podía estar parada, quizá al hacerlo se sentiría ociosa—. *Lady Astrid* y su esposo decidieron venirse a vivir al campo para llevar una vida apacible cuando contrajeron matrimonio. Fueron muy felices en esta casa, yo creo que aún se puede respirar esa magia que

ellos tenían...

—¿Estaban enamorados? —La pregunta salió con tanta emoción de los labios de Susan que ni tan siquiera fue consciente de que lo había pronunciado en voz alta.

—Desde luego. *Lady* Astrid se enamoró profundamente de su esposo nada más verle y debo reconocer que él se desvivía por ella. Es una pena que el *lord* Buccleuch no se educara en ese ambiente, quizá de haberlo hecho no tendría ese ceño fruncido siempre.

—¿Cómo dice?, ¿*Lord* Buccleuch no vivió junto a sus padres?

—Me resulta extraño que nadie la haya informado al respecto, mi *lady*. — Esta vez la señora Nanet la miró directamente como si estuviera estudiando la posibilidad de meterse en problemas si hablaba más de la cuenta.

—Desafortunadamente para mi, el duque no es una persona muy habladora, menos aún si se trata de algo relacionado sobre sí mismo. Le agradecería enormemente que pudiera darme cualquier detalle de su excelencia que pudiera servirme para conocerle. Eternamente agradecida señora Nanet — insistió Susan.

—Supongo que la entiendo querida, aunque lo cierto es que lo que le voy a contar no es ningún secreto y a mi me encanta hablar más aún teniendo en cuenta que todos los días veo las mismas caras en esta casa que se nos cae encima a los pocos que trabajamos aún en ella —contestó restregándose las manos—. Los padres del duque murieron de forma inesperada en un trágico accidente cuando su excelencia apenas tenía tres años de vida. Aún recuerdo aquel fatídico día... nadie pudo imaginar lo que ocurriría, pero ambos murieron ahogados en el río que hay cercano a la casa. Nadie vio nada, pero sus cuerpos aparecieron al día siguiente río abajo...

—¡Es horrible! —gritó Susan consternada.

—Se cree que probablemente decidieran refrescarse como en tantas otras ocasiones habían hecho, pero aquel día hubo una tormenta inesperada y probablemente no fueron cuidadosos, de forma que la corriente les arrastró provocándoles la muerte.

Susan pensó en aquel pobre niño huérfano de apenas tres años, justamente la edad de la pequeña Diane y se contrajo al saber que había debido crecer sin padres, sin un ejemplo a seguir de devoción como el que de hecho habría podido tener si aquel accidente no hubiera sesgado aquellas inocentes vidas.

—En aquel momento el actual duque de Buccleuch, es decir, el abuelo de su excelencia se hizo cargo de su educación. Era un hombre estricto, de costumbres severas y aunque trato de educar a su nieto de la mejor forma posible, lo cierto es que yo jamás vi sonreír a ese niño que después heredaría su ducado.

Mientras Susan digería toda aquella información tomándose un baño de agua caliente que habían tenido la amabilidad de subir a su habitación tras la cena, no dejaba de valorar la situación una y otra vez. Su esposo no tenía ese carácter por mero capricho del destino. No. Simplemente no conocía otra cosa, por más triste que aquello fuese había tenido que sufrir la falta de cariño de unos padres como en su caso sí lo había tenido ella, probablemente habría debido asumir demasiadas responsabilidades a edades muy tempranas teniendo en cuenta que si heredó el título tras la muerte de su abuelo, éste probablemente moriría cuando él apenas era un joven sin experiencia. Definitivamente Aaron Buccleuch se habría hecho a si mismo y la soledad le habría acompañado a lo largo de toda su vida. Lo extraño de todo aquello es que no hubiera encontrado alivio en sus anteriores esposas, ¿Qué clase de damas serían ellas?, ¿Qué tipo de mujer habría escogido Aaron para desposar



que considerase adecuada? Tal vez debería averiguarlo, de algún modo quería llegar a la raíz de todo aquello, pero por sobre todas las cosas lo que ahora más le sorprendía es que no juzgaba de la misma forma que antes al que era su esposo, sino que incluso empezaba a comprender esa actitud distante que casi siempre mantenía.

El almuerzo había sido tranquilo y lo cierto es que había pasado toda la tarde junto a las pequeñas explorando cada rincón de la casa como si de un juego de aventuras se tratara. Lo había pasado fantásticamente bien y sentía que aquel lugar albergaba demasiados secretos por descubrir, quizá en el breve tiempo que estuviera por allí pudiera desvelar alguno, de hecho, el inhóspito descubrimiento de los padres de Aaron había sido el primero de muchos.

En el momento que secaba cuidadosamente su cabello mojado frente al fuego de la chimenea escuchó la puerta de su habitación abrirse y se percató que no había sido la principal la que se había abierto, sino la secundaria, esa que también comunicaba con la habitación de su esposo y que casi siempre utilizaba para marcharse en lugar de entrar.

—Pensé que ya habríais terminado de daros el baño... —dijo con evidente señal de desconcierto.

—Lo cierto es que he terminado, pero aún tengo el cabello mojado, aunque agradecería tu ayuda... mi doncella estaba demasiado cansada del viaje y ocupándose de las pequeñas así que no deseaba molestarla.

—Se supone que es tu doncella, no debe estar nunca cansada.

—¿Tú nunca lo estás? —preguntó directamente Susan y su esposo pareció sopesar la pregunta como si estuviera estudiando la respuesta.

—Es una sirvienta, esa es su labor —contestó ciñéndose a la doncella.

—También es una persona que tiene sus limitaciones Aaron. Si no deseáis ayudarme puedo hacerlo sola, lo he hecho en otras ocasiones —aseguró Susan con una sonrisa como si su terquedad no le molestase y haciendo caso omiso de su presencia se inclinó hacia abajo pasando un paño por el cabello para eliminar la humedad.

—¿Qué se supone que debo hacer? —Su voz sonaba suave, casi aterciopelada, como si tratara de disculparse.

—Solo debes coger mechones pequeños y pasarlos delicadamente sobre el paño para eliminar el exceso de agua, de esa forma se secará antes...

Tenerle tan cerca comenzó a abrumar a Susan, tal vez no era una buena idea que le ayudase teniendo en cuenta que él la alteraba de sobremanera, sobretodo cuando inconscientemente era dulce sin apenas darse cuenta, precisamente como lo estaba siendo ahora.

Con suma delicadeza Aaron fue cogiendo cada mechón de aquel cabello rojizo y pasándolo por aquel paño seco que poco a poco comenzaba a humedecerse. La tarea no tenía ninguna complejidad y a pesar de que aquella labor fuera propiamente de una de sus doncellas, sintió la cercanía de su esposa con más fuerza e ímpetu que nunca, como si esa simple acción le hiciese estar más cerca de ella a pesar del silencio que les embriagaba.

—¿Es verdad que naciste en esta habitación?, ¿En ese lecho? —preguntó Susan iniciando una conversación para romper aquel mutuo silencio.

—Supongo que fue Nanet quien te dijo eso.

—Quizá le pareció un detalle que tu esposa lo supiera, desde luego fue toda una sorpresa porque creí que esta era una propiedad que habías adquirido con el paso del tiempo y no una reliquia familiar —admitió cogiendo otro mechón de cabello.

—Esta casa ha pertenecido a mi familia desde hace más de cuatro generaciones y yo la reformé antes de mi primer matrimonio, solo que finalmente jamás estuve en ella más de dos días seguidos.

—¿Por qué? —preguntó alzando la vista para descubrir su respuesta.

—A mi primera esposa no parecía agradarle la idea de pasar todo el verano aquí, menos aún vivir en ella y desde luego no tenía ninguna intención de dar a luz en mitad del campo sin la presencia de buenos médicos que la atendieran —contestó en un tono carente de emoción alguna—. Lo irónico de todo ello es que ni los mejores médicos pudieron salvarla.

Así que él había tenido intenciones de traer aquí a su esposa, incluso parecía haberla reformado solo para que la disfrutara su familia y eso jamás había ocurrido.

—Lo siento...

—No tienes nada que sentir, no fue tu culpa. Además, tampoco hubiera podido pasar demasiado tiempo en ella teniendo en cuenta que tengo mucho trabajo en la ciudad del que preocuparme.

—Si yo quisiera... —Susan dejó la pregunta en el aire, tal vez no era oportuno mencionar ahora lo que acababa de ocurrírsele inesperadamente.

—¿Qué? —preguntó ante su silencio.

—Nada. No era nada —Negó no creyendo que fuese la ocasión adecuada para decir aquello cuando apenas llevaba horas en aquel lugar al que consideraba más hogar que esa casa en Londres en la que llevaba más de tres meses viviendo—. Supongo que ya está lo suficientemente seco —advirtió tocándose el cabello y notando que estaba húmedo pero lo justo para ser trenzado.

—¿Estás lo suficientemente cómoda en esta habitación?, Tal vez pueda...

—No —Interrumpió sus palabras colocando uno de sus dedos en sus labios —. Así es absolutamente perfecta, incluso guarda esa esencia que probablemente debió impregnar tu madre en ella —admitió Susan.

Antes de que pudiera contestar, se aproximó al duque colocando sus manos en el pecho de este, cubriendo el tejido de la tela de su camisa que aún llevaba puesta y esperó que esa noche no se marchase, que se quedase junto a ella para volver a envolverla entre sus brazos como lo había hecho en aquella posada perdida a mitad de camino entre Londres y el lugar donde ahora se encontraban.

Cuando Aaron la alzó llevándola consigo hacia aquella cama y entregándose por completo a él con cada una de sus caricias, descubrió que de alguna forma que eximía a su dominio y control, sentía demasiadas emociones en cuanto a su esposo se refería. A pesar de sus deseos, de mantener la esperanza de que él se quedase tras aquel encuentro, permaneció en silencio sin mediar ninguna palabra cuando él se levantó tras recuperar su aliento y con paso decidido se dirigía hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

—Que tengas una buena noche —mencionó Aaron dándole la espalda.

—Hasta mañana —contestó Susan con la voz algo entrecortada debido a la sequedad de su garganta.

¿Por qué no le pedía que se quedase?, ¿Por qué sencillamente era tan complicado hacerlo? Sabía la respuesta, no quería escuchar su rechazo, tampoco que le diera alguna excusa solo para no afirmar que no deseaba dormir a su lado, ¿Tan detestable había sido la pasada noche para que no repitiera? Lo cierto es que por su reacción esa misma mañana habría podido

afirmar sin equivocarse que se trataba de todo lo contrario, pero tal vez había algo que se le escapaba, quizá todo se reducía a que el duque era un hombre de costumbres de antaño. Fuese como fuese, para Susan el hecho de que él se marchara solo significó un claro rechazo y sin pretenderlo derramó una pequeña lágrima de sus ojos por el desconsuelo que aquello le suponía. Esta vez no lloraba por dolor, ni tampoco por compasión, sino que lo que sentía era una sensación de anhelo demasiado grande que no podía ser consolada más que por los brazos del duque.

A pesar de no saber cuánto tiempo permanecerían en aquella casa de campo, Susan quiso aprovechar al máximo lo poco que este fuese, así que decidió organizar un picnic para almorzar aprovechando que haría buen tiempo.

Con esa idea bajó a desayunar algo más animada de lo que se había despertado tras recordar la noche pasada. No es que estuviera disgustada en sí, puesto que incluso casi podía afirmar que había sido incluso más dulce con ella que en otras ocasiones y eso de algún modo le encantaba... pero el simple hecho de que se fuera de aquel modo cosa que en anteriores ocasiones no le había supuesto ninguna repercusión en su estado, en ese momento sin saber porqué le disgustaba enormemente, le oprimía el pecho hasta el punto de casi dolerle.

—¡Buenos días! —exclamó entrando en el comedor con una sonrisa radiante que ocultaba realmente ese desasosiego que sentía.

La decepción llegó cuando compró que solo estaban las hijas del duque, pero ni rastro alguno de él en aquella mesa.

—Buenos días mi *lady*, no quise importunarla porque pensé que necesitaba descansar del viaje.

—Gracias Gladys, lo cierto es que me encuentro estupendamente y dado que hoy hace un día espléndido he pensado en organizar un picnic al aire libre, ¿Qué os parece? —preguntó ahora mirando a las niñas.

—¿Un picnic? —preguntó la mayor de ellas.

—¿Qué es un picnic? —exclamó la menor.

—Un almuerzo al aire libre, donde nos sentaremos en el suelo y comeremos cosas muy ricas. —Le explicó a la pequeña.

—¡Sí!, ¡Yo quiero un picnic! —gritó entonces con evidente ilusión.

—Bien Gladys, prepara sus cuadernos de dibujo y algunos cuentos, en cuanto termine el desayuno saldremos a dar un paseo y después almorzaremos. Tal vez incluso podamos aprovechar algo de tarde para dar algunas clases sobre botánica.

No es que tuviera un amplio conocimiento al respecto, pero desde luego sí que había estudiado algunas plantas.

—¿Padre nos acompañará? —preguntó la pequeña Diane y Susan observo como las niñas la observaban preguntándose probablemente si su padre invertiría tiempo en ellas, algo que solía escasear.

—Probablemente vuestro padre tenga otros menesteres que hacer en la finca, pero le propondré que se una a nosotras si le complace y tiene tiempo — contestó suavizando de algún modo la negativa respuesta del duque que con toda probabilidad le daría.

¿Lord Aaron Buccleuch sentado en un mantel de cuadros blanco y rojo bajo

el increíble sol otoñal en mitad del campo al aire libre? Dudaba que alguien con su porte y categoría se rebajase a realizar algo sumamente trivial a pesar de que incluso las damas más reputadas de la alta sociedad lo hacían.

Mientras Gladys y las niñas subían a las habitaciones para organizar su excursión al campo, Susan ordenó que la cocinera de la casa se presenciara ante ella de inmediato.

—Mi *lady*, ¿Me ha hecho llamar?, ¿Hay algo que no es de su agrado? —preguntó con evidente preocupación la buena señora.

—En absoluto —contestó con una sonrisa Susan que consiguió calmar a la señora—. La hice llamar porque quiero que organice una cesta de comida para el almuerzo. No tengo mucha idea de que se suele comer en un picnic, pero siempre había leído que suele haber quesos, bocadillos, panecillos recién hechos, succulentos pastelitos rellenos, tartaletas de carne, fruta y pastelitos de crema. ¿Sería posible? —preguntó completamente emocionada sabiendo el rostro que pondrían las pequeñas a ver aquellos deliciosos platos.

—Mi *lady*, no tendría ningún inconveniente en hacerlo, pero necesitaré algunas horas si quiere que prepare todo eso.

—No habrá ningún problema siempre y cuando algún sirviente nos lleve la cesta. No nos alejaremos mucho de la propiedad, estaremos en los alrededores de la casa. —Alegó Susan llevándose la taza de té a los labios.

—Como guste entonces, mi *lady*. ¿Para cuántas personas debo preparar?

No contaba con que finalmente Aaron acudiera, pero en el fondo descartarle antes de tiempo le parecía de mal gusto.

—Prepare para cuatro personas, dos adultos y dos niñas, si sobra algo ya lo tomaremos durante la cena —contestó pensando que tal vez si Aaron decidía



no acudir, podría almorzar Gladys junto a ellas a pesar de que fuera poco conveniente.

En cuanto terminó su desayuno decidió buscar a su esposo antes de prepararse para salir, aunque únicamente pensaba recoger su sombrero y un chal por si tenía algo de frío durante el picnic.

Visitó varias estancias de la casa esperando que alguna de ellas fuera el despacho del duque, pensó que quizá estaría metido entre esas paredes repasando algún libro de cuentas o evaluando gastos como solía hacer su padre que también era un hombre de negocios. Cuando había perdido la cuenta del número de puertas a las que había entrado estando todas ellas desocupadas, preguntó a uno de los sirvientes que pasaba por la ubicación del despacho y al parecer se encontraba en una puerta bajo la escalera, un lugar por el que desde luego ella había pasado pero que no había reparado. Cuando llegó a la puerta en cuestión notó que el color era tan similar al de la madera que cubría aquella pared que casi era inapreciable, como si se integrase de forma que así fuera difícil encontrarla. Supuso que debía ser una excentricidad de su esposo, una más de tantas otras...

Llamó a la puerta pacientemente esperando una respuesta hasta que la profunda voz del duque se percibió al otro lado y Susan abrió con delicadeza. Nunca, jamás de los jamases pensó que se encontraría con un despacho similar a ese. ¡Dios bendito! Si parecía salido de uno de sus libros...

Las estanterías colmadas de tomos inundaban aquella sala por todas las paredes salvo en la que unos grandes ventanales que llegaban casi hasta el techo le daban luz a toda la biblioteca, porque aquello era más una biblioteca que un despacho. La altura era tan inmensa que existía un piso superior para llegar a los ejemplares más altos de aquellos magníficos estantes. En mitad de todas aquellas paredes enormes repletas de libros se encontraba una mesa de

madera, con diferentes documentos encima y tras ella una silla igualmente robusta en la que estaba sentado observándola atentamente su esposo.

—Esto es... es... —Susan no encontraba las palabras para describir aquello, jamás había visto algo así en todos sus años de vida y desde luego por más que hubiera soñado con tener una biblioteca de tales dimensiones, no habría podido describirla de mejor forma.

—Mi padre mandó construirla para mi madre. Me limité a mantenerla para conservar todos los libros, algunos de ellos son primeras impresiones o ediciones únicas en el mundo.

—No puede ser real... —susurró Susan dirigiéndose hacia uno de los estantes —. Dime que no es un sueño —jadeó aún absorta.

Aaron la observaba detenidamente, ninguna de sus anteriores esposas había mostrado interés alguno por aquella biblioteca, es más, ni tan siquiera hicieron mención alguna sobre ella, ¿Por qué parecía Susan tan interesada?, ¿Qué era lo que tenía aquel sitio de diferente ahora? No había modificado la estancia solo por preservar el recuerdo de su madre en ella, era la única parte de la casa que no había cambiado absolutamente en nada. Aquella era la mesa en la que su padre trataba la correspondencia, la silla en la que se sentaba a observar a su madre mientras leía en uno de los sillones frente a la ventana. Por ilógico que pareciera era el único recuerdo que tenía de ellos, un recuerdo que en ocasiones creía que solo eran vagas imaginaciones, pero tenía esa imagen grabada en su mente como la única que evocaba su recuerdo antes de que fallecieran repentinamente y de eso hacía ya tantos años que ni llevaba la cuenta. Había tenido el deseo de repetir esa imagen, de que por alguna razón sin fomentarlo sencillamente surgiera, pero ninguna de sus anteriores esposas había mostrado deseo alguno por permanecer en ese lugar mientras él estaba, es más, casi parecían detestar la idea de estar en aquella casa tan apartada de

todos los lugares que solían frecuentar y donde permanecían sus amistades.

—¿Te agrada? —preguntó aún extrañado.

—¿Agradarme? —exclamó Susan—. Esa palabra se queda muy corta para lo que significa este lugar.

La simple idea de que a ella le gustase fue como si algo en él se prendiera, de repente sintió una calma y una paz hasta ahora inexistentes, como si un fuego que parecía estar muriéndose de pronto se avivase con tanta fuerza que estuviese a punto de abrasarle. Susan era diferente... lo había sabido casi desde el principio, incluso en los últimos días la certeza de que así era se hacía cada vez más presente, pero sin duda alguna eran tantas cosas juntándose una tras otra que de pronto había explotado y se habían revelado de un solo golpe dándole de lleno en toda la cara.

*Lord Aaron Buccleuch* acababa de darse cuenta de que admiraba profundamente a esa joven que se había convertido en su esposa.

Había obras de todo tipo en aquel lugar, desde las *Odas de Horacio* en latín hasta manuscritos de origen francés que probablemente fueran versiones casi inéditas. Aquello debía haber costado una fortuna, una fortuna inmensa, pensó Susan.

Era incapaz de despegar la vista de cada tomo, periódico o manuscrito que encontraba a su paso. Ya solo el olor que desprendían aquellos tomos la embriagaba hasta el punto de sentirse en un lugar mágico, más aún si tenía en cuenta que podría tener acceso a ellos cada vez que viniera. Entonces recordó que no estaría allí demasiado tiempo, que probablemente al día siguiente o como muy tarde al otro, regresarían a la ciudad de nuevo y la idea de alejarse de todos aquellos ejemplares fue casi ensordecedora.

—Si te gustan, son tuyos... puedes venir cuando quieras para leer junto a la

ventana. —Determinó Aaron mientras se levantaba para observarla recorriendo los estantes. No había razonado ni meditado aquellas palabras, pero habían salido de sus labios con tanta naturalidad que lo cierto es que no se arrepentía de haberlas mencionado.

Esa biblioteca había sido construida para la futura duquesa de Buccleuch y siempre había imaginado que de algún modo le pertenecían a su esposa, solo que hasta ese momento no había creído oportuno mencionarlo, de hecho, no lo habría dicho de no ser por el profundo interés que ella mostraba en aquel lugar.

—¿De verdad son míos? —exclamó completamente apabullada—. ¿Todos míos? —El rostro de Susan pasaba desde el más absoluto desconcierto hasta la felicidad extrema. Sentía un cúmulo de sensaciones de lo más variopinto que finalmente concluía en no saber definirlo exactamente. Jamás nadie le había hecho un regalo así. Ella tenía una pequeña colección de libros y aún así creía que estaba bastante satisfecha pudiendo tener acceso a ellos... nunca habría imaginado que algo así podría aguardarle en aquel lugar.

—Todos tuyos si así lo deseas. —Insistió el duque.

—¡Por supuesto que lo deseo! —exclamó Susan y por un arrebato de la emoción que sentía en aquel momento se acercó hasta él y se abrazó rodeándolo con sus brazos—. ¡Lo siento! —mencionó segundos después cuando se dio cuenta de hasta donde había llegado su atrevimiento al notar que éste no correspondía su efusividad—. No pretendía... discúlpame, es solo la emoción de ver tantos libros y pensar que puedan ser míos y... — Susan era incapaz de terminar ninguna frase de forma coherente hasta que finalmente se sonrojó.

Aaron no había esperado aquella reacción por parte de su esposa, es más, aún

seguía completamente absorto de que se hubiera abrazado a él con tanta efusividad simplemente por regalarle... ¿libros? Era cierto que eran un bien muypreciado y costoso, pero en menor medida que una gran joya y aunque desde luego intelectualmente la comparación era incuestionable. Sabía que Susan era aficionada a la lectura, ya mencionó en su día que deseaba añadir su pequeña colección a los estantes que tenían en casa y que aún no había hecho porque le aseguró que debía estar él mismo presente cuando lo hiciera. Ya habían pasado más de tres largos meses y todavía no le había concedido esa gracia, es más, prácticamente lo había olvidado hasta ahora que le demostraba con creces su interés en esa área. Siempre había pensado que el hecho de que una dama cultivara su mente con la lectura era toda una proeza y a la vista estaba que las conversaciones de mayor relevancia que había tenido si comparaba todas sus esposas, eran sin duda con Susan. Verla allí, inquieta, sonrojada, nerviosa y probablemente tan entusiasmada como si hubiera recibido el regalo más grande que podían darle le complació.

—No tienes que disculparte. Me satisface que sea de tu agrado.

Susan entendió entonces, que quizá aquella muestra de efusividad que había tenido sin apenas darse cuenta no le había molestado, es más, casi pareciera que incluso en cierta forma le había agradado. En ocasiones como esa se planteaba seriamente si no se había configurado una forma de ser errónea de él, si la simpleza en aquel comportamiento tan regio solo radicaba en que jamás había conocido el cariño de otra persona hacia él. Con aquel sentimiento ahondando en su interior y deseando explorarlo inquisidoramente alzó una mano hasta colocar la palma de esta sobre la mejilla del duque, él parecía observarla completamente quieto, como si estudiase su siguiente movimiento pero sin decir absolutamente nada al respecto.

—Gracias —susurró Susan acariciando aquella mejilla ahora suave

probablemente porque le abrían afeitado recientemente.

—Puedes pasar aquí todo el tiempo que desees, no me molestará que lo hagas.

Aquello devolvió a Susan el recuerdo de que había ido precisamente para invitarle al picnic, aunque ahora mismo aquello le pareció de lo más trivial en comparación con las miles de aventuras que estaba segura de que aguardarían aquellos libros.

—Lo cierto es que vine hasta aquí para comunicarte que saldré con las pequeñas a explorar los alrededores de la casa y he organizado un picnic durante el almuerzo.

—¿Un picnic? —Por el tono de voz del duque se entreveía que aquello era inusual y probablemente le parecía una nefasta idea—. ¿No hace demasiado fresco para algo así?

—Todo lo contrario —aseguró Susan—. Hace un día espléndido, hará más fresco que en verano pero lo suficiente para que sea mucho más agradable que en esa estación calurosa, ¿Deseas acompañarnos? —preguntó poniendo palabras a sus pensamientos.

Hasta el momento había creído que sencillamente se negaría y casi había tomado la aceptación de tal hecho hasta el punto de no contar con su presencia, pero ahora estaba entusiasmada con la idea de que él viniera. No le apetecía en absoluto perderlo de vista, por alguna razón deseaba verle en una faceta mucho más cercana, familiar y directa.

—¿Yo? —exclamó frunciendo el ceño—. ¿A un picnic? —volvió a exclamar sorprendido.

—Solo será un almuerzo al aire libre y tal vez estaría bien para las pequeñas

que su padre viniera. Fue idea de ellas el que te invitase —admitió esperando que aquello le presionara lo suficiente para aceptar.

—¿Ha sido idea de mis hijas el que participe en ese picnic? —La pregunta no parecía dirigirse hacia Susan, sino más bien era un propio dilema que mantenía consigo mismo.

—Me atrevería a afirmar sin equivocarme que desean pasar más tiempo con su padre y si pudieras ausentarte solo unas horas de tus libros de cuentas todas te lo agradeceríamos.

—Está bien —concluyó finalmente—. Iré solo si aceptas cabalgar conmigo mañana —añadió como condición—. A solas —insistió para ser precisos.

Susan observó aquellos ojos verdes preguntándose que razones tendría para desear que diera un paseo a caballo con él a solas, de hecho, habría aceptado con sumo gusto si se lo hubiera propuesto así que desde luego estaba más que complacida con aquella petición.

—Estaré encantada de hacerlo —contestó sonriente —, aunque hace algún tiempo que no monto a caballo por lo que puede que esté algo oxidada — admitió haciendo ademán de marcharse...

—Espera un momento —dijo el duque antes de que ella se marchase cogiéndola del brazo para detenerla.

Susan se giró para enfrentarle, pensando qué sería lo que tendría que decirle y resultaba indeciso en decir aquello que le atormentara lo suficiente para no atreverse a revelarlo.

—Sea cual sea tu pregunta la responderé. —Se atrevió a revelar Susan antes de que él hablase.

—No se trata de ninguna pregunta sino más bien de una petición. —Afirmó

contrariado—. Deseo que esta noche vistas ese camisón blanco de encaje que llevabas hace tres noches...

Susan se quedó parcialmente sin palabras, nunca había creído que él le pediría algo así y menos aún tan pronto. ¿Tanto le gustaba? A la vista estaba que era así.

—Si gustas así lo haré —contestó sin añadir nada más mientras se volvía de nuevo hacia la puerta caminando con paso firme y mordiéndose el labio para oprimir una sonrisa que se dibujaba en su rostro a pesar de que él no lo viera —, pero antes te estaré esperando para almorzar dentro de unas horas. No lo olvides —añadió justo antes de abrir la puerta sin esperar su respuesta y se marchó de allí.

En cuanto comenzó a subir las escaleras que subían a las habitaciones y de fondo se escuchaba el clamor de emoción de las niñas queriendo llevarse todos sus juguetes, no reprimió más esa sonrisa que había tratado de ocultar e incluso comenzó a reírse llevándose una mano al pecho para calmarse. Tras entrar en su habitación se dejó caer unos segundos mientras intentaba serenarse y pensaba al mismo tiempo que había logrado cierto acercamiento que nunca creyó que fuera posible. De algún modo... su esposo y ella eran compatibles en ese sentido y tal vez si que el cariño mutuo llegase con el tiempo, al menos empezaba a sentir la gentileza por parte de él, esos pequeños detalles que marcaban grandes pasos en su relación, pero sobre todo y lo que más satisfacción le daba era el evidente interés que parecía tener en ella y la sola idea de saber que no le era indiferente casi la abrumaba.

Cogiendo su sombrero y el chal, salió en busca de sus pequeñas pensando que aquel almuerzo iba a resultar muy interesante, aún no podía imaginarse a dicho duque descansando al aire libre con su rostro relajado y sin un atisbo de preocupación. Lo más probable es que se sintiera incómodo todo el tiempo y



seguramente buscase una excusa rápida para marcharse, pero al menos haría acto de presencia y desde luego a las pequeñas les haría muchísima ilusión que su padre compartiera ese pequeño espacio de tiempo junto a ellas.

Pasaron gran parte de la mañana estudiando las hojas que caían de los árboles y recolectando las más hermosas para pegarlas en sus cuadernos de aprendizaje. Susan les explicó pacientemente algunos de los árboles y como se podía averiguar los años que tenía en los anillos que podían encontrarse en su tronco cuando vieron que uno de ellos había sido cortado. Se entretuvieron bastante tiempo jugando en una pequeña charca donde había varios renacuajos y finalmente uno de los sirvientes apareció con la gran cesta de comida y una caja en la que llevaba los enseres.

Extendieron el gran mantel en un terreno cubierto de hojas secas que sirviera para aislar la humedad del terreno por las recientes lluvias y mientras las pequeñas se acomodaban algo impacientes, Susan observó la gran figura que se aproximaba a ellas con ese indiscutible porte elegante que siempre mantenía.

—Gladys, puedes marcharte a almorzar y descansar tranquilamente, no creo que te necesite hasta que regresemos a casa después de unas horas —anunció Susan para que la doncella se marchara y así se quedarían a solas junto a las

niñas.

—Buenas tardes, ¿Qué es eso que huele tan bien? —preguntó el duque nada más llegar al lugar y saludar a la doncella de Susan que se marchaba.

—Debe ser sin duda alguna los pastelitos de crema —terció Susan con una gran sonrisa mientras comenzaba a sacar toda la comida debidamente envuelta en paños limpios.

Para sorpresa de Susan, su esposo no solo se sentó sobre aquel mantel, sino que tuvo la delicadeza de quitarse los zapatos previamente y colocarse a su lado, consiguiendo que percibiera su cercanía e incluso su perfume tan de cerca que no pudo evitar que le temblase el pulso.

—¿Habíais estado alguna vez en un picnic, padre? —preguntó Madeleine algo inquieta.

—Una vez hace muchos años estuve en uno, aunque hacía mucho más calor que ahora y era menos agradable. Vuestra madre tenía razón, hace un día espléndido para un picnic —contestó cogiendo uno de los panecillos y llevándoselo a la boca ante la incredulidad de las dos pequeñas que le miraban atónitas. Probablemente jamás de los jamases habrían esperado que su padre afirmara que *lady* Susan era ahora su madre con tanta naturalidad, pero la reacción de ellas fue imitar a su progenitor y coger uno de los panecillos para probarlo.

Mientras las niñas relataban todo lo que habían hecho durante la mañana y Aaron parecía prestar atención atentamente mientras les relataba historias sobre el lugar o que pronto comenzaría la temporada de ciervos y sería mucho más fácil verlos por la zona, Susan no dejaba de observar la situación en perspectiva preguntándose porqué ese hombre no era así todo el tiempo. Al final no sobró tanta comida como había esperado y cuando las pequeñas se

fueron corriendo a jugar de nuevo con los renacuajos, ella comenzó a meter de nuevo todo en la cesta.

—Tu cabello se ve aún más rojo cuando le incide esta luz, se ve mucho más hermoso. —Escuchó Susan a su lado y se sonrojó debido a tal cumplido—, y aún puedo percibir ese aroma a azahar con...

—Naranja —susurró Susan despacio mientras notaba como él se aproximaba.

—Si, eso es —afirmó el duque rozando su nariz con la mejilla de ella de forma delicada—, me embriaga...

—¡Padre!, ¡Un ciervo!, ¡He visto un ciervo! —gritó una de las pequeñas. Aquella magia que parecía haberse creado entre ellos por un momento en el que Susan casi abría afirmado que iba a besarla de un instante a otro, se apagó de repente.

—Reúnete conmigo esta tarde en la biblioteca, quiero enseñarte algo —afirmó antes de apartar la mirada.

Tras decir aquello Aaron se incorporó y calzándose de nuevo las botas, Susan observó como se aproximaba hasta el lugar donde estaban sus hijas preguntándose si no sería la primera vez que hacía algo similar con ellas dedicándole ese tiempo del que estaba segura que disfrutarían.

La emoción le pudo y contrajo una sonrisa cómplice cuando él volvió la vista hacia ella e hizo un amago de sonrisa. Probablemente era la primera vez que le dedicaba aquel gesto, al menos que ella lo recordase y definitivamente esperaba que no fuese el último. Pudo ver como se acercaban sigilosamente hasta quedar lo suficientemente lejos sin asustar a una cría de ciervo y la que seguramente era su madre que lo acompañaba. Le profirió infinita ternura como por los gestos que hacía su esposo parecía indicarles que no debían hacer ruido alguno, pero en el momento que se aproximaron demasiado y las

hojas secas crujieron bajo sus pies, tanto aquella madre como su cría salieron despavoridas ante los profundos jadeos de frustración de las pequeñas.

—¡Era tan bonito! —exclamó Diane mientras volvían.

—Tal vez podríamos ir a visitar la camada de cachorros que ha tenido la vieja perra según me contó esta mañana la señora Nanet —mencionó el duque como opción alternativa y al parecer funcionó frente a la desilusión que tenían las pequeñas.

—¿Estás seguro de eso? —susurró Susan, porque te advierto que corremos el riesgo de tener que llevarnos un cachorro a la ciudad.

—¿De verdad? —preguntó asombrado como si no lo hubiera considerado cuando lo mencionó, solo pensó en la felicidad que parecían tener sus hijas explorando aquellos animales.

—Si supieras la cantidad de veces que yo rogué por tener un cachorro te sorprenderías. —Siguió susurrando Susan para que no la escucharan las hijas del duque—. Se enamorarán...

—Tal vez nos venga bien tener una mascota en casa si ese es el caso —susurró tan cerca de su oído que Susan se estremeció—. Desde luego estarán entretenidas y te dejarán descansar cuando llesves a mi hijo en tu vientre.

El tono de su voz fue tan ronco que la abrumó y de alguna forma no pudo contestar, lo que hasta ahora le había supuesto casi una obligación comenzaba a ser un deseo, uno muy ferviente.

Tal como había predicho Susan, se enamoraron perdidamente de los cachorros hasta el punto de que desearon pasar el resto de la tarde jugando con ellos y tuvo que hacer grandes esfuerzos para convencerlas de que era la hora del baño antes de cenar y después tendrían que irse a la cama tras un día

intenso. Subió a refrescarse mientras su doncella personal se ocupaba de las pequeñas y recordó que el duque la había citado en la biblioteca así que bajo apresuradamente y llamó a la puerta abriéndola sin esperar una respuesta.

—Aquí estoy tal y como me pediste —dijo cerrando la puerta tras ella.

—Pensé que no vendrías, casi es la hora de que sirvan la cena, pero me alegro de que lo hicieras.

—¿Se trata de algo importante? Dijiste que querías mostrarme algo... —citó Susan de forma precisa.

—Sí. Me gustaría enseñarte algo de lo que formarás parte —contestó con cierto misterio indicándole que le siguiera hasta el fondo de aquella sala donde existía un gran tomo antiguo sobre una mesa de roble probablemente de bastantes años de antigüedad—. En este libro se encuentran todos y cada uno los miembros de mi familia desde que se fundó el ducado de Buccleuch hace casi doscientos años. Es una línea directa sin interrupción que ha mantenido legítimo el linaje desde entonces vigente y pese a saltarse una generación porque mi padre nunca llegó a ser duque, yo debo continuarlo sobre todo en su honor.

Susan comprendió lo importante que era para él tener un heredero más que nunca. Lo supo desde el principio, siempre lo había tenido presente, pero desde luego con aquel gesto quería mostrarle lo imprescindible que era para él.

—Siempre mencionaste que esa era tu prioridad, el único motivo por el que te casabas de nuevo. —Afirmó Susan—, y espero poder darte algún día ese heredero.

—¿No me amenazarás diciendo que no tendrás un hijo mío para criarlo como lo estaba haciendo con mis hijas? —preguntó entonces en un tono mucho

más jovial del que solía emplear habitualmente.

—Me hiciste cargo de su educación, eso me hizo pensar que en el fondo sabías que tenía parte de razón —afirmó Susan.

—Y yo recuerdo advertirte que, si no conseguías los mismos o mejores resultados, te quitaría dicha tutela —contestó en el mismo tono jovial de antes.

—Ambos sabemos que no harás tal cosa por lo que pude ver hoy allí fuera. Sé que aprecias lo suficiente a tus hijas para saber que están mejor conmigo que con la señora Edna.

Comenzaba a dudar que finalmente cumpliera dicha amenaza, además de que él mismo se debía dar cuenta del apreciable cambio que existía en las pequeñas. Quizá consiguiera erradicar todas las costumbres antiguas de aquella casa antes de lo que pensaba.

—Vayamos a cenar, probablemente se estén preguntando que llegamos tarde.

Era una de las pocas ocasiones en las que cenaron solos y se limitaron a hablar del tiempo hasta que finalmente el duque comenzó a hablar sobre las reformas que le hizo a la casa para mejorarla.

Cuando Susan se adentró en su habitación, se desvistió colocándose aquel camisón blanco que el duque le había pedido que se colocara esa noche y que ella casualmente había metido en su pequeño baúl de viaje entre varios otros que Catherine le había prestado. En ese momento recapacitó no siendo aún consciente de cuando partirían pese a que esperara que lo hicieran en los próximos días. La paciente espera mientras aguardaba a su esposo, algo que era muy inusual por parte del duque ya que nunca se retrasaba, incitó a Susan a querer bajar hasta la biblioteca ansiosa por tomar uno o dos tomos prestados aunque solo fuera para ojearlos si su esposo decidía de nuevo abandonar los

apostentos tras su encuentro. Sería muy rápido, apenas tardaría unos minutos y probablemente nadie en aquella enorme casa se percatara de ello. Sigilosamente bajó la escalinata y con suma suavidad se coló en el despacho tratando de no hacer ningún ruido.

—¿Soléis entrar a hurtadillas en las habitaciones, querida? —preguntó aquella voz ronca a su espalda aunque parecía bastante lejana y Susan emitió un quejido hasta que notó la presencia de Aaron con la luz de aquel candil que tenía sobre la mesa

—Yo... —jadeó tratando de respirar de nuevo ante el susto y con su mano colocada en su pecho tratando de aliviar así la fuerte presión de sus latidos—, ¡Pensé que no habría nadie aquí y solo quería coger algunos libros para ojearlos!

—Tenía que terminar algunas cartas para que sean enviadas mañana a primera hora y como teníamos una cita acordada para cabalgar, quise dejar el asunto zanjado esta misma noche antes de acostarme.

Algo más relajada, Susan se acercó lentamente hasta la mesa donde su esposo se encontraba, viendo con mayor nitidez ahora su rostro. La oscuridad rodeaba todo el lugar salvo en aquel sitio y mientras se acercaba bajo aquella atenta mirada sentía como el calor de sus ojos la embriagaban.

Observó ese rostro curtido, aquel mentón que se iluminaba débilmente bajo el candil que iluminaba los documentos que había sobre la mesa y algo se removió en su interior, como si su instinto le dijese que se acercara a él, que tomara la iniciativa para rozarle, pero detuvo aquellos pensamientos y decidió dejarle trabajar. Sabía de sobra que para él sus negocios eran una prioridad.

—Te dejaré trabajar entonces, mientras selecciono algunos libros y regresaré a mi habitación —dijo dando un paso hacia atrás para dirigirse hacia la



estantería donde habría suculentos libros románticos de los cuáles eran su género favorito.

—Espera —contestó deteniéndola y levantándose de la silla para colocarse a su altura o más bien, sobre su altura, le había agarrado el brazo para detener su paso—. ¿Cómo conseguirás ver sin luz?

Susan notó como sus rodillas temblaron cuando sintió el roce de su pierna con la suya en un gesto íntimo y cercano, aunque no significase nada para él, lo cierto es que ella sentía ese mariposeo en el estómago que solo se lo provocaba su esposo.

—Yo..., simplemente seleccionaré al azar algún libro y así será una sorpresa —mencionó algo ausente porque era incapaz de pensar razonablemente.

—Estás temblando, ¿Tienes frío? —pronunció en cierto tono de preocupación y a Susan le pareció dulce que se preocupara por su bienestar.

—¡No! —exclamó porque no era frío por lo que sentía ese temblor, sino más bien nervios de que se aproximara tanto a ella—. Es solo que... yo... —. El olor tan próximo del duque la embriagaba siendo incapaz de decir algo coherente.

Jamás le había pasado algo similar, estaba tan acostumbrada a tener una relación cercana a él solo en la intimidad de su habitación que no sabía como reaccionar fuera de esos muros si se acercaba tanto a ella y menos aún con aquella oscuridad que les cernía y que le incitaba tener demasiados pensamientos impuros.

—¿Me temes? —preguntó Aaron—. Pensé que a estas alturas no...

—No es temor. —Se atrevió a asegurar Susan antes de que sacara conclusiones precipitadas—. Sino todo lo contrario.

Sus palabras fueron arrolladoras para Aaron que se acercó aún más a ella rodeándola por la cintura.

—¿Me deseas? —preguntó esta vez acercando su rostro, rozando su nariz con la suya.

—Si —jadeó Susan rindiéndose a él. ¿Iría al infierno por tener pensamientos impuros con su esposo?

Antes de contestar a su propia pregunta, notó como los labios del duque rozaban los suyos y se inclinó para obtener más de aquel dulce prohibido. Gimió en sus labios queriendo más, deseando más y su gesto pareció surtir efecto puesto que pronto notó como era alzada hasta que quedó sentada sobre aquella mesa llena de documentos sin abandonar los labios de su marido. Sobre el camisón llevaba una bata de seda debidamente anudada que no dejaba rastro alguno de la prenda que ostentaba debajo, así que cuando las manos habilidosas del duque deshicieron aquel nudo y abrió la prenda, su cuerpo dejó relucir aquel encaje blanco que cubría su cuerpo entre transparencias.

—Déjame admirarte... —susurró Aaron apartando sus labios para coger el candil que había a su izquierda y aproximarle al cuerpo de su esposa admirando cada palmo de su cuerpo, viendo como aquellos sinuosos pechos se escondían tras ese tejido. Era tan suave, delicada y al mismo tiempo salvaje, hermosa... Susan era única en su especie y no podía creer que fuera solo suya.

Los dedos del duque se paseaban sobre aquel camisón de encaje blanco mientras Susan sentía como exploraban su cuerpo y contenía la respiración por lo que acontecería después. En el momento que alzó su mirada de nuevo para apreciar sus ojos, fue consciente del increíble gozo que era sentirse

deseada bajo aquella mirada oscura y aproximó su mano hasta tocarle el pecho, donde agarró la tela de la camisa e hizo que se aproximara hasta ella para rozar de nuevo sus labios ansiando sus besos.

Mientras la chaqueta y camisa del duque se perdían en el suelo entre gemidos y jadeos cada vez más incesantes, el estrecho vestido de Susan no le permitía abrir lo suficiente las piernas para acogerle entre ellas, así que cuando escuchó la tela crujir bajo sus manos supo que su esposo había desgarrado la prenda por pura desesperación y segundos después sentía como era invadida con aplomo sin poder evitar morderle un hombro ante el abrasador fuego que la consumía. Aaron no era delicado, nunca lo había sido y aunque en el pasado lo detestaba, ahora sencillamente lo necesitaba. Necesitaba que él fuera tal cuál era; un hombre pasional. Se aferró a él con ímpetu en cada una de sus embestidas, gimiendo al compás, sintiendo como la llenaba y era colmada.

Susan se arqueó hacia atrás dejándose llevar por el placer que estaba sintiendo y apreció que las manos de su esposo agarraban firmemente su pecho sobre la delicada tela hasta que en otro arrebató aferró el escote del vestido y lo rasgó como hizo previamente para liberar sus pechos y ahora sintió sus dedos sin ningún impedimento provocando que gimiera con mayor fuerza.

Aaron estaba enloquecido. Solo tenía que ver a esa mujer semidesnuda gozando junto a él para volverse completamente fuera de sí. Ella le anulaba el juicio, perdía cualquier vestigio de razón humana y lo convertía en una bestia salvaje sin control, pero al diablo si no lo deseaba con todas sus fuerzas, si cada vez que no estaba al lado de su esposa la deseaba con toda su alma.

No había querido encariñarse con ella, ni desearla, ni apreciarla y mucho menos fomentar esa intimidad que tenían entre ambos, pero... ¡Al cuerno!

No soportaba la sola idea de estar lejos de ese cuerpo y de esa belleza un solo segundo más. Su prioridad era tener un heredero legítimo, que ella le diera un hijo, solo que Susan se estaba convirtiendo en mucho más que eso y aunque no le gustase había decidido acallar su conciencia al menos durante unos cuantos días. Tal era su grado de enloquecimiento que estaba allí mismo, en su biblioteca, sobre su mesa de escritorio, tomando a la mujer que era su esposa en lugar de esperar hasta llegar al lecho. No. Definitivamente Susan estaba haciendo algo en él inexplicable puesto que jamás habría osado cometer una locura similar.

—Bésame... —jadeó Susan tratando de buscar su mirada.

Aaron alzó los ojos para posarlos sobre aquellas gemas azules y su corazón le dio un vuelco cuando contemplo aquel rostro embriagado de anhelo y deseo. ¡Dioses!, ¿Cómo podía ser esa mujer tan hermosa? Era como contemplar a una diosa griega. Sin decir una sola palabra acató su deseo, él más que nadie deseaba probar de nuevo esos labios de los que probablemente jamás se cansaría de besar por mucho que nunca lo admitiera.

En el momento que Susan rozó los labios de su esposo volvió a aferrarse a él y notó como su lengua la penetraba entrelazándose con la suya mientras sentía que rozaba aquel placer exquisito. En el momento que el roce de los dedos del duque rozaron suavemente aquella parte íntima de su anatomía al mismo tiempo que se hundía en ella profundamente, sintió que todo su alrededor se desmoronaba explotando en mil pedazos y se sumergió en el más profundo deleite de pleitesía.

—Lamento lo del camisón —susurró Aaron ahora que estaba recuperando el aire y casi era incapaz de mirar el rostro de su esposa por vergüenza a su comportamiento.

—Yo no —contestó para sorpresa del duque y éste se apartó rápidamente para verla de frente—. Anhele que me deseese, Aaron —confesó sin reservas.

Susan no sabía si era bueno o no confesarle aquello, pero deseaba tanto su contacto que sencillamente las palabras habían salido sin control de sus labios.

—Te deseo más que a nada —contestó mirándola fijamente—. Tú has provocado que pierda todo mi control cuando estoy contigo...

Sin pretenderlo Susan sonrió. Aquella respuesta la colmaba, hacía que tuviera esperanzas, no sabía exactamente de qué, pero las tenía. Para su sorpresa notó como se dibujaba una pequeña sonrisa en el rostro de su esposo y eso hizo que se abrazara a él.

—Me gusta que pierdas ese control. —Se atrevió a decir algo sonriente.

Aaron no dijo nada, solo se limitó a acariciarle el cabello delicadamente mientras meditaba esa respuesta. En sus planes no estaba que Susan fuera así cuando se caso con ella. Había trazado unas pautas, se había marcado unos límites y hasta la fecha ella había logrado quebrantarlos todos a pesar de que durante los tres primeros meses de su matrimonio pensó que todo iría como planeaba. No sabía que había cambiado en ella, lo cierto es que a esas alturas comenzaba a darle absolutamente igual porque aunque su juicio estuviera dividido en dos, era innegable que estaba disfrutando como nunca lo había hecho de su matrimonio y en cambio a Susan no le había dado absolutamente nada de lo que se suponía que debería darle a una esposa. Ni tan siquiera le dio una alianza que estuviera a su altura, ni una luna de miel o un regalo digno de una duquesa. Todo lo había hecho mal con ella y en cambio jamás se quejó por nada.

—Será mejor que te lleve a tu habitación sin que nadie vea este desastre... —

susurró acomodándose la ropa por encima y cuando Susan se anudó la bata que llevaba abierta, la acogió entre sus brazos de un movimiento y emprendió camino con ella hasta su habitación.

Susan se aferró al cuello de su esposo para no caerse y sintió que flotaba entre sus brazos mientras aspiraba silenciosamente su agradable aroma a toques de madera y alguna esencia que le recordaba a hierbabuena. Era fresco y suave al mismo tiempo, adoraba ese olor proveniente de él tan característico. En el momento que sintió de nuevo el suelo bajo sus pies supo que la abandonaría de nuevo, que se marcharía a su habitación.

—Buenas noches, Susan...

Aunque ella hubiera querido decirle que se quedara, que no deseaba pasar la noche sola porque ese era su deseo, las palabras no lograron salir de sus labios y sencillamente acalló su pensamiento.

—Buenas noches. —Se limitó a decir mientras veía como la figura de su esposo asentía y se marchaba de nuevo dejándola sola en su habitación con aquel camisón destrozado tras el fulgor de la pasión que les había hecho arder a ambos allí abajo.

Antes de apagar el candil que prendía sobre su mesita de noche y cerrar los ojos esperando que el sueño la atrapara, Susan tuvo un último deseo... tener la seguridad suficiente para pedirle que se quedara con ella a pasar la noche la próxima vez que lo deseara. Conseguir aunar las fuerzas suficientes para no tener miedo de la respuesta negativa que él pudiera ofrecerle, pero sobre todo deseaba que por alguna razón, él también quisiera dormir a su lado aunque no fuese de forma frecuente. Quizá no lo conseguiría la noche siguiente o tal vez sí, pero en cualquier caso cada vez estaba más segura de que sentía algo por ese hombre que no dejaba de crecer en su interior, un sentimiento extraño que

nunca había explorado y era demasiado sobrecogedor para llegar a plantearse que quizá y solo quizá, podría tratarse de amor.

Aquella mañana hacía más fresco que el día anterior, lo cierto es que no parecía que fuera a lucir el sol, pero era un tiempo igualmente agradable. Con un vestido que no era de montar, pero sí lo suficientemente cómodo para moverse sobre el caballo, Susan se terminó de alistar para bajar a desayunar e inevitablemente bajó las escaleras sonriente recordando lo sucedido la noche anterior y pensando que pasaría gran parte de la mañana a solas con su esposo. La sola idea de hacerlo provocaba un rubor en sus mejillas como si de algún modo supiera que en aquella cabalgata podría intimar y conocer más cosas sobre él que hasta ahora desconocía.

Tenía tantas preguntas, demasiadas incógnitas por resolver y sobre todo, unas ganas irrefrenables de que se abriera a ella y tuvieran cierta confianza mutua como la que sus amigas tenían con sus respectivos esposos. Si. Definitivamente eso era lo que deseaba tener con Aaron, una afinidad que con solo una mirada supiera que algo no estaba bien, algo que ni tan siquiera sus propios padres habían tenido, pero lo que más deseaba en el mundo era tener ese amor romántico que se describían en los libros...



En cuanto apareció en el comedor, sus ojos azules se posaron sobre aquel rostro perfectamente curtido y moldeado que tenía la mirada distraída en algún documento como si lo estuviera leyendo con sumo interés. Estaba solo, no había rastro alguno de las niñas y pensó que no deberían tardar en bajar, quizá había madrugado más de la cuenta pero la impaciencia la había hecho no aguardar la espera.

—Buenos días, Aaron —pronunció acentuando su nombre para que se diera cuenta de su presencia.

—Buenos días... Susan —terminó de pronunciar Aaron tras observarla y perder la vista en aquella trenza que bajaba sobre los hombros de su esposa y que llegaba hasta la cintura. Nunca la había visto de aquella forma, en alguna ocasión había gozado de verle el cabello suelto en la intimidad de su habitación, pero no a plena luz del día, no luciendo tan brillante como lo veía ahora.

Aaron se fijó en aquellas mejillas sonrosadas, en la dulzura de su rostro y en aquella piel nítida y suave de su cuello que quedaba expuesta. Era preciosa. Joven, afable, dulce, apasionada... y era suya. Su esposa. Únicamente de él. Nunca pensó que aquella mujer que tenía en frente le hiciera sentirse tan diferente, mucho más jovial y lo cierto es que en las últimas horas podía afirmar que había gozado demasiado bien de su compañía, de hecho, estaba deseando de volver a quedarse a solas junto a ella para tener la oportunidad de volver a tocarla sin reservas.

—¿Aún no han bajado las pequeñas a desayunar? —preguntó Susan mientras tomaba asiento y comenzaban a servirle el desayuno.

—Si —afirmó el duque—. Lo hicieron hace unos minutos, pero tal era su deseo de ver de nuevo a los cachorros que les di permiso para que fueran a

visitarlos en cuanto terminasen de desayunar.

—¿Ya terminaron? —exclamó Susan abriendo los ojos sorprendida.

—Creo que fue el desayuno más veloz que jamás he contemplado —contestó con una sonrisa sincera y observó a Susan que le contemplaba fijamente.

Era la primera vez que ella le veía sonreír de aquella forma, quizá la primera que lo hacía de verdad y sin reservas. En ese momento sin pretenderlo Susan sonrió con complicidad y tuvo unas irrefrenables ganas de tocarle la mano, de acariciarle, de tener una simple muestra de cariño... solo que el momento mágico que ambos mantenían fue roto cuando la sirvienta entró con una bandeja de dulces recién horneados y la depositó sobre la mesa.

—¿Pastelitos de crema para desayunar? —exclamó Susan mientras se acercó a la bandeja aspirando ese aroma tan succulento y cogía uno de ellos.

—Ayer comprobé que te gustaron, por lo que le pedí a la cocinera que te los sirviera para desayunar.

¿Había hecho eso por ella?, ¿Porqué razón?

—Ha sido todo un detalle por tu parte tener tal consideración —admitió Susan.

—Eres mi esposa, te advertí antes de casarnos que yo cuido de lo que es mío y además puedes estar llevando a mi hijo en tu vientre. —La intensidad de su mirada era tal, que incluso los ojos verdes los tenía considerablemente oscurecidos a pesar de la luz matutina.

Susan no pudo soportar más tiempo mantener aquella mirada sobre ella y delicadamente la apartó hacia su taza para tomar un sorbo de té. Desde luego no era solo porque le tuviera estima, sino porque cuidaba de la mujer que le daría el heredero que tanto ansiaba. Por un momento había deseado que solo

la quisiera a ella, que tuviera en cuenta sus deseos por ella misma y no por ser el recipiente que le otorgaría su más profundo deseo. Tal vez hasta que no le diera ese hijo no la consideraría de otro modo, no comenzaría a verla como la mujer que estaba a su lado y con quien compartía su lecho cada noche...

El paseo comenzó rodeando la finca que se extendía por un bosque frondoso hasta llegar al río y después fuimos avanzando hasta llegar a una colina donde se podía apreciar todo el esplendor de los campos que existían alrededor de la enorme mansión. Hacía demasiado tiempo que Susan no montaba a caballo y lo cierto es que le estaba costando adaptarse con aquel vestido, de haberlo sabido habría llevado su traje de montar, pero ni tan siquiera planteó la posibilidad cuando confirmaron el viaje, así que lo tendría en cuenta para la próxima vez si es que ésta daba lugar. Por suerte el ritmo que su esposo marcaba era suave, así que a pesar de aferrarse a las riendas del caballo con fuerza, por lo menos no llevaba medio galope que la pudiera tirar de la silla.

—¿Ves aquellos árboles frondosos del fondo? —exclamó Aaron señalando al frente con la mano.

—Sí, son espléndidos —contestó Susan.

—Detrás de ellos está el límite de la propiedad. Hacia la derecha se extiende hasta aquella casa que se ve al fondo blanca, a la izquierda tras el bosque y finalmente donde nos encontramos nosotros.

—No pensé que sería tan grande... —aseguró Susan pensando que la mayoría de casas de campo que solían tener los nobles para pasar el verano, apenas tenían tierras, puesto que no las cultivaban.

—Es una hermosa propiedad... no sé por qué hacía tanto tiempo que no venía por aquí. —Las palabras de Aaron afirmaban que ni él mismo se había dado

cuenta de lo rápido que habían pasado los años y el poco tiempo de disfrute que empleaba en sí mismo, aunque más que poco tiempo se podría decir que sencillamente era nulo.

¿Cuánto hacía que no se tomaba un descanso?, ¿Cuál fue la última vez que no trabajó un domingo?, ¿En qué ocasión decidió posponer algunos documentos importantes por pasar unas horas al aire libre como lo hacía ahora? La respuesta era sencilla; años... casi tantos como los que tenía su hija mayor.

—Es encantadora. Nunca imaginé que me gustaría tanto —afirmó Susan cuando una gota calló en su mejilla y pronto le siguió otra.

—Será mejor que volvamos rápido o terminaremos empapados —dijo Aaron dando media vuelta para iniciar el galope.

—No puedo cabalgar rápido con este vestido, si lo hago me caeré —respondió Susan constatando un hecho, es más, probablemente con la lluvia se agravaría su montura.

En ese momento el duque se acercó hasta ella y sin siquiera desmontar la agarró por la cintura atrayéndola a él en un solo gesto y colocándola sobre su caballo. La cercanía tan próxima hacía que la respiración de Susan fuera entrecortada hasta el punto de no saber si realmente estaba respirando o no, de hecho fue consciente cuando aquel perfume la embriagó, porque hasta el momento habría jurado que estaría conteniendo el aliento. Sentía todo su pecho en su costado, la firmeza con la que la sostenía solo hacía que se apretara aún más contra él y cuando la lluvia comenzó a caer con fuerza empapándoles a ambos sintió como la abrazaba para tratar de resguardarla.

A pesar de hacer el recorrido de vuelta en la mitad del tiempo que habían empleado a la ida, lo cierto es que la lluvia había calado completamente sus vestimentas y en cuanto Aaron descabalgó del caballo y acto seguido arrastró

a Susan hacia él, ésta se encogía del frío que sentía estremecer su cuerpo hasta calar sus huesos.

—Estás helada. —Ni siquiera era una pregunta, sino que el mismo duque podía constatar el temblor en el cuerpo de su esposa.

—Tú también debes estar helado —contestó aferrándose a él mientras la cogía en brazos.

En cuanto entraron en casa, la señora Nanet salió a recibirles algo asustada debido a la tormenta que se había formado en cuestión de minutos. Aaron ordenó que preparasen un baño de agua caliente de inmediato en la habitación de su esposa y subió las escaleras con ella en brazos hasta su propia habitación.

—Tienes que quitarte la ropa mojada o podrías enfermarte —aseguró tratando de desabotonarle el vestido por la espalda, mientras ella se deshacía de su chaquetilla y la tiraba al suelo.

—Tú también tienes que quitártela —le ordenó Susan mirándole fijamente.

—Luego lo haré, cuando me asegure de que estás dentro de esa bañera con agua caliente —contestó atento a la vez que daba estirones a aquel vestido lavanda para que cediera y al fin la prenda fuera arrastrada hacia el suelo.

—¿Y tú? —respondió Susan dando un paso hacia atrás con el escote completamente abierto y probablemente con un aspecto lamentable y algo salvaje.

—Yo puedo esperar, tú debes tomar ese baño primero —contestó castañeándole los dientes—. No hagas que te lo ordene, porque lo haré. —Su tono intentaba ser apacible, pero Susan comprendió que si volvía a rebatirle terminaría dándole una orden.

—Está bien —afirmó aceptando que tomaría ese baño ella primero—, pero lo compartiremos juntos.

Era una osadía, una tremenda y total osadía, pero dadas las circunstancias era comprensible, ¿no?

¿Compartirlo? Pensó Aaron mientras la observaba con ese ceño fruncido y brazos cruzados. Se imaginó la escena y solo de pensarlo dejaba de tener frío.

—No creo que sea una buena id... —Los golpes en la puerta interrumpieron su contestación y seguidamente se escuchó alguien al otro lado que decía que el baño de la duquesa estaba listo, supuso que con la tormenta, la señora Nanet debía haber estado calentando agua previsiblemente porque volverían empapados, de ahí la rapidez con la que habían gestionado todo. Con paso decidido, Aaron abrió la puerta y se encontró con una de las doncellas de la casa que se había quedado para asistir a Susan.

—Puedes marcharte, no necesitaré que nadie me asista —dictaminó Susan entrando por la misma puerta que instantes antes había traspasado su esposo.

La doncella asintió dejando la jarra en el suelo junto a las esencias y sin decir absolutamente nada se marchó de la habitación. Susan se desnudó ante la atenta mirada de su marido y se introdujo en aquella bañera que habían llenado velozmente de agua caliente bajo la atenta mirada del duque que la observaba sin decidirse.

—¿Aún tienes frío? —preguntó Aaron viendo como se encogía sobre sí misma dentro del agua rodeando con los brazos sus piernas. Era todo un deleite verla así, en aquella intimidad, algo que ni en sueños había imaginado ver...

—Un poco, quizá si te metes tú, pueda entrar en calor —aseguró Susan alzando la mirada para ver esos ojos verdes.

Como si aquellas palabras hubieran surtido efecto, Aaron comenzó a desvestirse tirando todas sus prendas al suelo sin ningún tipo de miramiento, puesto que estaban completamente empapadas aún y tal como dios le trajo al mundo se internó en aquella bañera junto a su esposa en cuanto esta le dejó hueco.

Cuando lo hizo, Susan se dejó caer hacia atrás con cierta timidez hasta que notó como el duque la rodeaba con sus brazos por la cintura y todo el frío pasó a convertirse en una bola de fuego que nacía desde su interior.

—¿Mejor ahora? —preguntó Aaron aún preocupado.

—Mucho mejor —alegó Susan con una sonrisa e inclinándose sobre él para alcanzar una de las esencias.

—No creo que esta situación sea muy adecuada... —mencionó Aaron cerrando los ojos y tratando de serenarse.

—¿Porqué no iba a serlo? —preguntó Susan extrañada.

—Porque los baños son privados... íntimos... no es correcto —alegó en su defensa.

—Pero estamos solos y a nadie más le importa lo que podamos hacer en este lugar porque es nuestra intimidad y mientras a nosotros nos parezca correcto, lo demás no importará —contestó Susan tratando de analizar la situación y lo cierto es que pensó lo que habría contestado su amiga Julia en su situación.

Julia era decidida, mucho más atrevida que ella que siempre había llevado la misma vida aburrida y monótona. En los últimos días había vivido más aventuras que en toda su existencia, y eso que solo era porque había salido de la ciudad.

—Empiezo a perder el concepto de lo que es correcto o incorrecto cuando

estoy a tu lado —afirmó acercando su nariz a aquella nuca y acariciándola suavemente—, y lo cierto es que comienza a no importarme en absoluto.

—Tal vez sea porque eran erróneos dichos conceptos —susurró esta mientras se giraba lentamente hasta que sus labios se rozaron y un abrasador beso por parte del duque hizo que gimiera de placer.

Susan notó como la lengua del duque la embestía con tanta fuerza que casi era incapaz de responderle con la misma ansiedad que él poseía hasta que se giró sobre sí misma para quedar frente a él y al hacerlo este la alzó de forma que sentó a horcajadas sobre su cuerpo, justamente ese era el ancho que tenía aquella bañera. La sensación fue tan extraña al sentirse de esa forma sobre el cuerpo de su esposo, con pleno acceso a su cuerpo para tocarle, poseerle... montarle como le había enseñado Catherine aunque apenas había practicado ese supuesto movimiento que debía hacer, pero la inquietud y curiosidad le pudo y conforme su mano se perdía bajo el agua recorriendo el pecho de Aaron que seguía devorando sus labios con frenesí, cuando rozó aquel miembro viril notó como este jadeó ante aquel roce y aprovechando la situación bajó lentamente inclinando su cuerpo hasta sentir como era invadida por completo.

Aaron abrió los ojos repentinamente observando la maestría de su esposa mientras ésta comenzaba a moverse lentamente sobre él. ¿Dónde había aprendido a hacer algo así? Solo de verla su incontrolable deseo se acrecentaba y con aquel fulgor que sentía acercó su boca a uno de sus pechos para saborear aquel manjar succulento.

Si antes había creído que Susan era única, especial... maravillosa, ahora debía añadir a todo eso que sencillamente era la mejor amante con diferencia que había tenido en toda su vida. No quería perderla. No a ella.



En el momento en el que Susan se desplomó sobre el pecho del duque completamente exhausta, solo tenía un único pensamiento en su mente y era que no sería la única vez que probaría esa postura. Definitivamente debía hacer más visitas a su amiga Catherine a partir de ahora.

¿Podría haber quedado embarazada yaciendo bajo el agua? La sola idea de que tras aquella escapada de varios días pudiera hacerlo era casi esperanzadora. Nunca había deseado con tanto fervor darle un hijo a ese hombre que en esos momentos. Anhelaba poder ofrecerle lo que deseaba, aunque solo quisiera eso de ella. ¿La rechazaría después de tener ese heredero? Solo de pensarlo se le estremecía el corazón e incluso recordaba aquellas palabras que le dijo cuando se casaron de que en cuanto le diera su heredero no volvería a molestarla, ¿Verdaderamente lo cumpliría? Tal vez sería mejor no pensar en ello ahora...

—¿Qué sentiste cuando tus anteriores esposas te dijeron que estaban esperando un hijo? —preguntó Susan sin separarse aún de su pecho, pensando en cuál sería su reacción.

—¿Qué sentí? —exclamó rozando con un dedo la piel del brazo de Susan mientras pensaba en aquella respuesta—. Desasosiego porque tenía la esperanza de tener ese heredero.

—¿Te enfadarías conmigo si por alguna razón vuelvo a darte otra hija? —preguntó Susan algo asustada.

—¿Estás en cinta? —preguntó con el ceño fruncido.

—¡No! —exclamó—. Aún no...

Por alguna razón Aaron se relajó al escuchar aquello a pesar de que debería desear todo lo contrario, ¿Por qué le aliviaba que su esposa no estuviera embarazada?

—Nunca te culparía si fuera una niña... jamás culparía a mi esposa por ello.

Cierto pesar que oprimía el pecho de Susan se esfumó y quedó un alivio que le daba esperanza. Al menos no era de esos hombres que culpaban a la mujer si el bebé era una niña, pero se enorgullecían cuando era un niño. Lo cierto es que conforme iba conociendo a su esposo cada día, comprobaba que no era para nada lo que había imaginado, es más, se estaba dando cuenta de lo gentil que llegaba a ser el duque de Buccleuch bajo aquella fría capa en la que solía enmascararse casi todo el tiempo.

—Quizá deberíamos echar otra jarra de agua caliente antes de que se enfríe demasiado —mencionó Susan acercándose hasta la jarra de barro que había dejado la doncella y vertiéndola sobre la bañera.

Tras repartir jabón en uno de los paños limpios, Susan comenzó a enjabonarse los brazos, el pecho, la nuca... hasta que Aaron le quitó el paño y siguió enjabonando su espalda...

—¿Alguna vez habíais enjabonado a alguien? —preguntó Susan sonriente ante la lentitud de sus movimientos.

—Jamás, ¿Tan mal lo hago para haberme delatado? —contestó con énfasis.

—Demasiado —respondió Susan riéndose.

Almorzaron junto a las niñas y pasaron el resto de la tarde en casa junto a ellas debido a que el tiempo no mejoró. Finalmente, Aaron decidió que cada una de las pequeñas adoptara a uno de los cachorros para mantenerlas entretenidas en casa y después de cenar a solas, Susan continuó leyendo un libro junto a la chimenea mientras su esposo parecía redactar algunas cartas en el pequeño escritorio que había detrás de ella.

En algún momento debió quedarse dormida, puesto que cuando abrió los ojos

sintió como abandonaba los brazos que la habían llevado hasta su cama. Desconocía si estaba realmente despierta o no, pero lo cierto es que no deseaba que aquellos brazos se alejasen.

—Buenas noches, que descanses... —pronunció Aaron tratando de alejarse.

—Quédate conmigo. —Se atrevió a decir en voz alta—. Quédate a pasar la noche...

—¿Es lo que deseas? —preguntó Aaron con un atisbo de duda.

—No quiero dormir sola —admitió y para su sorpresa él asintió acercándose de nuevo a ella rozándole la mejilla con un dedo.

—Entonces no te dejaré sola —contestó antes de comenzar a desnudarse.

La estancia en la casa de campo se prolongó durante cuatro días más, los cuáles Susan jamás olvidaría porque aquellas últimas cuatro noches Aaron las había pasado íntegramente a su lado sin necesidad de pedirle que volviera a quedarse. Mientras regresaban de nuevo a Londres, solo rogaba encarecidamente que aquel acercamiento que había tenido con su esposo no se enfriara, sino que permaneciera de la misma forma y con el mismo fulgor una vez estuvieran en la ciudad y bajo el techo de su mansión en Londres.

Era consciente de que Aaron regresaría a ocupar su mente con los negocios, más aún si tenía presente que lo había dejado demasiado tiempo de lado en aquella escapada repentina que se había alargado más de lo que inicialmente pensaba y que estaba segura de que no fue aún más larga por aquella carta que recibió esa misma mañana donde solicitaban su presencia de inmediato en la ciudad para arreglar ciertos asuntos de relevancia.

En el viaje de regreso solo hicieron un alto para almorzar, pero inmediatamente después retomaron el camino de regreso llegando poco después de que se pusiera el sol. En cuanto entraron en casa, la señora Edna

comenzó a chillar cuando vio a los dos cachorros que correteaban por la entrada mientras las pequeñas los perseguían tratando de alcanzarlos.

—¿Qué es esto?, ¿Animales en esta casa? —exclamó completamente sorprendida y quizá extrañada.

—Su excelencia les concedió esa gracia a las pequeñas que se enamoraron de los cachorros —contestó Susan deshaciéndose de la capa y el sombrero mientras su doncella trataba de alcanzar a alguna de las niñas para precisamente para quitárselos.

—¡Esto es muy inoportuno!, ¿Cómo puede estar de acuerdo con semejante disparate?, ¡Son muy pequeñas!

—Serán un entretenimiento y distracción. Además, así aprenderán a ser responsables —concluyó Aaron que acababa de entrar por la puerta después de dejar su caballo en la pequeña cuadra que tenían adosada a la parte de atrás de la casa.

—¡Oh claro! Por supuesto, excelencia —decretó inmediatamente la señora Edna—. Pediré que le sirvan inmediatamente la cena.

—Lo cierto es que mi esposa y yo estamos realmente fatigados del viaje, así que agradecería que nos sirvieran la cena en nuestra habitación y también un baño caliente.

Susan observó a su esposo que la miraba fijamente y guardó silencio puesto que ella misma tampoco deseaba una cena formal en aquellos instantes, sino que prefería la privacidad que le otorgaba su habitación.

—Por supuesto, excelencia. Ordenaré que lleven la bañera a su habitación —contestó la señora Edna.

—Ordene que la lleven a la habitación de la duquesa.

Su orden pareció contrariar a la mujer que fue incapaz de negarse y simplemente hizo un asentimiento con la cabeza antes de desaparecer completamente.

Mientras preparaban el baño y la cena, Susan ayudó a su doncella a desvestir y asear a las pequeñas antes de tomar un pequeño refrigerio. Les habían encontrado un lugar para dormir a los cachorros en una de las habitaciones de abajo que hasta ahora había servido como guarda muebles y de ahora en adelante sería el lugar donde los animales durmieran. Les permitió bajar a despedirse de los pequeños cachorritos antes de irse a la cama con la condición de que se acostaran pronto y así mismo, volvió a sus aposentos donde observó como vertían los cubos de agua caliente en la bañera hasta llenarla y dejaban varias jarras de repuesto para aclararse una vez estuviera enjabonada.

—Pueden marcharse —ordenó Aaron entrando por la puerta que conducía a su recámara haciendo que las dos sirvientas que había en la habitación, una de ellas para asistir en el baño y la otra porque traía la cena, le mirasen extrañadas y después dirigieran su mirada hacia la duquesa para ver si ésta aprobaba la decisión.

Susan asintió llevándose una mano a los labios para tratar de ocultar su sonrisa porque sabía perfectamente lo que su esposo pretendía y seguramente era recordar aquel baño que se habían dado juntos en aquella casa de campo y que precisamente no habían repetido.

—Probablemente ahora toda la casa murmurará que mi esposo va a asistirme mientras me baño —dijo Susan con cierto atisbo de ironía.

—Pueden pensar lo que les plazca querida, pero soy quien da las órdenes en esta casa. Y ahora mismo solo me apetece darme ese plácido baño caliente

junto a mi esposa.

Las palabras del duque colmaron a Susan hasta el punto de que se quedó embelesada observándole mientras éste se desnudaba delante de ella e inconscientemente se mordió un dedo visualizando cada músculo de la piel curtida que tenía su esposo. ¿Era normal admirar tanto su belleza?, ¿Era sensato alabar aquella piel?, ¿Sería pecado soñar con que sus labios la besaran? Lo cierto es que ya no sabía diferenciar qué era fascinación y qué era realidad, empezaba a sospechar que su mente traicionaba a su razón y que sencillamente era incapaz de darle sentido a todo aquello.

—¿No deseas acompañarme? —preguntó el duque sacando a Susan de su ensoñación que le observó absorta.

—¡Si! —afirmó repentinamente—. Me encantaría —aseguró ahora más calmada y con una pequeña sonrisa mientras comenzaba a desvestirse. Cuando se introdujo en la bañera, el agua caliente cubrió su piel provocando que sus músculos se relajasen a pesar de no poder evocar el recuerdo del último baño que se dieron juntos—. Ha sido una pena que recibieses esa carta esta mañana, lo estábamos pasando tan bien en la casa de campo... —alegó Susan tratando de hablar sobre algo.

—Si. Casi me había olvidado de las responsabilidades en la ciudad hasta que la recibí. Tal parece que mi nueva esposa tiene el poder de hacerme olvidar mis prioridades —contestó en un tono neutral.

—Yo no pretendía... no pretendo... yo no quisiera...

—Cssh —siseó Aaron tratando de acallar a su esposa—. Ven aquí —añadió atrayendo el cuerpo de Susan hacia él para que se recostase sobre su pecho—. Solo trataba de admitir que me gustó pasar estos días a tu lado junto a mis hijas.

—Entonces tal vez podríamos realizar alguna otra escapada más adelante, ¿No te parece? —preguntó Susan ahora sonriente.

Aaron sopesó aquellas palabras, pero era consciente de que no podría ser muy pronto debido a sus negocios. En ese momento pensó en su buen amigo Henry, el duque de Sylverston. ¿Cómo conseguía mantener todo en orden y poder ausentarse todo el verano con su familia? Incluso tenía constancia de que acompañaba a su mujer en viajes a la India o Asia en busca de tejidos nuevos para su boutique y de paso él importaba algunos hilos para fabricar sedas o géneros nuevos en su fábrica.

—Quizá más adelante. —No quería dar una respuesta negativa, tampoco afirmar algo que quizá no pudiera cumplir, pero a como diera lugar, trataría de darle a Susan esa luna de miel de la que la había privado en cuanto pudiera permitirse ausentarse varios días de la ciudad.

Susan se conformó con aquella respuesta y cogió una de las uvas que había en aquella fuente de fruta que tenían a su izquierda para llevársela a la boca y saborear el fresco jugo de su contenido.

—¿Quieres un poco de vino? —preguntó Susan sirviéndole una copa a su esposo.

—Desde luego —contestó cogiendo la copa de metal que le ofrecía y llevándosela a los labios—. ¿Tú no te sirves ninguna?

—No —negó girándose hacia él mientras se introducía otra uva en la boca—. El vino me adormece demasiado.

—¿Y deseáis estar despierta? —preguntó entonces extrañado.

—Completamente —susurró cogiendo ahora la pastilla de jabón y untándola en uno de los paños para comenzar a enjabonar el cuerpo del duque mientras



él la observaba detenidamente.

Mientras Susan acariciaba con aquel paño la piel del duque deslizando suavemente por su brazo el trapo enjabonado bajo su atenta mirada, cubrió minuciosamente cada recodo del curtido cuerpo de su esposo mientras éste cogía de vez en cuando alguna pieza de fruta y se la llevaba a la boca a la vez que la dejaba recorrer su cuerpo a su antojo.

Cuando ésta termino de hacerlo, sorpresivamente Aaron le quitó aquel paño y realizó el mismo proceso con ella bajo la atenta mirada de ésta. Cubriendo su espalda, su pecho, sus brazos, sus piernas... e incluso llegando a su entrepierna donde gimió inesperadamente, pero dejó de nuevo el paño en su lugar y volcó una de las jarras de agua limpia sobre su cuerpo para retirar los restos de jabón.

Envuelta en un paño de mayor tamaño para secarse, Susan se acercó a la chimenea y se preguntó cuál sería el siguiente paso, qué era lo que su esposo haría ahora que se habían dado aquel baño y habían cenado. ¿Se quedaría?, ¿O por el contrario se iría? En aquel momento llamaron a la puerta y ella observó como sin ningún atisbo de vergüenza su esposo se encaminaba hacia ésta envuelto en su batín azul.

—¿Señora Edna? —preguntó en cuanto abrió la puerta extrañado.

Con toda probabilidad Aaron había pensado que se trataría del servicio que vendría a retirar todo lo referente al baño, pero jamás había creído que fuese la propia Edna quien estuviera tras la puerta.

—Disculpe excelencia. Pensé que la duquesa estaría a solas y me había tomado la molestia de prepararle un té para dormir ya que comentó que estaba fatigada del viaje.

Aaron levantó la vista mirando hacia su esposa que se encogió de hombros y

negó con un gesto de cabeza la ofrenda.

—Mi esposa le agradece su preocupación —dijo entonces el duque cogiendo la bandeja que llevaba la mujer—. Buenas noches señora Edna.

Tras decir aquello cerró la puerta y dejó la bandeja junto a la fuente de fruta de la que habían estado comiendo.

—Deberías ser más amable con la señora Edna. Es evidente que la mujer intenta agradarte teniendo el detalle de traerte un té a estas horas solo porque le preocupa que no descanses lo suficiente.

Susan no estaba tan segura de que la señora tuviera tal preocupación, aunque quizá sí que intentaba ser agradable teniendo en cuenta que había usurpado el lugar que hasta ahora ella ocupaba en la casa. Primero las niñas, después las atenciones del duque... ¿Qué sería lo siguiente? Desde luego esa mujer tenía razones para odiarla, pero su estrategia parecía ser más bien la de querer ser amable para contentarla y probablemente lograr quedarse en aquella casa.

—Nunca la he tratado de un modo que no fuera afable, salvo cuando descubrí cuáles eran sus tácticas de enseñanza. —Se justificó Susan—, pero intentaré ser mucho más amable con ella a partir de ahora si ese es tu deseo.

—En realidad solo quiero cordialidad en esta casa. Estoy muy agradecido a la señora Edna por hacerse cargo de mis hijas durante estos años como mejor sabía hacer y no me parece conveniente que ahora se sienta como una intrusa. Aunque ya no sea parte de mi familia siempre será la abuela materna de mi hija y espero que mi esposa acepte eso.

—Y lo acepto... —susurró Susan sin admitir que había algo en esa mujer que no le terminaba de convencer. No se explicaba que era, tampoco sabría decir porqué, podría decirse que era un sexto sentido que le indicaba que así era, pero tenía clara una cosa; jamás se fiaría de aquella mujer—, acepto que hasta

que yo llegara ella era quien manejaba las cosas en esta casa, pero ahora debe entender que yo soy tu esposa y que es normal que sea yo quien tome las decisiones.

—Dudo mucho que la señora Edna no sea consciente de que eres tú quien maneja ahora esta casa —concluyó volviéndose a servir otra copa de vino.

Susan no quería fomentar ningún tipo de malestar entre la señora Edna y su esposo, pero lo cierto es que aquella mujer aún se tomaba algunas cosas de la casa como si ella siguiera siendo la dueña y señora del lugar. Prefirió no decirlo, hasta el momento no había sido algo que le molestara demasiado, pero sí que resultaba un poco inusual que profesara su malestar con ella y en cambio fuera pura cortesía en la presencia del duque.

—Supongo que tienes razón —decretó volviendo la vista hacia el fuego y no deseando contrariar a su esposo—. He pensado que podríamos invitar a mis padres a cenar alguna noche, si te parece bien —concretó Susan tratando de cambiar de tema. Si había algo de lo que no le apetecía hablar en aquellos momentos, era de la señora Edna.

—Si —afirmó—. Por supuesto que me parece bien, puedes invitarles cuando gustes —confirmó acercándose hasta ella y dejando la copa en la repisa de la chimenea.

—Me pasaré mañana mismo por casa para comunicárselo, seguramente se estén preguntando porque llevo varios días sin pasar a saludarles...

—Tu casa es ahora este lugar, Susan —afirmó Aaron cogiéndole la mano y acariciando levemente con el pulgar el dorso de ésta—. Este es tu hogar.

—Yo... —comenzó a decir dubitativa—. Sé que esta es mi casa ahora.

Antes de que pudiera continuar hablando, de que pudiera añadir algo más,

Aaron selló sus labios cálidamente y Susan notó el sabor a vino que emanaba de ellos. La acogió entre sus brazos, la llevó hasta su lecho y volvió a hacerla suya como lo hacía cada noche, solo que ésta vez, en aquel lugar que era su hogar, por primera vez no se marchó de su habitación, sino que apagó las velas que prendían en su mesita de noche y la estrechó contra su pecho deseándole las buenas noches.

Algo había cambiado. Definitivamente algo había cambiado entre ellos durante aquel viaje y lo cierto es que nada le agradaba más que aquella sensación de estar protegida entre sus brazos mientras se dejaba atrapar por el sueño.

Al día siguiente Susan despertó gracias a que su doncella personal había acudido a su habitación para asistirle, ahora que estaban de regreso en casa y contaban con más personal, Gladys volvía a estar a su entera disponibilidad, aunque era la única en quien confiaba para cuidar de las pequeñas y quizá iba siendo hora de que ella buscara una nueva doncella que la asistiera para no sobrecargar a su doncella de toda la vida con dos tareas. Aunque hasta la fecha desde que se hiciera cargo de la responsabilidad de las niñas se había apañado bien, lo cierto es que pronto comenzaría la temporada y con ella asistir a bailes, reuniones y cenas de gala a los que serían invitados por ser los duques de Buccleuch y ahí si necesitaría contar con la entera disponibilidad de su doncella personal.

—Buenos días mi *lady* —pronunció la doncella a los que sus años ya provocaban que tuviera pequeñas arrugas alrededor de sus ojos. Gladys debía rondar la cuarentena y llevaba casi una veintena de años al servicio de los Brandon para tener especial cariño a su señora que se había convertido en la duquesa de Buccleuch.

—Buenos días Gladys, ¿Qué hora es? —preguntó Susan algo desorientada.

—Las nueve en punto. Ya desperté a las pequeñas y la señora Eloise las está vistiendo para que bajen a tomar el desayuno junto a usted, mi *lady*. Le traigo el correo, por si desea leerlo en privado, casi todo son cartas de sus amigas, concretamente de *lady* Julia y *lady* Emily.

Susan sonrió porque Gladys siempre se tomaba la molestia de comprobar de quien se trataba para que ella tomara la decisión si eran o no importantes.

—Gracias Gladys, las leeré más tarde —concretó Susan pensando que probablemente Emily la informaba de que sus prendas estarían listas y Julia probablemente se preguntaría cuando la visitaría en su casa para tomar el té y de paso darle esas clases de baile que mencionó aquella tarde en la que cambió absolutamente todo.

—¿Qué vestido desea que le ponga, mi *lady*? —insistió Gladys mientras recogía las prendas que había por el suelo y comprobó que no solo eran de su señora, sino también del duque. No mencionó nada, sencillamente las dejó sobre uno de los mullidos sillones y se dirigió hacia el armario donde guardaba los vestidos de la duquesa.

—El verde jade —contestó Susan sonriendo mientras evocaba el recuerdo de esos ojos verdes del duque que por alguna razón comenzaba a recordar más de la cuenta.

Tras el desayuno y mientras las hijas del duque retomaban sus clases leyó detenidamente las cartas y efectivamente, Emily indicaba que podía pasar por Lynet's a recoger sus prendas encargadas cuando quisiera y Julia la invitaba a tomar el té en su casa a la vez que le pedía disculpas si la había ofendido de alguna forma la última vez que se vieron, puesto que no había tenido noticias suyas desde entonces.

Quiso darle prioridad a la carta de Julia, así que en cuanto terminó su desayuno, se colocó su sombrero y chaquetilla antes de tomar el carruaje y presentarse en la casa familiar de los duques de Sheraton.

—¡Susan! —gritó Julia nada más ver a su amiga extendiéndole los brazos como bienvenida—. ¿Porqué no has avisado? Aunque definitivamente ha sido una muy grata sorpresa.

—Vine en cuanto leí tu carta. Hemos pasado unos días alejados de la ciudad y lo cierto es que tengo muchas cosas que contarte, por eso decidí venir inmediatamente. Lamento no haberlo hecho antes.

—Tranquila —contestó Julia—. Cuando no obtuve respuesta por tu parte, decidí hablar con Catherine para ver si ella sabía algo y me informó que te habías marchado de la ciudad. Llegué a pensar que tal vez estarías ofendida conmigo cuando no viniste a visitarme en todo este tiempo como habíamos acordado.

—La verdad querida amiga es que las cosas han cambiado desde entonces y confieso que apenas tuve tiempo alguno de poder escaparme. Mi esposo me hizo cargo de la educación de sus hijas, aunque si soy sincera es algo que me resulta de lo más gratificante —admitió Susan con la mirada un tanto brillante.

—Así que ahora sabes lo que significa ser madre —sonrió Julia cómplice de aquellas palabras y la invitó a sentarse mientras ordenaba que preparasen el té.

—Cuéntame, ¿Siguen las cosas igual entre tu esposo y tu? —preguntó Julia delicadamente tratando de no tomar tan a la ligera el tema. Emily la había reprendido lo suficiente para no hacerlo la próxima vez que viera a su amiga.

—Las cosas han cambiado tanto desde entonces...

El tono de voz que empleaba Susan era casi ensoñador, como si estuviera rememorando algún momento que se había grabado a fuego lento en su memoria.

—Por esa mirada yo casi me atrevería a decir que incluso estás enamorada, mi querida Susan.

—¿Enamorada? —exclamó Susan observando ahora detenidamente a su amiga, pero analizando verdaderamente lo que él le hacía sentir, aquel sentimiento sobrecogedor que le profesaba su esposo—. ¿Cuándo sabes que estás enamorada?, ¿Qué es lo que se supone que se siente para saberlo realmente? —preguntó algo desesperada.

—Imagino que si me preguntas eso es porque no sabes si lo que sientes es realmente amor o solo cariño por él —contestó Julia observando la duda en su amiga.

—Estoy confusa. Siento un torbellino de emociones a los cuáles no puedo poner nombre, pero hay tantas cosas en el duque que me fascinan, puede ser tan gentil en algunos momentos y tan frío en otros... no lo sé, pero lo que puedo afirmar es que el tiempo pasa demasiado rápido cuando estoy a su lado porque nunca me parece suficiente, siempre deseo más, ansío más, quiero más... y sobre todo anhelo profundamente cada encuentro, cada ápice del tiempo que pasa a mi lado esperando que todo se detenga a nuestro alrededor para que así sea eterno. ¿Es eso amor?, ¿Lo que siento por él es amor?

—Querida, yo no puedo conocer tus sentimientos, pero tu rostro se ilumina cuando hablas de él y tus ojos brillan de emoción al evocar su recuerdo. Si eso no es amor... no sé que lo será entonces. Yo me enamoré de Richard el primer día que le vi. Sentí que fui suya en el momento que sus ojos se posaron sobre los míos y fue como si algo dentro de mí me lo gritase a voces



a pesar de que al mismo tiempo tratara de negármelo constantemente.

—¡Dios mío! —exclamó Susan recordando la primera vez que vio a Aaron, esa vez en su casa con aquella mirada verde y profunda que recorrió su silueta embriagándola y desde ese instante no pudo olvidarle, hubo algo en él que profundizó y perforó su mente hasta el punto de soñar con él, algo que jamás le había ocurrido con ningún otro hombre—. Estoy enamorada de él... —admitió llevándose una mano temblorosa a la boca tratando de controlar su propia sorpresa tras descubrir sus verdaderos sentimientos—. Siempre he estado enamorada de él a pesar de no saber qué era lo que realmente sentía. Nunca creí que pudiera ser amor, incluso llegué a pensar que le detestaba, que lo odiaba, que nunca podría amar a alguien tan frío y distante a pesar de no poder evitar desear que me mirase de otro modo, de anhelar ganarme su cariño y de creer que tras todo aquello se ocultaba un hombre bueno y gentil...

—Pero, ¿Él es bueno y gentil contigo? —preguntó Julia algo preocupada.

—Si yo te contara... —susurró Susan con una espléndida sonrisa ahora que era consciente de cuánto amaba a su esposo.

¡Amor!, ¿Cuántas veces había anhelado ese sentimiento? Tantos años persiguiendo encontrar al hombre adecuado, tratando de alcanzar ese sueño de tener un matrimonio por amor y finalmente lo tenía... ¡Lo tenía! Sentía las ganas de gritarlo para que todos lo supieran, de exclamar por cada esquina lo feliz que aquello la hacía.

—Pues tengo toda la mañana a tu disposición —contestó Julia con una sonrisa y finalmente Susan comenzó a relatar sin entrar en demasiados detalles cómo habían cambiado las cosas en su matrimonio.

—¿Crees que podría llegar a amarme, Julia? —preguntó esperanzada—. Sé

que el duque de Sheraton no te amaba cuando os casasteis, pero se terminó enamorando perdidamente de ti como bien salta a la vista... ¿Podría pasarme eso a mi?, ¿Podría mi esposo enamorarse? —insistió desesperada, como si su corazón se hubiera acelerado de pronto y necesitara tener respuestas a todas sus preguntas.

—Es cierto que Richard no me amaba cuando nos casamos, también es cierto que desconozco el momento en el que se enamoró —contestó Julia con una vaga sonrisa—, pero creo que vas por el camino adecuado mi querida Susan y a veces es peor hostigarse a uno mismo deseando que eso ocurra en lugar de dejar que las cosas sencillamente surjan. Tú misma me has confesado que algo ha cambiado entre vosotros, que su indiferencia ya no existe... quizá solo es el tiempo el que deba decidir vuestro destino.

—Te escucho y parece que estoy hablando con Emily —contestó Susan riéndose.

—Tal vez sea porque me dio una soberana reprimenda la última vez que nos vimos —confesó Julia compartiendo aquella complicidad.

—¿Qué fue lo que te dijo? —preguntó Susan intrigada.

—En realidad solo me recordó que mi esposo no fue un santo precisamente y que tratara de ponerme en tu lugar si esa hubiera sido mi situación cuando me case con Richard. Supongo que comprendí por lo que debías estar pasando, cuáles eran tus miedos en ese entonces y supe que no tuve la mejor reacción del mundo —admitió—. Aunque sigo manteniendo que es un patán...

La risa de Susan se hizo eco por toda la sala y Julia se sintió algo aliviada.

—Puedo asegurar que no es ningún patán... —contestó secándose las lágrimas que caían de sus ojos—, será mejor que me vaya, creo que me he entretenido demasiado tiempo y aún quiero pasar por Lynet's para recoger

algunos encargos antes de volver a casa.

—Aún te espero para darte esas clases de baile aunque ya no las necesites...

—contestó Julia levantándose para despedir a su amiga.

—Lo estoy deseando, aunque tendrán que esperar un tiempo hasta que consiga adaptarme a mi nueva vida de madre —sonrió Susan colocándose de nuevo su sombrero y despidiéndose de su íntima amiga.

Tras el paso por Lynet's sin que Emily estuviera presente por desgracia, puesto que le habría encantado saludarla, recogió el encargo que tenía preparado meticulosamente y regresó a casa. En cuanto entró por la puerta detectó dos bolitas de pelo blancas que correteaban por la entrada e inmediatamente después Madeleine y Diane corrían tras ellas.

—¿No se supone que deberíais estar con vuestra institutriz? —exclamó Susan con cierta sonrisa en los labios.

—Mi *lady*, las pequeñas tenían hoy clase de canto, pero Madame Burerly no ha podido venir por sentirse indispuesta —contestó una de las doncellas, puesto que Gladys la había acompañado en su salida.

—Tal vez *lady* Susan lo sabría si no se ausentara tanto de sus obligaciones —contestó en ese entonces la señora Edna que acababa de presenciarse en la entrada.

Susan se mordió la lengua para no decir algo de lo que más tarde se arrepintiera y pensó en contestar con la verdad, pero lo cierto es que no tenía porqué darle explicaciones a esa señora, ella solo respondía ante su esposo, no ante aquella mujer.

—Mis obligaciones no son de su incumbencia, señora Edna, ¿Tal vez deba recordarle quien es la señora en esta casa? —exclamó Susan apaciblemente

mientras le entregaba su chaquetilla a su doncella—. Y si tanto le molesta que ahora la educación de las hijas del duque no sean su competencia, le muestra sus quejas a su excelencia, no a mi.

La señora Edna apretó fuertemente los labios y podría decirse que también los puños, para posteriormente desaparecer por el pasillo que llevaba a la parte trasera de la casa en un absoluto silencio.

—Creo que ya era hora de que le dijera a esa mujer quien manda en esta casa, mi *lady* —dijo Gladys rompiendo aquel silencio solo roto por el ruido lejano de los chillidos que daban las niñas al corretear por alguna estancia de la casa.

—Lo cierto es que no me apetecía en absoluto declararle la guerra a esa mujer —admitió Susan—. Su excelencia me pidió tratarla amablemente, pero hay algo en ella... no sé decir exactamente qué Gladys, pero no me gusta.

—Creo que no es la única que lo ha notado, mi *lady*...

Saber que no eran imaginaciones suyas, tener la certeza de que su doncella sospechaba que había algo en aquella mujer que resultaba oscuro; la confortaba. Había llegado a pensar que solo era el recuerdo que esa señora pudiera aportarle al duque sobre su primera esposa, incluso se había obligado a sí misma a desechar cualquier rechazo que la señora Edna le transmitía, pero esa mirada oscura, la falsedad que mantenía cuando su marido estaba presente la delataban, sin duda alguna algo dentro de sí misma le decía que desconfiara de cualquier cosa que dijera o hiciera aquella mujer.

Aaron se encontraba en la cámara de los lores mientras se debatía si a probar o no la nueva reforma propuesta por la cámara de comunes. Lo cierto es que tenía la mente demasiado abstraída de aquella discusión y puesta en otros asuntos mucho más personales. No sabía como alejar de sus pensamientos a Susan, le estaba sucediendo algo inusual en él y que jamás le había ocurrido con ninguna de sus anteriores esposas. En todos sus años de casado, ni *lady Sarah*, ni *lady Rebecca* habían manifestado deseo alguno hacia él como el que *lady Susan* expresaba. Aquello traspasaba su entendimiento, lógica o razón por el comportamiento que debía mantener una dama hacia su esposo y la cuestión era si estaba simplemente sorprendido o demasiado embriagado por ese placer que ella le proporcionaba.

No sabía como debía sentirse o cómo debía proceder ante aquello. En sus anteriores matrimonios siempre respetó los deseos de sus esposas, era consciente de que las damas solo consentían su deber conyugal en el lecho para darle su heredero y así se lo había manifestado su primera esposa *lady Sarah* cuando le advirtió que estaba esperando un hijo y no era necesario que acudiera a su habitación a partir de ese momento, es más, le advirtió que sería

perjudicial para el hijo que esperaba en caso de hacerlo.

Su segunda esposa no mencionó nada al respecto, pero nunca fue una dama que expresara realmente algún afecto... aún podía recordar el momento en el que le mencionó que estaba esperando un hijo y podía notar la inexpressión en su rostro al hacerlo. En cambio, su tercera esposa era tan expresiva, tan embriagadora, que lo extraño sería que mantuviera una expresión neutra en cualquier momento.

Había algo en *lady* Susan que le cautivó la primera vez que la vio, quizá fue precisamente eso; su carácter, esa fuerza que transmitía a través de sus ojos azules y su cabello del color del fuego los que le hicieron creer que era diferente. Tuvo muy claro que no deseaba a otra esposa que fuese frágil y delicada por su aspecto, no deseaba tener la pesada carga de otra muerte más a su espalda como las anteriores porque por más que le dijeran que no era su culpa, tenía muy claro que él era el único responsable de que sus dos esposas fallecieran en el parto alumbrando a sus hijas. Si no fuera por su deber hacia el linaje de su familia podría mandar al diablo tener más descendencia.

Hacía varios días que no dejaba de pensar una y otra vez en lo mismo. Era como un mal presagio, un horrible y punzante sentimiento de pérdida que era incapaz de apartar de sus sueños. La imagen de Susan alumbrando a su hijo no cesaba de estar en su cabeza y con ella la acompañaban la pérdida tras el doloroso parto, solo que en esa ocasión no sentía alegría por tener a ese ansiado heredero, sino más bien una sensación de vacío tan profunda que le desgarraba el pecho.

—*Lord* Buccleuch, ¿Está usted bien? —La voz profunda del duque de Sylverston a su izquierda le hizo volver de nuevo al presente, donde las voces lejanas le advertían que al parecer aún se seguía discutiendo el rechazo de la propuesta.

—Si, estoy bien *lord* Sylverston. Solo estaba pensando en varios asuntos urgentes que debo tratar en cuánto termine esta reunión —contestó Aaron tratando de evitar a toda costa manifestar que su distracción era debida a cierta mujer que eclipsaba literalmente todos sus pensamientos.

—Le entiendo. Lo cierto es que debido a esta convocatoria de la cámara me he visto obligado a aplazar un viaje en el que tenía previsto partir esta misma tarde —confesó Henry.

—Disculpa mi atrevimiento, pero de todos es sabido que posee varias fábricas e inversiones en negocios fructíferos por toda la ciudad e incluso fuera de Londres. ¿Cómo logra tener tanto tiempo para evadirse de sus responsabilidades?

Aaron observó como *lord* Sylverston sonreía con la mirada algo perdida y supo que iba a revelar su secreto del éxito, la razón por la que no era un esclavo de oficina como él mismo era si quería que todo saliera a la perfección.

—Confío en las personas adecuadas y delego la responsabilidad en ellos bajo mi estricta supervisión. Tengo a varios hombres de mi entera confianza, eso sin mencionar que hace tiempo que solo invierto en negocios que tengan posibilidad de dar grandes beneficios, pero no dirijo ninguno de ellos —confesó *lord* Sylverston como si no fuera ningún secreto la gestión de su patrimonio.

¿Personas de confianza? Pensó Aaron. Si era sincero consigo mismo no confiaba en nadie, en absolutamente nadie a quien dejar su patrimonio y creer que estaría en buenas manos, pero era una idea brillante que meditar y valorar detenidamente.

Conforme fueron pasando los días, Susan se estableció en una rutina sin

retorno debido a la ausencia de su esposo en los negocios. A pesar de que compartía el lecho cada noche junto a ella, nunca despertaba junto a él, sino que cuando lo hacía, éste ya se había marchado muy temprano. La mayoría de los días no volvía para tomar el almuerzo en casa y aunque lo hiciera religiosamente para cenar, lo cierto es que con el comienzo de la temporada la mayoría de esas veladas debían pasarlas en compañía con el añadido de que apenas pasaban tiempo a solas. Pensándolo mejor, casi era preferible las veladas sociales a tener que compartir la cena junto a la señora Edna.

—Buenos días mi *lady*, ¿Qué tal se encuentra hoy? —preguntó su nueva doncella Esther que apenas llevaba una semana en sus funciones.

A pesar de la juventud de Esther, lo cierto es que Gladys había sabido formar muy bien a su sobrina en las dos semanas que llevaba en aquella casa y la joven se había adaptado bastante rápido a las costumbres de su señora.

—Sigo con el estómago revuelto —confesó Susan—. Me temo que no me está sentando nada bien trasnochar en esta temporada —admitió como si la cabeza fuera a estallarle y sintiendo aquellas nauseas horribles probablemente por el vino que había tomado en la noche.

Se había negado a probarlo, pero tras la insistencia de su amiga Julia terminó tomando más de una copa solamente para calmar sus nervios. Llevaba tiempo deseando confesar de algún modo sus sentimientos hacia su esposo, pero nunca veía el momento oportuno de hacerlo, más aún cuando este parecía más sumergido que nunca en sus negocios.

—Mi *lady*, disculpe mi atrevimiento puesto que es la primera vez que sirvo a una dama y me siento muy privilegiada de que me haya escogido por recomendación de mi tía, así que si me entrometo en un tema que no me corresponde agradecería que me reprendiera —dijo la joven Esther algo



dudosa.

Susan observó a la joven algo inquieta y nerviosa, no tenía ni la menor idea de lo que pensaba decirle, pero hasta sintió curiosidad a pesar de su estado en saber qué era lo que la joven tendría que decirle. Igual pensaba que era una de esas damas alcohólicas que aprovechaban los eventos sociales para pasarse con el vino.

—Adelante Esther, te prometo que tendré en cuenta tus palabras —contestó Susan llevándose el paño de agua fría a su frente para sentir cierto alivio.

—¿Sería posible que esté confundiendo sus síntomas con un embarazo? —preguntó la joven observando a su señora y llevándole la palangana donde alguna mañana incluso había vomitado.

¿Embarazada? Pensó Susan analizando los hechos. ¿Podrían ser esas nauseas síntoma de un embarazo? Sus ojos se abrieron de forma sorpresiva y miraron a la joven Esther que parecía asustada como si temiera que fuera a regañarla por meterse en algo tan íntimo como aquello, pero lo cierto es que nadie mejor que ella para darse cuenta... ella y su doncella de toda la vida.

—¡Llama a tu tía Gladys inmediatamente! —exclamó Susan algo agitada—. ¡No me importa lo que esté haciendo, haz que venga enseguida! Y no le digas nada respecto a este tema —añadió Susan porque lo que menos deseaba era que alguien pudiera escucharla si aquella noticia era incierta.

La joven doncella asintió saliendo de la habitación apresuradamente.

Un hijo. ¿De verdad estaría embarazada de su esposo?, Por todos los dioses rogaba que así fuera, aunque no quería hacerse vanas ilusiones todavía, pero sería lo más lógico teniendo en cuenta cuánto lo deseaba tanto ella como su esposo. Estaba segura de que un hijo le uniría más a él, anhelaba tanto darle lo que deseaba que no quería equivocarse precipitadamente, no deseaba dar la

noticia hasta no estar realmente segura de ello.

En cuanto Esther regresó junto a Gladys a la habitación, su doncella de toda la vida la miraba con cierto escepticismo por el secretismo de la situación.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Gladys observando la mudez de *lady* Susan. La conocía lo suficientemente bien para saber que algo estaba pasando.

—¿Es posible que esté embarazada Gladys?, ¿Es realmente posible? —preguntó esperanzada y la doncella miró entonces a su sobrina alertada.

—Madre tuvo ocho hijos después de tenerme a mi tía y por sus síntomas yo diría que lo está —confesó la joven.

—Si en todo este tiempo que dejé de asistirle no limpiaste sus paños de sangre, es muy posible que lo esté —contestó Gladys a su sobrina que negó haberlo hecho.

—¡Oh dios mío! —exclamó Susan con una sonrisa de felicidad en el rostro—. ¡Oh dios mío! —volvió a exclamar mientras se le saltaban las lágrimas de pura felicidad.

—Es mejor que lo constate un médico mi *lady*, antes de que le confiese sus sospechas a su esposo.

—¡Si! —gritó Susan algo nerviosa—. Iré hoy mismo, pero hasta entonces nadie puede saber en esta casa nada de lo que sucede —susurró en voz baja llevándose una mano al vientre—. No deseo que el rumor pueda extenderse teniendo en cuenta que se trata de una noticia tan esperada.

No se atrevería a decir nada hasta estar completamente segura y aún así, el duque sería el primero en saberlo porque de estar embarazada, de verdaderamente estar esperando un hijo de él, deseaba ver su reacción cuando

al fin se lo revelase.

Era una tarde como otra cualquiera, con un cálido fresco que acentuaba el otoño que ya se había volcado sobre la ciudad acompañado de un cielo nublado muy típico en Londres por esas fechas. Las hojas ya se comenzaban a acumular por los rincones e incluso a su semejanza era más hermoso contemplar sus variantes colores desde el amarillo hasta el marrón oscuro pasando por varias tonalidades anaranjadas.

Susan pensó que todo le resultaba hermoso, cada detalle, cada matiz, cada movimiento en el aire... pero tal vez su felicidad se debía únicamente a que el médico acababa de constatar que efectivamente estaba embarazada.

Había deseado con todas sus fuerzas que fuera real, que dentro de su ser existiera ese pequeño y hermoso hijo que le daría al hombre que amaba y ahora que tenía esa seguridad probablemente era tan dichosa que incluso ni ella misma podía caber en sí del gozo que sentía en aquellos momentos.

Meditó cuál sería la reacción del duque al revelarles que volvería a ser padre, al decirle que quizá tuviera al fin su ansiado heredero al ducado y supo que la noticia debía contentarle casi tanto o más que a ella, probablemente aquello fuera el punto de unión que necesitaba para que él la amase.

—Está usted radiante, mi *lady* —dijo Esther mientras volvían caminando desde la consulta del doctor Robbins hacia la casa familiar.

—Creo que nunca me he sentido más dichosa en toda mi vida —confesó Susan sonriente—, pero hasta que revele al duque la noticia, esto quedará en la más estricta confidencialidad, ¿Está claro? —advirtió a su doncella.

—Por supuesto mi *lady* —, si me preguntan diré que hemos estado en la casa de modas de su amiga la duquesa de Sylverston y que nos entretuvimos un poco más de la cuenta porque la invitó a tomar el té.

Aquella tarde y después de dar varias vueltas al mismo asunto durante días, Aaron Buccleuch le envió una carta al duque de Sylverston para citarle donde el propio Henry considerase oportuno. Tenía varias preguntas y propuestas que proponerle a su amigo, aunque jamás espero que le citase en su propia casa.

Apenas eran las cinco cuando llamó a la casa familiar de los Sylverston y el mayordomo le abrió la puerta cordialmente hasta acompañarle al despacho del duque donde éste le esperaba.

—Buenas tardes *lord* Sylverston —pronunció Aaron en un tono formal.

—Llámeme Henry por favor, creo que tenemos el suficiente trato para dejar los formalismos, más aún teniendo en cuenta la gran amistad que mantienen nuestras esposas —contestó el aludido sonriente mientras se levantaba para recibirle.

—Por supuesto Henry. Gracias por recibirme.

—No es ningún problema, lamento hacerte venir hasta aquí, pero últimamente con mi esposa en estado de gestación prefiero ir lo menos posible al despacho que poseo en la fábrica —admitió con la mirada brillante —, pero dime, ¿Qué es ese asunto que te trae hasta aquí? Si es por alguna duda referente a la inversión que acordamos para el negocio del duque de Savegner estaré encantado de responderte —añadió Henry bastante apacible y tranquilo.

—En realidad no me traen hasta aquí los negocios del futuro duque de Savegner —confesó Aaron—, sino más bien la última conversación que mantuvimos en la cámara de lores hace algunas semanas.

Aaron observó como el duque de Sylverston parecía confuso, como si no recordara exactamente qué era lo que hablaron en dicha ocasión.

—Le pregunté como gestionaba sus negocios y admitió que tenía a gente de confianza al frente de ellos. —Le recordó

—Es cierto —dijo ahora Henry recordando la conversación—, pero no termino de comprender porqué quería verme con tanta premura...

—Necesito que me ayude a encontrar esa gente de confianza que usted tiene —confesó Aaron alzando la mirada para enfrentarle—. No quiero pasarme el resto de mi vida dedicado encerrado en una oficina. En las últimas semanas yo...

¿Cómo podía explicarlo con palabras? Era incapaz de darle forma a lo que le sucedía, pero cada día era más consciente de que necesitaba pasar más tiempo en casa y menos alejado de ella... por el contrario parecía que el trabajo se acumulaba y que terminaba haciendo todo lo contrario.

—Imagino que ahora que se ha vuelto a casar, desea conciliar una vida familiar plena. Le entiendo... desde el momento que me casé con mi esposa *lady* Emily me ocurrió lo mismo que a usted, aunque por aquel entonces ya había comenzado a delegar lo suficiente en otras personas —confirmó levantándose para dirigirse a la licorera—. ¿Le apetece una copa? —preguntó tratando de ser amable.

—Claro —aseguró Aaron un tanto incómodo con la situación.

Probablemente era la primera vez que le pedía consejo o más bien ayuda a alguien en toda su vida y la sensación era demasiado extraña. Confiaba plenamente en el duque de Sylverston, quizá porque era tan implacable como él en los negocios y porque de algún modo envidiaba su forma de vida. Siempre que le había observado en la distancia creyó que sería uno de esos

hombres que jamás se casaría, incluso el rumor de que había perjurado no hacerlo llegó hasta sus oídos, pero probablemente solo fueran eso; rumores.

—Bien —terció Henry sirviendo sendas copas de brandy—. Creo que entiendo su dilema, probablemente lo entienda mejor que nadie en esta ciudad y yo mismo le confiaré a uno de mis mejores hombres para que le enseñe como debe comenzar, él le dará todas las pautas necesarias y le enseñará a elegir adecuadamente —añadió entregándole la copa—. Probablemente no sea un trabajo de dos días y sobre todo requerirá de su especial atención y dedicación las primeras semanas, pero después notará un gran alivio. Le sorprendería la cantidad de hombres que hay ahí fuera deseando hacer el trabajo que usted hace diariamente por un plato de comida que llevar a sus casas.

En aquel momento la puerta del despacho se abrió bruscamente y entró un torbellino que lucía un radiante vestido color verde.

—Henry ha llegado la invitación a... ¡Oh disculpe! —exclamó *lady* Emily observando que su esposo estaba reunido—. No sabía... mi esposo no me dijo que esta tarde tendría visita y... ¡Lo siento! —confesó enrojecida.

—No se preocupe *lady* Emily, en realidad yo ya me iba puesto que no deseo entretener más a su esposo —alegó *lord* Buccleuch dejando el vaso de Brandy que apenas había probado sobre la mesa—. Le agradezco enormemente su ayuda y esperaré noticias cuanto antes de su hombre de confianza. Que tengan un buen día —añadió antes de marcharse para dirigirse hacia su propia casa.

Cuando Aaron preguntó por su esposa, le sorprendió que le comunicaran que no estaba en casa, al parecer dejado dicho que acudiría a la casa de modas de Lynet's hacía una hora y aún no había regresado. No le dio más importancia

y fue inmediatamente a su despacho hasta la hora de la cena.

En el momento que su ama de llaves, la señora Eloise, llamó a su despacho para avisarle de que la cena estaba lista, cerró el libro de cuentas marcando la página por la que se había quedado y apagó la llama del candil que mantenía encendida para vislumbrar la mesa. En cuanto vio aquel cuello blanco inmaculado cubierto parcialmente por un vestido de color champagne, sintió la tibieza que su esposa le transmitía a pesar de la distancia. Llevaba todo el día sin verla desde que despertó y la vio dormir plácidamente como hacía cada mañana. Casi no era consciente de los minutos que aún faltaban para poder tenerla de nuevo únicamente para él.

—Buenas tardes *lord* Buccleuch —pronunció formalmente la señora Edna que siempre les acompañaba.

En aquel momento Aaron deseó cenar a solas junto a ella. Estaba tan hermosa, tan radiante que sin duda anhelaba tenerla para sí mismo. Apenas pasaba tiempo suficiente a su lado para llegar a conocerla y el único que lo hacía era en la intimidad de su lecho donde la mayor parte lo pasaba estrechándola entre sus brazos antes de quedarse profundamente dormido debido al cansancio.

—Buenas tardes señora Edna —contestó con la misma formalidad y entonces dirigió su mirada hacia su esposa—. *Lady* Susan —Aún era incapaz de llamarla por su nombre si no estaban a solas.

Susan respondió con un gesto de inclinación de cabeza para responder a su saludo y se sentaron a la mesa.

—Hoy habéis vuelto temprano querido esposo —afirmó Susan dando la primera cucharada a la sopa de marisco que acababan de servir.

—Tuve varios asuntos que gestionar cerca de aquí y creí que sería más

conveniente volver a casa —contestó sin dar detalle alguno—. Me dijeron que habías salido.

—Si —afirmó sonriente y Aaron observó que había algo en ella distinto, como si irradiase una felicidad incomprensible—, fui a la casa de modas de Lynet's y *lady* Emily se encontraba allí, por lo que me entretuve algo más de lo que pensaba en un principio —concluyó Susan esperando que aquella pequeña mentira piadosa fuera creíble para ambos, ni siquiera se atrevió a mirar a la cara de ninguno de los presentes para no delatarse a si misma.

Aaron apretó la cuchara con fuerza y alzó la vista para ver como su esposa rehuía su mirada. Sabía que estaba mintiendo, él mismo había estado en casa de los duques de Sylverston y *lady* Emily se encontraba allí. ¿Dónde demonios había estado su esposa?, ¿Y qué tenía que ocultar para mentirle? Una especie de celos incontrolados comenzaron a apoderarse de él imaginando absolutamente todo, desde la sola idea de que su esposa tenía un amante hasta la tontería más absurda inimaginable, pero era más que evidente que esa felicidad que parecía irradiar en ella tenía algo que ver con lo que escondía. Cada vez la posibilidad de que tuviera un amante cobraba más sentido, ¿Qué sería si no lo que trataría de ocultar una dama? La idea de que le engañase otro hombre le llenaba de una ira incomprensible.

Susan había observado que su esposo guardaba un silencio absoluto, como si estuviera ausente o distraído y lo cierto es que aquello la llevó a pensar que quizá tendría algunos problemas con los negocios.

En cuanto la señora Edna se despidió para dirigirse hacia su habitación, el duque cogió a su esposa del brazo y sin mención alguna al respecto la dirigió con rudeza hacia la intimidad de su despacho.

—¿Qué ocurre? —exclamó Susan—. ¡Me haces daño! —gritó en cuanto



entraron en aquel estudio y se escuchó el sonido de la puerta cerrarse con ahínco.

—¡Ahora mismo me vas a decir donde has estado esta tarde! —exigió Aaron mientras colocaba el candil que había cogido antes de salir del comedor y lo dejaba sobre la mesa junto al que había apagado apenas una hora antes.

—¿Cómo dices? —exclamó Susan completamente atónita. Aquella reacción en su esposo era incomprensible, jamás le había visto reaccionar de ese modo y menos aún ser tan brusco con ella.

—Quiero saber donde has estado esta tarde y como me hagas preguntarlo una tercera vez, no responderé de mis actos —contestó con tanta seriedad que a Susan le entró pánico.

—Yo... yo... —comenzó a balbucear y por alguna razón quiso llorar.

—Si vuelves a decirme que estuviste con la duquesa de Sylverston, sabré que mientes descaradamente porque sé que no fue así.

—No estuve con ella —admitió Susan derramando dos lágrimas.

—¿Y porqué dijiste que habías pasado la tarde junto a ella?, ¿Qué es lo que tratas de ocultar?, ¿Qué se supone que tiene que tener tanto secretismo para que tengas que mentir de...

—Estoy embarazada —susurró antes de que siguiera acusándola de mentirosa o se inventase cualquier barbaridad. Desconocía como sabía que no pasó la tarde junto a Emily, pero tenía razón en que había mentido al respecto—. Fui a ver al doctor Robbins esta tarde para que corroborase mis sospechas y así fue. Si no mencioné nada delante de la señora Edna es porque quería que tú fueras el primero en conocer la noticia y prefería decirlo en privado, estaba esperando aguardar el momento para confesártelo —añadió ante el silencio

de su esposo.

Por alguna razón inexplicable para Susan, su esposo permaneció en absoluto mutismo durante los siguientes segundos que para ella fueron casi interminables.

—Embarazada —contestó Aaron como si necesitara afirmar la noticia.

—Así es —afirmó Susan ahora con la voz más firme, como si se estuviera recomponiendo de la reprimenda.

Esperaba que aquella noticia le hiciera feliz, que casi no cupiera en si de gozo, pero lo cierto es que comenzaba a dudarlo, tal vez todo se había empañado porque creía que le había mentido descabelladamente cuando solo trataba de ocultárselo a la señora Edna y revelarles así la sorpresa más tarde en la intimidad de sus aposentos.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —preguntó dándole la espalda, como si estuviera meditando todo aquello y valorando si de verdad era cierto.

—Hace varios días que sufría los síntomas, pero no pensé que podría ser un embarazo, más bien era propensa a creer que me había sentado mal el vino que había tomado en la velada hasta que mi doncella sugirió que podría estar en cinta esta misma mañana —confesó siendo lo más sincera posible—. Yo misma decidí acudir a la consulta de doctor Robbins para constatarlo. ¿No te complace la noticia? —añadió preocupada.

—Por supuesto que me complace. Es lo que deseaba —afirmó a pesar de que

en sus palabras no se podía apreciar esa supuesta alegría que debería poseer con la noticia sino que su tono de voz era neutro, sin un ápice de sentimiento.

Susan creyó que tal vez su esposo no era un hombre muy dado a expresar la alegría con gestos o simplemente no había esperado que le confesara aquello en ese preciso momento. Probablemente aún seguía enfadado porque creía que había tratado de mentirle a pesar de haberse explicado, pero lo cierto es que nada estaba saliendo según sus planes.

Quizá solo necesitaba tiempo para procesarlo adecuadamente, para ser consciente de que su deseo se había hecho realidad y la razón por la que la había desposado ya gestaba en su vientre. Iba a darle ese heredero, rezaría cada día de su existencia porque aquel niño fuese un varón. Ella quería darle el mayor regalo de todos; la continuación de su ducado.

—Me alegro entonces de que te complazca la noticia. Subiré a darle las buenas noches a las pequeñas y me iré a mi habitación —sugirió Susan de forma que implícitamente le decía que allí le esperaba.

—Por supuesto. Buenas noches —contestó sin mirarla y ella un tanto sorprendida, creyó que simplemente estaba siendo cordial para despedirla a pesar de que se vieran instantes más tardes.

—Buenas noches —respondió antes de salir y cerrar la puerta suavemente.

No pensaría en ello, probablemente su esposo solo tendría que digerir la noticia porque la forma de contársela no había sido la más propicia, pero estaba segura de que en unos instantes abriría la puerta de su habitación, la alzaría en el aire y daría vueltas con ella expresando la alegría que le daba volver a ser padre. Después le haría el amor delicadamente y ella confesaría finalmente que se había enamorado perdidamente de él en ese momento tan mágico.

Así lo había imaginado, tenía que suceder de esa bella y hermosa forma porque no podía ser de otra, solo que después de desearle las buenas noches a las pequeñas que ya estaban acostadas, de quitarse pacientemente su vestido y colocarse uno de sus camisones de seda y pasear durante varios minutos a la espera de que su marido llegase, escuchó una puerta abrirse y cerrarse comprobando que no era la de su recámara, sino la que existía adyacente a ésta. Esperó a sentir los pasos que se dirigían hacia la puerta que tenían en común, anheló porque esa puerta se abriera, pero ante el absoluto silencio que se produjo instantes después, supo que no lo haría... que *lord* Buccleuch no pasaría esa noche junto a ella.

¿Por qué? Era la pregunta que Susan no cesaba de repetirse una y otra vez con cada lágrima que salía de sus ojos mientras observaba como el fuego de la chimenea se consumía sentada de rodillas sobre la alfombra que había frente a ella. ¿Por qué en el momento más feliz de su vida él la castigaba de aquella forma?

De algún modo se auto-convenció que aquello se debía a que desconfiaba de ella, que aquella mentira piadosa probablemente le había hecho creer que podría mentir en cualquier cosa y quizá solo tenía que demostrarle que no era así, que jamás había osado mentir absolutamente en nada. Necesitaba que volviera a ella y ahora más que nunca se daba cuenta de que no podía vivir sin el roce de sus caricias o sin que sus labios la deleitaran. Le necesitaba. Por mucho que doliera reconocerlo, le añoraba y sentía que él le hacía falta casi tanto como el aire que respiraba.

Aaron aún no era capaz de saber si era o no feliz de conocer la noticia sobre el embarazo de su esposa. En el instante que aquella palabra rozó sus oídos perforando sus pensamientos solo fue consciente de una cosa; no quería perderla. No a ella. No a Susan.

Aquel pensamiento abrumó todos sus sentidos y un miedo atroz se apoderó de todo su cuerpo perdiendo la razón. Tenía que alejarse de ella, debía alejarse lo máximo posible y tratar de no pensar en su esposa. Tal vez alejarse fuera fácil ahora que no dormiría junto a ella y que no volvería a tocarla en su estado, solo que aquello no minimizaría su culpa, no le haría sentir mejor y definitivamente no conseguiría que agonizara por desear tenerla de nuevo entre sus brazos, bajo su cuerpo, tendida en el lecho mientras le saciaba.

Lo más sensato era alejar esos pensamientos, no volver ni siquiera a recordarlo, creer que solo formaban parte de un pasado como lo fueron sus otras esposas y así podría enfrentarse a lo que sucediera.

De algún modo sabía que si perdía a una tercera esposa en el parto todo se acabaría, no podría asumir la culpa y menos aún con Susan cuando ella era... era... mucho más de lo que podía haber deseado de una esposa. Hasta ahora se había conformado con que fuera correcta, leal y cumpliera sus obligaciones, pero después de como se había entregado a él, de todo lo que le había hecho sentir, era impensable pensar en la idea de suplantarla o en la mera mención de creer que podría dejar de existir.

No podía hacer frente a ese sentimiento de pánico que de pronto le había recorrido las entrañas y menos aún al hecho de que todo fuera por su entera y absoluta culpa de desear ese heredero.

Tenía presente que aportar un heredero al ducado era su responsabilidad y cumplir con dicha tarea le estaba suponiendo una carga muy pesada que llevar a su espalda, a la vista estaba con sus dos esposas muertas. Si al menos una de ellas le hubiera dado un varón, se habría planteado la posibilidad de no volver a casarse jamás y de no hacer pasar de nuevo a una mujer por algo similar, pero las palabras de su abuelo dictaminando el deber que tenía hacia su apellido, hacia su familia y hacia su padre que había muerto sin más

descendencia que él, le hacían correr ese riesgo de nuevo y buscar el ansiado heredero del apellido y ducado Buccleuch.

Si Susan le daba ese varón, si su esposa por fin le diera lo que tanto anhelaba, a Dios ponía por testigo que no le haría volver a pasar de nuevo ese tormento y que jamás volvería a dejarla embarazada, pero rogaba al cielo que viviera al parto, que se quedase con él y que no pagara por sus pecados.

Aquella mañana Aaron se despertó más temprano incluso de lo habitual, probablemente porque no había descansado bien y porque tras varias semanas durmiendo en la misma cama que la de su esposa de un modo u otro la extrañó. Se había acostumbrado a la tibieza de su cuerpo, a esa sedosa piel que le encantaba acariciar y lo cierto es que no tenerla, no poseerla, había conseguido que no pudiera conciliar un sueño profundo. Le esperaban largos meses de agonía sumado a la preocupación que de por sí existía por el parto. Lo mejor era ocupar su mente con trabajo, probablemente le diría al duque de Sylverston que era mejor aplazar lo que pretendía hacer con sus negocios, tal vez justo ahora le vendría bien no tener que delegar en nadie y asumir absolutamente el control de todo para no tener tiempo alguno de pensar en su bella esposa y en las consecuencias desastrosas que podría acabar aquello.

—Buenos días excelencia. —Anunció la señora Edna entrando en el comedor un tanto sorprendida.

Probablemente era la primera vez que Aaron madrugaba tanto, y más aún que tomaba su desayuno a esas horas porque la mayoría de ocasiones lo había hecho en su despacho.

—Buenos días señora Edna —contestó con el mismo tono formal con el que siempre se dirigía hacia la que fue su suegra.

—Imagino que si se ha levantado tan temprano es porque tiene asuntos

urgentes que atender, ¿Le esperaremos a la hora de almorzar? —preguntó atenta la anciana mujer mientras se servía el té.

—No —negó pensando que no volvería, tenía que evitar a toda costa a su esposa, al menos los primeros días hasta hacerse a la idea de su estado. Solo de pensar en verla le consumía esa culpabilidad creciente en su pecho—, no volveré hasta la cena —admitió sin entrar en detalles puesto que no quería que descubriera que solo se trataba de una vaga excusa.

—¿Quiere que se lo mencione a la duquesa o ella está al tanto? —preguntó la mujer mientras untaba mantequilla en uno de los panecillos.

—Le agradecería que se lo comunicara usted si no le importa. También me gustaría mencionarle que la duquesa se encuentra en estado de buena esperanza —dijo sin darle mucha emoción a sus palabras—, así que mencione al personal que la dejen dormir hasta que a ella le plazca y tengan en cuenta sus preferencias a la hora de servir la mesa.

—¡Oh por supuesto! —exclamó la mujer sorprendida y no se lograba entender si era de alegría o desconcierto—. Imagino que le debo dar la enhorabuena excelencia. Esperemos que por fin tenga su heredero.

—Si —afirmó levantándose y colocándose bien el chaleco—. Eso espero. Que tenga un buen día —añadió antes de marcharse tras el gesto de cabeza de la señora Edna como despedida.

Era consciente de que en el futuro tendría que deshacerse de aquella mujer, pero le estaba tan agradecido por los años en los que había cuidado de sus hijas que no encontraba la manera de decirle que se marchara. Sabía que no tenía más familia que su nieta, por desgracia la poca familia que aún conservaba, eran parientes lejanos que se habían ido a vivir a las américas, por lo que suponía que en algún momento dado tendría que comprar una



pequeña casa donde instalar a la mujer y que pudiera seguir manteniendo la relación con el único pariente que le quedaba; su hija Madeleine. Hasta que ese momento llegara, quizá era posible que les viniera bien que se encontrara en la casa, puesto que cuando el estado de embarazo de Susan fuera avanzado, podría serle muy útil cuidando a las pequeñas.

Se imaginó por un momento como sería la imagen de su bella esposa con una enorme panza donde albergaba a su hijo y el sentimiento que le sobrecogió fue muy distinto a lo que había experimentado con anterioridad. No sabía exactamente debido a qué era o cuál era la causa, pero aquella imagen que trataba de imaginarse solo le provocaba una ternura infinita, como si de algún modo sintiera que con ella todo era distinto, muy diferente hasta lo ahora vivido.

Susan despertó algo desorientada, en algún momento de la noche había ido hasta su cama arrastrándose entre el dolor de su lamento y se había metido entre las sábanas aferrándose a la almohada para atrapar así su desconsuelo entre lágrimas. No supo la hora que sería cuando al fin logró conciliar el sueño, pero tenía claro que su rostro reflejaría de una u otra forma las lágrimas derramadas que no habían sido precisamente pocas. Se aventuró a levantarse y comprobó que su doncella aún no había acudido a traerle agua fresca, ni tampoco la había despertado por lo que creyó que tal vez aún era demasiado temprano así que decidió quedarse durante unos minutos mirando hacia la luz que se filtraba por la ventana, pensando que era lo que debía hacer para recuperar de nuevo a su esposo.

La idea más sensata probablemente sería hablar con Emily. Su amiga llevaba muchos más años de casada que ninguna otra de sus conocidas y contaba con la experiencia de un esposo en la misma posición y tesitura que lo estaba el suyo. Además, de todas sus amigas por una u otra razón, Emily era a pesar de

ser la más joven de todas ellas, quien tenía una respuesta mucho más razonada de los hechos. Si. Definitivamente era ella con quien debía hablar inmediatamente para desahogar sus pensamientos.

Llamó a la campana para avisar que su doncella se presenciara en su recámara e instantes después observó a Esther entrando por la puerta con una jarra de cerámica que con toda seguridad portaría agua fresca.

—Buenos días mi *lady* —anunció con entusiasmo la doncella vertiendo el agua en la palangana y comenzando a ventilar la habitación.

—Buenos días Esther —contestó Susan—, ¿Es muy temprano? —preguntó completamente desconcertada.

—En absoluto mi *lady*. Ya es media mañana, pero su esposo dejó dicho que no la despertáramos dado su estado.

—¿Su excelencia mencionó expresamente que me dejaran descansar? —exclamó Susan completamente absorta ante aquella confesión de su doncella.

Esther no dejaba de moverse por la habitación de un lado a otro adecentando la estancia, como si aquella conversación fuera de lo más trivial pese a que no lo fuera.

—Si mi *lady* —afirmó recogiendo el vestido que su dama había llevado el día anterior para abullonarlo y colocarlo debidamente en el armario—. Se lo dijo a la señora Edna y ahora toda la casa sabe que usted está embarazada.

En aquel momento Susan no sabía si alegrarse o no de saber aquello. Aunque confesar la noticia no tuvo la reacción que ella habría imaginado, lo cierto es que tal parecía que su esposo estaba tomando las medidas oportunas para que ella se sintiera cómoda. Se preocupaba por ella, ¿Y si de algún modo no acudió a su lecho por esa razón? Tal vez creyó que enfadado no era la mejor

manera de acercarse a ella. Si, debía ser eso. Probablemente Aaron volvería de nuevo a su lecho cuando se enfriaran esos pensamientos que le habían hecho desconfiar de ella.

Bajó a desayunar y sorpresivamente cuando pensó que lo haría sola, el ama de llaves Eloise hizo acto de presencia con una afable sonrisa que conmocionó a Susan.

—¡Por fin su excelencia tendrá un heredero! —exclamó la mujer en un tono de lo más chillón—, porque debe ser un heredero o creerán que está maldito si trae a otra niña al mundo. Dios sabe cuánto ha debido pasar ese hombre con dos esposas enterradas que solo le han dado hijas, pero seguro que con usted es distinto. ¡A la tercera va la vencida! —exclamó sirviéndole el té y por alguna razón el simple olor de aquel líquido provocó náuseas en Susan.

—Lo siento —dijo llevándose la servilleta al rostro para evitar el desagradable olor que por alguna razón detestaba.

—No lo sienta mi *lady* —contestó afablemente la mujer—, quizá no le siente bien tomar el té para desayunar, notará que su olfato es ahora mucho más desarrollado que antes y probablemente olores que antes no detestaba, ahora sí lo haga. Aún recuerdo que en uno de mis embarazos no pude probar el salmón durante nueve meses, solo de pensar en ese olor me descomponía y fíjese que es uno de mis platos favoritos —continuó diciendo la buena mujer mientras le servían una fuente de pastelitos de crema.

—Pues definitivamente mi predilección por los pastelitos de crema no se ha ido —mencionó Susan sonriente cogiendo uno de ellos—, de hecho casi podría afirmar que ha aumentado y sería conveniente que los retiraran de inmediato —añadió devorando uno de ellos.

—¡Oh no! —exclamó aturdida la señora Eloise—, su excelencia ha sido bien

claro en decir que debemos satisfacer sus gustos, así que dígame, ¿Qué le apetece para almorzar?

—Querida Eloise —dijo entonces la señora Edna entrando en el comedor como si las voces la hubieran llamado para presenciarse en la estancia—. ¿No debería estar haciendo algo útil en lugar de entretener a la duquesa?

—¡Oh! Disculpe señora Edna, yo solo quería felicitar a *lady* Susan y confirmar que todo era de su gusto.

—Pues si es así, tráigale el té que siempre toma por el desayuno, porque parece haberse descuidado —añadió observando la mesa.

—No deseo tomar el té —contestó Susan lo suficientemente tajante para que entendiera que sobre la señora Edna mandaba ella—, y me complace hablar con la señora Eloise, así que si no le importa me gustaría que nos dejara a solas.

—Claro... desde luego —comentó la mujer fingiendo una sonrisa—, las dejo a solas entonces y felicitaciones por su nuevo estado.

En cuanto aquella ingrata mujer salió del comedor, a Susan casi se le escapa un suspiro de alivio. No entendía porqué se comportaba de aquella forma tan altiva e insufrible al mismo tiempo. Era como si tuviera algo en contra de ella cuando lo único por lo que la había amonestado era por pegar a las niñas. Probablemente su esposo tuviera razón y debería tratarla con cordialidad, después de todo ella era la abuela de una de las hijas del duque, le había ayudado cuidando a las niñas pese a que no considerase que lo hacía de la mejor manera durante todos aquellos años y tal vez a su manera, aquella mujer pensaba que lo estaba haciendo de la mejor manera.

—Si me permite el comentario mi *lady*, ya era hora que alguien pusiera en su lugar a esa señora —susurró Eloise acercándose hasta su señora—, se toma

demasiadas libertades en esta casa como si fuera la dueña y señora de este hogar cuando desde hace meses lo es usted, pero como su excelencia no le pone límites, ella sigue haciendo y deshaciendo a su antojo. Hace poco, despidió al sobrino de la cocinera porque no le llevó la leña para la chimenea de su habitación antes que a las pequeñas.

—¿Y a su excelencia le pareció bien ese gesto? —gimió Susan abriendo enormemente los ojos ante tal falta de respeto.

—Su excelencia no interviene en ningún asunto de la casa mi *lady* —afirmó el ama de llaves—, con todos los negocios que absorben su tiempo, él no desea escuchar los inconvenientes que aquí puedan producirse. Todas las veces que su ayuda de cámara o yo hemos intentado decírselo durante estos años, nos dice que lo solucionemos con la señora Edna, que ella es quien gestiona la casa.

—¿Y porqué no me lo mencionaron antes? —preguntó Susan atónita ante la situación.

—Mi *lady*... usted no parecía mostrar interés alguno en ponerse en su lugar desde que llegó. De hecho, todos pensamos que delegaría en la señora Edna como lo hicieron las dos esposas que tuvo el duque. Ella lleva años dirigiendo esta casa y cuando supimos que su excelencia delegó la educación de las niñas en usted, nos alegramos muchísimo.

—Si —afirmó Susan—, quizá deba asumir parte de mi culpa por no mostrar interés alguno en todas las funciones que me corresponden, aunque es cierto que cuando llegué me encontré que esa mujer parecía dirigir esta casa y al principio pensé que si intentaba ocupar ese lugar pese a ser el que me corresponde, de algún modo haría que ella se sintiera mal y no pretendía perjudicarla. Después de su comportamiento y de todo lo que me está

contando, creo que va siendo hora de hacerle entender quién es realmente la señora y dueña de esta casa. Dígale a la cocinera que quiero de regreso a su sobrino inmediatamente y que si la señora Edna intenta echarle, tendrá que responder ante mi.

—Desde luego mi *lady* —contestó la mujer con entusiasmo—. Puedo asegurar que el chico es un buen muchacho y no se arrepentirá —afirmó antes de salir del comedor con cierta premura.

No sabía muy bien si estaba o no haciendo lo correcto, lo que menos le entusiasmaba en aquel instante es hacer algo que pusiera aún más en su contra a su esposo, pero no pensaba permitir que aquella mujer abusara de su autoridad porque todos estos años así lo había hecho. No. Su deber y lugar era ese, por tanto no iba a permitir que la señora Edna se propasara más de lo que lo había hecho y si era necesario recalcarle cuáles eran sus límites, no tendría ninguna objeción en hacerlo así tuviera que enfrentarse a su propio marido.

La idea inicial que había tenido de salir para visitar a Emily fue aplazada por el interés que mostró en interesarse en las tareas que le correspondían en aquella casa.

Su deber era controlar las cuentas de gastos, supervisar las listas de compra y gestionar los menús de las comidas que se servirían. Podría decretar los cambios que quisiera oportunos en alguna de las estancias, la compra de muebles, tapices, cortinas o textiles para renovar el mobiliario. Pensó que iba siendo hora de darle su toque personal a la casa, una casa que no tenía su esencia y probablemente tampoco la del duque puesto que aún recordaba el poco tiempo que hacía que vivían oficialmente en ella. Quería más luz, más vida y desde luego mucha más alegría que aquellos muebles lúgubres de algunas estancias y cortinas espesas. Aunque la tapicería no estaba nada mal,

bien era cierto que no estaba completamente a la moda y quizá lo único que se podía salvar era el mobiliario de la mayor parte de la casa que sí estaba en perfectas condiciones.

A la cocina también le hacía falta algún retoque, por lo que creyó oportuno ir poco a poco para avanzar hasta redecorar toda la casa; quizá había encontrado un pasatiempo en el que sentirse útil después de todo y así tener algo de lo que acercarse para entablar conversación con su esposo.

Dos semanas después de que Susan le comunicara la noticia a su esposo sobre su estado, apenas había podido lidiar palabra alguna con él. No volvía para almorzar a pesar de sus esfuerzos en que todo estuviera absolutamente delicioso y cuando regresaba a casa se encerraba en aquel despacho infernal que había comenzado a detestar saliendo únicamente para compartir la cena junto a ella y la señora Edna que parecía cada vez más disgustada por relevarla de sus funciones a pesar de que no parecía haber puesto queja alguna al respecto.

Susan se había centrado en intentar llamar la atención de su marido y que viera sus esfuerzos, pero ni tan siquiera había elogiado la elección del menú o los cambios que había hecho en la casa, así que al sexto día de pasar completamente inadvertida se dio por vencida creyendo que aquello no conseguiría que regresara de nuevo a ella y decidió visitar a su amiga para revelar todas sus incertidumbres y miedos.

Cuando llegó a Lynet's le informaron de que la duquesa no se encontraba allí y que últimamente frecuentaba poco el lugar, así que decidió visitarla en casa,



pero para su absoluto pesar tampoco estaba por lo dejó una nota de aviso al mayordomo indicando que necesitaba hablar con *lady* Emily lo antes posible y que esperaba una contestación por parte de la duquesa cuando fuera posible.

Aquella misma tarde la gran duquesa de Sylverston se presentó en casa de Susan sin enviar siquiera una nota de sus intenciones y Susan abrazó agradecida a su amiga por haber acudido tan rápidamente a su llamada mientras la acompañaba hacia la salita privada que era de su uso exclusivo.

—Lamento haberme presentado sin avisar, pero el mayordomo me comunicó que parecías algo nerviosa y me escapé en cuanto pude —confesó Emily sentándose en uno de los sillones con su evidente vientre abultado.

Por un momento Susan la observó pensando que en tan solo unos meses se vería de la misma forma, su amiga estaba a punto de entrar en el último trimestre de embarazo, por lo que era normal que se apreciara tanto, en cambio en ella aún no había signos apreciables salvo por una ligerísima curva apenas perceptible ya que estaba de muy poco tiempo todavía.

—No tienes que disculparte, más bien yo debería hacerlo porque tampoco envié ningún aviso cuando me presencié en tu casa después de que en Lynet's me dijeran que no estabas, pero necesitaba desesperadamente hablar con alguien y aunque pensé en acudir a casa de Catherine o Julia, de algún modo creí que tú eras la única que podría ayudarme.

—¿Yo?, ¿Por qué piensas eso?, ¿Qué es lo que te preocupa? —exclamó Emily justo antes de que una de las doncellas llamara cuidadosamente a la puerta y abriera.

—Mi *lady*, la señora Eloise me envía para saber si desea que les sirvan el té.

Susan miró a Emily que afirmaba con un gesto y contestó a la doncella que lo

sirvieran inmediatamente.

—Hace unos días descubrí que estoy esperando un hijo del duque —afirmó e inevitablemente sonrió ante revelar aquella noticia a pesar de que aún era muy pronto para que saliera de los muros de aquella casa.

—¡Eso es una maravillosa noticia, Susan! —contestó Emily acariciando el brazo de su amiga. Probablemente no intuía que podía preocuparle entonces si su deseo era precisamente ese, darle un heredero a su esposo.

—Si. Lo cierto es que sería inmensamente feliz si no fuera porque mi esposo me evita desde entonces —confesó Susan algo abrumada.

—¿Qué? —gritó algo desorientada una Emily confusa y en ese instante la doncella entró en la estancia con la bandeja propiamente abastecida para servir el té.

Guardaron un sepulcral silencio mientras la empleada servía las tazas y les dejaba unas galletas de mantequilla recién horneadas antes de marcharse.

—Hace dos semanas fui a la consulta del doctor para que me confirmase la noticia, pero le dije a mi esposo que en realidad había pasado la tarde en Lynet's, contigo. —Comenzó a contar Susan—. Por alguna razón él supo que mentía y estaba completamente furioso, jamás le había visto de ese modo... fue entonces cuando le confesé la verdad, que realmente había estado en la consulta del doctor para confirmar mis sospechas, pero que no lo había revelado porque quería comunicarle la noticia en privado. Desde ese momento me evita como la peste Emily, no ha vuelto a acudir a mi lecho, casi nunca pasa tiempo en casa y el poco que lo hace se encierra en ese despacho infernal. He tratado de llamar su atención de todas las formas posibles, he intentado que vea los cambios que estoy haciendo en la casa o lo mucho que me esfuerzo para ser una buena esposa, pero en lugar de progresar

cada vez creo que doy un paso hacia atrás. No sé que hacer para que confíe en mí, para que se de cuenta que yo jamás le quise mentir.

Emily tomó la taza que le habían servido como si estuviera pensando en toda la información que su amiga le acababa de contar y degustando un sorbo hizo un gesto de contrariedad volviéndola a dejar en su lugar.

—¡Caray!, ¡Sí que te gusta tomar el té fuerte! —exclamó cogiendo una de las servilletas y limpiándose los labios para coger una de las galletas de mantequilla y eliminar el sabor del té.

Susan repitió el gesto de su amiga cogiendo su taza y cuando dando un gran sorbo notó que efectivamente estaba bastante más cargado y fuerte de lo habitual, pero llevaba tanto tiempo sin tomarlo, que no sabía hasta que punto era o no normal. Quizá solo lo notaban ellas debido a su estado.

—Tal vez seamos nosotras quienes nos damos cuenta debido al embarazo o quizá es que a la señora Eloise se le ha pasado la mano —sonrió Susan esperando ahora sí, la respuesta de su amiga a su confesión.

—La verdad es que lo que me cuentas de tu esposo mi querida amiga, me resulta bastante extraño, más aún teniendo en cuenta que justo hace dos semanas vino a mi casa para hablar con Henry sobre negocios.

—¿Estuvo en tu casa? —exclamó Susan comprendiendo que quizá por esa razón sabía que ella le había mentido.

—Efectivamente. Según me contó Henry, el duque de Buccleuch se había interesado recientemente por conocer de primera mano como gestionaba mi esposo sus finanzas para tener tiempo libre sin ser un esclavo de los negocios. Al parecer tal era su interés, que pidió expresamente a Henry que le ayudara en dicha tarea, porque deseaba tener tiempo libre y mi esposo accedió a ayudarlo por supuesto.

—No es posible —susurró Susan—, si las últimas semanas parece incluso más ocupado que antes...

—Puedo preguntarle a Henry si es normal que sea así al principio, pero quizá esa no sea la respuesta a tus preguntas... si me dices que dejó de acudir a tu lecho, que te evita, es muy probable que lo haga porque crea que no puede acercarse a ti en tu estado o más bien crea que no deseas que lo haga.

—No lo entiendo, ¿Crees que me evita porque cree que es lo que yo deseo?  
—gimió sin entender absolutamente nada.

—Recuerdo perfectamente que hubo una ocasión en la que por más que trataba de seducir a mi esposo viviendo en la misma casa, él no se acercaba a mi porque creía que yo no lo deseaba —confesó Emily recordando años atrás cuando mantenía probablemente la misma incertidumbre que poseía su amiga, a pesar de tener otros miedos—. La mente de un hombre funciona de forma distinta, es muy probable que a menos que confieses tus deseos, él no sea consciente de ellos y habrá formulado sus propias conclusiones, quizá basadas en sus anteriores matrimonios o tal vez porque crea que es lo correcto.

—¿Crees entonces que debería confesarle lo que siento?, ¿Lo que deseo? —preguntó a pesar de que sabía lo duro que resultaría decirle aquello, más aún teniendo en cuenta que apenas le había visto en aquellas dos semanas por lo poco que se había dejado caer por casa.

—Si de algo te sirve mi propia experiencia, te aseguro que es lo mejor que podrías hacer en estos momentos —aseguró Emily convencida de que probablemente todo aquello sería un mal entendimiento. No era normal que si el duque de Buccleuch había mostrado interés en pasar el tiempo con su esposa como le había confesado a su esposo Henry, de pronto se alejara tanto

de ella que la evitase a toda costa. Dudaba que fuera simplemente porque le hubiese dicho una pequeña mentira piadosa, más aún cuando su amiga le confesó que estaba esperando un hijo teniendo en cuenta lo que aquel caballero deseaba ese heredero. Sin duda alguna y de forma inexplicable, era muy probable que aquel hombre pensara que alejarse de su esposa era lo que debía hacer en aquel instante, después de todo, Henry también había tenido sus dudas sobre si podía permanecer junto a ella durante su embarazo—, estoy completamente convencida de que cuando le confieses que deseas que vuelva a tu lado, él probablemente te revele las razones que le han llevado a alejarse.

—Si —afirmó Susan cogiendo la taza de nuevo como si necesitara tomar algo fuerte para afianzar su confianza—. Esta misma noche lo haré. Iré hasta su habitación y le confesaré todo lo que siento.

Poco antes de la cena, Susan comenzó a sentirse inquieta, molesta, como si el hecho de saber que tenía que enfrentarle le hiciera sentir un malestar en el estómago a causa de sus nervios que le impedía estar tranquila.

Decidió tumbarse sobre la cama y tratar de relajarse. Quizá no era una buena idea bajar a cenar y tenerle frente a ella con todas aquellas palabras intentando salir de su garganta. Había deseado tanto aquel niño que llevaba en su vientre que durante aquellas dos semanas por un leve atisbo de inconsciencia deseó que no existiera para que de esta forma su esposo volviera a acudir de nuevo a su lecho. Cuando su doncella acudió para informarla de que la cena iba a ser servida, su malestar fue aún mayor y dio por sentado que era incapaz de enfrentarse a la situación, así que comunicó su decisión de permanecer en sus aposentos por encontrarse indispuesta. No sabía que era lo que le pasaba, tal vez sí; la incertidumbre de que cuando le confesara todo aquello a Aaron, él sencillamente optara por apartarla

igualmente de su lado. ¿Qué haría entonces? No podía soportar la idea de su rechazo, de su desprecio, de que no volviera jamás a tocarla y ese pesar comenzaba a ahondar con mayor fuerza en su pecho sintiendo una presión y desasosiego constante.

Un dolor punzante la despertó. Ni siquiera era consciente de que se había quedado dormida, pero cuando volvió a sentir de nuevo aquel calambre recorrer su cuerpo por completo gritó al mismo tiempo que se encogió de dolor.

—¡Susan! —La voz era profunda, fuerte, ronca y profundamente masculina.

Era Aaron. A pesar de la oscuridad que había podía percibir que era él e incluso sintió el peso de su cuerpo a su lado y de nuevo Susan sintió ese dolor que volvía a recorrerla por completo siendo imposible no proferir un aullido de estupor por ello.

—¿Qué te ocurre?, ¿Qué sucede? —exclamó Aaron preocupado e instantes después la luz de un candil se acercó hasta ella.

Cuando Susan trató de incorporarse notó la calidez de un líquido que embriagaba su entrepierna y lo supo... algo no iba bien y ese dolor no era sino fruto de que estaba perdiendo a su hijo.

—Dios mío... —gimió Aaron descubriendo la sangre que empapaba toda la cama—. Vuelvo enseguida, traeré a un médico y te pondrás bien. Por favor... quédate conmigo Susan... no te vayas... te prometo que volveré enseguida, pero no me dejes —susurró antes de salir corriendo y comenzar a gritar a diestro y siniestro por toda la casa.

Una hora más tarde el doctor Robbins entraba por la puerta de la mansión Buccleuch con premura y subía las escaleras acompañado del mayordomo hasta llegar a la habitación de la duquesa que hacía escasos minutos había

dejado de quejarse por aquellos fuertes dolores al perder la conciencia.

Aaron permanecía sentado a su lado mientras se llevaba las manos a la cabeza suplicando porque apareciese pronto aquel maldito médico. La doncella de Susan no dejaba de limpiar la sangre y colocar paños fríos en el rostro y cuello de *lady* Susan tratando de así aliviar la calentura que tenía la dama.

—¡Doctor!, ¡Gracias a Dios que ya está aquí! —exclamó Gladys que no sabía que más hacer junto a su sobrina para ayudar a su señora—. Se ha desmayado hace unos instantes y no hemos querido despertarla porque sigue sufriendo esos terribles calambres.

Aaron observó como el doctor Robbins se acercaba hasta la cama y palpaba el pulso de su esposa mientras él se quedaba allí observando minuciosamente, sintiéndose completamente inútil ante su desesperación.

—¿Está bien?, ¿Vivirá? —gimió Aaron sin poder acallar su conciencia.

—Excelencia, ¿Le importaría esperar fuera mientras examino a su esposa? —contestó el doctor Robbins con calma.

Aaron hizo un gesto afirmativo y salió de allí a pesar de no querer hacerlo, se dirigió al salón principal porque necesitaba urgentemente tomarse una copa o más bien varias de ellas para calmar esa ansiedad que le embriagaba.

Susan se pondría bien. No iba a perderla, ella era fuerte y decidida... estaba seguro de que superaría aquello.

El medico examino cuidadosamente a *lady* Susan bajo la atenta mirada de las dos doncellas que le asistían en todo lo que él pedía. Tras auscultarla debidamente y palpar su vientre, afirmó lo evidente; había sufrido una pérdida espontánea, algo bastante frecuente entre las damas de su condición,

pero no le dio mayor preocupación puesto que la dama a pesar del desmayo se encontraba en perfectas condiciones y su pulso era fuerte. La pérdida de sangre era normal dadas las circunstancias, por lo que le dio indicaciones a las doncellas sobre como actuar, indicando los lavados que debían hacerle y las gotas que la duquesa debería tomar durante los siguientes siete días además de guardar reposo absoluto al menos los siguientes dos días. Transcurrida esa semana, volvería a visitarla para corroborar que todo estaba perfectamente.

—Muchísimas gracias doctor —afirmó Gladys agradecida.

—No hay de qué. Asegúrese de que no se salte ni una sola de las comidas, ha perdido bastante sangre y debe recuperarse a pesar de que no presenta ningún síntoma de debilidad.

—Por supuesto doctor Robbins, yo misma me aseguraré de que coma abundantemente —insistió la mujer.

—Déjenla descansar durante unas horas, ahora duerme profundamente, pero si no despierta en la mañana, utilicen las sales para conseguir que lo haga. Es muy importante que tome las gotas.

—Así lo haremos —afirmó Gladys ocupándose personalmente de asistir a *lady* Susan. Para ella, aquella dama era casi como una hija teniendo en cuenta los años que llevaba a su lado.

Conforme bajaba las escaleras el doctor Robbins para marcharse de nuevo a su casa, Aaron escuchó el sonido y salió apresuradamente del salón aún con la copa en la mano.

—Su excelencia —afirmó el doctor Robbins con evidentes signos de cansancio—. No debe preocuparse, su esposa se encuentra bien. Es una mujer fuerte y sana, superará perfectamente esta pérdida y estoy seguro de que



pronto volverá a quedar de nuevo embarazada.

—Entonces... ¿Ella está bien? —preguntó Aaron sintiendo como una pequeña carga en su interior era aliviada.

—Sí. Simplemente se desmayó debido al dolor, algo que puede llegar a ser normal dadas las circunstancias, pero su pulso es fuerte y probablemente es mejor que haya sido así para que pueda descansar. Ya dejé indicaciones a sus doncellas sobre cómo proceder los próximos días, es conveniente que mantenga reposo al menos un par de días. Me pasaré a visitarla para confirmar que todo está en orden dentro de una semana.

—Por supuesto, cuando usted lo crea conveniente. Gracias por venir — afirmó Aaron ahora más relajado.

—No se preocupe mi *lord*. Es muy habitual perder al niño en el primer trimestre de embarazo, se sorprendería la cantidad de mujeres que lo hacen. No lo tome como una mala señal, su esposa es fuerte y estoy seguro de que le dará muchos hijos en el futuro.

A pesar de las palabras honestas del doctor, lo cierto era que Aaron comenzaba a pensar en descartar la idea de tener ese ansiado varón. No sabía si sería capaz de soportar el riesgo que conllevaba hacerlo, la inquietud de poder perder a Susan era mucho mayor que su deseo por tener ese heredero.

—Muchas gracias doctor Robbins, yo también lo creo —mintió mientras estrechaba la mano del médico y su mayordomo le daba el sombrero y abrigo para que éste se marchara.

A pesar de las palabras de calma que le había transmitido el doctor, Aaron fue incapaz de conciliar el sueño hasta saber que eran ciertas, hasta comprobar por él mismo que su esposa despertaba y estaba completamente bien, por eso pasó el resto de la noche paseándose en su habitación mientras

entraba cada cierto tiempo solo para comprobar que ella seguía respirando a pesar de estar plácidamente dormida y no pudo calmarse hasta que finalmente le comunicaron que se había despertado algo desorientada, solo en ese instante se abandonó al cansancio y al sueño que había acumulado durante la noche.

Susan abrió los ojos y sus párpados pesaban mucho más que de costumbre. Se sentía pesada, como si fuera incapaz de mover sus músculos con la misma ligereza que solía hacer siempre.

—Buenos días mi *lady*, ¿Qué tal se encuentra? —preguntó Gladys a su lado que permanecía sentada en uno de los sillones como si llevase bastante tiempo a su lado.

Susan observó que su doncella se levantaba y palpaba la frente dando su aprobación.

—Buenos días Gladys —contestó con voz rasposa—. ¿Dónde está Esther? —preguntó extrañándole que no fuera la sobrina de Gladys quien allí estuviera, puesto que era ahora su doncella personal para que la mujer que la había criado y acompañado durante tantos años, cuidara a las pequeñas.

—Le he pedido que estuviera con las niñas mientras yo me quedaba con usted. La pobre estaba demasiado nerviosa con todo lo ocurrido.

—¿Ocurrido?, ¿Qué ha ocurrido? —dijo entonces Susan llevándose una mano al vientre y recordó entonces lo que había sucedido la noche pasada. Aquellos dolores fuertes, esos calambres horribles y la voz de Aaron pidiéndole que no le abandonara, que volvería enseguida—. Mi hijo... —susurró estupefacta. No había sido un sueño, un horrible y fatídico sueño, sino que había sido real.

—Lo ha perdido mi *lady* —contestó Gladys con voz suave—. El doctor ha

mencionado que no debe preocuparse, puede ser habitual que ocurra en el primer trimestre y no debe lamentarse por ello. Pronto podrá volver a quedarse embarazada de nuevo, pero antes debe descansar.

Susan no mencionó palabra alguna, fuera lo que fuese que pudiera expresar en voz alta no cambiaba el hecho de que había perdido a su hijo y probablemente lo había hecho porque en lo más profundo de su alma deseo que no existiera, quiso no haberlo concebido solo porque anhelaba que él volviera a ella. Era su culpa, sería su martirio y probablemente aquella culpabilidad que la oprimía la acompañaría el resto de su vida.

Una lágrima surcó sus mejillas lamentando haber deseado aquello cuando en realidad amaba a ese ser que comenzaba a gestarse en su vientre. Debía odiarse a sí misma por ello, Dios debería castigarla negándole tener un heredero y su esposo seguramente la detestaría ahora más que antes debido a que había perdido su futuro hijo.

Ni siquiera tuvo la fuerza necesaria para preguntar por su esposo, quizá la respuesta no le agradaría, tal vez jamás volviera a mirarla de nuevo y seguramente la evitaría el resto de su existencia. Se sentía tan culpable por lo sucedido que simplemente quería dormir hasta perder la conciencia.

Durante cuatro días, Susan permaneció encastrada en aquella cama sin apenas hablar, sin apetito alguno a pesar de que Gladys la obligaba a comer intentando tentarla con succulentos platos y tomando aquellas gotas que sabían estrepitosamente mal.

—Tiene que comer mi *lady*, sabe que el doctor ha mencionado que debe alimentarse bien para recuperar fuerzas —insistió Gladys tratando de que su señora tomase otra cucharada de caldo.

—No quiero... déjame dormir, no quiero absolutamente nada —negó Susan

con la mirada perdida.

Había llorado tantas lágrimas en silencio que probablemente ya se había quedado completamente seca por dentro.

—Sabe que no me iré hasta que se lo tome, así que háganos un favor a ambas, tómelo y la dejaré descansar —insistió Gladys.

La doncella era consciente de que *lady* Susan no se encontraba bien. Había perdido su vitalidad, su brillo y probablemente sus ganas de vivir. En cuanto consiguió que entrara el alimento suficiente para quedar satisfecha, pensó que tendría que hacer algo que animara a su señora, así que sin mencionar a nadie hacia donde se dirigía, salió de casa por la puerta del servicio y se escabulló entre las calles hasta llegar a la mansión de los duques de Sheraton, donde se alojaba *lady* Julia, la mejor amiga de su señora.

Gladys sabía leer, pero no escribir. Por tanto, decidió ir personalmente a contarle tal y como estaban las cosas en lugar de mandar a uno de los empleados de la casa con el mensaje a *lady* Julia. En cuanto le contó a la duquesa de Sheraton la situación lamentable en la que se encontraba su señora, Julia no dudó un solo instante en ataviarse para salir inmediatamente a visitar a su mejor amiga.

Susan abrió los ojos cuando comenzó a escuchar voces que irrumpían en su habitación y un remolino de color bronce según podía apreciar el color del vestido no cesaba de dar órdenes.

—¡Corran las cortinas y abran las ventanas! —exclamó esa voz femenina—. Aquí huele como si llevaran meses sin ventilar la habitación, ¡Y traigan flores frescas inmediatamente!

—¿Julia? —exclamó Susan atónita de que su amiga se encontrara allí presente dando órdenes a sus empleados.

—La misma —afirmó acercándose ahora hasta la cama y sentándose a su lado—. ¿Por qué he tenido que enterarme cuatro días después lo que te ha ocurrido? Debiste informarme inmediatamente para que viniera a verte. ¡Gladys! Ve inmediatamente a la casa de los duques de Lennox e informa de lo sucedido a *lady* Catherine y después haz lo mismo en la mansión Sylverston con *lady* Emily. —Mencionó Julia en voz alta antes de dirigir la mirada hacia Susan.

—No creo que sea necesario que... —comenzó a balbucear Susan.

—¿Cómo que no es necesario? —exclamó Julia—. Más que nunca necesitas recuperarte y que estén a tu lado las personas que te aprecian y te quieren. Eres fuerte Susan, verás que esto solo es una pequeña piedra en el camino que quedará en el olvido dentro de unos meses.

—No lo creo —susurró evitando que más lágrimas escaparan de sus labios.

—Mi madre sufrió dos pérdidas antes de tener a mi hermano Robert y después de tenerme a mi sufrió otra. No es algo tan atípico, sé que tienes cierta presión por darle un heredero a tu esposo, pero no debes culpabilizarte por ello Susan. Pronto lo tendrás.

Susan no mencionó que ella deseó no tenerlo por un instante, que tuvo un momento de debilidad en el que albergó aquella idea por un segundo y que esa era la razón de su pesar, que aquel había sido su castigo como si alguien la hubiera escuchado.

Solo una hora más tarde, *lady* Catherine también hacía acto de presencia.

—¡Casi no podía creerlo cuando Gladys vino a verme! Primero Emily y ahora tu, ¿Cómo estás querida?, ¿Por qué has tardado tanto en avisar? ¡Ni siquiera sabía que estabas embarazada! —exclamó nada más entrar en la habitación y acercarse hasta la cama donde Susan se encontraba ahora

sentada con media sonrisa en los labios tras observar la preocupación de sus amigas.

—¿Emily?, ¿Qué pasa con Emily? —exclamaron Julia y Susan al mismo tiempo.

—¿No os habéis enterado? Hace unos días tuvo una leve pérdida y el médico le ha diagnosticado que corre riesgo de perderlo. Debe guardar reposo absoluto durante el resto de su embarazo si no quiere perder a su bebé —contestó resignada—. Y ella que quería que esta vez fuera absolutamente perfecto, de un modo u otro parece que siempre le sucede algo.

—¡Dios mío! —gimió Susan consternada y preocupada por su amiga—. ¡Tengo que ir a verla inmediatamente! —exclamó tratando de incorporarse.

—No, no, no —negó Julia evitando que saliera de la cama—. Llevas cuatro días guardando reposo, es mejor que vayas poco a poco y mañana mismo yo te acompañaré si quieres a visitarla. Probablemente en tu estado necesites más ayuda que ella.

—Pero... ¡Debe estar asustada! Estaba tan bien cuando vino a visitarme hace unos días... —susurró Susan pensando si le habría dolido más perder a su bebé en un estado de gestación mucho más avanzado como el de Emily o incluso después de haber nacido que conforme lo había hecho cuando ni tan siquiera había llegado a sentirlo moverse en su interior.

En aquel momento comprendió que ahogando sus penas no iba a ganar nada, que probablemente su amiga Emily estaría sufriendo aún más que ella por el temor de perder a su hijo y luchando para que aquello no sucediera.

—Yo la visité ayer Susan y aunque está algo asustada por la situación, parece muy tranquila. Está en buenas manos y lo que menos necesita es que se preocupe si se entera de lo que te ha sucedido y te ve en mal estado, por eso

lo mejor que puedes hacer por ella es recuperarte.

—Está bien —afirmó Susan dejándose caer sobre la almohada y pensando que al día siguiente pondría la mejor de sus sonrisas e iría a visitarla. Emily era una buena amiga, casi tanto como una hermana y si debía permanecer recluida durante el resto de su embarazo, sería capaz de visitarla absolutamente todos los días para que no sintiera la falta de compañía.

Poco después de que sus amigas se marcharan, pidió que preparasen el baño en su habitación, llevaba todo ese tiempo sin darse un caliente y largo baño como correspondía y a pesar de que sentía todos sus músculos pesados, se introdujo en aquella bañera plagada de pétalos con las flores que le habían traído recién cortadas del jardín bajo las órdenes de su amiga Julia y se embriagó del olor perfumado que emanaba el agua.

Pensó en su amiga Emily, en lo tranquila y serena que estaba cuando estuvo allí hacía tan solo unos días, solo unas horas antes de que ella comenzara a sentirse mal y tuviera aquellos dolores por la pérdida de su hijo... era algo extraño que a su buena amiga le hubiera pasado algo similar, aunque por fortuna ella no lo había perdido a pesar de tener el riesgo de hacerlo. Cerró los ojos sintiendo que el destino era volátil y caprichoso, hasta que inconscientemente recordó algo... el té. Ese té de sabor fuerte y cargado que le habían servido a ambas aquella tarde y del que solamente ella de las dos, tomó todo el contenido de la taza. Tenía un olor peculiar y un color más oscuro incluso que de costumbre, pero que no le dio la mayor importancia hasta ahora.

¿Tendría algo que ver aquello con lo que le había ocurrido a ambas? Quizá cuando visitara a Emily al día siguiente y le preguntase exactamente por lo sucedido podría atar cabos. Una inquietud se apoderó de ella pensando por una décima de segundo que tal vez no era la propia causante de haber perdido

a su hijo.



En el momento que Susan se encontraba relajada con un paño doblado bajo el cuello para su comodidad y escuchó el sonido de la puerta. Pensó que Gladys habría regresado para decirle que ya era suficiente por hoy, probablemente el agua se habría enfriado a pesar de que ella no lo notase y quizá la doncella tendría razón por más cómoda que allí se encontrase. Percatándose mejor del ruido que hacían esos pasos supo que el efecto que provocaban las pisadas en aquel suelo de madera no era propiamente de su doncella, así que abrió los ojos repentinamente para encontrarse con el autor de sus desvelos, el propietario de su cuerpo y el dueño de su alma; el duque de Buccleuch.

—Aaron —susurró en un aullido casi imperceptible ante la sorpresa que estuviera allí frente a ella y que ni tan siquiera hubiera pedido permiso para entrar, aunque ahora que lo pensaba detenidamente jamás lo había hecho, él siempre había entrado en su habitación a placer, nunca esperando una respuesta al otro lado de la puerta como se suponía que debería ser.

—Pensé que estarías dormida —contestó algo confuso, como si la idea de ser descubierto no terminara de agradarle—. Te vi con los ojos cerrados.

—Solo estaba descansando —afirmó Susan algo nerviosa. Después de tanto tiempo en el que se habían mantenido distanciados, observando como él parecía evitarla y consumido en el trabajo, resultaba extraño que estuviera allí de nuevo cerca de ella.

Aaron se agachó e introdujo dos dedos en el agua para notar la temperatura de ésta. Cogió entonces una de las jarras que aún permanecían calientes cerca de la chimenea y la volcó sobre la bañera haciendo que ésta aumentara su temperatura.

—¿Te encuentras mejor?, ¿Sientes dolor? —preguntó refiriéndose a la pérdida del hijo que estaban esperando.

—Ya no siento dolor. Al menos no dolor físico —aseguró Susan bajando la mirada porque no quería que la culpabilizara de aquello.

—¡Ey!, ¡Mírame! —exclamó con cierta calma al ver aquel rostro cabizbajo. Había pensado que era mejor estar alejado de ella mientras se recuperaba, no sabía como se suponía que tenía que tratarla, ni tampoco si se sentía cómoda estando en su presencia, así que había optado por la opción más fácil que era la de esconderse en el trabajo, solo que ahora no estaba del todo seguro si aquello había sido lo adecuado—. No debes responsabilizarte de ello, no fue tu culpa —susurró e inevitablemente llevó una de sus manos a la mejilla para acariciarla.

Susan sintió el suave roce de los dedos del duque en su piel y se acercó a él como quien una polilla se acerca hacia la luz del fuego a pesar de saber que puede quemarse.

—¿No me odias por perder al que podría ser tu heredero al ducado? —susurró con voz entrecortada.

—Jamás osaría pensar tal cosa de ti. Yo nunca te culparía de lo ocurrido ¿Por

qué piensas algo así? —preguntó completamente consternado y supuso que su comportamiento de las últimas semanas quizá no habría ayudado.

—Yo... bueno... mi deber es darte un heredero y lo he perdido.

—Lo que ahora me preocupa realmente es que tú estés bien. Eres mi esposa y como ya te advertí más de una vez, yo cuido de lo que me pertenece — decretó antes de hundir sus brazos en la bañera no importándole empapar su camisa y alzándola en brazos completamente empapada para que no tuviera que hacer ningún esfuerzo.

Susan se apoyó sobre el cuerpo de su esposo a pesar de saber que le estaba mojando todas las prendas de vestir y cuando éste la dejó sobre el suelo se apoyó ligeramente dejándose caer sobre el cuerpo de Aaron para estabilizarse. Con sumo cuidado la envolvió en un paño limpio y volvió a alzarla llevándola junto a la chimenea para que se secara, depositándola sobre un suave y mullido sillón en el que Susan se encogió al abandonar la tibieza de sus brazos.

—¿Has tenido mucho trabajo en las ultimas semanas? —preguntó Susan tratando de entablar conversación, de algún modo deseaba retenerle, no quería que se marchara pronto.

—Si —afirmó añadiendo leña al fuego para que éste se volviera más intenso —. Bastante más del habitual —mintió descabelladamente, pero no afirmar aquello suponía confirmar que huía de ella y sobre todo de su cuerpo.

—Espero que todo vaya bien —dijo ahora Susan sintiéndose culpable porque probablemente su esposo debía estar agobiado con los negocios y ella había pensado que la estaba evitando, cuando con toda seguridad tenía suficientes preocupaciones como para ser ella misma otra de ellas.

—Todo va bien. Solo son algunos cambios que planeo hacer a largo plazo y

que ahora absorben algo más de mi tiempo —confesó de forma vagamente incierta, pero con algún atisbo de verdad en sus palabras—. Las niñas han estado preguntando por ti estos días —añadió Aaron acercándose ahora hasta su esposa y sentándose al lado en una pequeña butaca—. Deseaban entrar a verte, pero la señora Edna creyó que no sería conveniente.

La señora Edna, pensó Susan. Esa mujer siempre metiéndose en lugares donde no le correspondían, pero aquel no era ni el momento ni el lugar para arremeter en su contra.

—Estoy deseando verlas, creo que ya me siento lo suficientemente bien para volver a mi rutina normal. Mañana mismo saldré a visitar a *lady* Emily, esta vez de verdad —añadió con una vaga sonrisa—, hoy me enteré de que al parecer debe guardar reposo el resto de su embarazo si no desea perder al hijo que espera.

—¿*Lady* Emily corre peligro? —preguntó Aaron algo extrañado. Hacía solo unas semanas que la había visto en perfecto estado.

—Más bien su hijo, ella parece encontrarse perfectamente, pero supongo que mañana me informaré de todo por la propia duquesa de Sylverston.

—Si te sientes lo suficientemente bien para ir, me complacerá que vayas a visitarla. Es más, te puedo acompañar yo mismo si lo deseas, así podré hablar con *lord* Sylverston en privado.

La sorpresa de que su esposo se ofreciera a acompañarla la sorprendió, obviamente no se negó a su propuesta, sino que aceptó encantada.

—Me encantaría que me acompañaras —contestó Susan girando su rostro hacia él para observar el brillo que el fuego reflejaba en su rostro y se deleitó observando cada rasgo de su perfil, donde la luz anaranjada acentuaba su leve barba.

—Le enviaré una nota al duque avisándole de nuestra llegada a la hora de tomar el té y si te sientes lo suficientemente bien, quizá podamos dar un pequeño paseo por Hyde Park de regreso.

—¡Eso sería estupendo! —exclamó abalanzándose sobre su esposo sin siquiera pensarlo detenidamente, pero, ¿No estarás demasiado ocupado para ello? No me gustaría que... —Comenzó a decir apartándose de él y tratando de buscar sus ojos para evaluar su rostro hasta que él la acalló acercando sus labios inesperadamente ante la sorpresa de Susan.

Probar de nuevo los labios del duque era como saborear el firmamento si es que aquello fuese posible. El movimiento de su boca hizo que se acercara a él para apoyar las manos en su pecho y buscar su contacto inminente.

Aaron la apretó contra él a pesar de tener aún la camisa empapada, pero en aquel momento era lo que menos le importaba, solo podía pensar en la dulce boca y los jugosos labios que tanto había añorado de su esposa.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse mientras alguien parecía tararear una canción. Ante aquel ruido, Aaron se alejó sobresaltado y se incorporó rápidamente de su asiento.

—¡Oh, mi *lord*! —exclamó Gladys—. No sabía que usted estaba... yo no podía saber que usted... que estaba... que... —La doncella era incapaz de terminar la frase cuando sus ojos se fueron a los de *lady* Susan que parecía algo aturdida con el cabello mojado y envuelta en aquel paño semi-desnuda.

—No se preocupe, ya me marchaba —contestó Aaron con voz firme—. Que descanses, querida —añadió antes de emprender el camino hacia la puerta que daba a su alcoba.

Susan se llevó la mano a los labios que aún permanecían hinchados por aquel furtivo beso cargado de pasión y deseo. Él aún la deseaba, él aún la anhelaba,

él aún la ansiaba. No la odiaba como había pensado en un principio, ni tampoco la culpabilizaba de lo sucedido, de un modo u otro estaba segura que solo era cuestión de tiempo que regresara a su habitación, a su lecho, a sus brazos de nuevo.

—¿He interrumpido algo mi *lady*? —preguntó inquieta Gladys mientras se acercaba a su señora para cepillar el cabello suavemente.

—Quizá —susurró Susan con una vaga sonrisa mientras se giraba para ver a su doncella—, aunque no debes preocuparte por ello.

Aún no podría yacer con su esposo aunque quisiera, probablemente seguiría sangrando durante varios días más por la interrupción de su embarazo. Tal vez el propio doctor Robbins cuando viniera a visitarla en tres días podría decirle cuando podría volver a quedar de nuevo en estado.

—La próxima vez llamaré en lugar de dar por sentado que la encontraría a solas —contestó la doncella para sentirse más cómoda.

—Si. Tal vez sea conveniente dada la situación —afirmó Susan dejándose cepillar el cabello—. Mañana iré a ver a *lady* Emily acompañada del duque, ¿Podrías tener listo el vestido azul con brocado de color oro que aún no he estrenado?

—¿No cree que es un poco inapropiado para una visita? —afirmó la doncella algo extrañada.

—Me apetece estrenar ese vestido. Además, es un vestido de día y probablemente vayamos a dar un paseo por Hyde Park a la vuelta.

No añadió que lo que realmente quería era sentirse deseada, especialmente hermosa si iba a salir con él. Más que nada en el mundo deseaba que él no dejase de mirarla ni un solo instante, ni un solo segundo y sentir que de

nuevo volvían a estar juntos.

Tal vez a partir del día siguiente las cosas volverían a ser como antes, que de algún modo él volvería a ella y esta vez sí conseguiría acercarse lo suficiente para que se abriera. La sola idea de pensar en que volvería a dormir entre sus brazos hacía que su corazón se agitase y se deleitara en su propia ensoñación. Definitivamente aquello era amor como no podía ser de otra forma y ella estaba completamente enamorada de su esposo.

Aquella mañana Susan despertó mucho más entusiasmada de lo que lo había hecho los últimos días. Quizá era el primer día que después de lo sucedido se encontraba con el ánimo suficiente para enfrentarse a sus tareas. Echaba en falta ver a las pequeñas a las cuales le había cogido tanta estima, aunque reconocía que esos días que había pasado empotrada en aquella cama apenas había pensado en ellas, en que ahora eran su responsabilidad y que probablemente debían estar asustadas por si perdían de nuevo a la que ahora consideraban su madre.

Con aquella idea se regañó mentalmente. No podía ser egoísta, ya no. Madeleine y Diane eran ahora su responsabilidad y respondía ante ellas como si fueran sus hijas. Es cierto que contaba con la ayuda del personal para asistirles, pero no volvería a fallar en ese asunto, aunque la pena y el dolor la consumieran, jamás volvería a desaparecer de aquel modo frente a ellas.

—¡Buenos días! —exclamó con gran entusiasmo cuando las observó tomar el desayuno en absoluto silencio bajo la estricta mirada de la señora Edna.

—¡Madre!, ¡Madre! —comenzó a gritar Diane que era la más pequeña y sin duda alguna la felicidad ante aquella voz aguda e infantil provocó que Susan sonriese de verdad después de semanas sin hacerlo.

—¿Ya no está enferma? —preguntó con más cautela Madeleine.

—No —negó—. Me encuentro perfectamente, tanto es así que he decidido suspender vuestras clases y vamos a pasar toda la mañana jugando con los cachorros, ¿Qué os parece?

Ante la absoluta conmoción de las niñas que se miraron sorprendidas, la felicidad llenó sus caras y comenzaron a dar pequeños saltitos de alegría.

—No creo que deba ser conveniente en su estado *lady* Susan, puede fatigarse. Además, una dama necesita disciplina, no juegos que no la enseñarán a comportarse como tal.

—Gracias por su consejo, señora Edna —contestó Susan sin perder la sonrisa—, pero como son mi responsabilidad, seré yo quien decida que es lo que les conviene, no usted. Por cierto, eso me recuerda que debo advertirle algo... —añadió misteriosa y observó que la mujer pareció tensarse.

—Dígame, estoy a su servicio —contestó con cierto tono de desagrado que no pasó desapercibido para Susan.

—Que sea la última vez que despide a alguien del personal sin mi autorización o toma decisiones sin mi consentimiento. A partir de ahora soy yo quien tomará las decisiones en esta casa como la duquesa de Buccleuch que soy.

Susan observó como apretaba los labios y parecía reprimir una especie de bufido o desaprobación, pero por su bien más le valía no hacerlo o se atendería a las consecuencias. Con gesto afirmativo notó como la señora Edna se levantaba e inclinándose salía de aquel comedor.

Esperaba de buenas maneras que aquella mujer no supusiera un problema. Lo que menos le apetecía ahora era mantener una discusión con Aaron por el destino de aquella señora.



—Buenos días mi *lady* —anunció la señora Eloise entrando al comedor. Pese a ser el ama de llaves, solía supervisar siempre el desayuno e incluso portarlo en la mayoría de las ocasiones—. ¿Qué tal se encuentra?

—Muy bien señora Eloise, gracias —contestó Susan mientras no quitaba ojo a las pequeñas que parecían hablar entre ellas—. Avise a la institutriz que hoy puede tener el día libre, yo pasaré toda la mañana con mis hijas, quiero recuperar el tiempo perdido de estos días y me vendrá bien pasar unas horas entretenida.

—Por supuesto, si es lo que desea así será —respondió la afable mujer.

—Por cierto, me gustaría comentarle algo, aunque no sé si lo recordará... ya han pasado cinco días desde entonces —dijo Susan no sabiendo muy bien como abordar el tema o de qué forma hacerlo para que no pareciera sospechoso.

La mujer parecía lo suficientemente tranquila para tener algo que ocultar, de hecho, estaba completamente segura de que no tendría nada que ver, pero algo le incitaba a confirmarlo.

—Si puedo ayudarla en cualquier cosa, solo tiene que preguntármelo *lady* Susan.

—¿Recuerda el día que me visitó *lady* Emily? —preguntó Susan mientras daba un sorbo de té que casualmente ya no encontraba desagradable.

—Por supuesto, como olvidarlo... esa misma noche usted... bueno, todos sabemos lo que ocurrió —confirmó la señora Eloise algo turbada.

—Si. En realidad lo que venía a preguntarle no tiene nada que ver con lo que sucedió, pero recuerdo que una de las doncellas nos sirvió el té y mencionó que la había enviado usted.

—Si, yo misma envié a Beatrice para ver si las damas deseaban tomar el té — contestó la mujer como si recordase perfectamente los hechos.

—Entonces fue usted quien lo preparó, ¿no? Tenía un aroma peculiar y desearía que volviera a prepararlo...

—No tendría ningún inconveniente mi *lady*, pero es exactamente el mismo que está tomando ahora —corroboró la mujer algo confusa.

—¿Este? —exclamó Susan mirando la taza con un color mucho más claro del té que le sirvieron aquella tarde. No era el mismo, estaba segura de que no lo era.

—Siempre preparo el té del mismo modo, la única que lo hace distinto es la señora Edna que suele echarle unas hierbas especiales que dice que son muy buenas y oscurecen el color. Si quiere mi opinión, a mi su té no me gusta, pero obviamente no puedo decir nada. Desde que usted está aquí ella misma le echa esas hierbas todas las mañanas al té, hasta que hace unos días el duque se quejó del sabor porque se lo sirvieron por error y ya no ha vuelto a hacerlo.

—Tal vez tenga un recuerdo algo distorsionado de ese momento y lo recordaba mucho más agradable que ahora —admitió Susan esperando que no sospechara que estaba mintiendo.

—No se preocupe mi *lady*. A partir de ahora yo misma le serviré el té cada vez que lo desee, así esa entrometida mujer no se lo estropeará por más insistente que sea diciendo que es beneficioso para la salud —mencionó llevándose la bandeja de plata hacia la cocina y dejando a Susan sumida en una vorágine de sensaciones contradictorias.

¿Tendría algo que ver la señora Edna y su té en la interrupción de su embarazo? Probablemente hasta que no hablase con Emily no podría

constatar ese atisbo de duda que comenzaba a aumentar de tamaño convirtiéndose en algo mucho más serio de lo que en un principio había pensado.

Tal vez solo estaba imaginándose las cosas, ¿Qué motivos iba a tener esa señora para desear la muerte del hijo del duque? Entendía que pudiera tenerle resquemor o incluso cierto odio por verla como una amenaza, pero eliminando al heredero del ducado no iba a conseguir que aquello se solucionara. No. Definitivamente solo estaba divagando sobre algo que era muy probable que estuviera únicamente en su cabeza. Tal vez le estaba cogiendo demasiada antipatía a esa mujer hasta el punto de creer que sus acciones eran diabólicas y perversas.

Madeleine y Diane parecían divertirse jugando con los cachorros en el jardín y enseñándole todos los progresos a su madre. Susan estaba encantada de ver como las niñas se divertían junto a ella mientras bailaban a su alrededor al mismo tiempo que lanzaban flores y los pequeños cachorros correteaban sobre ella en un supuesto baile de hadas cuando Aaron hizo acto de presencia.

*Lord* Buccleuch había vuelto algo más temprano de lo habitual a casa, mucho más teniendo en cuenta que llevaba varias semanas sin dejarse caer a la hora del almuerzo, pero con la idea de acompañar a su esposa a la mansión de los Sylverston aprovechó para irse un poco antes y poder constatar que tal se encontraba. No había esperado divisar esa estampa donde Susan no solo estaba sonriente y tan radiante como la recordaba hacía tan solo unas semanas en la casa de campo, sino que sus hijas parecían divertirse junto a su nueva madre. Pensó por un instante que el efecto de pérdida en Susan sería muy diferente al de sus anteriores esposas, no solo haría mella en él, sino también en sus hijas y aquel miedo que había sentido en las últimas semanas ahora

disipado por saber que no corría peligro, le llevaba a anteponer sus deseos antes que su deber por primera vez en toda su vida.

—¡Padre! —gritó Diane mientras corría hacia él y le agarraba con su manita del brazo tratando de estirar para que se acercase.

—Diane, no creo que a tu padre le entusiasme la idea de unirse al baile de las hadas —mencionó Susan tratando de calmar el entusiasmo de la pequeña.

—¿Baile de las hadas? —exclamó con una vaga sonrisa como si el simple nombre al que hacía referencia le hiciera gracia.

Susan se encogió de hombros y Madeleine volvió a lanzar hojas secas mezcladas con pétalos de flores que habían deshojado sobre ellas.

—¡Somos hadas!, ¡Hermosas hadas! —exclamó Diane entusiasmada acompañando a su padre hasta donde se encontraban.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Aaron al ver el poco espacio que había en aquella pequeña manta en la que se encontraba sentada su esposa.

—¡Oh, desde luego! —afirmó Susan con entusiasmo tratando de hacerse a un lado y en cuanto Aaron se sentó al lado de su esposa, la alzó atrayéndola hacia él y colocándola sobre sus piernas ante la consternación de ella.

Las pequeñas no parecieron notar como las mejillas de su madre se teñían de rojo, ni tampoco como la proximidad entre sus padres era propiamente inadecuada, sino que seguían cantando, danzando y lanzando flores a su alrededor.

—¿Te encuentras bien? —susurró Aaron al oído de su esposa en voz baja para que nadie más le escuchara.

—Sé que todos están muy preocupados por mi, pero me encuentro muy bien,

extremadamente bien —puntualizó a pesar de que aún escondía parte de esa culpa y carga por creerse la responsable de la muerte de su hijo, pero saber que él no la culpabilizada disipaba enormemente el peso.

—¡*Lady Madeleine!*, ¡*Lady Diane!*, ¡Es hora del almuerzo! —exclamó Esther que ahora se encargaba de las pequeñas ya que Gladys había estado muy pendiente del estado de Susan.

—¡Oh!, ¿Tan pronto? —gimió Madeleine algo apenada.

—¡Vamos!, ¡Id volando como hacen las hadas! —exclamó Susan con entusiasmo y provocó una sonrisa en ambas mientras se iban corriendo hacia la doncella que las observaba sonriente agitando los brazos como si fueran alas—. Creo que ya sé que voy a regalarles estas navidades —admitió Susan pensando que apenas quedaban unas semanas para que aquellas fechas mágicas llegasen.

—¿Y tú?, ¿Qué es lo que deseas por navidades? —preguntó en aquel tono de voz firme y ronco que a Susan le provocaba todo un deleite de sensaciones.

«Que me ames» pensó ella sin expresarlo en voz alta.

Aaron rozó con su nariz la mejilla de su esposa y ésta se volvió a verle, contemplando aquellos ojos verdes tan profundos que en tantas ocasiones Susan se había perdido por lo bellos y hermosos que éstos eran.

—No deseo nada —susurró observándole fijamente—. Tal vez ese hijo que tanto necesitas —admitió con cierto pesar por haber fallado en su deber como esposa.

—Ahora solo me preocupa que tu estés bien. Puedo esperar el tiempo que sea necesario, siempre que te recuperes adecuadamente.

Aquellas palabras enternecieron a Susan hasta el punto de que sus ojos azules

se volvieron cristalinos sabiendo que él no la presionaba, no la culpaba, solamente se preocupaba por su bienestar y para ella eso era suficiente, suponía que de algún modo él la estimaba de verdad a pesar del distanciamiento que había mantenido todo ese tiempo respecto a ella.

En ese instante colocó las manos sobre el cuello de su esposo y se acercó lentamente hasta rozar sus labios con delicadeza. Hacía frío puesto que se encontraban en el exterior, pero estaba debidamente abrigada y lo cierto es que estando junto a él podía sentir como la calidez la embriagaba.

—Te he echado de menos... —susurró Susan fijando la mirada en sus labios.

Aaron no contestó, sino que entrelazó sus labios con los de ella sin poder evitarlo y se deleitó en aquel succulento beso antes de que probablemente fueran interrumpidos en cualquier momento.

Susan nunca había estado en la habitación personal de su amiga Emily, aquella sería la primera vez visitaría su alcoba y lo cierto es que sentía demasiado extraña por ello, pensó mientras entraban en la mansión Sylverston.

—Bienvenidos. Mi esposa se alegrará de verla *lady* Susan, lleva días preguntando por usted —mencionó *lord* Sylverston que salió a recibirles.

—Lamentablemente no se ha encontrado bien de salud los últimos días, por eso hemos demorado la visita, *lord* Sylverston —contestó Aaron hablando en nombre de su esposa.

—¿Ya se encuentra bien? —exclamó Henry observando detenidamente a *lady* Susan como si sopesara que aquello que hubiera tenido fuera contagioso.

—Perfectamente excelencia. No se preocupe, no era nada contagioso —contestó Susan con una vaga sonrisa—. Si me disculpan, iré a ver a *lady* Emily. Estoy segura de que tendrán cosas de las que hablar mientras tanto.

Una doncella la acompañó hasta los aposentos de la duquesa de Sylverston y

cuando entró las dejó a solas.

—¡Oh Emily! —exclamó al verla tumbada sobre la cama tratando en vano de leer un libro, pero parecía algo fatigada.

—¡Susan! —gritó Emily dejando el libro a un lado pero no moviendo ni un ápice su cuerpo aletargado—. Cuando Henry me dijo que vendría me alegré de tener visita, al menos alguien que me entretenga un par de horas. Solo llevo así unos días y ya estoy al borde de la desesperación, no sé como voy a soportar tres largos meses —añadió apesadumbrada.

—Lo harás. Por supuesto que lo harás, porque eres fuerte, valiente y decidida... pero ahora cuéntame, ¿Qué ha ocurrido? —inquirió Susan.

Emily cerró los ojos y respiró profundamente. Susan esperó que le dijera que había sufrido alguna caída, un golpe, un pie mal apoyado... algo que le condujera a pensar porqué estaba en ese estado.

—Nadie lo sabe y francamente yo sigo sin entenderlo. No noté nada, no me caí, ni me di ningún golpe... he tenido dos embarazos anteriormente y jamás me ha ocurrido algo similar. El médico dice que es extraño que ocurra, pero que se dan algunos casos, la verdad es que todo es muy raro, pero no te abrumes por esto, estoy segura de que a ti no te sucederá.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó ahora Susan con cierta inquietud y nervios al mismo tiempo.

—La noche que estuve en tu casa. Poco después de que llegase sentí un leve dolor, pero pensé que no era nada. Cuando me fui a la cama y vi la sangre comprendí que algo le sucedía a la criatura que llevaba dentro e inmediatamente Henry avisó al médico para que se presenciara en casa. Al parecer dijo que el bebé estaba bien, pero algo se había desprendido de su sitio y corría el riesgo de tener un parto prematuro, por lo que, para que eso



no suceda debía guardar absoluto reposo el resto del tiempo. Seguro que esto es un castigo por desear tener otro hijo cuando Henry no lo desea.

—Creo que no es un castigo Emily —dijo ahora con un hilo de voz y con los ojos algo cristalinos.

—¿A qué te refieres?, ¿Qué te ocurre? —dijo ahora Emily preocupada.

—Yo perdí a mi hijo esa noche —afirmó llevándose la mano a las mejillas para limpiar las lágrimas que acababan de caer—. Sin previo aviso, sin razón alguna... de pronto comencé a sentir un dolor intenso y minutos después dejó de existir en mi vientre.

—¡Dios mío Susan! —gimió Emily llevándose las manos al vientre como si tratara de protegerlo—. No lo sabía... ¡Nadie me dijo nada!

—Nadie supo nada hasta ayer. Mi doncella pensó que me vendría bien tener visita en mi lamentable estado y avisó a Julia y a Catherine, de hecho, iba a avisarte a ti también cuando Catherine le advirtió de lo que te había sucedido.

—¿Y cómo estás tu? Me imagino lo doloroso que debe haber sido para ti —constató Emily acariciándole el brazo.

Susan pensó en esos cuatro días en los que se había culpabilizado de todo, sintiéndose la persona más ruin del mundo.

—No voy a negar que no fue fácil, sobre todo porque hubo un momento en el que deseé que no existiera, por un instante quise no estar embarazada por todo lo que te conté esa misma tarde y cuando lo perdí pensé que era culpa mía, creí que de algún modo yo lo había matado por no desearlo... solo que ahora tengo serias dudas sobre lo que nos ha pasado y creo que fue intencionado —confesó casi en un susurro.

—¿Intencionado?, ¿Te refieres a perder a tu hijo y que a mi me ocurriera

esto? —exclamó Emily—. ¿Cómo iba a ser posible Susan? Probablemente solo estés buscando a un culpable y es cierto que es bastante casualidad, pero de ahí a...

—¿No recuerdas ese té que nos sirvieron? —preguntó no dejando que Emily terminase su diálogo—. Estoy completamente segura de que llevaba algo... —meditó dando rienda suelta a sus pensamientos—. Creerás que estoy loca, pero siento que esa mujer esconde mucho más de lo que aparenta, es como si algo en mi me dijera que desconfiara de ella, como un...

—Sexto sentido —corroboró Emily.

—¡Exacto! —exclamó con tanto fervor que sentía que le había quitado las palabras de su boca—. No sé que motivos tendría para hacerlo, pero te puedo asegurar que estoy casi convencida de que lo que nos ha ocurrido no ha sido casual, de que esa mujer está detrás de todo esto.

—¿Qué mujer?, ¿A quien te refieres? —preguntó Emily ahora intrigada.

—La señora Edna. Era la madre de la primera esposa que tuvo *lord* Buccleuch, la abuela de Madeleine; la hija mayor de mi esposo. Ella es quien cuidaba de las niñas y manejaba las riendas de esa casa hasta que el duque se casó conmigo.

—Entiendo que esa señora pueda ver peligrar su puesto y que obviamente se sienta desplazada hasta el punto de creer que probablemente terminen echándola, aunque la hija del duque siempre será su nieta y estoy segura de que *lord* Buccleuch le buscaría un hogar y se preocuparía porque no le faltase de nada, siendo así; ¿Qué razones iba a tener para hacer algo tan cruel como lo que supones que nos hizo? Soy la primera en desear buscar a un culpable si lo hay Susan, pero quizá te estés precipitando acusándola de algo así... —dijo Emily en cierto tono de calma. No deseaba quitarle la razón a su amiga,

pero quizá estaba sacando conclusiones precipitadas.

—Sé que no puedo acusarla sin pruebas y también sé que igual me puedo estar equivocando, pero hay algo... no sé ni qué es, pero me hace pensar que fue ella.

—Si quieres un consejo, es mejor que no menciones nada de esto hasta estar segura. Podrías poner en tu contra a tu propio esposo o buscar la ruina a una mujer que es inocente de tus acusaciones —contestó Emily calmada.

No podía considerar inocente a alguien que maltrata a unas niñas con castigos severos. Tal vez esa era la razón de su poca empatía hacia aquella mujer, que era incapaz de verla como alguien gentil y bondadoso. Quizá Emily pudiera tener la generosidad de ver gentileza en todos, ella hasta la fecha también la tenía, pero por su parte empezaba a creer que definitivamente no existía tal gentileza en la señora Edna.

Probablemente solo necesitara encontrar un culpable con quien desatar toda esa amargura que la consumía por sentirse aún culpable de perder a su hijo, quien sabe si todas aquellas conjeturas eran solo producto de su imaginación puesto que la señora Eloise no había mencionado que aquella tarde echara las hierbas en el té que sirvió, pero fuera cual fuera la respuesta, lo cierto es que seguía sin confiar en esa detestable mujer que la miraba con desprecio.

Finalmente de regreso a casa, Susan y Aaron pasaron por Hyde Park para dar un leve paseo antes de que el frío comenzara a ser demasiado intenso.

—Hacía tiempo que no venía por aquí —confesó Susan tratando de iniciar una conversación.

—Lo cierto es que yo tampoco. Mis negocios absorben demasiado tiempo —contestó con la mirada al frente.

Susan quiso decirle que sabía de sus intenciones para aliviar dicha carga de trabajo por Emily, pero desechó la idea y se limitó a asentir con un gesto de cabeza.

—¿De qué han hablado *lord* Sylverston y usted? —preguntó sin darse cuenta de que no le estaba tuteando.

—Solo negocios. Nada importante —contestó de forma trivial y Susan pensó que quizá no se había percatado.

—Mañana me gustaría llevar a almorzar a las niñas a casa de mis padres. Creo que le vendrán bien cambiar de aires y si tiene tiempo, también puede venir, por supuesto.

—¿Por qué vuelve a tratarme de usted? —exclamó entonces y Susan le observó. Parecía confuso, como si no lo entendiera y ella sonrió de forma sincera.

—Pensé que no te importaba... que tal vez preferías que guardara las distancias —mintió.

—No lo deseo —susurró—. No lo deseo en absoluto. De hecho, no veo la hora de que... ¡Por todos los Dioses! —maldijo y Susan abrió los ojos como si éstos se desencajasen de sus órbitas.

Por suerte no había nadie a su alrededor que pudiera escucharles, menos aún sentirles.

—¿Qué es lo que ocurre?, ¿Qué es lo que quiere decirme? —insistió Susan viendo como por primera vez, él parecía perder la compostura en público, a pesar de que no tuvieran a nadie lo suficientemente cercano a ellos para notarlo.

—Nada. Será mejor que regresemos a casa, está haciendo frío.

Después de cenar Aaron se encerró en su despacho y Susan subió hasta su habitación meditando todo lo que había sucedido aquella tarde. ¿Qué se suponía que quería decirle con aquellas palabras?, Lo que parecía quedarle claro es que no deseaba en absoluto que guardara las distancias, ¿Y entonces porqué se había alejado de ella? No entendía nada. Nada en absoluto.

Dos días más tarde el doctor acudió a la mansión Buccleuch tal como había mencionado que lo haría.

—¿Qué tal se ha sentido estos días *lady* Susan?, ¿Ha sentido molestias?, ¿Mareos?, ¿Pérdida de sangre más excesiva de lo normal?

Lo cierto es que se sentía bastante bien teniendo en cuenta lo ocurrido, volvía a sentirse como antes al menos físicamente hablando, porque emocionalmente su cabeza era un auténtico desastre incapaz de aclarar todo ese cúmulo de sensaciones que emergían en ella al mismo tiempo.

—Los primeros días apenas si los recuerdo, pero lo cierto es que me encuentro muy bien y dejé de sangrar ayer mismo.

—Me alegro. Eso es buena señal de que su cuerpo se ha recuperado de la pérdida. Imagino que tomó las gotas que le receté tal como dejé prescrito.

—Si doctor. Yo misma se las administré como usted me dijo —contestó Gladys metiéndose en la conversación.

—Bien. Entonces la naturaleza ha hecho su trabajo y estoy seguro de que pronto concebirá un hijo —mencionó el doctor guardando sus aparatos de auscultación en su maletín.

—¿Puedo? Quiero decir... ¿Ya puedo?, ¿Tan pronto? —exclamó Susan algo avergonzada.

—Probablemente tarde uno o dos meses en regularizarse, pero he tratado

casos donde una mujer se ha quedado embarazada pocos días después de dar a luz a un hijo. Ese podría ser su caso.

Aquello significaba que Aaron volvería de nuevo a su lecho cada noche, cada luna y cada madrugada sin falta alguna.

—Gracias doctor Robbins. Le agradezco enormemente su visita —terció Susan llevándose una mano a sus labios y pensando de qué forma podría decirle que estaba preparada para volver a quedarse embarazada a su esposo.

Aquella tarde Susan decidió que era perfecta para ordenar sus libros en la biblioteca, una tarea que siempre fue dejando y que jamás llevó a cabo porque en su día su esposo le mencionó que él debía estar presente. Pues bien, había comenzado aquella tarea sin que lo estuviera, por lo tanto, no sabía exactamente cuál podría ser la reacción de éste, pero no le importaba.

Tras la cena Susan se atavió un camisón nuevo de color marfil casi idéntico al blanco que le regaló Emily la primera vez, solo que el encaje era diferente y el color se fusionaba aún más con su piel. Se ató fuertemente la bata de seda y con el cabello trenzado se deslizó por las escaleras hasta entrar en el despacho de su marido sin llamar a la puerta.

—¿Susan? —exclamó este apartando la mirada de aquel libro de cuentas—. ¿Qué haces aquí?, ¿Ocurre algo? —preguntó preocupado y ella solo se limitó a acercarse.

—Esta tarde coloqué mis libros en esta librería, venía a buscar uno de ellos mientras te espero en mis aposentos.

Susan creía que de aquella forma dejaba tácito que esperaba que acudiese a su lecho.

—¿Ir a tus aposentos? —preguntó Aaron viendo ahora detenidamente a su

esposa—. ¿Es lo que quieres Susan? —preguntó estudiando su rostro.

—Deseo daros un heredero —contestó sin confesar que lo que realmente deseaba era tenerlo a él cerca de ella.

—¿Porqué?, ¿Cuál es la razón por la que deseas darme un heredero?, ¿Es por tu deber como mi esposa?, ¿Por qué me casé contigo solo por eso? Porque si esas son las razones... si ese es el motivo...

—Te quiero —dijo de pronto interrumpiendo su discurso cuyo final no sabía de qué forma acababa pero no podía soportar un segundo más guardar aquella información solo para ella—. Esa es mi razón. Te amo profundamente y solo deseo darte aquello que tanto deseas.

—¡Oh, Dios! —exclamó Aaron abalanzándose sobre ella mientras la acogía en sus brazos y unía sus labios a los suyos apoderándose de ellos con un beso devastador.

En el momento que Susan confesó aquello, Aaron sintió que su alma caía a los pies y regresaba de nuevo. ¿Ella le quería?, ¿Le amaba?, ¿Cómo era posible si ni siquiera sabía cómo tratarla debidamente? Su joven esposa había abrumado todos sus sentidos y era incapaz de saber qué se suponía que debía hacer o no al respecto.

Quería acercarse a ella, pero al mismo tiempo sabía que no podría controlarse en caso de hacerlo y no deseaba dañarla. La deseaba con todas sus fuerzas y su control se estaba mitigando a cada instante que pasaba a su lado por lo que su única opción era alejarse todo lo que pudiera.

Susan le amaba, le quería, esas palabras habían salido de sus labios y era la primera vez que alguien se las decía. Sin duda alguna era consciente de que no la merecía, de que con toda probabilidad la dañaría como dañó a sus anteriores esposas a las que jamás apreció como en cambio lo hacía con ella.

Las respetaba, les tenía cierto cariño... pero Susan era tan única, tan maravillosamente especial y tan... ella. Su cuerpo era ese mar en el que deseaba nadar cada noche y sus ojos azules dos zafiros de los cuáles se habían convertido en sus joyas más preciosas, había comprendido que adoraba y deseaba a esa mujer por partes iguales. No entendía que le había hecho, ni tampoco comprendía cómo lo había hecho, pero se negaba a luchar más contra sí mismo, a ponerse barreras que frenaran sus más puros instintos... ella le deseaba tanto como él a ella y no pensaba perder un solo día más de su vida que no fuera junto a esa mujer, aunque tuviera que enfrentarse a su miedo más terrorífico; el temor de perderla.

Susan sintió como las manos de su esposo recorrían su cintura hasta apresarla entre sus brazos y acercarla de tal forma que podía notar la calidez de su cuerpo junto al de ella. Esa sensación de que no pasara un ápice de aire entre sus cuerpos le encantaba, era como si estuvieran completamente unidos en uno solo, entregándose por completo el uno al otro. Notó como se apartaba levemente y sin decir nada la alzó entre sus brazos, acogiéndola entre ellos con tanta ligereza que parecía estar habituado a cargar con ella. Se agarró firmemente a su cuello mientras se deleitaba con ese aroma que tanto había echado de menos durante aquellas semanas en las que padecía la agonía por la falta de su contacto y para su sorpresa, en lugar de entrar en su alcoba, Aaron Buccleuch, su duque, su esposo, su alma completa la estaba llevando hacia sus propios aposentos por primera vez desde que se habían casado.

—¿Por qué me traes a tu habitación? —preguntó Susan completamente asombrada. Solo había estado allí en una ocasión y fue tan breve que incluso apenas pudo reparar en la decoración que la adornaba.

—Porque no deseo interrupciones y porque he deseado tantas veces tenerte en este lecho, que quiero complacer mis más profundos y ardientes anhelos



—contestó Aaron con tanta calma y firmeza que a Susan se le aceleró el pulso de inmediato

¿Se podría morir de amor? Pensó Susan. Tal vez, pero desde luego no lo haría esa noche porque deseaba acaparar cada gesto, palabra o beso que su esposo le proporcionaba.

—Entonces tóname... soy tuya. Únicamente tuya. —Expresó Susan con devoción abrazándose a él.

—Eres tan hermosa... —susurró dejándola suavemente sobre su lecho mientras sus manos acariciaban la piel de su rostro tan suave como el terciopelo—. Tus ojos son dos gemas preciosas, tu piel es tan suave como la seda y tus labios son como un melocotón maduro del cuál deseo aspirar todo su jugo. Jamás pensé que enloquecería tanto como lo hago estando a tu lado y te prometo que a partir de ahora no me separaré de ti.

En aquel instante todas las dudas que había tenido Susan sobre creer que su marido estaba enfadado o distanciado por algo que ella había dicho o hecho se disiparon. Quizá solo estaba agotado por su trabajo, tal vez solo fuera debido a su embarazo, pero fueran cuales fueran esas respuestas a sus preguntas ahora no le importaban porque él parecía mucho más que dispuesto a estar junto a ella y esta vez se aseguraría de que no volviera apartarse de su lado haciéndole cumplir su promesa.

—Te he echado tanto en falta —gimió Susan acercándose hasta él y colocando sus manos en su pecho mientras ascendía para desatar aquel pañuelo al mismo tiempo que su esposo la observaba dejando que ella hiciera aquello.

No tanto como yo, pensó Aaron sin que su voz emitiera aquellas palabras que tan profundamente acallaba.

No hubo más confesiones, ni más promesas aquella noche, sus ropas fueron desapareciendo al mismo tiempo que Aaron la colmaba de besos por cada ápice de piel que había en su cuerpo. La sensación de plenitud para Susan era abrumadora, la calidez de aquellos labios resultaba embriagadora y en el momento que sintió como su esposo invadía su cuerpo colmándola, volvió a sentirse completa de nuevo, como si la agonía que había estado sintiendo durante tantos días se disipara en un instante.

Cada roce de sus dedos, cada caricia de su cuerpo y cada ardiente beso hicieron que Susan aquella noche, rozase el cielo y culminase en un infinito placer que guardaría en su recuerdo.

El suave roce en su nuca despertó a duquesa de Buccleuch aquella mañana, abrió los ojos sintiéndose algo desubicada por no reconocer el lugar hasta que recordó que se encontraba en los aposentos de su propio esposo. ¿Habría ido su doncella Gladys a atenderla?, ¿Se habría extrañado de encontrar su cama deshecha y sin rastro alguno de su presencia? No le importaba, probablemente a esas alturas ya habría descubierto que realmente se encontraba en la habitación del duque donde había pasado toda la noche entre sus brazos.

Hizo un leve movimiento y notó su propia desnudez junto al cuerpo de su marido que la mantenía firmemente pegada a su lado. Se deleitó con la sensación, deseando que cada día del resto de su vida amaneciera del mismo modo y al pensarlo se reprendió por sus deseos lascivos y poco refinados en una dama de su posición.

Probablemente iría al infierno, pensó cerrando los ojos y dejándose arrastrar por la sensación de aquellos dedos que masajearan lentamente la piel de su vientre.

—Buenos días, querida —dijo aquella voz aún más ronca de lo normal probablemente debida a que acababa de despertar.

Susan recordó que solo había despertado una única vez a su lado y fue cuando viajaron hacia la casa de campo y pernoctaron en aquella posada del camino, el resto de ocasiones él solía levantarse temprano dejándola en el lecho para que siguiera descansando.

—Buenos días, querido —repitió con cierta sonrisa en sus labios a pesar de que éste no la viera.

Era extraño sentir aquellas sensaciones entre vergüenza, deseo y amor al mismo tiempo. No sabía por cual de ellas inclinarse y quizá algún día se terminaría acostumbrando, pero ahora para ella resultaba todo un descubrimiento.

—Sé que hace meses que nos casamos y que deberíamos haber tenido una luna de miel como corresponde, algo de lo que te privé en su día y pretendo corregir de inmediato. Prepara tu equipaje, porque en unos días partiremos completamente solos.

Aaron había determinado aquella decisión esa misma noche en cuanto tuvo a su esposa entre sus brazos. Quería tenerla para él, disfrutarla y degustarla detenidamente, saborear cada palmo de su delicada piel y aprovechar cada instante, segundo y día que permaneciera a su lado. Le daría a Susan su vida, su alma, su cuerpo... pero no viviría con más miedo, alejaría los temores de su pasado e intentaría no volver a pensar jamás en ellos.

¿Irse de luna de miel? Pensó Susan rodando su cuerpo para enfrentarse a su esposo y la imagen de aquel hombre, cuyos ojos verdes la estudiaban con ese resplandor inaudito, cuyo rostro curtido por aquella fina barba que se estaba dejando crecer le aportaban un aire de masculinidad aún más severo que le hacían más apuesto y esos labios que parecían desear sus besos; sintió que desfallecería de un momento a otro.

—¿Estás seguro de que podemos irnos? —preguntó Susan mirando aquellos ojos de forma ensoñadora.

—Completamente seguro —afirmó con una vaga sonrisa y se acercó a los labios de ella para probarlos.

Susan se encogió ante aquel contacto y colocó las manos en aquel torso desnudo mientras aquel beso cogía fuerza y carácter convirtiéndose en puro fuego. El calor que emanaban sus cuerpos se mezclaba entre sí con el ardor de la pasión que comenzaba a consumirles y cuando sus labios fueron abandonados por los del duque, notó como éste comenzaba a recorrer un camino con ellos a lo largo de su mandíbula, cuello, llegando así hasta su

pecho.

Sintió el roce de aquella lengua realizar maravillas en sus erectos pezones y gimió de placer contenido, hasta que no pudo soportarlo más tiempo y se enderezó provocando que él cayera de espalda sobre aquella mullida cama para colocarse encima de él y tener un mayor acceso a su cuerpo. Las manos del duque se ciñeron a sus nalgas como si trataran de guiarlas a través de aquel recorrido hasta que sintió como se adentraba en su cuerpo al mismo tiempo que su respiración se paralizaba.

Aaron se irguió provocando aquel lento goce que le estaba torturando acabase y se hundió por completo en ella aprovechando aquel movimiento para apresar sus labios y morder suavemente la jugosa carne con sus dientes. Su respiración era agitada a pesar de que era su esposa la que se movía sutilmente sobre él. No tenía idea alguna de donde había aprendido a moverse de aquel modo que consiguiendo deleitarle, pero desde luego le satisfacía enormemente que lo hiciera, así que apretó fuertemente las caderas de su joven esposa hacia él provocando que una pleitesía le consumiera de placer.

Susan intentaba moverse como su amiga le había enseñado en una ocasión y lo cierto es que estaba más preocupada de satisfacer a su esposo que a ella misma, hasta que perdió el control de su cuerpo cuando aquella sensación comenzó a abrumarla hasta el punto de que se abandonó a sí misma y solo escuchaba lejanamente el sonido de los jadeos que Aaron emitía en su cuello y que ella interpretaba como placenteros.

En el momento que culminó su placer, se sintió agotada y rendida hasta el punto de que se dejó caer sobre el torso sudoroso de su esposo. Podría pasar la vida entera en aquella postura conservando aquella sensación de satisfacción plena que ahora recorría todo su cuerpo. Jamás podría cansarse de él, aquello era impensable y saber que estarían a solas durante aquel viaje

por su luna de miel solo provocaba que su pecho rebosara felicidad.

—¿Estás bien?, ¿Te sientes cansada? —preguntó Aaron acariciando su cabello que caía en cascada por toda la cama.

—Me encuentro rebosante de felicidad y solo albergo un hambre voraz — contestó Susan alzando la mirada y mordiéndose el labio por confesar aquello con cierta vergüenza.

—Pediré que nos sirvan el desayuno aquí mismo, así descansarás.

—No necesito descansar —dijo Susan incorporándose para sentarse sobre la cama mientras se dejaba caer en los almohadones que servían para recostarse —. Estoy perfectamente, mucho mejor de lo que he estado en mi vida.

—Me alegro de que te sientas así, pero hace solo unos días sufriste un percance serio y quiero que descanses lo suficiente para mi propia tranquilidad.

—¿Te preocupa lo que pueda pasarme? —inquirió Susan deseando saber cuál era la razón de aquella preocupación.

Ella le había confesado que le amaba fervientemente, que le quería con todo su corazón, pero él en cambio no le había confesado que sintiera lo mismo, solo expresó deseo hacia ella, anhelo, desconsuelo... nada de eso era amor.

—Por supuesto que me preocupa. Eres mi esposa, mi responsabilidad — afirmó convencido.

Susan solo se limitó a sonreír ante aquello, quizá no podía pedir más, ya era suficiente con lo que le proporcionaba. Tal vez él nunca llegase a amarla como en cambio ella si hacía, pero podría conformarse con ese respeto, cariño y deseo que le proporcionaba. Quiso consolarse de esa forma, sintiendo que podría vivir con ello, no queriendo dar alas a sus pensamientos

sobre que tarde o temprano aquello fuera insuficiente y deseara mucho más que solo migajas; querría el pastel completo.

Solo una semana más tarde emprendieron su viaje de luna de miel. El deseo de hacer aquel viaje completamente solos le llevó a que aquellas dos semanas que estarían fuera de la ciudad, las niñas estarían la casa familiar de los Brandon junto a su madre y su doncella de confianza Gladys.

A pesar de la firme oposición inicial de su esposo a dicha petición, Susan insistió diciendo que su madre se sentía nostálgica desde que se había casado y falseando la realidad le convenció para que durante todo aquel tiempo las pequeñas estuvieran lejos de la señora Edna, que podría ir a visitarlas cada vez que quisiera.

No quería enfrentar a Aaron y exponer sus dudas sobre aquella mujer que él estimaba, menos aún cuando solo tenía vagas sospechas y ninguna certeza en cuanto a sus suposiciones, pero sabía que no estaría tranquila ni descansaría durante el viaje, sabiendo que esa mujer podía de alguna forma ponerles la mano encima como la vez que la encontró azotándolas.

Tomaron un barco de vapor para cruzar el océano y aunque Susan no tenía la más mínima idea de cuál sería su destino, estaba completamente entusiasmada porque sería la primera vez que saldría de Inglaterra.

—¿Iremos a Francia?, ¿A Italia?, ¿A España? —dijo emocionada mientras se paseaba por la cubierta del barco. A pesar de las advertencias no se había mareado, sino que vivía cada momento como una auténtica aventura.

—¿Cuál de todos te gustaría visitar? —preguntó Aaron algo animado viendo a su esposa tan alegre y elocuente.

—No lo sé... he soñado tantas veces con viajar y ver otros lugares que me gustaría verlos todos —confesó mirándole a los ojos sin revelar que en

realidad el lugar no le importaba siempre y cuando estuviera a su lado.

—Entonces los visitaremos absolutamente todos —decretó antes de besar su mano y colocarla posteriormente en su brazo mientras seguían aquel recorrido por la cubierta del barco.

Aquellas dos semanas fueron las más felices de toda su vida. Probablemente si se hubieran ido de luna de miel nada más casarse tal vez se habría ahorrado todo aquel desasosiego de los primeros meses o tal vez no, sino que sencillamente habría vivido aquel viaje con cierta amargura. No sabía si lo hacía especial el hecho de estar a solas con su esposo, de tenerle a su plena disponibilidad o de como cada noche la acogía entre sus brazos y le hacía el amor de una forma apasionada y delicada al mismo tiempo, pero lo que sin duda alguna jamás olvidaría de aquellas dos semanas era el brillo especial que había en esos ojos verdes del duque de Buccleuch.

—No me puedo creer que ya estemos de regreso, ¡Se ha pasado tan rápido! Pero al mismo tiempo ardo en deseos de ver a las niñas y darles todo lo que le hemos comprado —exclamó Susan cuando volvían en carruaje de regreso después de abandonar el barco instantes antes.

—Seguro que te han echado de menos, supongo que ahora tendré que compartirte un poco —contestó el duque algo distraído—. Esta tarde tendré que pasarme por la fábrica para ver como está todo, quizá regrese tarde...

—No importa, estaré esperando impaciente —susurró Susan acercándose hasta él sin llegar a rozar sus labios pero dejando que su aliento se entremezclara con el suyo.

—Quizá debieron ser tres semanas o tal vez un mes, pero definitivamente dos no fueron suficientes —suspiró Aaron tratando de guardar la compostura y alejarse de ella—, intentaré volver cuanto antes —dijo justo cuando el



carruaje se detuvo y vieron que habían llegado a casa.

Las pequeñas estaban entusiasmadas con el regreso y más aún con los regalos que Susan minuciosamente había escogido para ellas; muselinas, vestidos a la última moda de Francia, muñecas nuevas y pinturas para sus cuadernos de dibujo.

—¿Qué tal se han portado? —preguntó Susan a su doncella Gladys sin atreverse a hacerlo directamente a su madre.

—Muy bien mi *lady*. Su madre las ha llevado a diario a pasear para que sacaran a los cachorros de casa y su padre las llevó en varias ocasiones a la fábrica como distracción. Se lo han pasado estupendamente.

—¿Y madre no se ha quejado? —susurró Susan algo extrañada. Su madre solía quejarse por absolutamente todo, aunque era una buena mujer y de acciones nobles, lo cierto es que la decisión de dejarlas allí es porque prefería que tuvieran que soportar las quejas de su adorada madre antes que la rectitud de la señora Edna.

Quizá se estaba extralimitando, tal vez solo era antipatía lo que le profesaba aquella mujer, pero fuera como fuera, cada vez que la veía o pensaba en ella una sensación de frialdad se apoderaba de su cuerpo. Definitivamente esa señora no le transmitía nada bueno.

—Su madre siempre se queja —susurró en el mismo tono la doncella—, pero me consta que le ha encantado pasar estas dos semanas junto a las hijas del duque. Ella misma me reconoció que la alegría había vuelto a esa casa desde su partida cuando contrajo matrimonio.

Susan sonrió ante aquella confesión y deseó llenar de nietos a sus padres. Por un instante se imaginó como sería aquella casa repleta de niños corriendo y jugando por todas partes. Jamás había pensado en tener una gran familia, de

hecho, ella siempre fue hija única y creció sin hermanos porque su madre no volvió a quedarse embarazada, así que no aspiraba a tener demasiada descendencia, pero lo cierto es que la idea se acrecentó en sus pensamientos tomando forma y dimensión, hasta el punto de querer que así fuera.

A su regreso de la luna de miel, pudo comprobar que la señora Edna parecía de lo más distinta, como si de algún modo hubiera aceptado cuál era su lugar. Decidió cenar a partir de entonces en sus aposentos de forma solitaria, no contradijo ninguno de sus cambios y no volvió a interferir en ningún aspecto de la educación de las hijas del duque. Tanto fue así, que incluso Susan comenzó a sentirse culpable por haber pensado mal de aquella mujer a pesar de que aún había algo en su mirada que no le gustaba, pero esa no era razón suficiente para apartarla de su nieta o hacer que se marchara de aquella casa.

Pasaron la navidad en familia, incluyendo a sus padres y alguna de sus tías. Comprobó que por parte del duque, éste apenas tenía familia y la poca que conservaba eran parientes lejanos que no vivían en la ciudad.

Tanto Julia, como Catherine o la propia Susan se turnaron para visitar a Emily en su casa sobre todo en aquellas fiestas y además procuraban pasar por Lynet's para tratar de ayudar, aunque la joven Janet encargada de la casa de modas se estaba desarrollando muy bien en el lugar.

Todo parecía ir demasiado bien para Susan, parecía que todo cuanto había deseado lo tenía a su alcance. Amaba a su marido y éste la colmaba cada noche, tenía dos hijas que pese a no ser suyas, las quería incondicionalmente, podía disfrutar de sus amigas con plena libertad y gozaba del pasatiempo de la lectura cuando tenía tiempo libre... entonces, ¿Qué era esa sensación extraña que no dejaba de sentir?, ¿Porqué tenía un nudo en el estómago que le oprimía constantemente? Era como si una sensación de que algo malo fuera a ocurrir... solo que no entendía porqué, ni a quién, lo único cierto es

que cada día que pasaba, aquella sensación se incrementaba y no encontraba ninguna explicación para ello.

Aquella tarde Susan visitaría de nuevo a Emily y se había llevado a las niñas con ella para que pasaran la tarde con las hijas de su amiga, así sería una distracción también para las pequeñas y podría hablar a solas con sus amigas.

—¡Al fin coincidimos todas! —exclamó Julia siendo la última en llegar—. Siento la tardanza, pero es que Richard está de lo más insoportable al salirle los dientes y no sabía si podría irme, cuando está así solo encuentra consuelo en mis brazos.

—Tranquila, todas hemos pasado por eso —contestó Catherine sonriendo.

—Todas no, aunque Susan no creo que tarde en hacerlo —inquirió Julia colocando la palma de su mano sobre el regazo de Susan que se mantenía en absoluto silencio.

—¿Te ocurre algo Susan? —preguntó Emily que había notado su silencio—. Pareces muy callada.

—No me ocurre nada —contestó un poco avergonzada—. Lo cierto es que todo está bien —añadió con una vaga sonrisa.

Y era verdad, todo iba bien porque no deseaba nada más en su vida. Quizá un hijo, pero no era algo que le preocupase en aquel momento.

—Yo diría que te ocurre algo, tu falta de emoción o entusiasmo teniendo en cuenta que hace poco volviste de tu luna de miel así lo predica —dijo Catherine.

—Os puedo asegurar que estoy bien. Tengo un esposo al que amo profundamente, adoro a sus hijas y ya las considero mías y tengo todo cuanto siempre había deseado...

—¿Pero? —exclamó Julia incitándola a confesar.

—Pero nada, os digo que estoy bien.

—Te conozco lo suficiente para detectar que te ocurre algo, Susan —terció Julia—, ¿Es porque aún no te has quedado embarazada? Quizá es pronto después de la pérdida que tuviste, solo tienes que tener un poco de paciencia y...

—No es eso, sé que aún es pronto y no me preocupa especialmente.

—Entonces hay algo, tú misma acabas de decir que no es eso, ¿Se trata de las sospechas esas que tenías sobre esa mujer?, ¿Has descubierto algo? —preguntó ahora Emily tratando de incorporarse levemente sobre las almohadas.

—¿Qué mujer? —exclamó Catherine.

—¿Qué sospechas? —ratificó Julia.

Y sin mucha dilación Susan confesó la locura que se le había ocurrido pensar sobre la señora Edna cuando la culpabilizó de ser posiblemente la causante de la pérdida de su hijo y del hecho de que Emily se encontrase en aquel estado.

—Probablemente solo tuviste aquellos pensamientos debido al estado en que te encontrabas —advirtió Catherine—. De querer perjudicarte, lo habría hecho a solas y no exponiendo a ese peligro también a Emily, creo que lo sucedido solo debió ser una simple casualidad. Puede que esa señora no te caiga bien por ser demasiado autoritaria, pero muchas damas de su condición son así y no hay que juzgarlas por ello puesto que crecieron bajo esa estricta educación. —Catherine había sufrido en sus propias carnes a una madrastra malvada y autoritaria, si ella misma confesaba algo así, Susan entendió que quizá estaba errada en sus conclusiones.

—Supongo que tienes razón. Que tenéis razón —aseguró Susan mirando a todas ellas—, pero hay algo en esa mujer que no puedo explicar. Su forma de mirarme, sus gestos, la manera de hablar... sé que esconde algo. Quizá me toméis por loca o creáis que sencillamente pienso así porque no le tengo estima, pero es como si algo en mi interior me dijera que huyera de ella, que la alejara de mi lado —insistió Susan.

—¿No será que ella te recuerda a una anterior esposa del duque y por eso genera ese rechazo?, ¿Tal vez creas que él aún ama a su primera esposa? —preguntó Emily.

—No negaré que alguna vez lo pensé, que quizá aún no olvidó a su primera mujer y por eso no es capaz de amarme, pero no es eso... —admitió con los ojos algo brillantes.

—¿No te ama?, ¿Estás segura de ello? —insistió Emily.

—Jamás me ha confesado que me amase a pesar de que yo se lo dijera —susurró Susan resignada.

—Hay muchas formas de expresar amor que no son con palabras. Quizá hay amor en la forma de tratarte o de acariciarte... y eso añadido a que suele ser

difícil expresar con palabras algunos sentimientos podría ser la respuesta a que aún no haya confesado lo que siente.

Aquellas palabras hicieron que en Susan resurgiera un sentimiento que había estado aletargado todo ese tiempo, como si hubiera pretendido ocultarlo en lo más profundo de su ser para no cegarse en la idea de que Aaron jamás le correspondería el amor que ella sentía hacia él.

—Emily tiene razón, Susan —dijo Julia secundando a su amiga—. Tú misma me has llegado a confesar situaciones que me llevan a pensar que tu esposo debe sentir mucho más que simple cariño hacia ti, pero aunque no fuese así, ¿Él te hace feliz?

—Por supuesto que si, no podría imaginarme no estar a su lado... le quiero —admitió Susan.

—Entonces si no está perdidamente enamorado a estas alturas, no creo que tarde en estarlo —secundó Catherine con una enorme sonrisa—. David me dijo que vio el otro día a *lord* Buccleuch en una reunión que hubo en la cámara de lores y parecía mucho más afable que de costumbre, incluso se atrevió a contestarle a uno de los lores que no le preocupaba no tener un heredero cuando éste le preguntó si su esposa aún no se había quedado embarazada.

—¿Mi esposo dijo que no le importaba tener un heredero? —exclamó Susan completamente descompuesta. ¡Si esa era la única razón por la que se había casado con ella!

—Tal y como lo cuento —insistió Catherine—. Después le comunicó a David en privado que no tenía prisa alguna, que estaba disfrutando plenamente de su matrimonio y de su bella esposa.

—No puede ser... —susurró Susan—. Es cierto que no me ha presionado

jamás e incluso admitió que le preocupaba más mi bienestar que cualquier otra cosa pero... pero...

—¿Y crees que eso no es amor? —exclamó Emily—. ¿Qué mas necesitas para que te demuestre que te aprecia y te ama?

—¡Oh Dios mío! —exclamó ahora Susan con los ojos vidriosos. ¿Tan ciega había estado?, ¿Tan ilusa había sido para no ver las señales? Se había empeinado en escuchar palabras de amor de sus labios como en esos estúpidos libros románticos que leía y quizá sencillamente a su esposo no se le daban bien las palabras, pero sus gestos le habían demostrado que de algún modo la quería—. Tal vez solo me había empeñado en creer que si no me decía que me amaba, era porque no lo hacía —admitió ante sus amigas—, pero me equivocaba... en realidad él me ha demostrado en numerosas ocasiones que verdaderamente lo hace y hasta ahora solo había creído que era deseo o simple responsabilidad al ser su esposa.

—El tiempo hablará y comprobarás que pone a todo y a todos en su lugar —ratificó Emily mientras se llevaba las manos a su vientre y conmovida por el gesto Susan también lo hizo sintiendo la vida del hijo de su amiga que dentro de poco inundaría aquel hogar.

Aquella noche Susan estaba distinta, tenía otra sensación y brillo en su rostro, observaba a su esposo de forma diferente, como si estuviera pendiente de cada palabra o acción que hacía. Tal vez jamás arrancaría de sus labios una confesión de amor, quizá no tendría versos románticos o poesías, pero le tendría a él... al hombre de carne y hueso que cálidamente cada noche la abrazaba sintiéndose completamente a salvo de todos sus miedos.

Semanas después de aquella charla con sus amigas en casa de Emily, Susan tenía la certeza de que estaba embarazada. Esta vez no había hecho falta que



su doncella se lo advirtiera, ni tampoco era necesario ir a la consulta del doctor Robbins para que lo corroborara, ella había sentido los leves mareos, las náuseas y el resto de síntomas que ya había padecido la vez anterior. Sufría un retraso de más de tres semanas y era plenamente consciente de que dentro de su vientre crecía su hijo.

Se encontraba en una tesitura en la cual no sabía exactamente si confesar su nuevo estado o por el contrario, acallararlo durante el tiempo suficiente hasta que fuera inevitable decirlo. Aunque la felicidad de saber que volvía a engendrar un bebé era inmensa, aún sentía el dolor cuando su esposo se alejó de su lado la misma noche que lo confesó y la incertidumbre de que volviera a repetirse le alertaba de guardar silencio.

Cada mañana Aaron se despedía con un cálido beso antes de salir de la habitación donde ella se quedaba aún durmiendo y hasta la fecha no había notado sus náuseas matutinas, pero aquel domingo en el que Susan se levantó rápidamente buscando la palangana donde vaciar el contenido de su estómago, le despertó.

—¿Qué ocurre? —gimió algo dormido—. ¿Estás bien? —añadió ahora preocupado y levantándose rápidamente para acercarse a ella.

—Estoy bien, no te preocupes. No es nada —fingió Susan cogiendo uno de los paños que había dejado cerca para limpiarse y después vertió agua limpia sobre el paño para refrescarse.

—Es evidente que no estás bien si estabas así, llamaré al doctor Robbins para que venga a verte —terció dirigiéndose hacia el sillón donde había colocado su camisa con la intención de vestirse.

—De verdad que estoy bien. No es nada... —insistió Susan cogiéndole el brazo para evitar que lo hiciera. No quería que avisara a ningún médico

porque ya sabía perfectamente lo que ocurría.

—No me quedaré tranquilo hasta que te vea y si no es nada; bien, pero al menos sabré a ciencia cierta que estás en perfecto estado —afirmó tajante y con la intención decidida de que no pararía hasta que la viera un médico.

—Está bien, sí me ocurre algo —advirtió entonces con cierto atisbo de miedo en su rostro tras recordar la última vez que dijo precisamente lo que estaba a punto de confesar.

—Dime que no se trata de algo grave... —susurró Aaron con voz rota pensando lo peor. La viruela, la fiebre amarilla o algo incluso más atroz.

—No. No es grave —negó Susan sonriendo—. Estoy embarazada.

En aquel momento Aaron sintió cierto alivio inicialmente y la acogió entre sus brazos como si tuviera la necesidad de asegurarse que estaba bien, pero de pronto aquellos miedos por el destino de sus dos esposas volvieron a inundarle de nuevo, solo que trató de desecharlos fugazmente.

—¿Hace cuanto que lo sabes? —preguntó apartándose ligeramente de ella.

—Solo unos días... quizá una semana, pero tenía miedo de decírtelo —admitió sincerándose.

—¿Miedo?, ¿Miedo de qué? —exclamó ahora sorprendido.

Susan meditó si confesar todo, absolutamente todo lo que guardaba en su interior y supo que era el momento de decirlo o callarlo para siempre y no reprocharlo jamás.

—Porque cuando te confesé que lo estaba la vez anterior me apartaste de tu lado. Me sentí tan sola que no podría volver a soportarlo de nuevo. Tenía miedo de que volviera a suceder, de que volvieras a alejarte, de que

sencillamente me apartases de tu lado como si dieras por sentado que ya no me necesitaras nunca más.

Aaron no sabía reaccionar, no estaba preparado para aquello, pero ella había sido completamente sincera confesando sus miedos y le debía la misma respuesta. Sentía que al menos le tendría que revelar sus sentimientos.

—Tuve miedo —confesó por primera vez en toda su existencia.

Jamás había admitido tener miedo ante nada en la vida y en cambio, allí mismo delante de su esposa, acababa de decirlo en voz alta.

—¿Miedo? —preguntó Susan confusa.

—Cuando me dijiste que estabas esperando un hijo, no sentí alivio por creer que podría tener un heredero, ni tampoco satisfacción por desear tenerlo, solo tenía miedo de poder perderte. Tú me importas más que cualquier heredero que pueda tener. Podría vivir sin tener más descendencia, pero no creo que pudiera vivir si no estas a mi lado —aseguró con firmeza.

Las lágrimas en el rostro de Susan surcaron su rostro sintiendo que aquellas palabras oprimían su pecho de felicidad.

—No vas a perderme. No voy a irme a ninguna parte, pienso quedarme a tu lado para siempre —advirtió acercándose hasta él y colocando una mano en su pecho.

—He perdido a dos esposas mientras daban a luz a hijos míos, el miedo de que a ti también te suceda lo mismo me aterra. No podría soportarlo.

—¿No lo soportarías una tercera vez? —preguntó Susan con calma.

—Podría pesarme la carga si perdiera a una tercera esposa, pero mentiría si no confieso que lo que no soportaría es perderte a ti. Te quiero a ti, solo y

únicamente a ti, Susan.

—¿Me quieres? —insistió Susan con un atisbo de sonrisa en sus labios y Aaron pareció entender el significado.

—Te amo con todo mi ser, *lady* Susan Buccleuch y jamás pensé que cuando te vi por primera vez, sentiría tantas cosas por una sola persona. No creí jamás que podría enamorarme y no sé en qué momento me enamoré de ti, ni tampoco sé como lo hice, pero solo tengo clara una cosa; quiero pasar el resto de mi vida a tu lado sin perder un solo segundo que no sea junto a ti.

¿No quería confesiones de amor?, ¿No anhelaba palabras románticas? Pensó Susan. Definitivamente allí las tenía, su esposo la amaba y llevaba amándola mucho más tiempo del que ella pensaba.

—Si supieras las veces que he soñado con que me dijeras eso. La felicidad inmensa que ahora mismo siento —susurró entrecortadamente porque las lágrimas de felicidad no cesaban de salir de su rostro.

—Cssh —siseó Aaron acogiéndola entre sus brazos—. Mia fue la culpa no confesar lo que sentía, no decirte que eras la primera mujer de la que me he enamorado verdaderamente, quien ha conseguido atrapar mi corazón y hacerlo solo suyo, pero siempre tuve el temor de creer que también te perdería, durante mucho tiempo creí que la felicidad sería algo que jamás conocería hasta que una noche como otra cualquiera me besaste y me enseñaste que dicha felicidad estaba delante de mis ojos, solo que no estaba observando adecuadamente.

En ese instante Susan comenzó a reír inesperadamente, recordando la amargura que había sentido durante los tres primeros meses de aquel matrimonio hasta aquella noche en que le besó en un arranque de valor.

—Jamás olvidaré esa noche —confesó Susan—, porque lo cambió todo para

mi.

Aaron se inclinó sobre ella y besó sus labios mientras la alzaba entre sus brazos y volvía a la cama junto a ella.

—También cambió todo para mi. Cuando te vi por primera vez, vi a una joven fuerte, tenaz y sumamente hermosa; pero solo deseaba una cosa de ti; ese hijo que llevas ahora en tu vientre, sin embargo no me provoca la felicidad que se supone debería sentir, porque tengo miedo de poder perderte.

—Olvídate de lo que le sucedió a la madre de Madeleine o Diane, yo sé que no me sucederá lo mismo. Tu vas a estar a mi lado y soy feliz por tenerte conmigo... sé que solo vendrá felicidad a partir de ahora —aseguró Susan.

—No me apartaré de tu lado. No a menos que tu desees que lo haga.

En aquel momento ella se abrazó a él y apesó sus labios con firmeza, haciéndole sentir que eso era lo que menos pretendía hacer en aquel instante. Había soñado innumerables ocasiones que confesara que la amaba, que ahora sencillamente se encontraba flotando en una nube.

—Jamás querré que lo hagas. Solo me siento segura estando a tu lado, sé que si estoy contigo, nada malo puede sucederme.

—Entonces no me iré a ninguna parte. Te prometo por mi honor y mi vida que jamás me iré de tu lado hasta el fin de mis días.

Y con aquella confesión que le robó el alma a Susan, con aquellas promesas de amor al fin reveladas después de tanto anhelo, ella entrelazó sus manos enredándolas en su cabello para sellar aquellas palabras con sus cuerpos, amándose con la certeza de que siempre permanecerían unidos.

Había decidido no revelar absolutamente a nadie su estado de embarazo. No quería volver a correr el mismo riesgo de la pasada vez por si volvía a repetirse la misma situación, prefería que nadie más se enterase de la noticia hasta que comenzara a notarse y por tanto, fuera inevitable confesarlo.

A pesar de estar enormemente feliz dadas las circunstancias y más aún teniendo en cuenta que ahora gozaba de la seguridad de que su esposo la amaba, que no se apartaría de su lado y jamás volvería a dejarla sola, seguía sintiendo esa presión en el pecho inexplicable.

Creía que solo era porque su esposo no la amaba, pero ante su confesión no entendía porqué demonios esa sensación de ahogo no se evaporaba, no se disipaba, porqué sencillamente no se esfumaba por completo, sino que era como si tuviera la absoluta certeza de que algo malo iba a suceder de un momento a otro.

Aunque tenía todas sus cosas en su habitación, pasaba las noches en la recámara de su esposo, esa que la primera noche que entró en aquella casa mencionó que jamás podría pisar y le estaba absolutamente vetada.

Tantas cosas habían cambiado desde entonces... desde su miedo a no encontrar el amor o no enamorarse jamás de un apuesto caballero, hasta creer que sería desdichadamente infeliz el resto de su vida en un matrimonio concertado, pero nada más lejos de la realidad, probablemente no habría podido encontrar más amor, pasión y devoción en otro hombre que no fuera en su esposo *lord* Aaron Buccleuch y ella le iba a dar su ansiado heredero. Lo sabía, lo intuía, tenía la plena seguridad de que el hijo que estaba esperando era un varón y casi podía palpar esa sensación con sus dedos.

Llevaba días sopesando la idea de que quería tener a ese hijo en la casa de campo, en la misma cama donde nació el propio Aaron y aunque aún faltaban demasiados meses y su hijo nacería tras el verano, lo tenía tan claro que nada ni nadie le haría cambiar de idea.

Durante las siguientes semanas, aprovechó la ausencia de su esposo y las clases con la institutriz de las niñas para colarse en las cocinas y aprender a cocinar esos exquisitos pastelitos de crema de los que se había hecho completamente adicta. A pesar de que la señora Edna puso el grito en el cielo diciendo que era impropio de una dama y la señora Eloise tampoco lo vio con demasiada convicción, consiguió su propósito y tras infinitos intentos cuya cuenta no llevó; consiguió que le salieran unos pastelitos de crema absolutamente deliciosos.

—Querida, ¿Es eso cierto de que te has colado en la cocina para hacer pasteles? —preguntó Aaron en un tono jovial, como si la sola idea de que fuera cierto le hiciese gracia.

Estaban a solas en el salón, Susan intentaba leer un libro sin mucho entusiasmo y su esposo parecía leer la correspondencia, aunque parecía resultarle algo tedioso.

—¡Desde luego! —exclamó ella restándole importancia—. Es más, los pastelitos de crema que has tomado esta mañana en el desayuno los hice yo misma.

—No sé si debo reprenderte o darte las gracias porque eran los más deliciosos que he probado hasta ahora —confesó Aaron sin apartar la mirada de la correspondencia aunque no estuviera leyendo absolutamente nada.

—Mejor dame las gracias o puede que en un futuro, la crema esté salada —contestó Susan sonriente y para su absoluto desconcierto *lord* Buccleuch emitió una sonora carcajada.

—Tengo una esposa incorregible, pero absolutamente única —susurró acercándose hasta ella y depositando un beso en la frente—. ¿Qué tal se encuentra nuestro hijo?

Cada día realizaba la misma pregunta y cada día ella le daba la misma respuesta.

—Perfectamente. Tu hijo y yo nos encontramos perfectamente —contestó Susan entendiendo aquel miedo que probablemente sería incapaz de abandonar a su esposo hasta que finalmente tuviera al hijo que esperaban.

—He estado pensando que si lo deseas, podríamos irnos a la casa de campo este verano, por supuesto regresaríamos a tiempo para el parto y...

—No —negó Susan acallando el discurso bastante ensayado de su esposo—. Quiero tener a mi hijo allí.

—¿Allí? —exclamó conmovido—, pero es un lugar apartado y probablemente no estén los mejores médicos que podrían asistirte.

—No los necesitaré. Me basta y me sobra con una buena comadrona que me asista y con que tú estés a mi lado. Sé que no me sucederá nada Aaron, confía



en mi. Tendré a este hijo y seguiré a tu lado.

—Aún faltan muchos meses todavía, tal vez cambies de opinión más adelante —aseguró no muy convencido.

—Tenía claro que así sería incluso antes de estar embarazada. Nuestro hijo nacerá en el mismo lugar donde nació su padre y será el siguiente heredero al ducado Buccleuch —afirmó con tanta seguridad que ni el propio Aaron osó contradecir a su esposa.

La noticia de que Emily había tenido un niño se expandió como la pólvora por toda la ciudad. El ducado de Sylverston tenía un heredero y cuando Susan leyó la carta escrita por el propio *lord* Sylverston supo que su amiga debía desbordar absoluta felicidad. Ahí indicaba que tanto madre como hijo se encontraban en perfecto estado y sin más demora, al día siguiente acudió a visitar a la feliz familia acompañada de su esposo.

En cuanto Susan cruzó el umbral de la habitación en la que se encontraba su amiga y la vislumbró sobre aquella gran cama acunando a un precioso bebé.

—¡Querida Susan!, ¡Que alegría verte! —exclamó una Emily infinitamente complaciente.

—La alegría es mía al conocer la noticia y saber que todo ha salido bien —confirmó Susan acercándose.

—Por extraño que parezca, a pesar de tener que pasar los últimos meses guardando reposo, ha sido el parto más tranquilo y apacible de todos —contestó riéndose—. De hecho, es un bebé muy tranquilo, hasta Henry está sorprendido.

—¿Eso significa que puedes plantear tener otro hijo? —exclamó Susan sabiendo que su amiga había afirmado que cerraría el ciclo en cuanto tuviera

un varón.

—No —negó Emily—. Creo que tres hijos son suficientes para darles toda la atención que requieren teniendo en cuenta el tiempo que nos absorben nuestros negocios. Además, yo fui la última de nueve hermanas y apenas disfruté de ellas o de mis propios padres. Eso sin contar con que aunque este parto haya sido tranquilo, mi esposo se niega a que tenga más hijos —añadió convencida.

Entendía la tesitura, aunque Emily era joven, de hecho era dos años más joven que ella misma y en cambio ya tenía tres hijos con vida.

—Es un niño precioso —afirmó Susan volviendo a mirar aquella criatura de cabello oscuro que permanecía completamente quieto entre los brazos de su madre.

—¿Quieres cogerlo? —preguntó Emily ofreciéndoselo y Susan lo cargó debidamente acunándolo en su pecho—. Tengo la ligera impresión por el brillo de tu mirada que pronto tendrás en tus brazos a tu propio hijo.

Susan abrió de pronto los ojos como si con aquel simple gesto confesara que, de hecho así sería si todo salía bien en aquella ocasión.

—¿Cómo... —exclamó sin llegar a terminar la frase porque Emily sonrió.

—Estás demasiado feliz, radiante... he tratado a tantas damas por mi trabajo que he aprendido a apreciar esos pequeños matices.

—No quiero decir nada hasta que no pase un tiempo prudencial. Sé que es muy improbable que ocurriera lo mismo que la vez anterior, pero prefiero que así sea —afirmó Susan.

—No te preocupes. Yo no se lo contaré a nadie hasta que tú no hagas la noticia pública.

—Gracias Emily —susurró y miró de nuevo aquella carita angelical del hijo de su amiga—. ¿Cómo se llamará? —preguntó intrigada.

—Daniel. *Lord* Daniel Sylverston, quinto conde de Sylverston y heredero al ducado de Sylverston —mencionó Emily emocionada y orgullosa de darle a su esposo un varón que continuara su apellido.

Susan pensó que en tan solo unos meses estaría en la misma situación, que se sentiría plenamente orgullosa de concederle el mismo regalo a su esposo y casi no veía la hora para que aquel momento llegase.

—Y será un digno sucesor de su padre —corroboró Susan alegre devolviendo el hijo de Emily al regazo de su madre—. Por cierto, te he traído pastelitos de crema hechos por mí misma —recordó en cierto tono divertido.

—¿Hechos por ti?, ¿Te volviste loca? —exclamó Emily no imaginándose a su amiga entre harina, huevos y mantequilla.

—Completamente —admitió riéndose—. Lo mejor de todo es que Aaron parece complaciente. Desde que le dije que estaba esperando un hijo todo ha cambiado entre nosotros. Le confesé mis miedos, me reveló los suyos y ciertamente no puedo ser más feliz de lo que soy ahora Emily... él me ama y creo que tanta felicidad casi no puede ser posible. Quizá por eso sigo teniendo esa opresión en el pecho de que algo malo va a suceder de un momento a otro, tal vez sea solo porque no puedo creer que al fin lo tenga todo, que eso que tanto soñé se haya hecho realidad; he encontrado el amor.

—¿Sigues creyendo que esa señora puso algo en el té? —preguntó Susan recordando los hechos.

—No lo sé. Lo cierto es que en las últimas semanas no puedo quejarme en cuanto a la señora Edna se refiere. Ha estado más atenta de lo normal. No se entromete en nada y aunque sigo sin confiar demasiado en ella porque siento

como si escondiera algo, al mismo tiempo no quiero echarla simplemente porque le guarde algún tipo de rencor. Es la abuela de mi hija Madeleine me guste o no y ya perdió a una madre, como para quitarle también a su abuela —reveló Susan aturdida como si no supiera realmente qué hacer al respecto.

—Creo que con el tiempo esa sensación que tienes se disipará. Has pasado por muchos estados de ánimo hasta llegar donde ahora te encuentras y quizá solo necesites tiempo para asimilar que por fin tienes todo cuanto deseas.

Susan valoró las palabras de Emily y quiso creer que su amiga tenía razón, que seguramente solo se trataba de eso. De algún modo quiso engañarse creyendo que con el tiempo sencillamente se acostumbraría, incluso puede que finalmente le agradara la señora Edna porque después de todo la mujer no tenía la culpa de aquel recto y disciplinado carácter.

—Si... tal vez tengas razón —afirmó sonriente, aunque en el fondo sabía por algún motivo que no sería así.

La llegada del verano les llevó a trasladarse a la casa de campo. El embarazo de Susan ya lucía llamativamente con sus cinco meses de gestación y todos estaban encantados con la noticia de que probablemente el duque de Buccleuch tendría un heredero al ducado. La señora Edna parecía mucho más afable que de costumbre, tanto fue así, que el propio duque de Buccleuch la invitó a pasar el verano junto a ellos en la casa familiar diciendo que así podría aliviar la carga de la duquesa referente a las niñas.

Aunque por alguna circunstancia a Susan la idea de que aquella mujer también les acompañara no terminaba de agradarle, se dijo que después de todo era familia de su hija *lady* Madeleine y que quisiera o no, tendría que tener un trato cordial con ella. Tal vez después de dar a luz en unos meses, convenciera a su esposo para que la instalara en alguna pequeña casa cerca de

ellos, porque hasta la fecha las veces que lo había intentado con cierto tacto sin querer hacer presión, éste le había dicho que en su estado avanzado de gestación no se desprendería de la señora Edna cuando ésta le sería de gran ayuda con sus hijas.

Armándose de paciencia, Susan solo pensó que se trataba de solo unos meses, por más que se había forzado a que aquella señora le cayera bien, seguía sin fiarse de ella. Tal vez fuera lo que sus ojos escondían o la forma en que la miraba, pero hasta aquella vaga sonrisa que dedicaba en contadas ocasiones le parecía una falsedad.

Quizá lo que le ocurría es que era incapaz de apartar esa imagen en la que tenía una vara en la mano mientras las lagrimas de *lady* Diane salían sin cesar cayendo por su rostro. No sabía realmente el motivo, pero lo cierto es que no la quería cerca de ella, ni de sus hijas y futuros hijos que tuviera aunque ahora no le quedase más remedio que tolerarla.

Tal como se había empeñado desde un principio, permanecieron en la casa de campo una vez finalizado el verano en el que sus hijas habían disfrutado enormemente de las satisfacciones y libertad que les otorgaba la casa de campo. Bien era cierto que la mayoría de nobles prolongaban la estancia aprovechando que la temporada no iniciaba hasta octubre, pero la finalidad de aquella prolongación era finalmente dar a luz en aquella mansión que vio nacer a *lord* Buccleuch.

—Aún no es tarde para volvamos a la ciudad —insistió Aaron sabiendo que faltaban al menos dos semanas para que su esposa diera a luz.

Era consciente de que tenía miedo, más aún conforme se acercaba el momento y aunque rehuía de sus pensamientos cuando comenzaba a divagar que apenas le quedaban días que pasar al lado de su adorada esposa, lo cierto

es que si algo sucedía, si algo salía mal, no quería estar en aquel lugar alejado de todo y de todos.

—La señora Brenda es una buena comadrona, la mejor de toda la comarca y Nanet ha asistido unos cuantos partos, incluido el de tu nacimiento, así que sé que no puedo estar en mejores manos —constató Susan relajada.

No había nada ni nadie que le hiciera cambiar de opinión.

—Está bien, si de verdad es lo que quieres no voy a oponerme. Respetaré tu decisión, aunque no me complazca —corroboró Aaron resignándose a la voluntad de su esposa.

En todos aquellos meses que llevaba casado hacía más de un año, había comprendido que llevarle la contraria a su esposa era causa perdida, sobre todo porque adoraba infinitamente a esa mujer, y se moría por complacer cada uno de sus deseos, como si sintiera que de algún modo se arrepentiría de ello si la perdiese.

Intentaba alejar la idea de su cabeza constantemente. No quería creer que Susan pudiera correr el mismo fatídico destino de *lady Sarah* y *lady Rebecca* que fueron sus anteriores esposas, pero era tan difícil no pensar en ello que necesitaba ocupar sus pensamientos con otra cosa cada vez que la idea se alojaba en su cabeza.

—Mi *lord*, a llegado una misiva urgente desde Londres —mencionó entrando en el salón el mayordomo de la casa y ofreciéndole la carta.

Aaron abrió la misiva y devoró los párrafos que contenía con voracidad levantándose agitadamente del asiento en el que se encontraba y preocupando a Susan.

—¿Qué ocurre?, ¿Ha sucedido algo grave? —preguntó preocupada.

—Anoche hubo un incendio en una de las fábricas —susurró Aaron anonadado—. Aún no se ha hecho un recuento de todas las pérdidas, pero debo partir inmediatamente ya que requieren mi presencia —susurró apartando los ojos de la carta y observando a Susan.

—¿Tienes que irte ya? —exclamó aturdida.

—Saldré inmediatamente. En dos o tres días estaré de regreso, te prometo que volveré a tiempo para estar aquí —añadió con cierta congoja porque el momento podría adelantarse a pesar de saber que aún faltaban apenas un par de semanas.

Susan quería pedirle que no fuera. Por alguna razón quiso decir que se quedara y no asistiera, pero entendía que la situación podía ser grave y requería de su presencia.

—Está bien, pero prométeme que volverás cuanto antes —decretó Susan con un presentimiento extraño.

Aaron se arrodilló ante ella aún con la carta en la mano como si sopesara que debía quedarse o no, aunque su deber era ir y asegurarse de que todo estaba en orden, pero si ella le pedía que se quedara lo haría, a pesar de que su responsabilidad fuera marcharse, solo que ella no lo hizo, sino que asintió comprendiendo que debía irse. No pasaría nada, regresaría a tiempo para estar allí cuando Susan diera a luz y como le había prometido.

En el momento que Aaron montó en su caballo volvió la vista hacia atrás y vio a su esposa con aquel vientre abultado, a sus hijas que estaban situadas a cada lado y un poco más apartada se encontraba la señora Edna que las acompañaba. Pensó por un instante si aquella imagen sería la última que tendría de su esposa, si por alguna razón las cosas se torcieran y volviera demasiado tarde. Desechó la idea convenciéndose de que no sería así, de que regresaría a tiempo y que sus miedos a pesar de ser fundados, no le cegarían porque con Susan no se repetiría lo que sucedió con sus anteriores esposas.

Tras la marcha de Aaron, sirvieron el almuerzo como de costumbre, pero Susan se sentía algo desolada tras la partida de su esposo y más aún en las condiciones en las que se había ido de forma tan apresurada, tanto fue así que incluso hasta el sabor de la comida que sirvieron aquel almuerzo le supo extrañamente amargo. Lo achacó a su estado de agonía porque no deseaba que él se perdiera el momento en el que trajera a su hijo al mundo y algo le decía que era posible que aquello que le había hecho partir le retuviera demasiado tiempo en la ciudad y no volviera para estar a su lado en el momento del parto.



Se retiró a descansar a media tarde porque comenzó a no encontrarse demasiado bien, probablemente por esa misma sensación de soledad que le embriagó en cuanto vio a su esposo partir a gran velocidad. Trato de entretenerse con la lectura, pero tras intentar en vano numerosas veces releer la misma frase, apenas pudo pasar la página en la que días antes se había quedado.

Había algo en aquella carta que le perturbaba, en la forma apresurada de su partida, en que justo aquel instante se hubiera producido un aparatoso incendio, y cuando pensó en levantarse para escribir una carta a su amiga Julia solo para tratar de aliviar sus pensamientos un dolor intenso la estremeció.

—¡Ah! —gritó llevándose las manos al vientre por la intensidad de aquel dolor.

Repentinamente vio el suelo encharcado y segundos después otro dolor la atravesó incluso de forma más intensa que el anterior y gritó con todas sus fuerzas.

—¿Qué ocurre? —exclamó una voz entrando atropelladamente en su habitación.

Susan alzó la vista y vio a la señora Edna allí en la puerta de su alcoba como si estuviera preocupada por ella. Le sorprendió la rapidez con la que había acudido, pero no le dio mayor importancia.

—Creo que ya viene... el bebé viene —aseguró en voz baja y cerró los ojos pensando que aquello no podía estar pasando.

¡Aaron no estaría!, ¡Y él debía estar presente!

—Tumbese sobre la cama, diré que llamen a la comadrona y avisaré a la

señora Nanet para que suba a ayudarla —contestó la señora Edna cerrando la puerta y dejándola allí con aquel sentimiento de soledad que comenzó a aturdirla sabiendo que su esposo no estaría.

«Aaron vuelve. Por favor... regresa a mi» pensó desde lo más profundo de su alma rogando a Dios que por alguna razón él la escuchara.

En el momento que Nanet entró por la puerta Susan se calmó a ver a la buena mujer acercarse hasta ella y sentándose a su lado.

—La señora Edna me dijo que subiera de inmediato, ¿Qué le ocurre? —preguntó la mujer algo preocupada.

—Creo que mi hijo está en camino Nanet. Va a nacer ahora —dijo acongojada—. Y Aaron no está aquí... —añadió algo aterrada.

De pronto un fuerte golpe hizo que se volvieran y la señora Edna cerró la puerta con llave.

—¿Qué hace? —exclamó Nanet irguiéndose y acercándose hasta ella—. ¿Por qué cierra con llave?

—Para asegurarme de que nadie entre —ratificó la señora Edna antes de asestarle un golpe en la cabeza y provocar que la mujer se tambalease antes de caer al suelo.

—¡Está loca! —gritó Susan aterrada y otro dolor atravesó su vientre por lo que chilló de conmoción.

—No. No estoy loca —aseguró la mujer acercándose hasta ella—, pero me aseguraré de que usted o alguna otra mujer, le de un heredero al duque de Buccleuch —afirmó antes de que le acercara un paño a la cara con el que Susan pensó que trataría de ahogarla, pero lo cierto es que en cuanto trató de respirar cogiendo aire, aquel olor fuerte hizo que perdiera el conocimiento.

Susan abrió los ojos y el dolor que sintió era fuerte. Quiso gritar y se dio cuenta de que tenía la boca maniatada y cuando intentó moverse tenía sus muñecas aferradas y atadas a la cama. ¿Qué era aquello?, ¿Qué estaba pasando? En ese momento vio a la señora Edna limpiando un cuchillo afilado y se escandalizó.

¡Dios mío!, ¡Iba a matarla!, ¡Esa mujer iba a acabar con ella!, ¿Por qué?, ¡No le había hecho nada!

—Al fin despierta —susurró la señora Edna hablándole mientras Susan observó que el ama de llaves aún permanecía tendida en el suelo y no quiso saber si la había matado o solo yacía inconsciente, la respuesta podía ser demasiado abrumadora. Trató de gritar, pero con aquella mordaza no podía —. Grita cuanto quieras, todos pensarán que son dolores de parto. Me he encargado de avisar a toda la casa que decidiste que solo te atenderíamos la señora Nanet y yo en el último momento y que has solicitado expresamente que nadie más entre en esta habitación. He aguardado demasiado tiempo este momento, esperando pacientemente al instante preciso en el que te apartaría del lado de tu adorado esposo y provocaría el parto para matarte a ti y a tu hijo, ¿No encontraste el sabor de la sopa un tanto extraño? —exclamó con cierta ironía aquella señora—, aunque si es una niña la dejaré vivir como hice con Diane. Una niña no me preocupa, jamás le quitaría la herencia a mi Madeleine, en cambio tuve que matar a lady Rebecca para que no pudiera darle un varón más adelante. Se que una tercera esposa muerta hará que lord Buccleuch no vuelva a casarse, la gente hablará que está maldito y asesina a sus esposas cuando éstas dan a luz, ninguna dama querrá volver a casarse con él y mi nieta heredará todo su imperio, ella es la legítima heredera de toda la fortuna del duque, ella será quien herede todo cuando tenga un hijo que ostente el título y la sangre de mi hija Sarah, será la que continúe el linaje Buccleuch, ninguna otra lo hará y me aseguraré de ello como lo he hecho

hasta ahora. Ni tú con esos aires de inocencia conseguirás arrebatárselo. He soportado cada uno de tus desplantes solo aguardando este final... pensé en hacer que perdieras también ese hijo como te hice perder el anterior, hacer que el duque se cansara de ti cuando no le dieras un hijo, pero sé que seguiría intentándolo y solo con la muerte de otra esposa en un parto acabaré con su empeño de tener ese heredero que desea. Tú serás la razón por la que desista de buscarlo.

Susan cerró los ojos y las lágrimas escaparon de sus ojos. Así que todo aquello era por eso. Quería que Madeleine fuera quien heredase el ducado si esta tenía un hijo. Eso no haría que se conservara el apellido legítimo como era el deseo de su esposo, pero concedería lo que esa mujer quería; el ducado pasaría a alguien de su familia. No podía tener a su hijo en presencia de aquella mujer, tenía la certeza de que no sería una niña, lo sabía con tanta seguridad que casi podía afirmarlo con su propia vida. Si daba a luz a su hijo, si finalmente lo tenía en su presencia estaba segura de que lo mataría.

—¡Vamos, empuja! —gritó la señora Edna cuando escuchó que Susan mordía fuertemente la mordaza por el dolor que la atravesaba.

Susan apretó fuertemente los dientes y aguantó el dolor. Soportaría todo cuanto pudiera, agotaría hasta el último segundo si era necesario, pero no tendría a su hijo, no hasta saber que este estaría a salvo.

Había tenido esa sensación de opresión en su pecho todos esos meses, había sabido que aquella mujer escondía algo en su mirada y dejándose influenciar por los demás no había hecho caso a su instinto, a ese sexto sentido que le advertía ofreciéndole todas las señales. Se juró a si misma que si salía de aquella situación jamás volvería a dudar de ella y desde luego no volvería a dejarse influenciar por ninguna otra opinión que no fuera la suya propia, pero rogaba a Dios que llegase alguien y tirase aquella puerta abajo, porque no

sabía cuanto tiempo más podría aguantar evitando aquel dolor que la incitaba a empujar para que su hijo naciese.

Aaron apenas llevaba tres horas de camino cuando algo en él le hizo detenerse. Sabía que llegaría a la ciudad en cuatro horas más si no paraba a descansar al ritmo que iba, pero un sentimiento de nostalgia no le dejaba avanzar. Lo había sentido desde que partió de casa dejando allí a su mujer embarazada y lo cierto es que sentía la necesidad de volver junto a ella, de que aunque quedaban pocas semanas para que su hijo viniera al mundo, no podía abandonarla ahora cuando le había prometido que estaría.

Alzó la vista y vio el reflejo del sol en las hojas de los árboles creando un efecto anaranjado que le recordó al cabello de su esposa cuando la luz del sol incidía en él.

—¡Al cuerno la fábrica y al infierno las pérdidas que pudiera haber ocasionado! —exclamó dándose la vuelta—. Volvería junto a ella de inmediato y esperaría hasta que naciera su hijo a su lado.

En cuanto vislumbró la finca familiar de nuevo sintió que estaba de regreso en su hogar y la sensación de alivio comenzó a instalarse en su pecho. En cuanto descabalgó le sorprendió que la señora Nanet no saliera a recibirle y cuando entró en casa observó que no había nadie hasta que finalmente vio a Sebastián, su ayuda de cámara que parecía algo nervioso.

—¡Sebastián! —exclamó frunciendo el ceño como si de repente supiera que algo estaba ocurriendo.

—¡Mi *lord!*, ¡Ha regresado!, ¡Gracias a Dios que lo hizo!, ¡Su esposa está de parto, hace dos horas que la señora Edna se encerró en la habitación junto a Nanet y dijo que la duquesa había pedido expresamente que solo ellas la atendieran! Me extraño que no me pidieran que avisara a la comadrona, pero

fueron ordenes explicitas de la señora Edna mi *lord*. La doncella de la duquesa quiso entrar para ayudarla, pero le advirtió que no lo hiciera y que se quedara junto a las pequeñas en la habitación de estas hasta que el parto terminara.

Aaron se estremeció y su tez pasó al blanco más neutro temiéndose lo peor.

—Coge un caballo y sal inmediatamente hacia el pueblo. No regreses sin esa comadrona llamada Brenda, ¡Sal ahora! —gritó alterado y su sirviente salió corriendo.

En cuanto llegó al piso superior intentó abrir la puerta de la recámara de su esposa y vio que estaba cerrada con llave. Golpeó fuertemente la puerta tres veces y obtuvo un silencio sepulcral. Así que fue hasta su habitación y cuando intentó acceder por la puerta que comunicaba ambas habitaciones, vio que ésta también estaba bloqueada. Eso era inusual, demasiado extraño teniendo en cuenta que esa puerta jamás tenía la llave a mano.

En el momento que Susan había suplicado porque alguien tirase esa puerta abajo, escucho unos golpes martilleando aquella madera con firmeza y abrió los ojos sobresaltada.

—Ni se te ocurra gritar ahora —susurró colocándole el cuchillo en la garganta.

—¡Abrid ahora mismo la puerta! —gritó *lord* Buccleuch con firmeza antes de dar otro golpe ésta vez desde la puerta que comunicaba con su propia alcoba.

Susan gritó a pesar de no poder expresar palabra alguna. ¡Aaron había vuelto!, ¡Por alguna ilógica razón había regresado!

—No es posible... —susurró la señora Edna—. Él no puede haber vuelto, en la carta le decía claramente que era un asunto urgente y debía acudir

inmediatamente. ¡El jamás antepone nada a sus negocios! —Hablabla la mujer para sí misma como si no diera crédito a que el duque de Buccleuch hubiera regresado.

Ante aquellos gritos ahogados que sin duda Aaron detectó que eran de su esposa, no lo pensó dos veces y con toda la fuerza e ímpetu que aunó en ese instante, dio una fuerte patada a la puerta rompiendo la cerradura y haciendo que esta cediera completamente.

La imagen de ver a su esposa maniatada en la cama y a la señora Edna con un cuchillo en la mano como si no supiera exactamente bien lo que estaba haciendo le llenó de cólera.

—¡Juro que si le ha hecho algo a ella o a mi hijo la mataré con mis propias manos! —exclamó Aaron con tanta contundencia y dando pasos firmes que observó como la señora Edna daba un paso atrás algo asustada.

Aaron se acercó a su esposa y bajó la mordaza que tenía maniatada sin perder de vista a la señora Edna.

—¡Aaron ten cuidado! —gritó Susan—. ¡Ella mató a *Lady* Rebecca!, ¡No quiere que tengas un heredero!, ¡Quiere matar a nuestro hijo! —añadió exaltada y hablando atropelladamente.

—¡Miente! —gritó la señora Edna dejando el cuchillo sobre la mesa para aparentar inocencia—. Solo estaba ayudándola... nada más. La maniaté para que sufriera menos los dolores del parto por ser primeriza, pero le puedo asegurar que mi intención solo era ayudarla... yo jamás le haría daño a un miembro de su familia *lord* Buccleuch. Me conoce desde hace años, sabe que no osaría mentirle.

—¡Asestó un golpe a la señora Nanet! —gritó Susan no dando crédito a las mentiras que contaba aquella mujer. ¿De verdad pensaba que la creerían?

—¡Se desmayó! —exclamó tratando de guardar una calma inaudita y Aaron observó a aquella mujer que llevaba años viviendo en su casa, que la había convertido en parte de su familia, no creyendo posible lo que Susan revelaba, pero tenía claro que la imagen que había visto al entrar de su esposa maniatada y la puerta cerrada con llave, solo eran obra de esa mujer manipuladora que se escondía tras esa fachada de rectitud y seriedad que aparentaba.

Se acercó lentamente hasta ella y cuando llegó a su lado la agarró fuertemente del cuello apresando la carne entre sus dedos. Deseaba ahogarla, matarla, asesinarla por lo que pretendía hacerle a su esposa y por lo que probablemente le habría hecho a la madre de Diane.

—Te mataría con mis propias manos ahora mismo si no fueras la abuela de mi hija —susurró con voz irascible y llena de odio—. Voy a enviarte al mismísimo infierno y te aseguro que durante el resto de tu vida, vas a desear que te hubiera matado con mis propias manos en este día y en este momento —añadió mientras notaba como a la mujer le faltaba el aire tratando de luchar aferrándose al brazo que la ahogaba hasta que finalmente perdía el conocimiento y cayó al suelo inconsciente.

Susan chilló en ese momento, pero fue de dolor, no por lo que su esposo le había hecho a la señora Edna. Aaron desató las cuerdas que la mantenían maniatada y ató fuertemente las manos de aquella víbora que había intentado matarla para que no se escapara.

—Volviste —susurró Susan con lágrimas en los ojos cuando su esposo se acercó hasta la cama para ayudarla.

—Por supuesto que volví. Comprendí que no podía estar lejos de ti hasta que tuvieras a nuestro hijo y no me importa cuantas sean las pérdidas o la



magnitud del incendio... solo tú eres importante en mi vida, el resto puede esperar el tiempo que haga falta.

—¡Oh Aaron!, ¡No tendría que ser así!, ¡No debería haber sido así! Pero ahora que estás aquí se que todo saldrá bien... estaremos bien —gimió sobresaltada justo antes de que otro dolor la atravesara y esta vez si empujara con fuerza sabiendo que ahora su hijo nacería de forma segura.

La comadrona llegó justo en el momento que el hijo de Susan asomaba la cabeza y solo ayudó al último empujón antes de cortar el cordón umbilical que unía el bebé a su madre y asistirla posteriormente verificando que todo estaba en perfectas condiciones.

La sonrisa de Susan contagió a la de su esposo cuando aquella pequeña criatura comenzó a moverse entre sus brazos haciendo su anhelado deseo realidad; era un varón. Un niño fuerte y sano que lloraba a pleno pulmón.

La señora Nanet se recuperó del golpe que había sufrido solo unas horas más tarde. Sufrió una grave conmoción y tenía vagos recuerdos de lo sucedido, pero lo importante era que se recuperaría y volvería a la normalidad en pocos días.

La señora Edna fue ingresada en un hospital psiquiátrico, decidieron internarla en un lugar privado donde jamás recibiría ninguna visita y donde nadie conocería su paradero, pero estaría constantemente vigilada y allí pasaría el resto de sus días en solitario, alejada de todo cuanto conocía y sin volver a ver a su nieta. Aaron determinó que ese era peor castigo para aquella mujer que la cárcel, sobre todo teniendo en cuenta que no tenían forma de demostrar que asesinó a *lady* Rebecca y que pretendía asesinar a Susan y a su hijo si no hubiera sido por la rápida acción de *lord* Buccleuch.

Días más tarde se descubrió que tal incendio fue provocado

intencionadamente y se encontró al culpable que confesó haber recibido una bolsa de dinero sustanciosa por parte de una señora mayor para prender fuego a la fábrica. Concluyeron finalmente que solo fue una estratagema de la señora Edna y que había elaborado el plan con meses de antelación para asegurarse de la partida del duque de Buccleuch y poder provocar el parto de Susan teniendo todo bajo control.

Los días siguientes al nacimiento, Aaron no se apartó del lado de su esposa, como si temiera que pudiera darse alguna complicación posterior a dicho alumbramiento. Cuando comprendió que no era ese el caso, cuando vio que ella se levantaba con normalidad y tenía la misma vitalidad o más que de costumbre, sus miedos sencillamente se volatilizaron. Tenía a su hijo y por sobre todas las cosas tenía a su esposa, era el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Decidieron prolongar su estancia en la casa de campo varias semanas más, antes de que entrara el invierno o de lo contrario los caminos se harían intransitables, así que hasta ese momento todas sus amigas y familiares incluyendo los señores Brandon, fueron visitando la casa de campo para conocer al pequeño de la familia al que habían bautizado como Julian.

—Definitivamente tengo el nieto más hermoso de todos —concluyó el señor Brandon orgulloso—. Tiene el porte de su padre y la nariz de su madre —añadió sonriente.

Desde luego aquel niño se parecía mucho más a su esposo que a ella, pensó Susan. Lo cierto es que la idea de que se pareciera a Aaron le agradaba.

—Gracias padre —contestó Susan aprovechando que no había nadie más cercano a ellos—. Un día me dijo que estaba seguro de que *lord* Buccleuch me haría feliz y no le creí, pero me equivocaba... usted supo ver algo que yo

en aquel momento no quería ver. Vio el buen hombre que había en él y no pudo hacer mejor elección para mi.

—Querida... —susurró algo aturdido el señor Brandon—. Fue él quien pareció enloquecer cuando te vio y estaba tan decidido a que fueras su esposa que su convicción hizo que tuviera la certeza de que te haría feliz.

En ese momento Susan sonrió y alzó la vista para observar a lo lejos a su esposo, que hablaba pacientemente con su madre, solo que pareció sentir que ella le observaba y alzó la mirada provocando que se mantuvieran fijamente los ojos el uno sobre el otro. Aquella presión que había sentido todo ese tiempo por la sensación de ahogo porque algo malo iba a ocurrir se evaporó como el viento en el momento que tuvo en brazos a su hijo. No supo si era por miedo al parto o porque previsiblemente intuía lo que finalmente sucedió respecto a la señora Edna confirmando así sus sospechas, pero fuera cual fuera el motivo, ahora tenía la certeza de que nada malo sucedería.

Quizá Aaron solo había deseado de ella un hijo cuando se casaron, pero el amor había surgido entre ellos avasallando todo a su paso, incluso sus propias creencias y convicciones convirtiéndose ahora en algo que iba más allá de todo cuanto había soñado.

—¿Crees que algún día le contarás lo que verdaderamente sucedió con la señora Edna a Madeleine? —preguntó Susan aquella noche sentada al lado de la cama de su esposo.

—Quizá es mejor que nunca sepa la verdad, tal vez solo deba saber que un día se marchó y no volvimos a saber nada más —contestó Aaron acercándose a ella y abrazándola por la espalda—. No quiero volver a pensar en esa señora, ni que se vuelva a mencionar en esta casa. Cada vez que pienso en las veces que intentaste advertirme sutilmente para que la alejara, pero no quise

hacerte caso me hierve la sangre.

—Me conformaré con que a partir de ahora no dudes cuando te advierta sobre algo, porque mi instinto así me lo indica —sonrió Susan con cierto tono de complicidad.

—No volveré a dudar de ti, menos aún apartarme de tu lado mi bella y dulce esposa.

En aquel momento Aaron le entregó un estuche a su esposa de terciopelo sin decir absolutamente ninguna palabra, sino que lo dejó en su regazo y esperó a que esta lo abriera.

—¿Qué es esto? —exclamó Susan abriendo aquel estuche y viendo un hermoso collar de rubíes engarzados en oro tan absolutamente hermoso como infinitamente valioso.

—Tu me hiciste el regalo más grande que me podías haber dado y yo quiero regalarte una joya que te recuerde cuanto te amo —aseguró con voz profunda.

—¿Me amas? —preguntó Susan con una sonrisa en los labios.

—Profundamente —advirtió Aaron rozando su nariz en el suave cuello de la piel de su esposa—. Nunca he sabido como tratarte porque jamás aprendí como debía hacerlo, pero te prometo que intentaré hacerlo de la mejor forma —añadió dulcemente depositando un dulce beso en la comisura de sus labios.

—Entonces ámame hasta el final de nuestros días y de la misma forma que ahora —susurró Susan acortando la distancia y apresando aquellos labios que la colmaban de infinito placer.

—Hasta el último de mis latidos será tuyo, mi querida Susan.

Fin.

# La Quinta Esencia



## Sinopsis.

Robert Benedict es un joven apuesto que desea crecer en el mundo de los negocios y aspira a convertirse en uno de los caballeros más influyentes de la sociedad inglesa. El azar y el destino se unirán para convertirle en el siguiente heredero al ducado de Savegner, un título ligado a bienes completamente en ruinas, pero quizá no todo esté perdido, puesto que la fortuna de la familia reside en la dote de la única hija con vida del duque.

Lady Violette Andersen ha pasado toda su vida recluida en un convento. No conoce el mundo exterior y jamás ha recibido una educación propia de una dama. Solo desea que algún día su infierno termine y un apuesto caballero acuda a rescatarla, pero a veces los sueños no se manifiestan de la forma en la que uno desea.

## **Avance de La Quinta Esencia**

Dos años atrás.

Robert Benedict se encontraba en su despacho leyendo la correspondencia cuando encontró entre sus cartas una que llamó especialmente su atención. El remitente que la escribía era un pariente lejano, un primo de su padre con el que apenas mantenía contacto y que debido a un desfortunio familiar la relación se había distanciado más de lo normal.

Cogió el abrecartas afilado y metió la punta metálica sobre el sobre debidamente sellado antes de romper la parte superior para no destruir el sello del característico ducado de Savegner del que procedía. Por un momento pensó de qué podría tratarse, hacía años que sabía que el duque de Savegner vivía de forma solitaria en su finca de viñedos de los cuales no había vuelto a explotar debido a lo sucedido con sus hijos. Se comentaba que tenía una hija a la que nadie había visto en años e incluso aún recordaba los rumores que mencionó su padre al respecto sobre que la joven había sufrido una enfermedad que le había dejado marcado el rostro y por eso el duque la ocultaba tan afanosamente de todos. No se sabía nada de aquella joven que apenas era una niña cuando sucedió la tragedia. Suponía que aquella carta llegaba demasiado tarde para tratarse de un pésame por la muerte del señor Brandon hacía ahora un año.

Abrió la carta ávido de curiosidad por su contenido y observó que la caligrafía era lo suficientemente clara como para haberla escrito un hombre culto acostumbrado a ese tipo de menesteres.

*Querido señor Benedict.*

*Le escribo en nombre del duque de Savegner puesto que éste ya no se encuentra en condiciones de hacerlo con motivo de la reciente muerte sin descendencia del señor Breston, el último heredero al ducado de Savegner antes de usted.*

*Debido a los recientes cambios dadas las circunstancias, el duque de Savegner desea que realice una visita formal en la finca donde reside y que usted heredará a su muerte para formalizar ciertos asuntos de relevancia que no pueden ser tratados mediante carta.*

*Es por tanto, que le ruego debido a su propio interés y beneplácito, que acuda inmediatamente como respuesta a esta invitación propuesta por su excelencia.*

*Atentamente,*

*Lord Barric Nostrid, amigo del duque de Savegner.*

¿Era el futuro duque de Savegner?, ¿Iba a heredar un ducado? No... eso no era posible, si antes de que lo heredase su padre había al menos tres herederos, ¿Todos habían muerto? De ser así no estaba seguro si aquel ducado estaba de algún modo maldito.

Su padre había mencionado en alguna ocasión que el carácter del viejo duque se agrió tras la tragedia donde perdió a sus tres hijos de forma inesperada siendo asesinados. Jamás hallaron al culpable y de hecho, corrían rumores sobre alguien que había maldecido a la familia aunque Robert siempre había creído que solo eran cuentos de niños para no dormir.



Jamás había pensado que aquel ducado fuese a pertenecerle algún día, antes de él había demasiadas personas que podrían heredarlo, sin embargo; azar, destino o sencillamente casualidad, tal parecía que era el siguiente en la línea sucesoria de aquel ducado que un día fue sinónimo de riqueza y gloria cuando en aquellas destilerías se fabricaba el mejor coñac de toda la ciudad. Ser un Savegner era símbolo de poder. Nadie habría augurado lo que el destino se ensañaría con aquella familia, desde entonces el duque se volvió demasiado desconfiado, detestable y solitario.

Dos días más tarde de recibir aquella carta, Robert Benedict emprendió camino hacia los viñedos de Savegner, un largo camino que le llevaría dos días por recorrer. No tenía ni idea que encontraría en aquel destino, tampoco se había parado a pensar si aquello se trataba de una especie de emboscada, pero tenía todas las alertas puestas y se había llevado consigo a su empleado más fornido para que le acompañara. Quizá fueran esas historias para no dormir que su padre contaba a su hermana menor, las que habían hecho que tratar con el duque de Savegner no fuera plato de buen gusto.

La mansión que rodeaba a los viñedos lo suficientemente abandonados para saber que nadie los cultivaba en años, le hicieron pensar que el sitio estaba lo suficientemente abandonado y casi al borde de la ruina o directamente en la más absoluta ruina. Un ama de llaves le recibió sin mostrar un atisbo de sonrisa y pensó que probablemente la amargura del duque de Savegner se había extendido a lo largo de toda la casa.

—¿Señor Benedict? —La voz de un hombre de mediana edad se hizo presente en aquel enorme hall de entrada que tenía la casa ahora carente de muebles y lo suficientemente destartado para llamar la atención. ¿Es que no vivía ninguna dama en aquella casa?

—Soy yo. ¿Y usted es...? —preguntó Robert evaluando al caballero que

tenía delante y que dudaba se tratase del duque de Savegner.

—*Lord* Barric Nostrid, yo mismo escribí la carta que imagino debió recibir si ha venido tan apresuradamente —contestó cortésmente—. Venga conmigo, le acompañaré hacia los aposentos del duque de Savegner, hace unos días que está más delicado de salud de lo normal y ahora mismo se encuentra recluido en su habitación.

—Entiendo —contestó Robert—. ¿Sabe usted porque me ha hecho llamar? —preguntó creyendo que tal vez consiguiera información antes de enfrentarse al viejo duque.

—Si —afirmó—. Yo mismo le mencioné que debía hacerlo si pretendía dejar las cosas atadas antes de su muerte, algo que desde luego no será dentro de muchos años debido a su salud.

Robert guardó silencio, no supo que decir cuando ni tan siquiera había visto el estado del duque, pero aquello le llevó a pensar que no pasaría mucho tiempo antes de convertirse en duque.

—Excelencia. Tiene visita —anunció *Lord* Barric entrando en la estancia.

Aquel lugar estaba bastante oscuro, apenas iluminado por una densa cortina que estaba a medio cerrar. La chimenea permanecía encendida y de hecho era el único lugar aparentemente caldeado de la casa. Desconocía el estado financiero del duque, pero aparentemente parecía que era de lo más lamentable.

—¡No quiero recibir a nadie! —exclamó aquella voz ronca antes de irrumpir en tos que le impedía seguir hablando—. ¡Fuera!, ¡Fuera de aquí!

—Se trata del señor Benedict, *lord* Savegner. Ha venido porque así se lo ha pedido usted.

La calma con la que *lord* Barric hablaba al duque era singularmente amable, no entendía de donde sacaba aquel hombre tanta paciencia, pero quizá era realmente un gran amigo de la familia.

—¿Dónde está?, ¿Dónde está ese patán? —exclamó de malas formas.

¿Patán?, ¿Le había llamado patán sin conocerle? Pensó Robert.

—Discúlpele... a veces desvaría —susurró *lord* Barric.

Pero Robert dudaba mucho que desvariara, más bien no le importaba en absoluto lo que los demás pudieran opinar de él y trataba probablemente a todos con la punta del pie.

—Preferiría que me llamase patán después de que me conozca, excelencia. Puesto que yo tampoco he oído hablar muy bien de usted.

—Así que es cierto que ha venido. Me imagino que en cuanto leyó que es el futuro duque de Savegner tras mi muerte, debió creer que encontraría oro en estos viñedos, ¿No es cierto?, ¡Pues se equivoca!, ¡No habrá nada para usted! —gritó de forma exasperante.

¿Para eso le había hecho venir?, ¿Para decirle que estaba arruinado y que cuando heredase las propiedades solo tendría deudas y embargos porque no podría vender las propiedades ligadas al título?

—He venido porque me ha hecho llamar, soy un hombre de negocios ocupado, así que si me dice que he hecho este viaje de dos días de camino solo para decirme que está arruinado y solo me dejará deudas, ¡Me lo podría haber mencionado por carta para que ninguno de los dos perdiera su tiempo! —exclamó Robert alzando el tono de voz algo exasperado—. ¡Me largo de aquí!

—¡Alto ahí muchacho! —gritó entonces *lord* Savegner—. Al parecer tiene

carácter... eso me gusta —añadió como si hablara con *lord* Barric—. ¿Es joven?

—Lo es excelencia, y bastante bien parecido —añadió *lord* Barric.

—Entonces servirá —decretó el duque de Savegner.

—¿Servir para qué? —preguntó Robert ahora completamente confuso, ¿Qué tendría que ver su juventud o su físico para ser el duque de Savegner?

—Habrá oído hablar de la hija pequeña del duque, *lady* Violette —mencionó *lord* Barric—. Su excelencia tiene una propuesta que hacerle a la que estoy seguro de que no podrá rechazar.

Robert alzó una ceja, aunque probablemente ninguno de los presentes le viera debido a la oscuridad del lugar.

—No me he marchado —contestó ante aquel silencio Robert—. Así que dígame, ¿De que trata esa propuesta?

—Te casarás con mi hija Violette si no quieres verte en la más mísera ruina, señor Benedict —contestó el duque de Savegner ante la estupefacción de un Robert que no entendía exactamente a qué demonios se refería aquel hombre.

**Continuará...**

## AUTORA DE LA OBRA



**Phavy Prieto** es una joven española de origen andaluz que estudió Ingeniería de Edificación, pero desde pequeña le apasionaron los libros.

Su deseo es que su imaginación no tenga límites, por eso escribe géneros tan dispares como Histórico, Romance, Humor, Chick-lit, Fantasía, Ficción, Erótica o Misterio. Además, asegura que escribe con la belleza de una pluma y la inteligencia de una mujer.

El Sexto Sentido es su cuarta novela publicada de género Histórico de la denominada “Saga Ordinales” constituida por nueve obras, donde relata las aventuras y vivencias de sus protagonistas en la nobleza inglesa del siglo XIX, otorgándoles un toque distintivo de ficción y modernidad, además de centrarse en el romance Histórico.

La Quinta Esencia será su quinta entrega de esta saga, y que próximamente estará disponible para el deleite de todas sus florecillas, como denomina así a sus lectoras.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones y todas sus obras, visita su página web:

[www.phavyprieto.com](http://www.phavyprieto.com)